ALEXANDRE
ALEMANY MOYÀ

HIJOS DE CLUMBA

LA ERA DE LOS HONDEROS BALEARES

Alexandre Alemany Moyà

Hijos de Clumba

La era de los honderos baleares

Hijos de Clumba. La era de los honderos baleares
Copyright © 2021 Alexandre Alemany Moyà
Diseño de portada:
Copyright © 2021 Albert Comas Riutort
Diseño del mapa:
Copyright © 2021 Iván López Martínez
Corrección:
Mònica Abad Falguera
Todos los derechos reservados
ISBN: 9798536886700
Kindle Direct Publishing
Paperback edition 2021

A Neus,
porque ella siempre ha sido y será una luchadora.

Índice

Mapa
Sobre el contexto histórico
Personajes
Prólogo
1.El arte de la honda
2.Una niña curiosa
3.El paso del tiempo
4.La apuesta
5.Curando las heridas
6.Una salida hacia adelante
7.Reclutamiento
8.Un plato que se sirve frío
9.Conflicto interno
10.Nuevas compañías
11.A la guerra
12.El embarque
13.Lucha por el poder
14.La travesía
15.Siracusa
16.Héctor
17.El recuento
18.Un simposio entretenido
19.Un refugio para un ejército herido
20.El lanzamiento
21.Una madrugada diferente
22.La celada
23.Desde el cielo
24.Victoria agridulce
25.Guerra total
26.Hasta la última gota de sangre
27.Cosas de saboteadores
28.La Oreja de Dionisio
29.La llamada del deber
30.Ideas en la noche
Epílogo
Nota histórica
Glosario
Agradecimientos
Sobre el autor

Mapa

MAR MEDITERRÁNEO OCCIDENTAL s. IV aC

Sobre el contexto histórico

Estamos en el siglo IV antes de Cristo. La república romana no es más que un niño que da sus primeros pasos, conquistando poco a poco el resto de la península Itálica, pero que aún no domina el Mediterráneo. Por otra parte, las dos potencias comerciales que se han expandido a este y a oeste del mar Mediterráneo respectivamente, y han creado sus propias colonias comerciales, son los griegos y los cartagineses: dos potencias que están haciendo un pulso para ver quién acaba dominando toda la región mediterránea.

En medio de todo este terremoto de egos comerciales, hay un pequeño archipiélago al oeste, llamado por los cartagineses Baal-Iaroh, y que actualmente conocemos por el nombre de Islas Baleares. La menor de las islas que forman el archipiélago es la Ibusim de los cartagineses (Ibiza), donde fundaron una colonia comercial importante llamada Ebusus. El resto de islas son Nura (Menorca), la segunda isla más grande, y Clumba (Mallorca), la mayor. Estas dos islas más grandes han recibido también la influencia cartaginesa, pero en menor medida que los pobladores de Ibusim. En ellas no se ha fundado ninguna colonia comercial, como en el caso de la Ebusus de Ibiza, sino que la presencia cartaginesa en estas islas mayores del archipiélago se relega a pequeñas bases comerciales y de intercambio de productos con los nativos en islotes costeros. Algunos de los más destacados serían el islote de Na Guardis, en la Colonia de Sant Jordi, de Sa Galera, en Ca'n Pastilla, o de En Sales, en la costa de Calvià. Tanto en Mallorca como en Menorca siguen haciendo honor a sus antiguas tradiciones y a su cultura, que no es otra que la cultura talayótica, llamada así por la construcción de grandes atalayas: enormes torres de bloques megalíticos alzados piedra a piedra sin ningún tipo de argamasa que las una. Estas grandes atalayas, llamadas talayotes, flanquean las murallas de los poblados talayóticos y sirven a la vez de torres de vigilancia, de defensa y de monumentos funerarios. Los poblados estaban esparcidos por toda la geografía insular a corta distancia unos de otros, unos treinta kilómetros de media, aproximadamente, lo que equivaldría a un día de marcha. No conservamos los nombres de estos poblados, a excepción de Bóquer, Guium y Tuccis, que nos han llegado por medio de los textos romanos. El primero de los poblados es el único del cual conocemos su ubicación, en la actual Pollença, mientras que los otros dos poblados

sabemos que existieron y que estaban en la isla de Mallorca, pero desconocemos su localización.

Estos antiguos pobladores son famosos en todo el Mediterráneo por su dominio del tiro con honda. De ellos se dice que son los más diestros con esta arma, que lanzan sus proyectiles más lejos y con más fuerza y precisión que ningún otro hondero de todo el Mediterráneo. A pesar de que no son los únicos que utilizan la honda, sí son quienes lo hacen mejor. Por esta razón, durante siglos, los ejércitos más importantes del Mediterráneo les incorporan a sus tropas. Los primeros en hacerlo fueron los cartagineses, que les contratan en calidad de mercenarios, y como los honderos no podían llevar dinero a su isla, estos se gastaban toda su paga en vino y mujeres, que, según se dice, en sus islas escasean.

Incluso Aníbal Barca, el gran general cartaginés de finales del s. III a. C., utilizará los servicios de estos hábiles guerreros baleares durante las campañas por la península itálica, pertenecientes a la segunda guerra púnica, que mantendrá contra los romanos. Estos últimos quedan tan impresionados por las habilidades de los honderos baleares que una vez derrotados los cartagineses, también decidirán incorporarlos a sus filas. En este caso, no como mercenarios, sino como unidades auxiliares del ejército romano. Incluso Julio César nos hablará de su participación en la guerra de las Galias.

Así pues, observamos que la historia de los honderos es larga y está llena de aventuras y acción, ya que participarán en los momentos cruciales de la historia antigua del mundo mediterráneo occidental.

Pero en Mallorca no solo hay honderos. Muchos de los isleños, empujados por la necesidad o la sed de aventuras, se hacen piratas. Este es el motivo por el que en el año 123 a. C. el senado romano, con la excusa de la lucha contra la piratería, encargará a Quinto Cecilio Metelo la conquista del archipiélago balear y su incorporación a la República Romana.

Sin embargo, aún falta mucho para eso, y nuestros protagonistas todavía no saben lo que está por venir. Ellos simplemente viven sus vidas, y, sin darse cuenta, tejen la historia de nuestras islas. Una historia que tiene mucho que contar y que es realmente fascinante.

Personajes

Vatre: hijo de Caburus y Asitia y hermano de Isapte. De oficio ganadero, como su padre.

Isapte: hijo de Caburus y Asitia y hermano de Vatre. De oficio cantero.

Cloi: hija de Cila y Dauci. Joven rebelde, amiga de Vatre e Isapte.

Dauci: padre de Cloi y marido de Cila. Antiguo hondero mercenario de los ejércitos cartagineses que lucharon en Sicilia durante la segunda guerra siciliana. De oficio granjero. Adicto al juego y la bebida.

Cila: madre de Cloi y mujer de Dauci.

Caburus: padre de Vatre e Isapte y marido de Asitia. Antiguo hondero mercenario de los ejércitos cartagineses que guerrearon en Sicilia durante la segunda guerra siciliana. De oficio ganadero.

Asitia: madre de Vatre e Isapte y mujer de Caburus.

Amílcar Giscón: noble cartaginés. General de la expedición cartaginesa enviada a Sicilia para terminar con Agatocles.

Maro: capitán pirata de Clumba.

Arcadio: pirata de origen griego y mano derecha de Maro.

Apolodoro: médico griego de la Magna Grecia.

Alysa: hija de Apolodoro.

Norisus: caudillo de la compañía de honderos de Baal-Iaroh a las órdenes del general Amílcar Giscón.

Lasci: mano derecha de Norisus al frente de la compañía de honderos de Baal-Iaroh.

Cudun: miembro de la compañía de honderos de Baal-Iaroh, rival de Norisus.

Coro: mano derecha de Lasci.

Baltser: jefe del Batallón Sagrado Cartaginés.

Héctor: mercader de esclavos residente en Siracusa.

Erasmo: comerciante de vino griego.

Prólogo

Magna Grecia
312 a. C.

La noche estrellada había caído sobre la Magna Grecia. El hogar de Apolodoro permanecía tranquilo a esas horas. Era la modesta residencia de un médico rural, pequeña pero acogedora, alejada en cierto modo del bullicio de la colonia cercana. Seguía todas las directrices que cualquier casa griega debe seguir; el aire fresco de la noche se colaba desde el patio porticado central de la casa, presidido por un pequeño altar a los dioses, y se distribuía hacia las habitaciones que lo rodeaban.

Apolodoro llevaba una vida sencilla como médico rural de la localidad. Diariamente ayudaba a los miembros de la comunidad a apaciguar sus males y aplicaba los tratamientos que había aprendido en Neápolis. El hombre, de mediana edad, a pesar de estar a las puertas de la vejez, seguía manteniendo un aspecto impecable: siempre iba bien arreglado, con la túnica impoluta, el pelo corto, la barba afeitada y su mirada sabia, con la que tranquilizaba a todos sus pacientes. Era un engranaje fundamental de la sociedad. Su hermosa hija siempre le acompañaba en las visitas, dándole apoyo y compañía. A pesar de la muerte de la madre durante el parto, Apolodoro no podía querer más a Alysa; aquella joven de quince años, esbelta, de ojos verdes, mirada inteligente y pelo largo de un bonito color castaño claro lo era todo para él.

De repente, la tranquilidad de la noche se rompió repentinamente, un chillido cortó la oscuridad y Apolodoro abrió los ojos sobresaltado. «¿Qué demonios ocurre?», pensó, asustado. Al grito le siguieron golpes y una serie de ruidos estridentes: muebles moviéndose, menaje de bronce y cerámica cayendo al suelo… a Apolodoro se le fue la somnolencia de golpe. Los gritos venían de la habitación de su hija en el gineceo, la parte del hogar reservada a las mujeres. Sin pensarlo dos veces, encendió la lámpara de aceite que tenía junto a la cama y salió corriendo a buscarla. Cuando salió al patio central se quedó de piedra. Un grupo de hombres de aspecto extranjero, mal vestidos y sucios, le estaba vaciando la casa. Iban de

aquí para allá con las manos llenas de todos sus objetos de valor: las joyas de su difunta esposa, el dinero, el menaje de bronce, los pocos tapices que tenía, todos confeccionados por su amada mujer…, aquello era un desastre.

—¡Ladrones! ¡Me estáis desplumando, malnacidos!

Uno de los hombres que vaciaba su hogar se dirigió hacia él. Tenía un aspecto más decente que el resto. Vestido con una túnica griega y con el pelo corto y la barba afeitada, no se parecía en nada al resto de sus compañeros. Parecía un ciudadano griego respetable. El resto iban vestidos con pieles y totalmente descuidados, con barbas y cabellos largos que cubrían sus rostros. Parecían bárbaros de la peor especie.

—¡Hombre! Veo que el anfitrión finalmente se ha dignado a dar la bienvenida a sus invitados — dijo en griego con una sonrisa malévola.

—¡Tú eres griego! ¿Qué haces con estos bárbaros en mi casa? ¿Dónde está mi hija?

El hombre se rio alegremente.

—Tienes razón en que la compañía que traigo no es muy educada, pero no se lo tengas demasiado en cuenta; son de las islas Gimnesias, de Kromyousa, para ser más exacto. No son muy refinados, pero sí unos piratas de primera. Y aunque son unos bárbaros con todas las letras, su negocio es muy lucrativo. De hecho tu *oikos*, a pesar de su sencillez, está resultando una buena cosecha. Tú ya me entiendes.

—¡Hijo de perra! ¿Cómo puedes hablarme así? —exclamó indignado.

—¡Tranquilo, hombre! No hay porque alterarse; en unos minutos nos iremos y te dejaremos tranquilo.

—¡Tranquilo y en la miseria! ¡Me estáis vaciando la casa!

Apolodoro se quedó helado al ver aparecer en el patio a uno de esos extranjeros con su hija a hombros, como si se tratara de un cabrito. La joven no dejaba de gritar y golpear a su captor inofensivamente con los brazos y las piernas mientras el hombre se reía por su intento fútil de deshacerse de él. Era un hombre rudo, de complexión fuerte y piel morena. Parecía ser el jefe de aquel grupo de piratas, puesto que daba órdenes al resto de los hombres en una lengua extraña que Apolodoro nunca había escuchado antes.

—¡Mi hija! ¡Devolvédmela, desgraciados!

El hombre que llevaba a la chica se dirigió al pirata griego en aquella lengua extraña y mantuvieron una conversación de la que Apolodoro no pudo entender ni una sola palabra. Parecían estar en desacuerdo en algo. A continuación, el pirata griego se encogió de hombros.

—¡Padre, ayúdame! —gritaba la chica, desconsolada.

Los piratas miraron a Apolodoro con mirada malvada mientras sonreían desagradablemente.

El miedo atravesó el cuerpo del médico. ¿Qué serían capaces de hacer aquellos piratas?

Capítulo 1

El arte de la honda

Clumba
321 a. C.

Con la mano destrozada recogió la honda que le había caído por el cansancio. Un cielo rojizo con el sol a punto de esconderse iluminaba su sudor, que goteaba de su nariz hasta tocar el suelo. El pequeño Vatre llevaba todo el día intentando tirar de una pedrada el maldito trozo de cerdo que colgaba de la rama de aquella raquítica encina: tres vueltas sobre la cabeza para coger impulso, la mano izquierda apuntando al objetivo y lanzar con fuerza para lograr hacer caer aquella jugosa pieza de cerdo asada. El tiempo perdido en cada tiro fallido hacía que la carne estuviera más fría y fuera menos apetecible, pero, al mismo tiempo, su barriga rugía con más fuerza. El hambre oprimía cada vez más su estómago vacío, y ya le daba igual si la pieza de carne era de cerdo, oveja, cabra o de un maldito toro sagrado. ¡Él tan solo quería comer! Por el amor de los dioses, ¿tan difícil era entender que tenía hambre? Sus padres le habían dicho que se esforzara porque ya había cumplido los seis años, y, si era capaz de andar, correr y jugar, también debía serlo para usar la honda. No comería nada hasta que no hiciera caer aquel trozo de carne.

Nunca había visto a sus padres tan intransigentes con ninguna otra cosa. ¡Siempre habían sido comprensivos con él! Como aquel día que, a escondidas, buscando entre las cosas de su madre, se había llevado un collar de aquellos que las mujeres compraban a los comerciantes cartagineses que había en el islote frente a la costa. Su hermano mayor, Isapte, que tenía nueve años, le dijo que no disponía de nada para poder canjear con los comerciantes y hacer un regalo especial a Cloi, y que necesitaba su ayuda. Estaba convencido de que Vatre, al ser más pequeño, rápido y de manos ligeras, sería capaz de hacerse con el collar de su madre sin que ella se diera cuenta. Al principio, Vatre se negó; tenía miedo de que sus padres le descubrieran, pero su hermano, a base de regalarle el oído, le convenció. También una parte de él pensaba en la cara que pondría

Cloi cuando su hermano le explicara su gran hazaña… Cloi, aquella niña de ocho años le encantaba. Era traviesa, de carácter fuerte e inconformista y no paraba de dar quebraderos de cabeza a sus padres; que divertida… siempre llevando la contraria. Sí, por ella sí valía la pena correr el riesgo e impresionarla. Que cara le quedó al pobre Vatre cuando, después de todo el esfuerzo y de los peligros por los que había pasado para conseguir el precioso collar cartaginés, su hermano se lo dio a Cloi sin mencionar ni media palabra de su gran participación en la empresa. La chica, al principio, se puso muy contenta, pero al fijarse bien en el collar se dio cuenta de que algo no iba bien…

—Este collar se parece sospechosamente al de tu madre… ¿No, Isapte?

—Bueno…, ya sabes cómo son estos collares cartagineses…, todos parecen iguales, ¿no?

—A mí no me engañes, que el otro día en el templo lo llevaba; el único que tiene y que solo se pone en ocasiones especiales. No hay muchos collares cartagineses en el pueblo y éste es muy reconocible… ¿Qué crees que dirán tus padres cuando me lo vean puesto?

—¡Vamos, mujer! No seas exagerada… ¡Ni se darán cuenta!

—¿Me tomas por tonta?

—¡No mujer! ¡Qué va!

—Pues, devuélveselo antes de que se dé cuenta.

—Pero…, es para ti; ¿no lo quieres?

—Si es de tu madre, no.

Cloi puso mala cara, dio media vuelta y se fue.

Isapte se quedó solo, con el collar en la mano y cara de incredulidad. De repente, oyó un alboroto y unas risas que venían de detrás de una mata de los alrededores. Se acercó a ella, y encontró a su hermano Vatre tumbado en el suelo con las manos en la tripa y llorando de la risa.

—¡Menuda cara de cabra se te ha puesto! ¡Pareces un espantapájaros!

—¡Tú calla!

Se acercó para darle una patada, pero Vatre, que era mucho más rápido, la esquivó sin inmutarse ni parar de reír.

—¡Qué lista es! No has podido engañarla ni por un momento. ¡Me muero de risa!

—¡Cállate o le diré a nuestra madre que fuiste tú quien le robó el collar!

De repente, las risas de Vatre desaparecieron… Tragó saliva.

—¿Qué insinúas?

—¡Lo que has oído! Que si no dejas de reírte, te callas de una vez y no hablas con nadie de esto que acaba de pasar, le diré a nuestra

madre que fuiste tú quien le robó el collar.

—¡Pero si fuiste tú quien me pidió que lo hiciera!

—¿Ah sí? ¿Quién lo dice?

—¡Pues lo digo yo! ¡Claro!

—¿Y a quién piensas que creerán nuestros padres? ¿Al hijo mayor, el primogénito? ¿O al niño que no levanta un palmo del suelo, que está todo el día jugando y que nunca les hace caso? Recuerda que soy el favorito de nuestro padre.

—¡Eso no es cierto!

—¡Por supuesto que sí! Ya lo verás, maldita pulga, ahora mismo se lo voy a decir.

Vatre, mudó la cara. ¿Y si le endosaba el muerto? ¡Ni hablar! Mientras Isapte daba media vuelta, Vatre pegó un salto y le arrebató el collar de las manos. La sorpresa de Isapte fue mayúscula. ¡No se esperaba esa reacción! Intentó darle un puñetazo, que tan solo cortó el aire, seguido de una patada, que solo encontró el polvo que había levantado la carrera de Vatre de camino a casa.

Al llegar, se encontró a Asitia, su madre, usando el molino de mano para moler los cereales con los que prepararía la comida del día. Sus largos cabellos castaños caían sobre sus hombros, y miró a su hijo con sus ojos color caoba llenos de curiosidad.

—Hola, Vatre. ¿Qué te ocurre?

Vatre, que respiraba con dificultad tras la carrera, contestó:

—Nada, madre… es que he encontrado… tu collar… y he pensado… que tal vez… ¿lo habías perdido?

—¿Mi collar? —dijo ella, sorprendida.

—Sí, madre… aquí lo tienes.

La madre lo cogió con incredulidad. ¿Cómo era posible que su collar no estuviera en casa? Solo se lo ponía en ocasiones especiales: para ir al templo, a algún evento o para una cena especial. ¿Por qué su hijo pequeño lo había encontrado «por ahí»? No tenía ningún sentido.

Mientras se hacía estas preguntas, llegó Isapte, también respirando aceleradamente tras la carrera.

—¡Diga… lo que diga Vatre… Es mentira!

La madre ya empezaba a olerse que algo raro ocurría.

—¿Se puede saber qué ocurre aquí?

—Que Vatre… — Isapte se calló de golpe porque Vatre le había pisado.

—Isapte estaba conmigo cuando encontramos el collar, pero te quería dar yo la buena noticia de nuestro hallazgo y me he adelantado. ¿Verdad, Isapte?

Isapte ya no veía tan claro que su madre creyera su historia, y decidió seguir la corriente a su hermano. No era de correr riesgos innecesarios; él solo hacía una apuesta si sabía que la tenía ganada de

antemano.

—Sí, ¡esta pulga corre como una liebre!

La madre no acababa de tragarse la historia, y sabía que había algo más, pero cuando se disponía a pedir más explicaciones llegó su marido, Caburus.

—¿Qué ocurre aquí? —dijo el antiguo guerrero con el rostro serio y su presencia autoritaria y poderosa, con la cara marcada por la cicatriz que le cruzaba la mejilla. Sus cabellos morenos y descuidados le cubrían la cabeza sin ningún tipo de orden, mientras que su barba intentaba tapar la cicatriz de la mejilla sin conseguirlo. Llevaba las tres hondas encima: la grande atada a la cintura, la mediana colgada al cuello y la pequeña rodeándole la cabeza.

—Nada, querido. Había perdido el precioso collar cartaginés que me regalaste hace tiempo y Vatre e Isapte lo han encontrado —dijo Asitia con una sonrisa entrañable.

—¿El collar de nuestro compromiso? —exclamó Caburus con los ojos como platos.

—Sí, querido, pero por suerte nuestros hijos lo han encontrado.

—¡Menos mal! Con lo que me costó conseguirlo, ¡solo faltaría que se perdiera! Bien, chicos, buen trabajo. Pero ahora necesito que me ayudéis con el ganado, que yo solo no puedo con todo. ¡Venid!

Los dos hermanos se miraron y soltaron un suspiro de puro alivio al ver de la que se habían librado y siguieron a su padre.

◆◆◆

Qué recuerdos… Desgraciadamente, los recuerdos no le ayudaban a tirar el trozo de cerdo que seguía colgando de la encina que tenía delante. Por el horizonte se divisaban los últimos rayos de la puesta de sol.

«¡Venga, Vatre! ¡El último intento!», se dio ánimos a sí mismo.

Recogió una nueva piedra del suelo, cargó la honda, apuntó con el brazo izquierdo el objetivo, levantó la honda sobre la cabeza: una, dos, tres vueltas y lanzó. La piedra salió disparada hacia el objetivo. Por desgracia, volvió a fallar.

Vatre ya no pudo aguantarse más la frustración, cayó de rodillas y empezó a llorar. Su barriga emitía unos ruidos que nunca antes había sufrido, una sensación de vacío lo corroía por dentro, las fuerzas le abandonaban y acabó tendido en el suelo totalmente agotado. Todos los músculos le quemaban y los párpados se le cerraban sin que pudiera evitarlo. Finalmente, se durmió ante aquella encina raquítica y el trozo de carne que no quería caerse de ninguna de las maneras.

◆◆◆

Cuando el padre y la madre de Vatre vieron que su hijo caía rendido con la honda en la mano y se quedaba dormido en el suelo, salieron del bosque desde donde lo vigilaban y, con cara de complicidad y orgullo, levantaron a su hijo del suelo sin que se despertara y volvieron a casa. Al acercarse al pueblo, observaron la muralla formada por grandes bloques de piedra ciclópea superpuestos sin ningún tipo de argamasa que los uniera, con una altura de tres metros y un trazado elíptico que rodeaba todo el poblado. Varios talayotes, torres de vigilancia circulares con múltiples funciones, construidos con la misma técnica que la muralla estaban adosados a ella en varios puntos. Sobre uno de ellos había un guerrero cansado que hacía guardia. Estaba tan cansado que se había dormido apoyado en su lanza.

—¡Buenas noches, Tudelar! —dijo Caburus con un grito que despertó al guardia.

—¿Qué? ¿Cómo? —exclamó sobresaltado el guerrero—. ¡Eh, Caburus! Buenas noches. ¿Cómo le va el aprendizaje al pequeño de la familia? Se le ve agotado.

Vatre dormía tan profundamente que no hizo ninguna señal de alterarse por la conversación de los adultos.

—Todavía deberá pasar un poco de hambre… —dijo Caburus mientras, junto con la madre del pequeño, observaban con cierta preocupación a su hijo, que seguía dormido en sus brazos.

—Tranquilos, ocurre en las mejores familias. Seguro que mañana tira la pieza de cerdo —dijo el vigilante dando ánimos a los padres del pequeño.

—Sí, tarde o temprano la acertará. Si tú lo conseguiste, seguro que mi hijo también lo logrará —dijo Caburus con sorna.

El vigilante rio la insolencia de su viejo amigo.

—Sí, tienes razón, me costó lo suyo. Menos mal que tú me ayudaste a mejorar la técnica —dijo el guerrero mientras ensayaba el movimiento de tiro con honda, moviendo la mano en el aire—. Si no hubiera sido por ti, nunca habría conseguido tirar aquel maldito trozo de carne —añadió.

Caburus asintió con cara de complicidad.

—En fin, mañana será otro día. Buenas noches, compañero. Que te sea leve la guardia.

—Buenas noches, Caburus. Mientras yo me encargue de la vigilancia, podéis dormir tranquilos.

—No lo hemos dudado ni un momento… —dijo la madre de Vatre con una sonrisa de complacencia fingida.

Mientras la familia pasaba por el umbral de aquella enorme

entrada ciclópea formada por tres grandes rocas megalíticas que hacían de marco y se adentraban por el pasillo de tres metros que atravesaba la gruesa muralla, Asitia se dirigió a su marido en voz baja.

—Ojalá no durmiera durante sus guardias. Por suerte no tenemos grandes enemigos de los que preocuparnos; los del pueblo vecino de Guium hace tiempo que están tranquilos.

—Sí, por suerte, y gracias al acuerdo de paz firmado entre nuestros respectivos jefes que distribuye las tierras de cultivo equitativamente entre Guium y Tuccis, los días de conflicto han quedado atrás. Nuestros hijos viven tiempos tranquilos y ello hace que nos podamos permitir el lujo de que compañeros como Tudelar vigilen nuestra muralla, que hoy en día ya no es tan necesaria como antes; pero nunca se sabe cuándo pueden cambiar las cosas. Debemos estar preparados.

Su mujer asintió.

Apenas pasada la muralla vieron el gran talayot circular que presidía la localidad. Erigido en el centro y levantándose del suelo hasta los seis metros de altura, se elevaba por encima del resto de edificios y de la misma muralla. Era imponente. En él se reunían los aldeanos cuando era necesario tomar decisiones que afectaban a toda la comunidad. A su alrededor había pequeños grupos de varias cabañas circulares, con paredes de piedra y techo de cañizo, distribuidas aleatoriamente dentro del recinto. Cada una de estas agrupaciones de casas tenía una pequeña cerca donde la gente guardaba su ganado y disponía de un pequeño huerto de donde sacaban las hierbas y las hortalizas para comer diariamente. Junto a los bueyes que ayudaban con las tareas más duras estaban los cerdos, parte esencial de su alimentación, así como las cabras, de las que lo aprovechaban todo: las pieles para vestirse, la leche, e incluso la carne. Las ovejas, aunque no hacían uso de su lana, también formaban parte de la dieta a base de carne de los aldeanos. Estas casas, junto con sus cercas, establos y almacenes, llenaban todo el recinto del poblado. La distribución desordenada, caótica y apiñada hacía que los callejones que discurrían entre las construcciones fueran como un laberinto. Pero no para sus habitantes. La familia se dirigió hacia una de las casas situadas junto a la muralla, lejos del gran talayot que dominaba el centro del poblado. Una vez atravesado el umbral de su casa, bajaron los tres escalones de entrada hasta internarse en la sala principal del hogar. El espacio estaba prácticamente desnudo. Todo el mobiliario que había era una gran roca plana que hacía la función de mesa y un banco de piedra adosado a la pared. El hogar semicircular y con base adoquinada, situado en una esquina, que hacía de chimenea y de cocina a la vez, permanecía apagado. La luz de la luna que entraba por el portal iluminaba tenuemente la estancia presidida por

una columna formada por tres largas piedras que sostenían el techo de cañizo de la casa. Un hoyo en el suelo, rodeado por un círculo de piedras, era la cisterna donde la familia guardaba el agua potable, y un pequeño hueco situado en una de las paredes hacía de despensa. La pareja con el niño entró en la sala hasta llegar a una pequeña habitación contigua que todos los miembros de la familia usaban como dormitorio. Los padres llevaron al pequeño Vatre a su lecho de pieles para que pudiera descansar y recobrar las fuerzas para proseguir con su entrenamiento al día siguiente.

Capítulo 2

Una niña curiosa

Clumba
321 a. C.

Bajo un cielo estrellado, Cloi llegaba a casa entrada la noche. Como siempre, se había pasado todo el día fuera y volvía sabiendo perfectamente lo que encontraría: un ánfora de vino cartaginés vacía en el suelo y a su padre, Dauci, totalmente dormido tras la borrachera que habría cogido después de beber durante todo el día. Siempre hacía lo mismo cuando había recogido la cosecha: iba corriendo a ver a los comerciantes cartagineses para canjear todo lo que podía por ánforas de vino bien llenas; era como si quisiera evadirse en todo momento de todo. Su padre siempre le había parecido una persona triste e infeliz que tenía que refugiarse en la bebida para poder superar sus problemas. Pero cuando el alcohol no le bastaba para superarlos, apaciguaba sus frustraciones pegando a Cila, su madre. ¡Cómo si ella fuera la responsable de sus desgracias! ¿Qué culpa tenía ella de que no hubieran tenido ningún hijo? ¿Qué culpa tenía ella de los desastres que había visto y hecho él en las campañas con los cartagineses? ¿Qué culpa tenía ella si…? Su padre era un cobarde, y en vez de asumir sus problemas y sobreponerse, o remediarlos, se dedicaba a culpar a los demás y a pagarlo con las personas que tenía más cerca. Por eso cuando su padre se despertaba de mal humor debido a la resaca que le provocaba el vino barato que bebía, ella huía de casa. Siempre que podía reunía algo de comida de la despensa, y si no, se dedicaba a recoger lo que el bosque le ofrecía.

Juraba que su padre algún día recibiría lo que se merecía. Aunque ahora era demasiado pequeña para hacerle frente, tarde o temprano sería lo bastante mayor para hacerlo y terminar con el martirio de su madre. De momento solo podía huir y esconderse, a la espera del día en que llegara la hora de actuar.

Siempre había sido una joven inteligente y despierta, además de fría y calculadora, capaz de ponderar los pros y los contras y actuar de la manera más adecuada en cada momento. Había mucha gente

que se dejaba llevar por los sentimientos, y había podido comprobar cómo ese tipo de gente nunca conseguían lo que querían y, encima, acostumbraban a salir malparados. Actuar demasiado apasionadamente llevaba a hacerlo irreflexivamente y a provocar que se cometiesen errores por culpa de una poca o nula planificación. Ella sabía en cada instante lo que quería hacer y por qué, y el siguiente paso que debería dar. El azar no era una opción.

Cuando su padre ya dormía, ella entraba en casa sigilosamente y, sin despertarlo, iba a la habitación donde estaba su madre. A veces se la encontraba con la mirada perdida y totalmente abstraída, y otras llorando. Se sentía muy desgraciada. De vez en cuando le veía algún moratón, pero casi nunca en la cara, porque era demasiado hermosa para estropearle el rostro; pero los brazos y el torso, más de una ocasión mostraban señales de violencia. Sin embargo, estuviera como estuviera, sin importar el día que hubiera tenido, al ver entrar a su hija por la puerta recobraba las fuerzas y una sonrisa cruzaba su rostro, se secaba las lágrimas y le abría los brazos. Cloi corría hacia ella con todas sus fuerzas, y madre e hija se fundían en un fuerte abrazo que las reconfortaba. Entonces Cloi le contaba todo lo que había hecho ese día.

—¡Hola, madre! —dijo Cloi en voz baja para no despertar a su padre—. ¿A que no sabes qué he hecho hoy?

—No lo sé, hija mía, cuéntamelo todo —respondió Cila con un susurro.

—Hoy, cuando corría por los acantilados desde donde se ve todo el pueblo y el mar, he visto llegar un barco pirata a las costas del poblado.

—¿De verdad? —exclamó Cila, sobresaltada.

—¡Tranquila, mamá! No era un barco extranjero; estaba lleno hasta arriba de marineros de nuestro pueblo. Estaba Maro, Isapte…

—¿Isapte? ¿El hijo de Caburus? —La interrumpió su madre, sobresaltada.— ¿No es demasiado joven para hacer de pirata?

—¡No, madre! ¡Menudas ideas! Isapte, el hijo de Cuduniu, el carpintero —dijo riendo Cloi por la confusión.

Dauci emitió un gruñido seguido de un ronquido, y se giró para seguir durmiendo plácidamente. Por suerte la risa de Cloi no le había despertado.

—No te rías tan fuerte, a ver si despertarás a tu padre y… —dijo Cila poniéndose el índice sobre los labios para indicarle que no hiciera ruido.

—Ups!… perdón… Pues, bajaban del barco muy cargados —continuó explicando en voz baja—. Llevaban toda clase de mercancías: telas, cerámicas, joyas, e incluso esclavos; nunca había visto gente tan extraña —afirmó la niña con cara de rechazo.

—No hables así de los esclavos; son gente como tú y como yo que simplemente han tenido peor suerte que nosotros.

Tras esa afirmación, un pinchazo de dolor le recorrió el brazo; puso la mano sobre el moratón que tenía y recordó como Dauci la había sacudido ese día. Intentó que su mueca de dolor pasara desapercibida, pero no lo consiguió.

—¿Qué te pasa, madre? ¿Padre te ha vuelto a pegar? Maldita sea… —la niña miró a su padre con ojos de odio y apretó los puños tan fuerte que se marcó la palma de las manos.

—No es nada grave, Cloi. Hoy me he caído y me he dado un pequeño golpe, solo eso. ¿Qué me contabas sobre nuestros navegantes que han vuelto a casa? —dijo su madre para cambiar de tema.

Cloi mudó el rostro al recordar todo lo que tenía que explicar a su madre.

—Pues también he ido hasta el islote que hay frente a la costa para ver el mercado cartaginés y he visitado a Aníbal.

—Como de costumbre… —dijo Cila con una sonrisa cómplice.

—¿Qué quiere decir «como de costumbre»? —dijo la niña imitando la voz de su madre.

—Creo que vas mucho al mercado cartaginés a ver a ese Aníbal… ¿No será que sientes algo por él? —dijo con una mirada traviesa.

—¿Qué dices, madre? ¡Si solo tengo ocho años! Además, los hombres me dan asco, mira a padre —dijo, dirigiendo una mirada de repugnancia hacia Dauci.

—No todos los hombres son como tu padre —comentó Cila con una mirada de resignación.

—¡Yo no me enamoraré nunca! —aseveró Cloi con decisión y firmeza.

Cila se rio y la niña se puso un dedo en los labios, intentando acallar a su madre.

—No te rías tan fuerte, a ver si despertarás a padre…

Cila se tapó la boca con la mano para amortiguar la risa.

—Esta frase creo haberla dicho hace poco —dijo Cila aún con una pequeña sonrisa entre los dientes, apenas audible.

—Bueno. La cuestión es que he hablado con Aníbal y me ha explicado un montón de cosas. ¿Sabías que viene de la ciudad de Ebusus, que es la capital de la isla de Ibusim?

Antes de que Cila pudiera contestar, Cloi continuó hablando sin parar. Parecía que hubiera comido lengua aquel día.

—¿Que nuestra isla se llama Clumba y que todavía hay otra más hacia el este que se llama Nura?

Cila se limitó a asentir, convencida de que ahora mismo lo único que podía hacer era escuchar a su hijita, que le estaba

explicando todo lo que había descubierto ese día. Sabía que no dejaría de hablar hasta habérselo explicado todo.

—¿Y que todas juntas reciben el nombre de Baal-Iaroh? Porque en cartaginés Baal significa «los maestros de» y Iaroh significa «lanzar». ¡Nosotros somos los maestros del lanzamiento! —Cila volvió a asentir con una sonrisa que invitaba a su hija a continuar.

—Pero, claro, así es como nos llamaban antes los fenicios, los antiguos grandes comerciantes del mar Mediterráneo que fundaron colonias por todas partes. Desde muy lejos, al este, de donde vienen ellos, y hasta el oeste, en las columnas de Melkart, ¡hasta el fin del mundo! Y como resulta, por lo que me ha dicho Aníbal, los fenicios son como los padres de los cartagineses, así es como nos llaman ellos también. Por otra parte, también están los griegos, que como los fenicios son unos espléndidos comerciantes. Al igual que ellos, los griegos han fundado muchísimas colonias por todas partes, pero las llaman *apoikias*: απο en griego significa lejos y οικια significa casa, es decir, un hogar lejos de casa. Y como no podía ser de otra manera, los griegos no hablan fenicio, ni tampoco nuestra lengua. Son gente muy refinada que viene de oriente y van vestidos con hermosas túnicas como los cartagineses, no con pieles como nosotros, ¡y también comercian con muchísimas cosas como ellos!

—Hijita mía, todo lo que dices me parece muy interesante, pero… ya me has mareado —dijo Cila con una sonrisa tierna—. Creo que hoy ya hemos tenido suficiente con fenicios, cartagineses y griegos. ¡Ya es muy tarde! Venga, a dormir —dijo ella mirando a su hija con ternura.

◆◆◆

Al día siguiente, Cloi salió muy pronto de casa, como siempre, mucho antes de que sus padres se despertaran, hacia su lugar favorito, el islote de los Cartagineses. Allí, cada mañana que podía, iba a ver a Aníbal. Era un joven cartaginés que, junto con su padre, llevaba un pequeño comercio en el islote. Vendían todo tipo de productos provenientes del Mediterráneo: especias, perfumes y telas de Oriente; cereales y minerales de Occidente, como el hierro de Cerdeña; plata de Iberia y estaño de Cornualles, indispensable para la fabricación del bronce. Le encantaba ir a verlo porque siempre aprendía algo. Él le explicaba cómo era el mar, de dónde venían los comerciantes y todo tipo de historias y de aventuras extraordinarias.

Ese día, Aníbal estaba de muy buen humor, como era habitual. Su carácter alegre, acompañado por sus dulces maneras y su aspecto cuidado, hacía que Cloi se sintiera muy a gusto con él. Sus cabellos oscuros siempre bien arreglados y atados con una fina cinta de seda

púrpura que le recogía el pelo, junto con su barba corta y arreglada, le conferían un aspecto muy agradable.

—¡Eh, pequeña! ¿Otra vez por aquí tan pronto?

—¡Hola, Aníbal! Estaba aburrida en mi casa y he decidido hacerte una visita —dijo la niña con una gran sonrisa.

—Como cada mañana —le dijo con una mirada cómplice.

Cloi se ruborizó, pero no se escondió.

—Es que me encanta hablar contigo, porque siempre me enseñas un montón de cosas del mar.

El chico se rio.

—¡Es que el mar es muy grande y tiene mucho que enseñarnos! ¿Qué quieres que te cuente hoy, pequeña niña curiosa? Nunca tienes suficiente, por mucho que te cuento, siempre quieres saber más y más.

—¡Claro que sí, cuanto más mejor! —dijo llena de impaciencia—. ¿Estás muy ocupado?

—Todavía no. Aún es temprano. Pero, bueno, aunque ni siquiera hemos abierto, ya lo tengo todo preparado. Así que, soy todo tuyo.

—El otro día me dijiste que hoy me contarías cómo nació Cartago, vuestra capital. ¡Dijiste que había una reina en su historia, y eso me llamó mucho la atención!

—¡Ah! Claro, hablas de la reina Dido. ¡La primera reina de Cartago!

—Sí, sí.

—Pues, mira. Todo empezó hace mucho, mucho tiempo, en una ciudad fenicia del este del Mediterráneo llamada Tiro.

—¿Está muy lejos esta ciudad? ¡Háblame más de los fenicios, me parecen un pueblo increíble!

—¡Uy! ¡Por supuesto! Los fenicios eran los mejores comerciantes del mundo; los griegos les llamaban *phoinikes*, que significa «púrpuras», porque utilizaban un colorante de esta tonalidad que extraían de un molusco llamado múrice. Con este tinte teñían ropas y objetos decorativos que luego vendían por todo el Mediterráneo, junto con muchos otros materiales y productos. Entre ellos estaba la madera de cedro (donde vivían tenían muchísima), así como telas, aceite, resina e incienso. También comerciaban con alimentos como cereales, carne, vino y pescado que, gracias al descubrimiento de la salazón, podían conservar en buen estado durante sus largos viajes. Por eso son tan importantes las salinas de Ibusim y las que tenéis al sur de vuestra isla —dijo el joven con un guiño a aquella extraña niña de Clumba que le escuchaba embobada—. ¡Y no debemos olvidar el papiro! Recuerda que ellos inventaron el alfabeto y, gracias a ello, podemos leer y escribir. La ciudad fenicia de Biblos se hizo famosa por la venta de su papiro.

—Ojalá supiera leer y escribir. Cuando veo tus papiros no entiendo nada de nada —dijo la pequeña con cara triste.

—Pues esto debemos remediarlo. Otro día te enseñaré a leer y a escribir en nuestro alfabeto, que es el mismo que el de los fenicios. ¡Siempre puede serte útil!

—¿De verdad? —preguntó Cloi con el rostro que pasó de una mueca de frustración y tristeza a una que transmitía una gran alegría.

—¡Por supuesto, mujer!

—¡Qué bien! —dijo ella, alegremente.

—Pues bien, como te estaba contando, los fenicios zarparon con sus famosas naves. Nadie tenía unos barcos como los suyos, y desde el este navegaron bordeando todo el norte de África hasta llegar a la península Ibérica, que está justo pasadas nuestras queridas islas Baal-Iaroh, donde fundaron numerosas colonias, como Sexi, Malaka y Gadir, ¡en el fin del mundo! Los griegos llaman a este lugar las columnas de Heracles, pero nosotros las conocemos por su nombre real: columnas de Melkart. De estas colonias importamos hoy en día una gran cantidad de plata, y de muy buena calidad. Y, por supuesto, no podemos olvidarnos de Ebusus, la capital de Ibusim, ¡de donde vengo yo! —dijo con una sonrisa henchida de orgullo—. Si alguna vez tienes ocasión, debes visitarla; es un puerto comercial impresionante, con gente de todas partes —Cloi asintió con la cabeza, emocionada.

—Sigamos. Tiro era una de las ciudades más importantes. Y ahora ya nos acercamos al meollo de la historia de la reina Dido.

—¡Ay, sí! ¡Por favor, sigue!

—Pues resulta que en la ciudad fenicia de Tiro reinaba el rey Matan, que tuvo varios hijos, pero los que más nos interesan son los hermanos Pigmalión y Elisa.

—¿Y la reina Dido? —preguntó la pequeña cruzando los brazos y poniendo cara de indignación. El comerciante se rio ante la impaciencia de Cloi, típica de los niños pequeños.

—¡Espera un poco, mujer! Un poquito de paciencia y ya lo verás. Cuando el rey Matan murió, Pigmalión le sucedió como rey. Pigmalión era muy ambicioso y codicioso, por lo que obligó a su bella hermana Elisa a casarse con el comerciante más rico de la ciudad, llamado Siqueo. Quería que, una vez casada, Elisa hiciera decir a Siqueo dónde guardaba toda su riqueza para poder robársela. A pesar de que Elisa se casó por obligación…

—Menudo hermano, mira que obligarla a casarse contra su voluntad —interrumpió la niña, molesta—. ¡Yo nunca dejaría que me hicieran eso! —añadió segura de sí misma.

—Pero Cloi, estos matrimonios de conveniencia son totalmente normales, tal vez en el futuro tu padre elija un buen partido para que te cases.

—Yo nunca dejaré que mi padre elija por mí. ¡Ni hablar!

—Bueno, no me pienso meter en estos líos. Como iba diciendo, a pesar de que Elisa se casó por obligación, acabó enamorándose de Siqueo, y no quería traicionarle diciendo a su hermano dónde podía encontrar las riquezas de su marido, así que se negó a darle la información al rey. Su hermano se enfureció tanto que mató a Siqueo, y Elisa se vio obligada a huir de la ciudad, junto con su hermana Ana y su cortejo. Cogieron una nave, de las que hemos comentado antes, y se hicieron a la mar. Navegaron y navegaron hasta que llegaron a las costas de Numidia, en el norte de África. Allí conoció al rey de los getulos, de nombre Jarbas, y le pidió que le concediera un pequeño pedazo de tierra para instalarse con su gente. Jarbas, que debía pensar que Elisa, por ser mujer, no era demasiado lista —dijo Aníbal, sacando la lengua a Cloi con una mueca cómplice—, le dio un pequeño trozo de piel de buey y le dijo que le daría un pedazo de tierra tan grande como el que ella pudiera abarcar con aquella piel. Pero a diferencia de lo que pensaba el rey Jarbas, Elisa era muy lista. ¿Sabes qué hizo?

—¡No! ¿Qué hizo? —preguntó Cloi emocionada, esperando con impaciencia escuchar cómo continuaba el relato de aquella maravillosa princesa aventurera.

—Pues cogió la pequeña piel de buey y la rasgó en largas tiras muy, muy delgadas, y con ellas trazó una circunferencia desde la costa y delimitó lo que después se convirtió en la gran y próspera ciudad de Cartago, nuestra capital. Y la princesa Elisa se convirtió en la reina y, desde entonces, fue conocida por todos como la reina Dido de Cartago.

—¡Yo de mayor quiero ser como la reina Dido! —exclamó Cloi entre aplausos de alegría.

El cartaginés se rio ante la ambición desmesurada de la pequeña.

—¿Lo dices en serio? ¡De reina Dido solo ha habido una! Pero estoy convencido, conociéndote como te conozco, que también harás grandes cosas como ella.

Capítulo 3

El paso del tiempo

Clumba
311 a. C.

La piedra voló por el cielo a toda velocidad e impactó contra el pájaro que pasaba por encima del sotobosque.

Los hermanos Vatre e Isapte corrieron en busca de su preciada recompensa por el trabajo bien hecho. Un tiro perfecto a un blanco en movimiento a cien pasos de distancia no estaba nada mal para un adolescente de dieciséis años. Vatre estaba orgulloso de su tiro.

—¡Bien hecho! —dijo Isapte—. ¡Cuando pienso lo que te costó tirar tu primer trozo de carne cuando eras pequeño! —se mofó el hermano mayor.

—Maldito Isapte, ¿me lo recordarás toda la vida?

—Perdona, Vatre… Es que tus primeros pasos con la honda no presagiaban nada bueno… Pensaba que el tiro con honda no estaba hecho para ti. ¡Pero mira, el tiempo ha demostrado que me equivocaba! —dijo Isapte con una sonrisa de orgullo de hermano mayor dibujado en el rostro—. ¡Ya casi me llegas a la suela del zapato! —añadió riéndose.

—¡Ya te gustaría, creído! ¡Te doy mil vueltas! —respondió Vatre.

Habían pasado unos años, Vatre ya tenía dieciséis e Isapte diecinueve. Isapte había crecido alto y robusto; el trabajo en la cantera le había desarrollado aún más los músculos del cuerpo, pero, por el contrario, esto le restaba la poca agilidad de la que disponía. A Vatre, en cambio, su complexión delgada y esbelta le confería una flexibilidad y velocidad que su hermano no era capaz de igualar. El trabajo en el campo con su padre, haciéndose cargo del ganado, había ayudado a mantenerlo atlético y fibroso. Además, como usaban la honda para todo tipo de tareas con el ganado, su destreza con el arma había mejorado ostensiblemente. Por ejemplo, si una de las cabras se

alejaba del rebaño mientras pastoreaba, Vatre cogía la honda y, con mucho cuidado, lanzaba una piedra que siempre caía justo delante del animal. La cabra parecía entender el mensaje y, retrocediendo, volvía a reunirse con el grupo. Tanto si el animal extraviado estaba lejos como cerca, bastaba con coger la honda correcta para la distancia correspondiente: la pequeña, que llevaba atada a la cabeza, para las cortas (hasta unos veinte pasos); la media, que llevaba colgada al cuello, para las intermedias (entre los veinte y los cien pasos); y la larga, que llevaba siempre atada a la cintura, para las más largas. Su padre le explicaba que en la guerra de Sicilia había conocido a un hombretón que era capaz de lanzar la honda hasta una distancia de ¡doscientos cincuenta pasos! Pero también le aclaró que, aunque lanzara tan lejos, su precisión era más bien escasa. Eso demostraba que era mejor lanzar piedras a ciento cincuenta pasos y conseguir el objetivo, que no a doscientos y fallar. Así pues, Vatre se centró en la precisión y no en la distancia. Su hermano Isapte, que era mucho más grande y fuerte, se enorgullecía de tirar con la honda más lejos que nadie, pero en cambio, su puntería no era tan buena como la de su hermano.

Vatre, satisfecho con su tiro, tomó el tordo del suelo, donde se había precipitado tras recibir el golpe fatal, y lo metió en la cesta con el resto de aves que habían cazado ese día. Daba gusto ver la cesta, estaba llena a rebosar.

—¡Qué cantidad de tordos habéis cazado! —exclamó una voz femenina detrás de ellos.

Los dos hermanos se giraron y vieron como una joven de pies gráciles y pelo largo y suelto se les acercaba. Sus delicadas curvas y sus ojos verdes iluminaron a Vatre.

—¡Hola Cloi! ¿Cómo estás, guapa? —respondió Vatre alegremente, al contrario que su hermano, que fue bastante más seco.

—Hola —dijo Isapte.

Vatre siempre irradiaba alegría cuando veía a Cloi. Aquella chica espabilada y traviesa le había robado el corazón desde que eran pequeños. Verla era como un soplo de aire fresco.

—¿Es vuestra comida? ¡Seguro que a la brasa estará para chuparse los dedos!

A Cloi se le caía la baba imaginándose las aves cocinándose.

—¡Claro! —dijo Vatre—. ¿Quieres comer con nosotros?

—No, hombre, no quiero molestar.

—¿Qué dices, mujer? ¡No es ninguna molestia! ¿Verdad que no, Isapte?

—Pues… yo creo que nos ha costado bastante cazar estos tordos y eran para nosotros y… —empezó a justificarse Isapte, contrariado.

Vatre cortó a su hermano.

—¿Lo ves, Cloi? ¡Isapte está de acuerdo conmigo!

—Pero… —intentó responder Isapte.

—¡Ay, chicos! ¡Muchas gracias! No sabéis cuanto deseo comerme un pájaro asado —dijo la joven lamiéndose los labios—. Cada día salgo temprano de casa para no encontrarme con mi padre y solo como frutos del bosque y raíces… ¡Sería genial variar la dieta de vez en cuando! —dijo Cloi con su dulce voz.

—Pues yo creo que tu padre es quien debería darte de comer, que siempre nos quitas lo que cazamos —dijo Isapte quejándose entre dientes.

Vatre hizo como si no hubiera oído a su hermano.

—Para nosotros siempre es un placer que nos acompañes a la mesa. ¿Verdad que sí, Isapte? —dijo dándole un codazo.

—Si tú lo dices…

—¡Gracias!¡Sois los mejores amigos del mundo! No sé qué haría sin vosotros —dijo la joven mientras cogía unas cuantas ramas secas para encender un fuego.

Cuando empezaron a asar los tordos, se sentaron en círculo alrededor de las brasas y comieron alegremente.

—¿Cómo está tu madre, Cloi? —preguntó Vatre.

—Bueno…, como de costumbre…, ya sabes…

—Me lo imagino… —dijo Vatre.

Todo el pueblo sabía que Dauci, su padre, maltrataba a Cila, pero eso eran asuntos familiares privados, y decididamente la gente no tenía nada que decir al respecto. Cada uno hacía lo que consideraba oportuno dentro de su casa, que para eso era suya.

—Ojalá mi padre desapareciera y nos dejara a mi madre y a mí en paz. Seríamos más felices.

Vatre puso cara de circunstancias.

—Desgraciadamente es tu padre, y no podemos hacer nada. Todos tenemos un padre y una madre, son los que nos tocan y debemos aprender a convivir con ellos tanto si nos gustan como si no.

Cloi, siempre tan fuerte y decidida, empezó a temblar ligeramente. La frustración y la indignación se la comían por dentro. Una pequeña lágrima indiscreta se le escapó y empezó a caer por su mejilla mientras pensaba en el infierno que vivían ella y su madre en casa. Se secó el rostro, ya que no le gustaba dar lástima. Sacó fuerzas de dentro y decidió cambiar de tema. Tal y como decía todo el mundo, los problemas de casa eran cosa suya y de nadie más.

—Sí…, imagino que todos tenemos nuestros problemas, ¿no?

Vatre, que sabía por lo que pasaba su amiga, pero sentía que no podía hacer nada por ella, asintió.

—Tienes que ser fuerte, Cloi.

Cloi también asintió, un poco decepcionada por la reacción de Vatre, pero sabía que en el pueblo no estaba bien visto meterse en la vida de la gente. No lo compartía, pero lo entendía. Era la costumbre, y ella no lo podía cambiar.

La comida siguió con un silencio triste, solo perturbado por el ruido que hacían los animales del bosque. Cloi comía sin articular palabra mientras pensaba cómo podía lidiar con su padre… Desgraciadamente, se había hecho aquella pregunta mil veces…, y todavía buscaba la respuesta.

Capítulo 4

La apuesta

Dauci estaba especialmente malhumorado ese día. Su rostro quemado por el sol y cubierto ligeramente por el pelo, que le tapaba parte de las facciones, y su barba incipiente no escondían su semblante adusto. El vino le había salido más caro de lo habitual, ya que decían que los piratas estaban haciendo estragos por todo el Mediterráneo, y que esto hacía peligroso el tráfico de mercancías por mar; y ya se sabe, cuando sube el riesgo, sube el precio. Pero la sed de olvido del padre de Cloi no tenía precio, debía saciarlo como fuera, y pagó lo que le pidieron, aunque fuera un robo en toda regla. Por si eso fuera poco, trató de resarcirse de las pérdidas de la manera que le pareció más inteligente: jugando a los dados en la taberna del islote cartaginés… No era costumbre de la gente de su pueblo jugar a juegos de azar, pero en el islote de los Cartagineses se cruzaba gente de todos los lugares del mar, y esta costumbre, traída por gente de fuera, había arraigado. La avaricia es un mal que se extiende rápidamente entre la gente, no importa su origen. Pero ya se sabe que la avaricia rompe el saco. El juego era una costumbre que Dauci había adquirido mientras estaba en la guerra de Sicilia, ya que entre las tropas cartaginesas todos los soldados eran adictos a él. ¿Por qué ahorrar hoy, si tal vez mañana puede ser tu último día en este mundo? En el pueblo estaba prohibido el dinero, pero nadie le podía decir nada si canjeaba las ganancias del juego por vino o cualquier otro producto antes de volver a su casa.

La apuesta comenzó con buen pie y ganó un par de tiradas. Estaba pletórico, y ya se veía partiendo hacia su casa con unas cuantas ánforas llenas de toda clase de productos: aceite, grano, vino…

—¡Venga! Una tirada más y ya habré recuperado las pérdidas de la compra del vino a precio de oro.

No dejaba de repetirse esta frase al final de cada tirada afortunada. El dueño del establecimiento ponía mala cara y se le veía muy preocupado por la buena suerte de aquel cliente, que parecía tener una gran habilidad para lanzar los dados.

—¡Caramba! ¡Nunca había visto nada igual! ¿Dónde has aprendido a lanzar los dados así?

El tabernero cartaginés se llevaba las manos a la cabeza. Era un

hombre gordo, y a pesar de llevar la barba más o menos arreglada e ir perfumado, su falta de higiene y su olor a sudor no pasaban desapercibidas. Dauci estaba disfrutando de aquella situación; cuanto peor cara ponía el tabernero, mejor cara ponía él.

—¡Soy el mejor jugador de dados del mundo! —bramó Dauci, celebrando sus interminables victorias. Agarró la jarra de vino de la mesa e hizo un trago del líquido celestial para celebrar su buena suerte.

El tabernero, que había visto esa estampa miles de veces, sabía que había llegado el momento de cambiar los dados cargados por unos normales; la suerte de aquel ingenuo pronto acabaría, pensó.

Aprovechando el descuido de Dauci, que hacía un trago de vino que no se acababa nunca, el tabernero cambió los dados de la mesa por los que llevaba escondidos en el delantal.

De repente, la suerte de Dauci cambió…, y todas las tiradas salían mal, perdía una tirada tras otra…

«¡Venga! ¡La siguiente es la buena! No puedes abandonar ahora. Pronto volverá la buena racha», se decía a sí mismo.

Y siguió jugando. Perdió lo que ya había ganado y continuó con lo que no había conseguido vender ese día de la cosecha… También lo perdió… El dueño del establecimiento le miraba con cara condescendiente.

—Qué lástima…, parece que hoy no es tu día de suerte… —le dijo cuando ya lo había desplumado—. Vuelve mañana, con la fortuna nunca se sabe, tal vez mañana recuperas todo lo que has perdido hoy y te vas con ganancia.

—¡Ni hablar! No puedo irme a mi casa con las manos vacías.

—Venga, dejo que te lleves la jarra de vino que tienes en la mesa, invita la casa.

Había que hacer creer al incauto jugador que se compadecían de él. Era fundamental para que volviera.

—¡No! ¡Quiero seguir jugando!

—Pero… si ya no te queda nada para apostar.

—¿Cómo que no? ¿Qué tal esta pulsera que conseguí en la guerra de Sicilia? Es griega. Se la robé a una ramera helena tras haberla violado y haber matado a su marido.

—Es una pieza interesante… Si quieres seguir jugando, por mí no hay ningún problema. No seré yo quien a un buen cliente como tú le haga desistir de jugar.

Otra tirada, otro error y otra posesión perdida.

—Yo creo que ahora sí que ya hemos terminado —dijo el tabernero.

—¡No! ¡Me jugo a mi mujer!

—¿Tu mujer? ¿Qué mujer? ¿Tienes alguna esclava?

—¡No, imbécil! No me lo puedo permitir. Me refiero a mi esposa.

—¿Tu esposa? ¡No puedes jugártela a los dados! Y… y si se entera el jefe de tu pueblo o el sacerdote, ¿qué dirían?

—¿Ellos? Ellos no tienen que decir nada sobre este tema. ¡Esto es entre tú y yo!

—¿Seguro?

—¡Por supuesto que sí!

Dauci, que ya estaba muy perjudicado por el vino, pensaba que total, aquella maldita mujer no le servía para nada más que para molestarle, no le había dado ningún hijo varón, solo lloraba todo el día y en la cama parecía un cadáver, frío e inerte. Por mucho que le pegaba no conseguía enderezarla. Aquella mujer no tenía solución y estaría mucho mejor sin ella.

—¿Y es guapa tu mujer?

—¡Claro! Por eso es mi mujer.

Lo que no le quiso contar fue que era una perezosa que no hacía más que llorar y quejarse todo el día.

—¡Pues, hecho! —asintió el tabernero, a quien la lujuria ya empezaba a hacerle salir los ojos de las órbitas.

Como era de esperar, aquella última tirada tampoco salió del todo bien para los intereses de Dauci… ¿O quizás sí?

◆◆◆

Cila estaba en casa cosiendo unas pieles cuando su marido entró dando una patada a la puerta. Acto seguido, agarró a su mujer por los pelos, la lanzó al suelo y empezó a levantarle la ropa. Ella ya estaba acostumbrada a ser forzada a menudo, y no se resistió. Sabía que al final era peor. Abrió las piernas y se dejó hacer. Dauci la penetró sin miramientos, muy fuerte, una y otra vez. Cila no recordaba que la hubiera forzado de una manera tan violenta nunca; parecía que estaba descargando su frustración en ella, como siempre, pero esta vez con más intensidad. Ella cerró los ojos, apretó los dientes y lo soportó sin decir una palabra. Al terminar, Dauci le dijo:

—¡Tenía que disfrutar todo lo posible del último polvo!

—¿Cómo dices? ¿Qué significa esto? —dijo ella, sorprendida.

—Sí, bruja, como lo oyes, te he apostado a los dados en la taberna de los cartagineses y he perdido. Así que mañana dejarás mi casa e irás a servir al tabernero. ¡Qué peso me quito de encima! ¡He hecho una jugada maestra! —se rio—. ¡Qué necio, este tabernero! Cuando te vea pensará que los dioses le han bendecido, pero cuando lleves dos días con él se dará cuenta de que no lo han hecho, sino que le han maldecido.

—¡Pero eso no lo puedes hacer! ¿Por quién me has tomado? No soy tu esclava.

—Eso se lo cuentas a los hombres del tabernero que te venderán a buscar mañana por la mañana.

—¡Eres un cerdo!

—¡Cállate, ramera desagradecida! —le dijo tras abofetearla en la cara.

—¿Y mi hija? ¿Me separarás de ella?

—¡Por supuesto! Ella se queda aquí. Ya ha crecido y es muy deseable. Tú ya eres vieja, no vales ni para calentarme la cama. Mañana será ella quien lo haga.

—¡No! ¡Eso nunca! —exclamó Cila llevada por la ira.

Dauci la hizo callar pegándole un puñetazo en el estómago.

—En esta casa mando yo, y se hará lo que yo diga. Y como te sigas quejando te daré una paliza que ni tu hija te reconocerá.

Ella se acurrucó a un lado de la estancia y no dijo nada más. Empezó a llorar de pura frustración.

—¡Y deja de llorar! ¡Tus llantos me ponen enfermo!

De repente, Cila se levantó y empezó a vestirse.

—Mujer, ¿qué haces?

—¡Me voy ahora mismo de aquí! No pienso permitir que me intercambies con otro hombre como si fuera una simple esclava, un objeto, y me separes de Cloi.

Él se sobresaltó. Su mujer nunca se le había enfrentado; ¿era posible que de repente sacara el coraje que siempre había mantenido oculto?

—¡Ni hablar! Tú te quedarás aquí quieta y esperarás a que mañana te vengan a buscar. ¿Me has oído?

—¡Y una mierda!

Él le dio una bofetada que la tiró al suelo. Ella ya había explotado y no se podía controlar y, saltándole encima, le mordió en la oreja.

—¡Ah! —gritó Dauci de dolor—. ¡Maldita cerda! —dijo gritando y estampándola de un empujón en la pared.

El golpe la dejó inconsciente. Dauci aprovechó para atarla como si fuera un cabrito: cogió una cuerda y le ató las manos con los pies para que no pudiera moverse. Así seguro que no se le escaparía y podría hacer la transacción que tanto deseaba con el tabernero.

◆◆◆

Cloi llegó a su casa como siempre, bien entrada la noche. Abrió la puerta silenciosamente, para no despertar a Dauci, pero ese día se encontró otra estampa. Esta vez su padre no estaba durmiendo la

mona y su madre esperándola, como era lo habitual. En esta ocasión, Dauci la esperaba despierto al calor del fuego. La miraba con una sonrisa maliciosa y se frotaba las manos. Cloi dirigió la mirada al suelo y vio a su madre amordazada y atada de pies y manos, que con los ojos le suplicaba que huyera de allí, pero ella no era una persona que se achicara. Fijó los pies en el suelo y con una mirada desafiante miró a su padre.

—¿Qué demonios haces? —le dijo.

—Despídete de tu madre.

—¿Qué?

—Mañana la vendrán a buscar los hombres del tabernero, se la llevarán y nos quedaremos solos tú y yo.

—¿Cómo dices? —Cloi no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—Lo que oyes, me la he jugado a los dados y la he perdido. Pero tranquila, que tú te quedarás aquí conmigo…

—¡No me lo puedo creer! ¿Cómo has podido hacer algo así? ¡Cabrón miserable!

—¿Qué has dicho?

—¡Suéltala!

—¡No me hagas reír! ¿Quién me obligará, tú? —se rio maliciosamente.

Su risa descarnada la hizo estallar de rabia. Sacó el pequeño puñal que llevaba en la correa y le amenazó.

—¿Realmente crees que una chiquilla con este punzón me da miedo? ¿Acaso no recuerdas que estuve en la guerra? Si quiero te puedo destrozar con una sola mano. Anda, suelta el arma y sé una buena hija.

—¡Ni hablar! ¡Te voy a destripar!

Apenas dicho esto, dio un salto, cuchillo en mano, e intentó clavárselo a su padre en la tripa. Él le cogió el brazo en el que llevaba el cuchillo y se lo dobló hasta que se vio forzada a soltarlo. A continuación, la lanzó al suelo y empezó a golpearla.

—¡Así aprenderás a respetar a tu padre!

Siguió pegándole hasta que ella dejó de reaccionar.

—Veo que al fin te has ablandado. ¡Por fin! Ahora viene la mejor parte, la que deberás disfrutar en el lugar de tu madre, ya que ella nos deja para no volver jamás.

Le levantó la ropa y la penetró. Cloi estaba en un estado de semiinconsciencia. La paliza había sido tan brutal que ya no sabía si se encontraba en este mundo. La voz de su padre era un eco lejano. Todo el cuerpo le dolía tan intensamente que no podía mover ni un dedo. Los músculos no le respondían. De repente, una dolorosa y aguda sensación de puro dolor entró en su cuerpo; nunca había notado nada

igual. Él no tuvo miramientos y la penetró una y otra vez, embistiendo su pelvis de manera fuerte y agresiva. No paró hasta quedar satisfecho. Al terminar, se levantó, dejó a su hija en el suelo y se fue a dormir sobre su lecho de pieles mientras decía:

—¡Bien! Carne joven y fresca. ¡Qué gusto! Qué diferencia con tu madre, ella ya no era más que una gallina vieja. ¡Contigo es mucho mejor! Creo que tú y yo nos vamos a divertir a menudo a partir de ahora —dijo dirigiéndole una mirada de satisfacción.

Ella ya hacía rato que había perdido el conocimiento. Después de la paliza y de las primeras embestidas ya no pudo resistir más.

Capítulo 5

Curando las heridas

Vatre llevaba días sin ver a Cloi. Ay…, Cloi…, qué joven más guapa, inteligente y terca, como ella sola. Su tenacidad era una característica que admiraba —al contrario que su hermano, a quien le resultaba insoportable—, porque la consideraba propia de las personas inconformistas y luchadoras.

Esa mañana, el ganado estaba tranquilo y su padre le había dicho que fuera a casa a ayudar a su madre, que él se las podía arreglar solo. Pero lo último que apetecía a Vatre era ayudar a su madre a coser o a cocinar, así que decidió coger la honda e ir a practicar un poco al bosque y, de paso, cazaría algún pájaro. Así ya tendría la excusa perfecta: había ido a cazar la comida. Estaba harto de comer cabra y legumbres a diario y un poco de variedad en el menú no vendría mal, seguro que incluso se lo agradecerían. Vio un tordo que volaba entre las encinas. Un par de tordos a la brasa…, ¡eso sí sería una buena comida! Como le gustaba aquel plato a Cloi. Entonces una maravillosa idea le vino a la mente. Qué cara pondría su amiga cuando lo viera llegar con un puñado de tordos para comer… ¡Seguro que estaría muy contenta! El chico observó el ave mientras cogía una de las piedras que llevaba en el saquito atado al cinturón y la ponía en la honda pequeña para tener más precisión, ya que el objetivo no estaba muy lejos. Levantó la honda sobre la cabeza, una vuelta, dos y tres; soltó uno de los extremos, y la piedra salió a toda velocidad en dirección al pájaro desprevenido. El proyectil impactó en el animal con un golpe sordo. El cuerpo inerte del pájaro cayó al suelo y Vatre lo cogió satisfecho. Tras cazar algunos tordos más, le pareció que ya tenía suficientes para invitar a su amiga a comer, y fue directo hacia su casa.

Al acercarse a la casa, le sorprendió que la puerta estuviera entreabierta, pero no le dio demasiada importancia, ya que podía ser un simple descuido. Llamó a la puerta para avisar de su llegada, pero el hogar estaba a oscuras y no se oía ningún tipo de ruido en su interior; esto ya le extrañó más. A continuación, levantó la voz para hacerse oír —¡Buenos días Cloi! ¿Señora Cila? Les traigo la comida…

El saludo no obtuvo respuesta, salvo un gemido apagado proveniente del fondo de la estancia donde había una figura en el

suelo, hecha un ovillo, con la ropa rasgada y con el cuerpo lleno de moratones.

—¿Cloi? ¿Eres tú?

Tenía la cara tan hinchada que le costó reconocerla.

—¡Vatre! Oh, ¡gracias a los dioses!

—¡Eres tú! ¿Qué demonios te ha pasado?

—Mi padre…

Él conocía de sobra a Dauci, un cobarde que solo se atrevía a pegar a las mujeres y a los niños. Qué ser más despreciable. Lo peor de todo es que siempre alardeaba de haber luchado en la guerra de Sicilia con su padre. Solo le faltaba decir que había sido la mano derecha del General. Su padre, Caburus, que también había ido a aquella guerra ya le había contado lo valeroso que fue aquel cobarde. Cuando divisaba el peligro, se escondía y no levantaba la cabeza hasta que este había pasado. Su padre le había explicado más de una vez que en cada ocasión que la campaña estaba en un punto álgido y el bando cartaginés iba por delante, llegaba alguna enfermedad que asolaba el campamento y diezmaba al ejército. Precisamente aquella guerra fue especialmente cruel, y sufrieron tres plagas terribles que provocaron la muerte de muchos hombres buenos y luchadores. En cambio, el cobarde de Dauci, no se sabe cómo, escapó de todas y cada una de las pestes. Si es que, ya se sabe: mala hierba nunca muere.

Cloi contó a Vatre todo lo que había sucedido en los últimos días: como su padre había perdido a su madre jugando a los dados y la había entregado al tabernero del islote de los Cartagineses como si fuera una vulgar esclava, y como después la había golpeado a ella sin piedad. No quiso contarle que también la había forzado; no sabía por qué, pero haber sido violada la avergonzaba.

—Maldito cerdo cobarde. Se va a enterar ese malnacido. ¡Le saldrá caro todo esto!

—No Vatre, espera, lo primero que debemos hacer es ir a rescatar a mi madre, pero yo estoy demasiado débil para hacer nada.

—¡Ni hablar! Lo primero que tenemos que hacer es curarte. Vamos a mi casa. Seguro que mis padres sabrán qué hacer.

Cubrió a su amiga con unas pieles para protegerla de los elementos, y la cogió en brazos con delicadeza para llevarla hasta su casa. Al levantarla del suelo, la chica se desmayó.

◆◆◆

Al salir de la casa con la chica en brazos, algunos de los aldeanos les miraron con mala cara. Era extraño que el chico saliera con la chica en brazos. Una de las vecinas se acercó para ver qué ocurría. La mujer, de mediana edad , que estaba frente a su portal

machacando las hierbas que usaría para condimentar la comida de ese día, se sorprendió cuando vio la escena, y no pudo quedarse con las ganas de averiguar qué pasaba.

—Vatre, querido —dijo la mujer, quien conocía al chico desde pequeño, ya que en una comunidad tan pequeña como la talayótica, todos se conocían—. ¿Va todo bien?

El chico no quería que vieran a Cloi en esas circunstancias, e intentó pasar desapercibido.

—No ocurre nada, señora Arista, vuelva a casa.

La mujer sospechó de la evasiva, y al acercarse un poco más pudo ver las condiciones en las que estaba la chica. A pesar de las pieles que la cubrían, la mujer pudo ver los moratones que adornaban su cuerpo y su rostro. La señora se escandalizó.

—¡Por todos los dioses! ¿Pero qué le ha ocurrido a la muchacha?

—Su padre le dio una buena paliza ayer por la noche.

Otro vecino curioso que se había acercado al oír los gritos de Arista, lo confirmó.

—¡Es cierto! Ayer por la noche se oían gritos dentro de la casa. Pero también es verdad que es algo habitual… ya nos tienen acostumbrados — dijo, pero al acercarse a la chica, su rostro se compungió—. Aunque nunca había visto nada igual…

Otro hombre se acercó a la escena al oír el alboroto.

—Es la hija de Dauci. Madre mía, si apenas la reconozco —aunque se sorprendió al principio, acto seguido se encogió de hombros e intentó justificar al padre—. Esta chica siempre ha dado problemas. Algo habrá hecho para merecer tal castigo. A los hijos hay que azotarles de vez en cuando, si no se te suben a las barbas.

Arista respondió:

—Pero esta vez Dauci se ha pasado. ¿No te parece?

—Algún día tenía que ocurrir. Esta chica es un caso perdido. A ver si ahora por fin aprende la lección y deja de llevarle la contraria a su padre.

El otro hombre que había presenciado la escena en primera instancia asintió.

—Es cierto, Robu. Tienes toda la razón, la chica llevaba tiempo pidiendo a gritos que alguien le diera una lección. No es mala niña, pero sí es verdad que nunca hacía caso a su padre. Al fin Dauci se ha hecho respetar.

—¡Por todos los dioses! No puedo creer lo que oigo. Mi amiga está medio muerta, ¿y vosotros os dedicáis a justificar lo que ha hecho su padre?

—Perdona Vatre pero es la realidad. Las cosas funcionan así. Si la chica hiciera caso a su padre, nada de esto le habría pasado. Se lo

ha buscado.

Vatre no podía seguir escuchando semejante cúmulo de necedades. Apretó los dientes, conteniendo su ira, y abandonó al grupito que se había reunido a su alrededor.

—Pero, Vatre, ¿a dónde vas? —dijo la mujer.

—Me la llevo a casa, para cuidarla, ya que veo que ni el padre ni el resto de sus vecinos estáis por la labor —y dicho esto, dio media vuelta y se dirigió hacía su casa a paso ligero.

Los congregados se miraron con cara de culpabilidad. ¿Tal vez fuera verdad que al padre se le había ido la mano castigando a la hija?

◆◆◆

Al entrar en casa, sus padres se asustaron al ver el estado en el que estaba la amiga de su hijo. Su padre miró a la chica con preocupación.

—¡Por todos los dioses! ¿Qué ha pasado?

Vatre le explicó toda la historia mientras acomodaban a Cloi en un lecho cubierto de pieles para intentar que reposara. La madre de Vatre se acercó y quedó acongojada cuando vio el estado en el que estaba la joven.

—Ese Dauci es un ser despreciable —Caburus asintió.

Dauci ya había hecho cosas terribles en el pasado, durante la guerra. Cosas que solo sabían ellos dos. Atrocidades que dejaron enterradas en aquella lejana isla de Sicilia.

Pasaron las horas y vieron que Cloi no mejoraba. Eso preocupó aún más, si cabe, a Vatre y a sus padres.

Entonces Caburus se dirigió a su hijo.

—Vatre, nosotros no podemos ayudarla. Sin embargo, en el islote de los Cartagineses hay un médico griego. No importa lo que cueste, ya se sabe que estos griegos son unos avaros, aún más que los cartagineses, pero son los mejores. Él es el único que puede curar a Cloi.

Vatre asintió con seguridad, cogió a su amiga en brazos nuevamente, y se dispuso a abandonar la estancia, pero su padre le detuvo.

—Espera. Por el bien de Cloi, no interesa que su padre sepa dónde está; debes llevarla hasta el islote de los Cartagineses sin que nadie lo sepa. Me temo que si Dauci la encuentra, tal vez ni todo el trabajo del médico griego sirva para salvarla.

—¿Y cómo la saco del pueblo sin que nadie lo vea? Seguro que Arista está husmeando en la calle, como siempre —observó Vatre, quien parecía no encontrar respuesta a su pregunta.

Tras pensarlo un rato, una idea vino a su mente. Cogió a Cloi

con delicadeza y la dejó en la carretilla que usaban para llevar las pieles a vender al islote de los Cartagineses, y seguidamente llenó la carretilla hasta arriba de pieles de cabra. Así pues, Vatre se despidió de su familia y salió por la puerta.

◆◆◆

Al salir de casa, los aldeanos le miraron interesados.

—Vatre. ¿Cómo está Cloi? —le preguntó la señora Arista, quien se había quedado en el portal, expectante por tener noticias nuevas.

—Bien, mis padres están cuidando de ella —mintió el joven mientras transportaba a la chica entre las pieles de la carretilla.

—¿Dónde vas tan cargado? —le preguntó la mujer.

—Voy al islote de los Cartagineses a vender estas pieles de nuestro ganado. Espero sacar un buen precio y poder comprar más cabras.

La mujer asintió, y esta vez parecía haber quedado satisfecha con la explicación.

A continuación, Vatre abandonó el poblado y se dirigió en secreto a la casa del médico griego, mientras rezaba a los dioses para que Cloi se salvara.

◆◆◆

—¡Por Asclepio! Esta joven está muy mal herida. ¿Qué demonios le ha pasado? ¿La han apedreado unos bárbaros? —el médico dirigió a Cloi una mirada de espanto por la atrocidad de los moratones que surcaban su cuerpo y su rostro.

—Por favor, señor *iatrós*, haga lo que pueda para curarla.

—Tiene muchas contusiones… Es difícil predecir si se curará. Como dijo Hipócrates, todo depende del equilibrio entre los cuatro humores: la sangre, la bilis, la bilis negra y la flema. Sin lugar a dudas, ahora mismo tenemos un exceso interno de sangre y de bilis. No puedo afirmar si es bilis benigna o bilis negra, que es la peor de todas. Hay que limpiarle todas las heridas con agua marina y ponerle paños húmedos y fríos sobre los hematomas para bajar la inflamación, tanto en los que tiene en el ojo como en el resto del cuerpo. Le haré una pequeña sangría para tratar de sacar los malos humores, a ver si así la podemos salvar, pero no puedo prometer nada…, está en manos de los dioses. Por cierto, serán diez dracmas por el servicio.

—¿Dracmas? Pero querido *iatrós* aquí no tenemos monedas…

—Bárbaros… ¡Malditos dioses que me han obligado a acabar en esta isla rodeado de animales! ¿Y cómo piensas pagarme entonces, si

se puede saber?

—¿Le iría bien una cabra de nuestro rebaño como pago?

—¿Y qué haré yo con una maldita cabra?

—Le dará buena leche. Se lo aseguro…

Con cara de resignación, el médico hizo un movimiento de aceptación con la mano derecha y pidió, con un gesto altivo, que se marcharan de su consulta.

Vatre empezó a coger a Cloi para llevársela a su casa, pero el médico le detuvo.

—¿Qué haces?

—Me la llevo a casa para aplicarle todos los tratamientos que nos ha aconsejado.

—¡Ni hablar, panda de salvajes! Aún me la mataréis. Además, ella no se mueve de aquí hasta que no me hayas pagado.

—Pero, querido *iatrós*…

—Nada de peros, tú ve a buscar la cabra que yo me ocupo de ella.

Al salir de la consulta del médico, y como la taberna estaba en el mismo islote de los Cartagineses, Vatre fue directo a ver al tabernero para intentar rescatar a la madre de su amiga. Esperaba poder llegar a un acuerdo con él para recuperarla.

Cuando llegó a la taberna, vio al tabernero tras la barra limpiando unos vasos, y cómo le miraba con una falsa sonrisa. Seguro que ponía la misma cara a todos los clientes antes de venderles vino rancio a precio de vino griego, el más caro de todos. El sitio apestaba a sudor, a vino rancio y a meados. Las mesas sucias estaban desperdigadas por el espacio sin orden aparente. El tugurio estaba desierto, demasiado pronto para tener algún cliente. Perfecto, así no tendría que dar explicaciones a nadie.

—¡Bienvenido joven! ¿Ha venido a probar suerte a los dados, tal vez? —dijo mostrándole unos dados que acababa de sacar de debajo del mostrador.

—No gracias, no me interesa el juego.

—Lástima, hay gente que se ha hecho muy rica gracias al azar.

—Y muchos que lo han perdido todo, o simplemente a la mujer —dijo Vatre con una mirada acusadora.

—¿A la mujer? ¿A qué os referís, si se puede saber? —dijo el propietario del establecimiento, que empezaba a sudar profusamente.

—Sí, me consta que ayer una persona del poblado se jugó a su mujer a los dados, la perdió y ahora la tiene usted.

—¡Qué estupidez! ¡Uno no se puede jugar la mujer a los dados! Iría contra toda razón. Ni que fuera una esclava…

Su risa nerviosa lo delataba.

—Sea como sea, tanto si fue a las claras o a escondidas, aquella apuesta se hizo y ahora mi amiga ha perdido a su madre.

—No digas sandeces.

Vatre se dio cuenta de que a las buenas no conseguiría nada más que largas y excusas baratas. Aquel tabernero estaba más que acostumbrado a echar balones fuera y a hacerse el despistado. Había que ir a las malas, él no solía ser así, pero las circunstancias lo pedían. Era la única manera de hacer justicia con su querida amiga. Había perdido a su madre. Se puso en su lugar y la rabia le invadió; si a él le hubiera pasado algo parecido, habría hecho lo que fuera para recuperarla.

Vatre se subió a la barra del establecimiento y agarró al tabernero por el cuello.

—O me dices dónde está la madre de mi amiga o te romperé los dedos uno a uno para que no puedas jugar nunca más a los malditos dados. ¿Te queda claro?

—¡De acuerdo! ¡Pero no me hagas daño! Por el amor de los dioses.

—¿Y bien, dónde está la mujer?

—La he vendido —dijo el dueño con un gesto de inocencia —. Unos comerciantes griegos me hicieron una buena oferta y no pude rechazarla. Pagaron muchas monedas. Dijeron que sería una muy buena *dictariades*, ya que con su belleza seguro que atraería muchos clientes. Incluso insinuaron que le podrían enseñar un poco de música y baile para que se convirtiera en una *auletrides*. Hubiera podido sacar aún más dinero si la hubieran podido utilizar de *hetaire*, pero me explicaron que para ello la mujer debía tener una exquisita educación y eso, ya no se lo podían enseñar, demasiado mayor para aprender tantas cosas. Lástima, aun así saqué un buen pellizco por ella —dijo con una sonrisa desdentada, mientras levantaba las manos en señal de inocencia.

Vatre no pudo aguantarse más; ver la cara de aquel malnacido le ponía enfermo.

—¡Cabrón! —le dijo estampándolo contra la pared del establecimiento. Sacó el cuchillo y se lo puso en el cuello.

—Pues, ahora mismo quiero que me des todas y cada una de las monedas que has ganado por vender a esa mujer. ¡O te corto el cuello, maldito cerdo!

—¡Ayu…! —intentó gritar el tabernero en busca de socorro, pero Vatre ya le había pegado con la empuñadura del cuchillo en la boca y en lugar de palabras lo único que salió fue un chorro de sangre y un diente partido.

—¡No grites más o te corto los huevos! Dame la bolsa ahora mismo; debes compensar a la hija por la pérdida de su madre.

El tabernero, temblando de miedo, cogió la bolsa que llevaba en el cinturón y se la dio. Vatre la agarró y le dijo:

—Si se te ocurre explicar lo que ha ocurrido a alguien, vuelvo a tu establecimiento y le pego fuego contigo dentro; ¿te ha quedado claro?

El tabernero, con la frente perlada de sudor, asintió en silencio. Vatre, con un movimiento rápido, le dio un golpe en la cabeza con la empuñadura del puñal y lo dejó sin sentido. A continuación salió a la calle.

Enseguida fue con la bolsa de dracmas de los traficantes de esclavos griegos a ver al médico para pagar el precio de los cuidados de Cloi. Entró en la consulta dando un portazo.

—¡Maldito desvergonzado! ¿Qué formas son esas de entrar en la casa de un señor *iatrós*? —dijo el médico, escandalizado.

—Cállate, avaricioso. ¿No querías dracmas? ¡Pues aquí los tienes! —Lanzó la bolsa sobre la mesa del médico, la abrió, sacó diez monedas y se las mostró.— Esto son diez dracmas, ¿verdad?

La furia de todos los acontecimientos del día le habían sulfurado. El médico observó las monedas que Vatre sostenía en la palma de la mano y asintió con una mirada codiciosa; los ojos le salían de las órbitas al ver tanto dinero junto.

—De acuerdo, pues te dejo diez dracmas más para que la chica se quede aquí recibiendo tus cuidados el tiempo que haga falta hasta que se recupere.

—¿Y la comida? ¿Quién la pagará? —preguntó el médico.

—Pues te doy cinco dracmas más para cubrir los gastos de manutención. Bastará, ¿verdad? —dijo Vatre quitándose del cinturón el cuchillo y mostrándoselo al médico en tono amenazador.

—¡Oh! Sí. Por supuesto. No hay problema. ¡Faltaría más!

—Muy bien. Pues aquí tienes veinticinco dracmas. Y ahora quiero ver a la chica.

—Pero está muy débil; no le convienen las visitas.

—Me da igual.

Vatre entró en la consulta y buscó a su amiga. Al encontrarla, le acarició el pelo y notó como ella se despertaba.

—¿Cómo estás, Cloi?

—Un poco mejor, pero todavía no me puedo mover mucho…, me duele todo.

—Bueno, ya verás cómo dentro de poco te encontrarás mejor y volverás a correr por el bosque como si fueras una liebre, como estás acostumbrada —dijo para animarla. Ella consiguió dibujar una pequeña sonrisa en su rostro magullado—. Mira Cloi… —no sabía cómo decírselo—. No tengo buenas noticias… Creo que lo mejor es decirte las cosas como son y no andarse por las ramas. Tu madre ya no

estaba en la taberna.

—¿Cómo?

—Cuando llegué, el tabernero ya la había vendido a unos mercaderes griegos que ya han zarpado…

—¡No! ¡Maldito sea mi padre!

Las lágrimas de dolor, tristeza y frustración brotaron de sus ojos y empezaron a caer como ríos atravesando sus mejillas. Él la abrazó con delicadeza para no hacerle daño.

—Después de tener una pequeña conversación con el tabernero, he conseguido que me diera todo el dinero que había conseguido por la venta de tu madre, he pagado al médico griego por tus cuidados y he conseguido que puedas quedarte bajo su techo hasta que te recuperes totalmente.

—Muchas gracias, Vatre, no sé cómo te lo puedo agradecer. Pero… ¿y ahora cómo encontraré a mi madre?

Vatre puso cara de circunstancias. Su madre podía estar en cualquiera de las innumerables colonias griegas que poblaban el Mediterráneo: Emporion, Masalia…, o incluso más lejos; quien sabe si la habían llevado a la Magna Grecia o a la misma Atenas. Era como buscar una aguja en un pajar. Su rostro se entristeció y negó con la cabeza.

—Lo lamento, pero no creo que podamos encontrarla.

La chica empezó a llorar desconsoladamente. Vatre no sabía qué más podía hacer por ella. Cuando se calmó, le dejó la bolsa con los dracmas que le quedaban y se despidió. Salió de la consulta y, de repente, se dio cuenta de las consecuencias que podían tener sus últimas acciones. Tragó saliva. La situación se le había ido de las manos. Tal vez, a pesar de las amenazas que había dirigido al tabernero, estas no fueran suficientes para evitar represalias. ¿Qué debía hacer? Tras meditarlo rápidamente, decidió que lo mejor era ir a casa y pedir consejo a su padre. Seguro que él sabría qué hacer.

Capítulo 6

Una salida hacia adelante

La bofetada que le dio su padre lo hizo caerse al suelo. Aún no terminaba de creérselo. ¿Iba a pedir ayuda a su padre y su respuesta era abofetearle? ¿Qué tipo de consejo era ese?

—¡Maldito mocoso! ¿Qué te has creído? ¡No puedes ir por el mundo haciendo lo que te dé la gana! ¿No te das cuenta de que ahora nos has puesto en peligro a todos? ¿Y si el tabernero te reconoce? ¿Le habías visto antes?

—No, padre, nunca había entrado en la taberna.

—Mejor. Así tal vez puedas pasar desapercibido, pero no puedes quedarte por aquí, no es seguro. Quien más, quien menos, nos conoce aunque sea de vista… Tendrás que irte.

—Pero, ¿adónde puedo ir, padre?

—En el islote de los Cartagineses se cuenta que la guerra contra los griegos en Sicilia parece que ha vuelto a empezar. Dicen que un tal Agatocles ha tomado el poder en Siracusa y se ha erigido como nuevo tirano de la colonia griega. Explican que para ganarse al pueblo ha tomado medidas populistas: ha provocado la huida de la oligarquía griega que gobernaba, ha incautado sus tierras y las ha repartido entre el pueblo y, además, les ha perdonado todas las deudas para ganarse su favor. Los oligarcas exiliados se han hecho fuertes en las polis de Acragante, Gela y Mesana, y han recibido la ayuda de un *estrategos* espartano de nombre Acrótato. Pero según parece, este general no es tan bueno como cabía esperar y ya han perdido la polis de Mesana. Acrótato ha vuelto a Esparta con el rabo entre las piernas. Los oligarcas han pedido a los cartagineses que les ayuden a luchar contra Agatocles, pero los púnicos tardarán en reclutar un ejército lo suficientemente poderoso para hacer frente al tirano. Aun así, ya han empezado a armarlo para poner un poco de orden en esta maldita isla que no deja de darles problemas. No pueden tardar mucho en venir a buscar honderos a nuestra isla. Saben que somos los mejores de todo el Mediterráneo y les hemos servido muy bien en el pasado.

—¿No estarás pensando en enviar a nuestro hijo a la guerra? ¿Verdad, Caburus?

La madre de Vatre, que estaba junto al fuego preparando la comida dentro de la misma sala, que era a la vez cocina y sala de

estar, soltó los utensilios y miró a su marido preocupada.

—Mujer… Opino que es su mejor opción… —dijo Caburus justificándose—. Además, ya sabes que es una costumbre de nuestro pueblo que los hombres vayan a la guerra…

—¡Pero si Vatre todavía es un críO! —dijo ella, escandalizada.

Caburus miró a su mujer con cara de condescendencia.

—Tú siempre verás a tu hijo pequeño como a un niño, pero ya es lo suficientemente mayor para ayudarme con el ganado, y por lo tanto, también lo es para ir a la guerra. No le mando por capricho, sino para protegerle, lo que ha hecho en el islote de los Cartagineses es grave; si lo cogen, le castigarán, lo sabes bien.

—Sí, pero la guerra es peligrosa; quizás no vuelva —y una lágrima surcó sus mejillas mientras pensaba en la posibilidad de perder a su hijo.

—Si muere en la guerra, lo hará con honor, mientras que si lo ajustician aquí por criminal, lo hará sin él. ¿Es eso lo que quieres? ¿Que tu hijo pequeño termine marcado como un vulgar delincuente?

—No pero… —a la madre se le hizo un nudo en la garganta que le cortó el habla.

Caburus se acercó a ella y la abrazó con delicadeza.

—Sabes que desgraciadamente, por muy doloroso que sea, es su mejor opción —la mujer, con el rostro bañado por las lágrimas, asintió con rostro compungido.

Vatre se sentía culpable por hacer sufrir a sus padres. Era consciente de la situación en la que se había metido, pero no había pensado ni por un momento en cómo podía afectar a su familia. Su rostro se oscureció por el remordimiento.

Pasado un rato, Caburus habló con delicadeza a su mujer

—Venga, querida, continúa cocinando, no querrás que tu hijo tenga un mal recuerdo de su último almuerzo en familia.

La mujer, que había olvidado por completo que tenía la comida en el fuego, se sobresaltó al oler que la carne se empezaba a quemar.

—¡Por el amor de los dioses! —gritó mientras se separaba de su marido y volvía a remover el guiso que tenía en la olla.

El veterano guerrero miró con ternura a su mujer; la entendía perfectamente, ya que por dentro él sufría igual que ella por la decisión que había tomado. Pero debía ser fuerte por todos. Cerró los ojos y pensó en sus días de soldado en Sicilia. Su padre había luchado bajo las órdenes de Himilcón, el gran general cartaginés, y él le siguió unos años más tarde participando en una guerra que parecía no tener fin.

—Las guerras nunca son agradables, hijo, pero es cierto que un buen general marca mucho las diferencias. Himilcón, por ejemplo, lo fue. Tu abuelo, que combatió a sus órdenes, lo sabía muy bien.

Siempre que Himilcón entraba en acción conseguía sus objetivos. En la última guerra de Sicilia hizo frente a Dionisio de Siracusa de una manera brillante. Empezó con buen pie, conquistando la polis de Gela, y luego le derrotó en varias batallas. Pero apareció la peste y tuvieron que marcharse de la isla para huir de la enfermedad. Entonces, Dionisio aprovechó para apoderarse de la gran fortaleza cartaginesa de Motia, al occidente de la isla. Himilcón no lo podía tolerar y volvió. No solo consiguió recuperar la gran colonia, sino que avanzó como un huracán hasta llegar a las puertas de la misma Siracusa, al otro extremo de la isla. Pero otra vez la peste hizo acto de presencia y tuvieron que desistir. Después de aquello, el conflicto se convirtió en una guerra de desgaste. Yo fui reclutado por los cartagineses, junto con Dauci, el padre de Cloi, durante aquellos años confusos del final de la guerra. Una guerra que parecía no terminar nunca, hasta que nuestro ejército fue arrinconado al este de la isla y derrotado estrepitosamente en la batalla de Crimiso. Todo se nos puso en contra. Estábamos ganando la batalla, todo iba de perlas, hasta que estalló una poderosa tormenta. Agua y granizo nos cayó encima y, por si fuera poco, el aire nos venía de cara. Los carros de combate y la infantería pesada se llevaron la peor parte. El suelo se embarró, las ruedas de los carros de combate se atascaron y los soldados con armadura y grebas quedaron clavados en el suelo, envueltos en el barro. En cambio, la infantería ligera del ejército griego, los *peltastas*, que no llevaban corazas ni cascos ni grebas ni nada que pesara, se movían como peces en el agua. Con sus venablos y sus espadas cortas hicieron estragos en nuestro ejército. Nosotros, los honderos, no dejamos de dar cobertura, pero no fue suficiente. Además, con aquella lluvia, agravada por el granizo, era muy complicado apuntar, y aún más acertar. Fue un desastre. La infantería ligera y los honderos fuimos de los pocos que salimos con vida. No te deseo pasar por eso, hijo mío. Es terrible. Pero, ahora mismo, me temo que es tu mejor opción. Además, ya han transcurrido muchos años, y no creo que tengas tanta mala suerte como nosotros. El ejército cartaginés sigue siendo muy poderoso. Y tarde o temprano tenías que seguir los pasos de tus antepasados, como hice yo y como hizo tu abuelo. Llevamos la guerra en la sangre, hijo mío; mis días de lucha han pasado, pero tus días de gloria aún están por llegar. Sé fuerte y no veas esta situación como un castigo de los dioses, sino como una oportunidad para conseguir cubrirte de honor en combate y perpetuar el nombre de los mejores honderos del mundo: los honderos de Clumba.

Entonces, entró Isapte, que volvía de un día duro de trabajo en la cantera situada a las afueras del pueblo. Llegaba sudado y cansado tras estar todo el día cortando y moviendo bloques de piedra al sol sin

ninguna sombra cerca donde resguardarse. Era un trabajo duro, pero necesario, ya que alguien tenía que sacar la materia prima para arreglar los desperfectos de los talayots del poblado, de las murallas, de las casas… Era un trabajo pesado, pero a Isapte no le importaba, ya que le mantenía en forma. Al entrar, vio a su padre y a su hermano con cara de circunstancias.

—¡Qué caras más largas! ¿Quién ha muerto?

—Es una historia larga de explicar, hijo. Tu hermano está metido en un lío. Tal y como le contaba, la guerra de Sicilia vuelve a recrudecerse y parece que los cartagineses están preparando un ejército para enviarlo a la isla y hacer frente a Agatocles, el tirano de Siracusa. Si lo que se dice es cierto, no tardarán mucho en venir a reclutar honderos; siempre lo hacen. Sería un buen momento para que tu hermano saliera de la isla mientras las cosas se tranquilizan por aquí. Ir a la guerra no es agradable y no os lo deseo, ya que os pondréis en peligro, pero en esta situación Vatre no tiene muchas más opciones. Deberá marcharse una temporada mientras las aguas se apaciguan.

—¿Vatre, a la guerra? ¡Si es un enclenque! ¡Se lo cargarían enseguida! Más vale que vaya con él y le proteja el trasero… —se rio Isapte.

—No, hijo mío, Vatre va porque no le queda más remedio, pero tú tienes otras opciones.

—Padre… ¿Qué quiere, que digan en el pueblo que mi hermano pequeño tiene más cojones que yo que le saco dos cabezas? ¡Ni hablar! Si este enano va a la guerra, yo no pienso quedarme atrás —dijo dirigiendo una mirada cómplice a Vatre.

—Bueno —dijo su padre—. También es cierto que me quedo más tranquilo si os cubrís las espaldas el uno al otro. Pues, hecho. Cuando vengan los reclutadores cartagineses iréis a la playa a recibirlos. Y tú, Vatre, intenta no volver al islote de los Cartagineses para evitar problemas.

Vatre asintió.

◆◆◆

Al caer la noche, Dauci volvió a casa tras haberse pasado el día entero trabajando en el campo. Que ganas tenía de llegar a casa y descansar. Al cruzar el portal, se encontró la casa vacía y el fuego apagado. ¿Dónde demonios estaba su hija? ¡Debería estar junto al fuego cocinándole la cena! Ahora que Cila no estaba, por pura lógica, era ella quien debía encargarse de tales menesteres. ¿Dónde se habría metido esa desvergonzada? Cuando llegara a casa, se iba a enterar. La última paliza sería de risa comparada con la que le propinaría esta

vez.

Pasó el rato, y la chica no aparecía. Tras beber unos vasos de vino, Dauci se cansó de esperar y salió de casa a buscar a su hija. Al cruzar el umbral, Arista, su vecina, se le acercó.

—¿Buscas a tu hija, tal vez? —le preguntó la mujer, que se vanagloriaba de saberlo todo de todo el mundo.

—Así es. Llevo todo el día fuera de casa trabajando como una mula y cuando llego me encuentro el fuego apagado y sin nada que llevarme a la boca. Y para colmo de males, mi hija no está. ¿A usted le parece normal?

—¡Desde luego que no! El deber de una mujer es cuidar de su marido. ¿Acaso Cila no se ha encargado de eso?

La pregunta cogió a Dauci desprevenido. Él ya se había ocupado de sacar a su mujer de casa antes de que saliera el sol para que la gente del pueblo no supiera nada de su negocio con el tabernero, ya que era consciente de que si alguien se enteraba podían castigarlo severamente. A saber qué castigo le impondría el druida. Por eso había decidido fingir que prohibía salir de casa a su mujer. Pero Arista había descubierto una laguna en su historia con el comentario que acababa de hacer.

—Yo…, eso… No puede ser que la madre haga todo el trabajo; hoy la tarea de cocinar era de Cloi. Cila está muy ocupada moliendo el grano.

—Ya, claro… —dijo la mujer, no muy convencida.

—Pero dejemos de hablar de mi esposa. ¿Dónde está mi hija?

—¡Ay, sí! Perdón. Vatre se la ha llevado a su casa.

—¿Cómo se atreve ese mequetrefe a llevarse a mi hija? ¡Se va a enterar!

Dauci sin mediar palabra, giró sobre sus pies y se dirigió directo a la casa de Vatre a recuperar a su hija. La mujer se regocijó al ver que la cosa se ponía interesante. Estaba impaciente por ver el desenlace.

◆◆◆

Al llegar a la casa de Vatre, Dauci aporreó la puerta sin contemplaciones.

—¡Abrid, hijos de perra! ¡Devolvedme a mi hija!

La puerta se abrió y Caburus salió de la casa, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Qué quieres, Dauci? —dijo el antiguo guerrero sin mostrar ningún tipo de miedo.

—¡Me han dicho que mi hija está en tu casa y quiero que me la devuelvas!

—Tu hija no está aquí —dijo Caburus con seguridad.

—¡Y una mierda! ¡Déjame pasar!

—Entra si quieres, pero aquí no la encontrarás —dijo el padre de Vatre con tranquilidad tras abrir la puerta para que Dauci pudiera entrar a inspeccionar la casa.

Cuando entró, se encontró a Vatre, Isapte y Asitia, que lo miraban con desprecio. El hombre buscó por toda la casa y no fue capaz de encontrar a su hija. Tras una exclamación de frustración, abandonó el hogar, pero antes de volver a su casa se acercó a Caburus.

—Puede que la chica no esté aquí, pero sé que tú sabes algo, porque Arista me ha informado.

—¿Arista? ¿Esa metomentodo? No puedes creerte nada de lo que te diga. Le encanta contar mentiras de los demás. La hace sentirse importante.

—Ya lo veremos… —dijo Dauci tragándose la frustración.

Tras escupir a los pies de Caburus en señal de desprecio, dio media vuelta y volvió a su casa. Tarde o temprano encontraría a su hija y entonces recibiría su merecido.

Capítulo 7

Reclutamiento

No pasaron muchos días hasta que una flota de barcos cartagineses hizo acto de presencia en las costas del pueblo. Toda la gente quedó maravillada con esas grandes naves. La nave capitana de la pequeña flota de tres barcos era una embarcación de guerra colosal, y estaba situada frente a la playa donde se llevaría a cabo el reclutamiento. Se trataba de un trirreme, una gran nave de treinta y seis metros de eslora que llevaba hasta tres filas de remeros, una encima de la otra. Ciento setenta hombres en total, que eran los pulmones y los brazos del barco. Los dos mástiles, el central, que era el principal y el más alto, y el de proa, que era un poco más pequeño, quedaban alzados con las velas desplegadas y el símbolo de la diosa Tanit, patrona de Cartago, pintado en la tela del velamen. Aquel símbolo azul sobre fondo blanco, formado por un círculo sobre un triángulo, separados por una línea horizontal, imponía respeto.

Aquello era todo un espectáculo que en el pueblo no estaban acostumbrados a ver. Tanto los más mayores como los más jóvenes quedaron sorprendidos por la muestra del poder cartaginés.

Las naves fondearon cerca de la playa y un funcionario cartaginés bajó del trirreme principal, seguido por un grupo de soldados libios. El reducido grupo subió a un pequeño esquife con el que atracaron en la playa. El funcionario, mediante un intérprete local, convocó a todos los jóvenes en edad de entrar en combate para que se personaran en la playa con tal de alistarlos como mercenarios en el gran y poderoso ejército cartaginés. El jefe y el druida del pueblo hicieron correr la voz por todo el poblado pidiendo que todos los honderos en edad de combatir se reunieran en el talayot, y la noticia llegó hasta el padre de Vatre. Una serie de jóvenes que buscaban la gloria en el combate para honrar a los dioses y a sus familias acudieron a la llamada. Entre ellos estaban Vatre y su hermano Isapte, que acompañados por su padre acudieron al talayot. La madre, demasiado sensible para ver como sus hijos se iban para tal vez no volver jamás, decidió despedirse de ellos antes de que dejaran el hogar. Fue una despedida emotiva, donde las lágrimas de la mujer que los había criado ablandaron el corazón de sus hijos. La abrazaron con ternura y le prometieron que volverían pronto, una promesa que

evidentemente no sabían si podrían cumplir.

De camino al talayot, Caburus miró a sus hijos y les dirigió unas últimas palabras antes de despedirse de ellos.

—Hacedme sentir orgulloso. No os dejéis impresionar por vuestros compañeros cartagineses ni por el enemigo. Recordad que vosotros sois los mejores honderos del mundo, por eso los cartagineses se han tomado la molestia de venir a reclutaros. Dejad bien alto nuestro nombre y el de vuestro pueblo, que también es el mío. ¿Ya tenéis vuestras hondas preparadas?

Los dos hermanos asintieron con seguridad.

—Pues ya las podéis tirar.

—¿Cómo? —dijeron los dos hermanos con los ojos como platos—. Pero padre…, ¿cómo quieres que luchemos sin hondas? —dijo Vatre, sorprendido.

—¡Que las tiréis os digo! ¿O es que no me habéis oído? —dijo Caburus con tono autoritario.

Los dos hermanos hicieron caso a su padre y dejaron caer sus tres hondas al suelo.

—Eso está mejor —dijo Caburus con una sonrisa.

A continuación, metió las manos dentro de la bolsa que llevaba colgada al hombro y sacó de dentro dos juegos de tres hondas recién hechas por él mismo, y las entregó a sus hijos. Al ver la calidad de los materiales y de la manufactura, los chicos quedaron maravillados; sus hondas eran mucho más sencillas y de una calidad muy inferior. Las que les había dado su padre tenían un doble cordaje, y la zona en la que reposaba el proyectil estaba reforzada con piel. Eran unas hondas fabricadas con una perfección que solo toda una vida de experiencia podía enseñar. Los dos jóvenes tomaron las hondas hechas por su padre, y le abrazaron.

—¡Vamos! Y ahora nada de llorar ni de despedidas incómodas, para eso ya hemos tenido la de vuestra madre. Id hacia el talayot.

Los dos hermanos asintieron y se reunieron con el resto de honderos llamados para ir a la guerra. Al llegar a las puertas del gran talayot central que presidía el pueblo, se detuvieron y se miraron. Sabían que una vez dentro ya no habría marcha atrás. Tras un breve cruce de miradas, asintieron dándose ánimos mutuamente y entraron. A pesar de la grandiosidad de las rocas que hacían de marco de la entrada, esta resultaba angosta y pequeña, y ambos hermanos tuvieron que inclinarse para cruzar el umbral. Sin duda era una manera de demostrar su sumisión a la autoridad del poblado, una reverencia obligada para entrar en el edificio principal de la comunidad. Una vez dentro, la oscuridad les envolvió. La estancia circular estaba iluminada por unas pocas antorchas que les ayudaron a adaptar su vista al oscuro interior de la torre. En ella pudieron ver al

jefe del poblado y al sacerdote, situados en el centro, junto al gran pilar de rocas ciclópeas que sostenía el techo del talayot. Pegados a la pared circular de la torre, los honderos del pueblo estaban alineados formando un círculo. Todo el mundo estaba callado, y lo único que rompía aquel silencio era el crepitar de las antorchas que iluminaban la estancia tenuemente. Vatre e Isapte tragaron saliva; la tensión podía cortarse con un cuchillo. Volvieron a mirarse para darse ánimos y se pusieron de pie junto al resto de sus compañeros. Entones, el jefe del poblado, un hombre mayor, cuyo cabello y barba empezaban a encanecer, pero que todavía demostraba vigor y autoridad, alzó la voz y dijo:

—¡Mis guerreros! Os veo y siento como el orgullo corre por mis venas. Sois la flor y nata de nuestro pueblo. Estoy seguro de que haréis un gran papel en las batallas que están por llegar. Recordad que sois la gloria de vuestro pueblo y que nos representáis a todos. No mostréis cobardía en el combate, ya que esta os avergonzará a vosotros y a vuestras familias. Volved con vuestras hondas, o si no, no regreséis. Los dioses jamás os perdonarían que abandonarais vuestras armas. Y recordad, el dinero en nuestro pueblo está prohibido, ya que solo trae desgracias; los hombres se matan por dinero, por eso las monedas no son bienvenidas en nuestra comunidad. Así pues, cuando los cartagineses os paguen vuestro sueldo por el trabajo bien hecho, canjead ese dinero por bienes que sean de utilidad para nuestro pueblo. Ya sabéis que el vino, el aceite y el ganado son muy preciados para nosotros. Recordad que gracias a vuestro valor podremos hacer prosperar nuestra comunidad. ¡Por Tuccis, nuestro pueblo!

—¡Por Tuccis! —respondieron los honderos al unísono.

—Y ahora, hijos míos, arrodillaos en señal de respeto a nuestros dioses.

Todos los honderos se arrodillaron mientras miraban como el druida del pueblo, un hombre viejo, alto y delgado, de melena clara y barba blanca, alzaba las dos representaciones de los principales seres sagrados del pueblo y bailaba una danza ancestral entonando una canción gutural de sonidos ininteligibles y tan vieja como el mismo tiempo. En la mano izquierda llevaba una pequeña figura de bronce que representaba un feroz guerrero. Se trataba de Mars, dios de la guerra y del coraje en la batalla; en la mano derecha llevaba otra figura de bronce, la cabeza de un gran toro con unos enormes cuernos, símbolo de la fuerza y de la valentía. Al terminar la danza, mojó los dedos en un pequeño recipiente lleno de sangre de cabra que llevaba colgado al cinto, y marcó a todos los honderos con una línea roja que les cruzaba la mejilla, la señal de los guerreros. Mars y el toro sagrado les darían la fuerza y el valor que necesitaban para afrontar los peligros que hallarían al otro lado del mar.

Una vez terminados los rituales, los honderos fueron a la playa; ya estaban preparados para incorporarse a las filas del ejército que los esperaba.

◆◆◆

El funcionario de reclutamiento cartaginés se situó en el centro de la playa, justo detrás de un cajón que usaba de mesa, con una serie de utensilios de escritura y papiros para tomar buena nota de los soldados reclutados. Un intérprete le ayudaba a entenderse con los aldeanos. Detrás estaban los infantes libios, que le hacían de escolta, con su aspecto feroz, curtidos en mil batallas. Estos no llevaban escudo, casco ni grebas, ya que solo se utilizaban para entrar en combate.

Hacía muchos años que los cartagineses no venían a reclutar nuevos honderos a Clumba, y fue un gran acontecimiento. Isapte y Vatre se pusieron a la cola Para responder a las típicas preguntas: nombre, edad y profesión, alguna enfermedad o defecto, etc. Una vez pasado el examen médico superficial, el nombre de los guerreros se anotaba cuidadosamente en la lista para llevar el recuento de efectivos, pagos y futuras bajas. A quienes se les consideraba aptos, se les indicaba que se pusieran detrás de los guerreros libios y esperaran su turno para embarcar.

—Tráeme al pequeñajo —dijo el funcionario en cartaginés.

—¿A quién llamas pequeñajo? —respondió Vatre con un cartaginés tosco, pero que se hizo entender.

El funcionario, sorprendido, le miró boquiabierto.

—¿Hablas mi lengua?

—Un poco. Siempre he estado en contacto con los comerciantes cartagineses del islote, ya que para vender o canjear algunos de mis animales por objetos con los que mercadean era necesario hacerse entender, y no todos conocen nuestra lengua —dijo, señalando el islote que había cerca de la costa—. Por lo tanto, me defiendo más o menos bien.

—Muy bien, ya tenemos intérprete. ¿Cuál es tu nombre?

—Vatre.

El funcionario anotó el nombre, seguido por su sorprendente conocimiento del cartaginés.

—De acuerdo. Imagino que si te pido si conoces nuestro alfabeto, es decir, si sabes leer y escribir será pedir demasiado, ¿verdad?

—No sé leer ni escribir, señor.

—Me lo imaginaba, tranquilo, ninguno de los tuyos sabe hacerlo —dijo el funcionario con una sonrisa burlona—. En fin, ponte

detrás de los soldados libios y espera tu turno para embarcar.

Vatre siguió las instrucciones del funcionario sin vacilar.

—Tú, el grandote, acércate —dijo el funcionario a Isapte, junto con un gesto elocuente que reafirmaba sus palabras.

Isapte no había entendido ni una sola palabra de la conversación de su hermano con el cartaginés, y cuando el funcionario se dirigió a él no fue diferente, pero las señas y el intérprete eran de gran ayuda. Él nunca había tenido ningún interés por los cartagineses, por su islote ni por todas las tonterías que llevaban en sus barcos, a saber tú de dónde. Tenía cosas más importantes que hacer que entenderse con ellos. Además, su lengua le resultaba ininteligible y desagradable. Él no necesitaba su ayuda para nada; le bastaba con su fuerza para trabajar y con su habilidad para cazar para salir adelante.

El intérprete que llevaba el funcionario cartaginés hizo su trabajo e Isapte pudo alistarse sin más complicación. Una vez terminado el reclutamiento en el poblado, todos los guerreros fueron embarcados y la flota continuó su viaje circunnavegando la isla para conseguir los servicios del mayor número posible de guerreros.

Terminada la fase de reclutamiento en la isla de Clumba, que duró varios días, los barcos zarparon rumbo al este en dirección a la vecina isla de Nura para conseguir los servicios de los honderos de aquella isla, que según se decía eran igual de extraordinarios utilizando la honda que los de Clumba. Una vez reclutados los otros guerreros, irían a Cartago, donde el general Amílcar Giscón, de la rica y poderosa familia cartaginesa los giscónidas, esperaba para pasar revista a todo su ejército y zarpar en dirección a la maldita isla de Sicilia, que desde hacía más de ciento cincuenta años no dejaba de darles quebraderos de cabeza. Dos veces ya habían intentado tomar el control de la isla y enviar al mar a aquellos malditos griegos, pero hasta ahora no lo habían conseguido. La isla estaba dividida en dos zonas de influencia: la oriental, en poder de los griegos, y la occidental, en manos de los cartagineses. Esta situación tenía que acabar. Debían conseguir echar a los griegos del todo, tal y como hicieron con los griegos focenses de Córcega cuando los derrotaron en la gran batalla naval de Alalia, hacía ya más de doscientos años. ¡El mar Mediterráneo tenía que ser suyo!

◆◆◆

Isapte nunca había estado en un barco, y las sensaciones que experimentó le descolocaron. Encima del agua todo se movía y se tambaleaba, todo estaba quieto, pero al mismo tiempo en movimiento. Parecía cosa de brujas. El suelo del barco, donde tenía los pies al principio, mientras permanecía junto a la playa, apenas se movía; solo

una ligera sensación de movimiento recorría su cuerpo, una sensación desagradable, pero más molesta que otra cosa… Incluso en algunos momentos llegaba a pasar desapercibida. Pero cuando se hicieron a la mar, la cosa cambió. De repente, todo se movía de derecha a izquierda, arriba y abajo, sin parar. Había mar gruesa y la gente, sin poder mantener el equilibrio en cubierta, iba de lado a lado del barco. Isapte empezó a sentir un ligero mareo debido al movimiento que, poco a poco, se hizo más y más molesto, y, por si fuera poco, empezó a sentirse cada vez peor. Era como si tuviera un nudo en las tripas, y empezó a tener arcadas. Se puso la mano en la boca para evitar sacar el desayuno, pero después de la segunda arcada no le quedó más remedio que correr hacia la borda y vomitar todo lo que había comido ese día. Vatre lo miraba de arriba abajo con una sonrisa burlona. Él ya había sufrido esa sensación años atrás, cuando tomó el primer bote para ir a visitar el islote de los Cartagineses y, aunque ahora estaban en mar abierto y el barco se movía más de lo que estaba acostumbrado, ya conocía la sensación y podía controlarla mejor que su hermano mayor a quien, por lo que observaba, no le iba demasiado bien… Sin duda era un animal de tierra. Un lobo de agua dulce, como decían los marineros.

◆◆◆

Nueve largas jornadas pasaron hasta que divisaron el puerto de Cartago. Era la ciudad más grande que nunca habían visto: edificios de piedra, templos con su peristilo de estilo griego, grandes murallas y el puerto más enorme que nunca habían podido imaginarse. Les daba la bienvenida una entrada impresionante de unos veinte metros de ancho, flanqueada por dos grandes torres que formaban parte de la muralla de la ciudad. Junto a la entrada estaba recogida la gran cadena que se utilizaba para cerrar el acceso marítimo a la ciudad. El puerto era tan grande, que estaba dividido en dos partes. En primera instancia entraron al puerto comercial: un recinto de forma rectangular lleno de barcos mercantes y que desembocaba en la zona mercantil. Allí se concentraban marineros y barcos llegados de todos los rincones del Mediterráneo. Era un hervidero de gente de todas partes, hablando mil y una lenguas y vendiendo mil y un productos: marfil, oro y papiro del oriente africano; perfumes, telas e incienso de Arabia; tintes, tejidos y cerámicas del antiguo litoral fenicio, ahora bajo control persa; plata, hierro, plomo y estaño de oriente y de occidente; y vino, aceite y cerámica de lujo de Grecia. Una vez atravesado el puerto comercial, llegaron al imponente puerto militar: un espectacular puerto circular, con espacio para alojar hasta doscientas veinte naves de guerra. Cada una de las naves disponía de

un dique seco, debidamente cubierto y separado de los demás mediante columnas. Así las embarcaciones de guerra siempre estaban resguardadas de los elementos y durante el invierno disponían de un espacio seco y fresco donde poder permanecer mientras se les realizaban las reparaciones correspondientes y el mantenimiento. Isapte y Vatre miraban asombrados todo lo que les rodeaba sin dar crédito, ya que la obra más grande que habían visto eran los talayots de su poblado, que les parecían las construcciones más enormes e impresionantes que un hombre podía realizar con sus manos, pero que comparados con aquella fastuosa ciudad y aquel puerto, no les llegaban ni a la suela de las sandalias. Se quedaron observando todas las maravillas con la boca abierta.

—¡Eh! ¡Los nuevos!

Vatre e Isapte se volvieron para ver a la persona que les llamaba. Era otro hondero, pero mayor; debía tener unos treinta y cinco años, y parecía veterano. Tenía el cuerpo lleno de cicatrices, una barba incipiente decoraba su rostro y llevaba las tres hondas bien atadas. Su mirada seria les intimidó.

—¿Estáis sordos? ¿Qué os pasa? ¡Malditos novatos!

—¿A quién llamas sordo? —le contestó Vatre con una mirada desafiante.

El veterano se rio escandalosamente.

—¡Así pues, la nueva hornada parece que tiene cojones y encima peludos!

Vatre le miró con cara de desconfianza.

—¿Por qué nos llamas novatos? No sabes nada de nosotros.

—Todos los novatos hacéis lo mismo cuando llegáis a Cartago. Ponéis cara de tontos y os quedáis boquiabiertos, como pasmarotes, observando todo lo que rodea a esta gran ciudad. Y viendo vuestro aspecto, seguro que es vuestra primera campaña. Bueno, tal vez el grandote podría pasar más desapercibido con sus músculos de cantero, pero tú… Eres carne joven y se nota a la legua.

Vatre se mordió los labios. No tenía argumentos para rebatir esa afirmación. Isapte, en cambio, no necesitaba argumentos. De un empujón echó a un lado a su hermano pequeño, y con el puño preparado se dirigió a toda velocidad hacia el veterano.

—Pues este novato te puede arreglar esa fea cara que tienes. ¡Maldito imbécil!

El veterano no movió ni un músculo mientras Isapte se le acercaba. Isapte tenía la cara encendida por la rabia y el puño en alto. Cuando llegó a su altura, bajó el brazo con todas sus fuerzas para propinar un puñetazo a aquel hombretón y enviarle directo al otro barrio. El veterano se limitó a dar un paso a un lado, y con una patada barrió a Isapte, que cayó de boca al suelo.

—Malditos novatos, sois todos iguales, actuáis sin pensar y os dejáis llevar por las emociones. Las emociones son el peor enemigo del guerrero. Espero que lo aprendas pronto, porque, si no, durarás poco en el campo de batalla.

Vatre estaba asombrado, nunca había visto a nadie deshacerse de su hermano con tanta facilidad.

—¡Y tú! —dijo el veterano, dirigiéndose a Vatre—. No sé si simplemente te has cagado encima o si es que no eres tan tonto como tu amigo.

—Somos hermanos —dijo Vatre.

—¡Ah! ¡Así que hermanitos! Hijos de la misma ramera, imagino.

Vatre ya no podía más, pero sabía que tenía las de perder en un combate cuerpo a cuerpo contra aquel hombretón curtido en mil batallas. Tomó con velocidad y destreza la honda de corto alcance y dando tres vueltas a toda velocidad le lanzó una de las pequeñas piedras que llevaba cargadas al cinto. La piedra voló por el aire, directo al entrecejo del veterano. Este ya se esperaba el tiro y lo pudo esquivar, pero no estuvo a tiempo de apartarse del todo y la piedra le rozó la oreja izquierda.

—¡Ostras! ¡Mi oreja! Buena puntería, ¡y qué potencia para ser un maldito novato! ¡Sí señor! Muy hábil. No me esperaba que fueras capaz de cargar la honda con tanta rapidez ni de lanzar el proyectil a tanta velocidad. Sin lugar a dudas te he menospreciado, y casi me sale caro —dijo tocándose la oreja, maquillada por unas pocas gotas sangre; solo era un rasguño, pero inesperado.

—¡Deja en paz a mi hermano! —dijo Vatre mientras cargaba otra piedra en la honda.

—¡Eh! ¡Tranquilo, novato! Solo os provocaba para averiguar vuestras habilidades. Debo saber quién se encarga de proteger mi flanco izquierdo o mi retaguardia —dijo mientras guiñaba el ojo a Vatre y alargaba el brazo a Isapte para ayudarle a ponerse en pie de nuevo.

—¿Cómo os llamáis?

—Yo soy Vatre, y él es mi hermano mayor Isapte.

—Encantado. De Clumba, imagino por vuestro acento.

—Correcto, ¿y tú?

—Me llamo Norisus; por aquí les gusta llamarme Norisus piel de hierro. Me han herido muchas veces, pero todavía nadie ha conseguido acabar conmigo —dijo con una sonrisa de orgullo mientras mostraba las cicatrices que adornaban su cuerpo—. Soy de Nura, ¡la tierra de las taulas!

Su sonrisa de orgullo se amplió.

—¿La tierra de las taulas? —dijeron Isapte y Vatre, que se

miraron sin entender nada.

—¡Malditos clumbinos! Creéis que sois el ombligo del mundo. Hay vida más allá de vuestra maldita isla mayor. Las taulas son unos monumentos muy impresionantes que presiden nuestros elegantes santuarios. Imaginaos dos losas de piedra gigantescas de más de ocho codos de altura colocadas en perpendicular una encima de la otra formando lo que parece una mesa con una sola pata; ¡parecen mesas para gigantes! Es impresionante. Cuando termine toda esta estupidez, y hayamos enviado a los malditos griegos de Sicilia al mar, tendréis que venir a mi poblado a ver una. ¡Quedaréis boquiabiertos!

Vatre e Isapte se miraron con cara de complicidad y asintieron con una sonrisa de circunstancias. Parecía que habían hecho un nuevo amigo.

Capítulo 8

Un plato que se sirve frío

Tras varios días de reposo en la casa del médico, Cloi decidió que ya había esperado demasiado tiempo. A pesar de haberse recuperado bastante, todavía tenía molestias y cojeaba un poco, pero la rabia y el ánimo de venganza la hicieron tomar la decisión de abandonar los cuidados del iatrós e ir a castigar a su padre. Sin pensárselo más, se levantó de la cama donde reposaba, empezó a andar con dificultad y se preparó para abandonar la casa.

—¿Se puede saber adónde vas? —dijo el médico.

—Voy a poner las cosas en su sitio, ya que los dioses parece que no son capaces de hacerlo.

—¡Pero, si apenas puedes andar! Si fuerzas demasiado, empeorarás, criatura.

El médico había empezado a sentir cierto amor paternal hacia aquella bella joven de quien había cuidado durante esa semana. Había escuchado a escondidas la conversación que había tenido con Vatre, y se había apiadado de ella.

—¡Me da igual! No puedo estar aquí tumbada en la cama descansando y que aquel malnacido crea que se ha salido con la suya. No puedo soportar esta situación. ¡La indignación me corroe por dentro!

—Pero así no creo que puedas hacer mucho. Él es un hombre grande y fuerte, y tú solo eres una chiquilla que cree ser una mujer hecha y derecha, pero todavía te falta mucho para llegar a serlo. Evita el enfrentamiento con tu padre…, no tienes ninguna posibilidad. Cuando llegaste eras una masa informe llena de moratones, desfigurada e hinchada. Nunca habría dicho que eras una criatura tan bella. Cuando te veo no dejo de pensar en mi hija Alysa. ¡Qué hermosa era! Maldigo el día en que me la arrebataron de las manos aquellos malditos piratas… - Una lágrima cayó por la mejilla del médico. Avaricioso o no, el amor por una hija puede ablandar al peor de los miserables.— ¡Malditos piratas clumbinos! Es por ellos que he acabado en este islote dejado de la mano de los dioses. Todavía sigo con la búsqueda de mi pequeña. Día tras día llegan al islote barcos mercantes de todos los confines del Mediterráneo y, cada vez que los veo, renace en mí la esperanza de que uno de ellos llevará a mi hija en

sus entrañas y conseguiré recuperarla. Pero los días de espera se vuelven semanas, las semanas, meses, y uno acaba perdiendo la esperanza —su voz se rompió por un llanto contenido—. ¡Dioses! ¿Por qué me castigáis de esta manera? ¡Cuando creía que ya había conseguido superar mi dolor, me traéis a esta joven que tanto me recuerda a mi querida hija! ¿Qué sacáis atormentando a los mortales? ¡No puedo soportarlo más! —exclamó, y cayó de rodillas en el suelo entre llantos.

Cloi no pudo evitar que la invadiera una mezcla de lástima y complicidad: ambos habían perdido a un ser querido, compartían la misma carga y buscaban una aguja en un pajar llamado mar Mediterráneo. Tal vez podían encontrar una solución si se ayudaban. Ella se acercó a él y le abrazó. El griego se sintió reconfortado y se dejó consolar.

Cloi aflojó su abrazo, le miró y dijo:

—Los dos tenemos el mismo problema; ¿por qué no nos ayudamos? Hagamos de la búsqueda de uno la del otro. Yo te ayudaré a encontrar a tu hija si tú me ayudas a encontrar a mi madre.

El hombre parpadeó con una mirada de asombro infinito. ¿Aquella mocosa le ayudaría a encontrar a su amada hija? ¿Cómo demonios podía ayudarle aquella chica?

—Pero… —empezó a decir el médico.

Cloi vio que el escepticismo se dibujaba en la mirada del *iatrós* y le interrumpió.

—Juntos podemos conseguir lo que nos propongamos. Perseguimos el mismo objetivo: encontrar a nuestros seres queridos. ¡Si unimos nuestras fuerzas seguro que podemos encontrar a tu hija! ¿Realmente piensas que ya has hecho todo lo que podías hacer? ¿Ya te das por vencido? No puedes dejar abandonada de esta manera a tu hija, ¡sangre de tu sangre! Te quedan cientos de puertos por visitar, cientos de viajeros a quien interrogar, mil y una preguntas que hacer, pistas por buscar y puertas donde llamar. ¡Tu hija está ahí fuera y tienes que encontrarla!

La convicción y determinación, tanto de las palabras de Cloi como de su mirada decidida, le convencieron. De repente, ya no le parecía una chica desvalida, sino una mujer decidida a conseguir cualquier cosa que se propusiera. Aquella mirada le dio el coraje necesario para seguir con su búsqueda. Su espera infructuosa ya había durado demasiado tiempo; tenía que ponerse en marcha, y aquella joven le infundía el coraje y la determinación para no darse por vencido.

—Tienes razón, no me puedo dar por vencido así como así. Alysa está allí fuera y no puedo abandonarla.

—Y yo tampoco puedo abandonar a mi madre a su suerte. —Cloi le ofreció su mano.— ¿Empezamos? Cada instante que pasa es un momento que nos aleja de ellas.

—Sí, tienes razón, ya he esperado suficiente. ¡Hay que actuar! —respondió el médico lleno de esperanza después de cogerle la mano.

—¡Así es como habla un padre de verdad! Mañana nos pondremos en marcha —dijo Cloi con una mirada decidida.

◆◆◆

Entrada la noche, a pesar de las recomendaciones del médico, Cloi salió a escondidas de su estancia, entre pequeños gemidos de dolor, susurrados en voz baja. No estaba curada del todo y aún tenía molestias cuando se movía. Abandonó la casa del médico griego y fue hacia la taberna donde sabía que cada noche su padre hacía todo lo que podía para agotar las reservas de vino del tabernero. Se desplazó por el islote de los Cartagineses con tanto sigilo como fue capaz a pesar de sus heridas. Acercándose por un camino lateral vio que, aunque ya hacía un buen rato que había anochecido, en el local había movimiento y una luz titilante de lámpara de aceite salía por una de las ventanas del establecimiento. Se acercó agachada hasta la ventana y cautelosamente alzó la mirada. Vio a su padre jugando a los dados y bastante afectado por el vino. Cuando hablaba ya se le confundían las palabras y la lengua se le trababa. «Predecible como siempre», pensó. Se alejó de la ventana para esconderse entre las sombras del camino que debería tomar Dauci para volver a su casa cuando se quedara sin nada con lo que pagar el vino al tabernero, o que el local cerrara. Protegida por la oscuridad, se agachó para pasar aún más desapercibida, cogió su cuchillo, que había recuperado tras la paliza del último día, y esperó paciente a que su padre saliera de la taberna.

No tuvo que esperar demasiado tiempo; de pronto oyó un portazo y vio cómo el tabernero y dos clientes más sacaban a su padre del local de una patada. El hombre se tambaleaba mientras intentaba mantener el equilibrio, pero el alcohol que corría por sus venas no se lo permitía y cayó de boca al suelo.

—¡A ver si así aprendes a perder de una vez! —le dijeron quienes debían ser los compañeros de juego que lo habían desplumado.

—¡Hijos de perra! ¡Sanguijuelas! Me habéis dejado seco. ¡Tramposos!

—¿Tramposos? ¡Ahora verás!

Los hombres perdieron la paciencia, fueron hacia él, y entre los dos le dieron una paliza brutal. Patadas en la cara y en el estómago no dejaron de caerle como una lluvia inmisericorde.

El tabernero intervino para evitar males mayores.

—¡Parad! Creo que ya ha aprendido la lección. Si lo matáis hoy, no podréis desplumarle mañana y habré perdido un buen cliente.

Los clientes lo dejaron estar, le escupieron en la cara y volvieron al interior del local para seguir bebiendo, jugando y disfrutando de la noche.

Dauci tosió sangre e intentó levantarse solo, pero no fue capaz. La cabeza le daba vueltas y tenía la mirada borrosa. Consiguió levantarse, pero tropezó y volvió a caerse.

En ese momento, Cloi se cubrió con la manta que llevaba para protegerse del frío, se acercó a su padre y le ayudó a incorporarse. El hombre apenas era consciente de lo que pasaba. Cloi le llevó a un lugar apartado y protegido por las sombras de la noche y le soltó.

Al caerse al suelo, su padre recobró un poco la conciencia.

—¿Quién eres tú?

En la oscura noche, la manta que Cloi llevaba encima ocultaba su fisonomía, y ella aprovechó el momento para saborear la venganza.

—¿Un mal día a los dados? ¿Demasiado vino quizá? —dijo Cloi con una sonrisa maliciosa dibujada bajo la oscuridad que la rodeaba.

—¿Y a ti qué te importa, ramera del demonio?

—Quizás me importa porque la gente se juega muchas cosas a los dados sin pensar en las consecuencias que tiene perderlas.

Con el cuerpo y la cara hinchada, el hombre abrió el ojo que le quedaba sano y miró a aquella figura embozada que le interrogaba.

—¿A qué viene este comentario? ¿Quién demonios eres tú?

—¿Cómo te sientes después de la paliza que acaban de darte?

En ese momento, una sombra de reconocimiento cruzó la mirada de Dauci.

—¿Clo…?

Antes de que terminara de pronunciar su nombre, ella le propinó una patada en la cara y agarrándole por detrás le puso el cuchillo en el cuello.

—La misma, ¿y ahora dónde están tu superioridad y tu soberbia?

—¿Qué haces? ¡Aparta este cuchillo de mi cuello, bruja!

—¡Cállate! Ha llegado tu hora.

En lugar de apartar el cuchillo, empezó a hundirlo más, provocando que las primeras gotas de sangre salieran de su cuello.

—¡Por todos los dioses! ¡No me mates!

Dauci empezó a suplicar por su vida. De repente, Cloi notó como un líquido caliente regaba el suelo. Su padre se había meado encima.

Con cara de asco y de desprecio, Cloi le dijo:

—Eres un cobarde y un malnacido; lo que has hecho con mi

madre no tiene perdón de los dioses, y si los dioses no son capaces de perdonarte, yo todavía menos.

—¡No, Cloi! ¡Yo te quiero! ¡Eres mi hija! ¡No puedes matar a tu padre!

—Tú no mereces ser mi padre.

Una vez escupida la sentencia, le cortó el cuello sin misericordia. El grito ahogado de miedo y de dolor se detuvo, y la sangre empezó a brotar sin cesar. Cloi soltó el cuerpo inerte de quien había sido su progenitor con una sonrisa de satisfacción. Aquel cerdo había tenido lo que se merecía. Ahora podía volver a la cama y dormir plácidamente. La primera parte de su plan se había cumplido, y ahora quedaba la más complicada: encontrar a su madre.

Capítulo 9

Conflicto interno

Vatre e Isapte permanecieron unos días en la capital cartaginesa mientras Amílcar Giscón conseguía reunir a todos los hombres que necesitaba. Durante estos días, aprovecharon para conocer un poco más a Norisus y a su compañía. Eran todos honderos acostumbrados a los rigores de los campos de batalla. Una horda mixta de honderos de Clumba y de Nura. Como él decía, «los mejores de entre los mejores». Todos les dieron la bienvenida al grupo.

—Si Norisus os ha elegido, sin duda es que os lo merecéis. Pero aún deberéis demostrar en el campo de batalla vuestra valía —les decía Lasci, considerado el segundo en la cadena de mando por debajo de Norisus. Lasci era un hombre joven, pero no tanto como los hermanos, ya que rondaba los veinte y cinco años. Aunque se dejaba crecer la barba para parecer mayor y más feroz de lo que era en realidad, esta no tenía mucho cuerpo, pero su aspecto fuerte y decidido hacía el resto.

—Tenéis la confianza de Norisus, y, por lo tanto, también la mía. Pero el respeto os lo deberéis ganar, tanto el nuestro como el del resto de compañeros. Aquí nadie regala nada y seguro que hay más de uno de la compañía que tiene ganas de poneros en evidencia. Yo sería especialmente cauto con Cudun. Él siempre se ha sentido menospreciado, piensa que él debería mandar la compañía en lugar de Norisus, pero le faltan seguidores. Teniendo en cuenta que vosotros venís de parte de Norisus, yo lo vigilaría, tanto a él como a sus amigos.

Vatre e Isapte asintieron a la vez que Lasci señalaba discretamente un grupo de tres honderos separado de los demás. No solo se les veía experimentados, sino que, además, tuvieron la desagradable sensación de que les observaban con una mirada penetrante de odio. Se notaba que no estaban tan contentos con las nuevas incorporaciones como Lasci. Cudun, su caudillo, era quien tenía el aspecto más feroz de los tres. A pesar de su corpulencia y altura, esta no superaba la de Isapte. Sin embargo, sus cicatrices, el pelo largo y la mirada oscura y profunda infundían temor a sus enemigos.

—Pero bueno, como el ejército aún no está al completo y

tendremos que estar en esta gran ciudad durante un tiempo, podemos ir a tomar un trago a la taberna del puerto para conocernos un poco más y disfrutar del tiempo libre de que disponemos antes de embarcar hacia Sicilia. Acompañadme, que hoy estamos vivos, ¡pero mañana no lo sabemos! Nos conviene vivir al día y no pensar demasiado en el mañana.

Entraron en una taberna cercana al puerto, llena hasta los topes, en la que gente de lo más variopinta ocupaba las mesas del local: desde comerciantes provenientes de los lugares más lejanos, hasta los estibadores del puerto. Tuvieron suerte y encontraron una mesa vacía, se sentaron y pidieron una jarra de vino griego, que sin lugar a dudas tenía de griego lo mismo que ellos, es decir, nada de nada. Pero era barato y, como Lasci invitaba, Vatre e Isapte tampoco fueron muy escrupulosos.

Bebieron y rieron juntos. Lasci era un guerrero que tenía claro que debía disfrutar del día a día y no pensar en el futuro. Una jarra dio paso otra y, sin darse cuenta, ya se habían bebido tres cuando, de repente, alguien entró al establecimiento pegando un portazo para hacerse notar. Eran Cudun y sus secuaces. Repentinamente se hizo el silencio en la estancia y la gente los miró asustada.

—¿Se puede saber qué cojones miráis? ¿No habéis visto nunca a un hondero de Clumba entrando en una taberna?

Se notaba que Cudun era provocador por naturaleza. No hablaba un cartaginés muy fluido, pero se hacía entender.

—Volved a vuestros asuntos si no queréis tener problemas —dijo desafiante.

La gente que llenaba la taberna se calló y siguieron haciendo lo que hacían mientras Cudun y sus acólitos se acercaban a una mesa ocupada por unos mercaderes etruscos que jugaban a los dados. Cudun dio un golpe en la mesa.

—¿Se puede saber qué hacéis aún por aquí? ¿No sabéis que esta es nuestra mesa?

Los comerciantes se miraron extrañados, ya que no entendían muy bien lo que pasaba, pero cuando Cudun y sus hombres les mostraron sus dagas y los amenazaron, entendieron enseguida que era mejor pagar la cuenta y alejarse de aquellos mercenarios lo antes posible.

—Eso está mejor —exclamó Cudun—. Estos etruscos tienen más sentido común de lo que pensaba —dijo soltando una gran carcajada que sus compañeros no dudaron en acompañar.

A Vatre le hervía la sangre al ver aquel comportamiento, y comentó a su hermano en voz baja:

—¡Qué panda de indeseables!

—¿Qué has dicho tú, enano?

Aunque Vatre había intentado que no se le oyera, Cudun lo tenía en su punto de mira y había oído el comentario.

—¿Hablas conmigo?

—¡Sí, contigo! Repite lo que has dicho, si tienes huevos.

—He dicho que sois unos indeseables y que gracias a vosotros seguro que los clumbinos tenemos mala fama por aquí.

—¡Maldita pulga! ¿Tienes ganas de pelea o qué?

Isapte, que medía el doble que cualquiera de la banda de Cudun, se levantó y dijo:

—¿A quién llamas pulga?

Al ver el tamaño de Isapte, una sombra de duda recorrió el rostro de Cudun y de sus hombres. No tenía cara de ponerles las cosas fáciles.

—Dile al canijo que se sienta contigo —dijo Cudun a Isapte— que si no tiene cuidado con lo que dice puede tener problemas en esta ciudad. Esto no es su pueblo de mala muerte; aquí hay gente de todo tipo. Gente buena y sencilla como los etruscos que acaban de salir del local —habría sido más correcto decir que les habían echado, pero Cudun no ponía demasiada atención a los matices cuando hablaba— y gente peligrosa, como nosotros —dijo con tono amenazante—. Así que más le vale tener la boca cerrada si no quiere tener problemas.

Isapte ya estaba a punto de ir hacia la mesa de Cudun a reventar un par de cráneos, pero Vatre le detuvo cogiéndolo del brazo, y le susurró al oído:

—No vale la pena, Isapte, no sería un buen comienzo. Evitemos los conflictos innecesarios mientras sea posible.

—Pero te han insultado a ti, y a nuestro pueblo…

—Isapte, da igual. Solo son palabras.

Isapte volvió a sentarse a regañadientes.

—¡Eso está mejor! Haces bien en sentarte, haz caso al canijo de tu amigo que parece tener más cerebro que tú —se rio ruidosamente Cudun, igual que sus hombres, como no podía ser de otra manera.

Isapte estaba colorado de rabia, pero su hermano cogió la jarra y, haciendo caso omiso de Cudun, vertió un poco más de vino en su vaso.

—¡Venga, hermano, brinda con nosotros! Por una buena campaña en Sicilia. ¡Estos griegos aprenderán a temer nuestros proyectiles!

Isapte asintió y brindó con el resto, pero no dejaba de pensar que, tarde o temprano, aquel hijo de mala madre tendría que tragarse sus palabras.

Durante toda la discusión, Lasci permaneció callado y expectante. Era una buena situación para saber de qué pie cojeaba cada uno de los recién llegados. Resultaba muy útil saber cómo

reaccionaban ante las situaciones de estrés y de qué lado se decantarían si, tal y como él preveía, tarde o temprano Cudun disputaba abiertamente a Norisus el mando de su compañía de honderos. Sin duda, Norisus había acertado con aquella elección: Vatre era el cerebro e Isapte el músculo. Una combinación que podía funcionar muy bien. Seguía teniendo buen ojo con la gente, pensó mientras daba un nuevo trago a su copa.

Capítulo 10

Nuevas compañías

Cloi durmió plácidamente hasta la mañana siguiente. Nunca se había sentido tan satisfecha consigo misma, ni tan tranquila. La figura que era el origen de todo su sufrimiento había desaparecido al fin, y eso la consolaba enormemente. Se levantó y fue a buscar al médico a su consulta.

—Buenos días, querido *iatrós* —dijo Cloi con una sonrisa esplendorosa que rebosaba felicidad por doquier.

—¡Cuánta felicidad de buena mañana! ¿Ha pasado algo que deba saber?

—Nada de lo que debas preocuparte, señor *iatrós*.

—Por favor, si a partir de ahora tenemos que empezar esta nueva aventura juntos, te agradecería que te dirigieras a mí por mi nombre. Para ti, ya no seré más el *iatrós*, sino Apolodoro.

—Como quieras, *iatr*… —Apolodoro la miró con cara de incredulidad—. ¡Apolodoro! —corrigió rápidamente Cloi con una sonrisa cómplice, y Apolodoro asintió.

—Eso está mejor; ¿sabes qué significa Apolodoro?

—Ni idea.

—¡Regalo de Apolo! —dijo con orgullo.

—¿De quién?

Apolodoro se sobresaltó.

—¿No conoces al dios Apolo? —dijo escandalizado—. El dios de la profecía, de la curación, del Sol y de las artes, hijo de Zeus y de la titánide Leto, y hermano de Artemisa...

—¡Uf! ¡Qué lío!

Aníbal había contado muchas cosas a Cloi sobre los griegos y sus viajes, pero nunca habían hablado en profundidad de su religión.

—¿Lío? —La cara de perplejidad de Apolodoro era casi cómica.— A ver…, ¿dónde te has perdido?

—No lo sé, son muchos nombres…, y ¿qué es una titánide?

—¡Por el amor de los dioses! ¡Que me olvido de que eres una clumbina! Esto tenemos que arreglarlo. Siéntate y escucha.

Cloi era una persona curiosa y aprender la historia de los dioses griegos no le pareció una mala idea.

—Los dioses del Olimpo son doce y viven en el Monte Olimpo,

donde tienen una gran residencia. El primero y más importante es Zeus, rey del Olimpo, el más poderoso de todos. Además de ser el dios de todos los dioses, es el encargado de administrar justicia. Sus símbolos son el trueno, el cetro, el rayo y el águila. Su hermana, Hera, también es su esposa.

Cloi puso unos ojos como platos.

—¿Hermana y esposa al mismo tiempo?—exclamó sorprendida.

Apolodoro empezaba a estar hastiado.

—Sí, ¿qué problema hay?

—¿No te parece un poco extraño que el rey de los dioses se haya casado con su hermana? —dijo con cara de asco—. Pobrecita, ¡seguro que la obligaron a hacerlo!

—No digas sandeces, que los caminos de los dioses son inescrutables. Este tipo de cosas no deben ni discutirse. Es así y punto. Además, no es necesario que te preocupes por el pobre Zeus; ¡ha tenido muchísimas aventuras con mujeres mortales! ¿De dónde crees que salen los semidioses?

Cloi puso cara de perplejidad, y dijo:

—Yo no estaba preocupada por Zeus, ¡sino por la pobre Hera! Encima que se casa contra su voluntad, que seguro que fue así porque siempre es así, resulta que su marido, «el más sabio y poderoso de todos los dioses» —aquella frase sonó llena de sarcasmo—, ¡va y le pone los cuernos con la primera que le pasa por delante! Y Hera que hacía, ¿se quedaba de brazos cruzados?

—¡Qué va! ¡Ni por asomo! Hera es la diosa protectora del matrimonio, así como de los nacimientos. Nunca ha visto con buenos ojos las relaciones extramatrimoniales de su marido, y, por lo tanto, siempre las persigue y las castiga.

—¡Así me gusta! —Cloi se alegró de ello y empezó a aplaudir.— Imagino que le debió dejar las cosas claras al señor Zeus en más de una ocasión.

Una carcajada descontrolada inundó la estancia.

—¡Esa sí que es buena! Hera dándole lecciones al rey de los dioses —se rio de nuevo Apolodoro—. Cloi, ¡me matas de risa!

Cloi puso mala cara y cruzó los brazos.

—Pues yo, cantarle las cuarenta a Zeus habría sido lo mínimo que hubiera hecho.

—¡Ay, mujer! Qué carácter que tienes. Como se nota que eres clumbina. Cuando Hera descubre la aventura de su marido, para vengarse de él lo que hacía era castigar a la mujer que le había seducido, o incluso a la descendencia de la unión.

—Pues eso no está bien —dijo Cloi, indignada—. La mujer mortal no tenía culpa de nada. Y sus hijos, todavía menos. ¡A quién debía castigar era a Zeus!

—Vamos, mujer. No digas estupideces.

—¡Pero si es cierto!

—Bueno, fuera como fuera, no lo hacía, ¿entendido? Y no se hable más de ello.

—Entendido —contestó Cloi, no muy convencida del poderoso argumento: «esto es así porque es así»—. Bueno, y has dicho que Apolo era hijo de Zeus, y que su hermana era Artemisa.

—Correcto.

—¿Y quién era Artemisa?

—¡Ay! ¡Artemisa! Es la diosa virgen, cazadora y protectora de los animales salvajes. Va vestida siempre con su túnica corta, con un carcaj a la espalda lleno de flechas y un maravilloso arco en las manos que no falla nunca. Sus relaciones con los hombres son tortuosas. ¡Más de uno ha sido castigado por haber intentado forzarla o espiarla!

—¡Esta diosa ya me gusta más! Hay hombres muy malvados.

—Y mujeres…

—Pero los hombres siempre tenéis ventaja y os aprovecháis de vuestra situación y fuerza bruta para doblegar a las mujeres a vuestra voluntad, tanto si nos gusta como si no.

—Bueno, visto así, Artemisa podría ser tu diosa favorita —dijo Apolodoro, sonriéndole.

—¡Por supuesto! —dijo Cloi con una sonrisa de oreja a oreja—. Una diosa fuerte que sabe defenderse y no depende de ningún hombre, solo de sí misma. ¡Yo tengo que ser la Artemisa de Clumba!

Apolodoro se aguantó la risa, dio un golpecito a Cloi en el hombro y asintió con condescendencia.

— Por supuesto, hija…, quiero decir…, Cloi.

Cloi no le hizo caso y se quedó imaginándose vestida con la túnica corta de Artemisa, con el carcaj lleno de flechas a la espalda y el arco preparado para hacer frente a cualquiera de los despreciables hombres que rondan por el mundo.

◆◆◆

Cloi se pasaba los días observando la playa del pueblo mientras esperaba ver atracar el barco de Maro. Maro, de complexión fuerte y piel morena, tenía un talante aventurero y despreocupado y, como tantos otros habitantes de los pueblos de Clumba, había decidido dedicarse a la piratería por el Mediterráneo. Era un negocio peligroso. Pasarse la vida en el mar conlleva sus riesgos: malos encuentros con otros barcos piratas o de guerra y, como es natural, las tormentas que, en medio del mar, pueden ser devastadoras y letales. Pero un gran riesgo también implica, al menos en este caso, una gran recompensa cuando las cosas salen bien. Si eres inteligente, perspicaz y sabes

elegir tus objetivos cuidadosamente, puedes conseguir un magnífico botín con poco esfuerzo.

Maro, tras años navegando por cuenta ajena, había conseguido hacerse con un barco propio. La tripulación la formaban sus amigos de infancia del pueblo y otros navegantes a los que había convencido para unirse a él.

Cloi siempre había tenido contacto con él. Cuando llegaban a puerto, siempre iba a saludarle y se quedaba maravillada de todo lo que transportaban: joyas, especias, metales, minerales, telas e incluso esclavos. El mar Mediterráneo estaba repleto de barcos mercantes en los que se podía encontrar de todo. Es verdad que Cloi nunca había aprobado el comercio de esclavos —su madre siempre la había concienciado de la deplorable condición que sufría aquella gente—, pero no podía culpar a Maro por sacar provecho de una práctica que era habitual. No pensaba que fuera una mala persona. Simplemente era un hombre, como tantos otros, que buscaba la manera de ganarse la vida, ya que en el pueblo no había trabajo para todos. Cloi le apreciaba porque siempre, desde que era una niña, la había tratado bien y, además, constantemente la obsequiaba con detalles de sus viajes. Unos regalos que le daba a escondidas, sin que nadie se diera cuenta.

—Que quede entre nosotros, preciosa —le decía siempre justo antes de besarla en la frente y despeinarla. Con los años, aquel afecto no había menguado, sino más bien al contrario, pero nunca había pasado nada entre ellos. Era como un afecto entre familiares más que cualquier otra cosa.

Aquella mañana, cuando vio que el barco de Maro se acercaba, decidió que era el momento de ir a buscar a su madre. Recogió todas sus cosas y avisó a Apolodoro.

—¡Despierta, holgazán! —dijo con una sonrisa en la cara.

—¿Qué ocurre tan temprano?

—¡Llega el barco de Maro!

—¿Quién es ese? ¿No será un pirata?

—Pues sí… —dijo ella con inseguridad.

—¡No quiero saber nada de piratas! ¡Personas como ellos son quienes secuestraron a mi hija y la vendieron como esclava!

—Hay piratas y piratas. Ya verás que Maro es de los buenos —dijo alegremente.

—Piratas y buenos son dos palabras que no pueden ir juntas. ¿Te has vuelto loca?

—Hazme caso, Apolodoro, si quieres tener alguna oportunidad de encontrar a tu hija, Maro es la única persona de Clumba que puede ayudarte.

Apolodoro se levantó del triclinio con una expresión hastiada y

escéptica. Desgraciadamente, la única opción que tenía para encontrar a su amada hija era acompañar a aquella clumbina impetuosa y terca por las peligrosas aguas del mar Mediterráneo.

—¡Venga! No tenemos todo el día. Espabila. Prepara la bolsa que nos vamos enseguida.

Apolodoro empezó a coger todos sus rollos de medicina y a meterlos en su bolsa.

—¿Se puede saber qué demonios haces? —dijo Cloi.

—¿Qué pasa? Cojo mis cosas…

—¿Adónde crees que vas? ¿A la escuela de médicos?

—No, pero son valiosos…

—En alta mar no te servirán de nada, y no podemos llevarnos tu casa encima. Coge solo lo imprescindible y marchémonos.

—Pero…

—Si aún quieres venir, hazme caso.

—De acuerdo…

Apolodoro, bastante contrariado, decidió dejar sus rollos de medicina atrás y cogió solo lo indispensable para poder hacer su trabajo, si era necesario.

Cuando llegaron a la costa, oyeron la voz alegre y potente de Maro.

—¡Buenos días, preciosa! ¡Qué alegría verte por aquí! —dijo el pirata con una gran sonrisa.

—¡Buenos días, Maro! Y veo que has tenido una «buena pesca» —le dijo observando el cargamento.

—Sí, era un buque mercante griego que no puso demasiados problemas e iba hasta arriba de todo tipo de productos —dijo Maro con una sonrisa—. Por cierto, vienes con prisas y bien cargada. ¿Se puede saber adónde vas? Y este hombre que te acompaña, ¿quién es? Parece refinado… ¿Qué te traes entre manos, Cloi?

—Es largo de explicar…, pero él es Apolodoro. Es un médico griego y me acompañará. Queremos salir contigo a ver mundo —dijo Cloi con la mejor sonrisa que supo poner.

—¿Cómo? ¿Con nosotros? —dijo Maro con cara de perplejidad.

—¡Sí, claro! ¿Con quién si no? ¡Tú eres el mejor navegante que conozco!

—Pero este es un barco pirata, ¡no una barca de paseo! Si quieres ir a ver mundo, habla con un comerciante a quien le apetezca llevar pasajeros. A nosotros nos estorbaréis.

—¡Qué va! Además, Apolodoro es el mejor médico que conozco. —De hecho era el primer médico que había conocido Cloi.— Si necesitáis cualquier cosa, os hieren o sufrís algún tipo de dolor o enfermedad, él se encargará de curaros y ¡además lo hará gratis! ¿A

que sí, Apolodoro?

Apolodoro se había quedado en shock. ¡El hombre que tenía delante era quien apenas hacía un año había vaciado su hogar y se había llevado a su hija! Se había quedado de piedra. El pirata, al contrario que él, no le había reconocido. Tanto tiempo buscándole, y al fin había encontrado al responsable de todas sus desgracias. Una tormenta de sentimientos golpeó al médico. Su primer instinto fue matarlo, pero a continuación se dio cuenta de que si le mataba nunca encontraría a su hija. Además, aquel hombre no estaba solo, toda su tripulación de piratas feroces lo protegería y él moriría antes de poder acercársele. Tenía que ser inteligente y seguir el juego al pirata y a Cloi para poder encontrar a su hija. Una vez rescatada Alysa, ya se encargaría de él. La venganza es un plato que se sirve frío.

—Bueno…, tener a un médico griego a bordo tal vez pudiera ser una buena idea —dijo Maro, pensativo—. Pero, ¿y tú? No puedo estar todo el día pendiente de ti. ¿Tengo cara de niñero?

—No. ¡Qué va, Maro! Yo sé cuidarme solita.

—Sí… Claro… No, Cloi, creo que la respuesta es no. Te tengo muchísimo afecto, y tenerte a bordo no es bueno ni para ti ni para mí, hazme caso. Serías motivo de discordia entre mis tripulantes. Si entramos en combate con otro barco pirata, podrían capturarte, o incluso matarte. Por el amor de los dioses, te conozco desde que no levantabas un palmo del suelo. No pienso correr ningún riesgo. Además, dicen que llevar a una mujer a bordo da mala suerte. Tú no subes al barco. Pero si tu amigo Apolodoro me cuenta por qué quiere unirse a nosotros realmente, sí me interesaría subirlo a bordo. Y bien, Apolodoro, ¿qué te parece?

—Bueno…, yo solo quiero volver a mi casa, a la Magna Grecia.

—¡La Magna Grecia está muy lejos! Me parece bien, pero te saldrá caro.

—Te ofrezco mis servicios como médico a cambio del transporte, si te parece bien.

—Ya…, y seguro que debes de tener algo más; los médicos os ganáis bien la vida… ¿A que sí?

—Bueno…, quizás podríamos llegar a un acuerdo.

—¡Por supuesto! Nosotros somos gente flexible, tú estate tranquilo.

De repente, Maro y Apolodoro hablaban como si Cloi no existiera, como si ya no estuviera allí con ellos. Ella se encendió de ira.

—¡Eh! ¡Yo todavía estoy aquí! —gritó indignada.

—Sí, ya lo veo… ¿No te he dejado claro que en mi barco no hay lugar para ti? Anda, venga, niña, vuelve con tu madre.

—¡A mi madre se la han llevado unos vendedores de esclavos

griegos!

—¿Cómo? ¿A Cila, tu madre? —preguntó incrédulo.

—Lo que oyes, por eso quiero subir a tu barco. Quiero buscarla, ¡y removeré cielo y tierra y lo que haga falta para encontrarla!

—Pero, ¿y tu padre?

—¡Mi padre es un cabrón! ¡No sé dónde está ni me importa! —No quería confesar el asesinato de su padre, por mucho que se lo hubiera ganado a pulso, ni siquiera a una persona como Maro.— Fue él quien la vendió. Ahora estoy sola y lo único que quiero es encontrar a mi madre a toda costa. Te lo suplico, llévame contigo…, aquí ya no me queda nada. Si no salgo de aquí me moriré, lo sé.

Y mientras pronunciaba estas palabras, unas lágrimas de rabia empezaron a caerle por la mejilla. Maro la abrazó. Era una situación realmente difícil.

—¿Sabías que hace mucho tiempo tu madre y yo estuvimos enamorados? —Cloi levantó la cabeza con las mejillas surcadas por las lágrimas y miró a Maro.— Sí, cuando éramos jóvenes, antes de que se casara con tu padre. Estuvimos enamorados, pero su familia decidió que yo no era lo suficientemente bueno para ella. Yo era el pequeño de tres hermanos, y ya sabes cómo funciona esto; el pequeño o se va al templo o se busca la vida: algunos se hacen honderos y otros, piratas. Este es el camino que he decidido yo. Tu padre, aquel cobarde hijo de mala madre, era un ser miserable, pero era el primogénito de su casa, y su familia era rica. A diferencia de la mía… Era mejor partido y la obligaron a casarse con él. Te ayudaré a encontrar a tu madre, ya que nunca he dejado de amarla…, hija.

—¿Has dicho hija? —preguntó Cloi, sorprendida.

—Así es, Cloi, yo soy tu padre.

Una sensación de alegría recorrió su cuerpo al escuchar aquellas palabras; ¡era lo que siempre había deseado! Muy en su interior siempre había sabido que Dauci, aquel ser tan despreciable, no podía ser su padre.

Capítulo 11

A la guerra

Cuando se acercaba el inicio de la temporada de campañas, Amílcar Giscón consiguió por fin reunir un contingente lo bastante poderoso para partir hacia Sicilia a hacer frente a Agatocles. El ejército reclutado tenía un total de cuarenta mil infantes, cinco mil jinetes y doscientos carros de guerra. De estos cuarenta mil, había diez mil que eran guerreros libios, con su indumentaria característica: cascos y corazas de hierro y unos grandes escudos blancos que les cubrían por completo. Los libios eran la única etnia bajo control cartaginés obligada por ley a suministrar soldados a la metrópolis. Cabe decir que a ellos les interesaba incorporarse al ejército por varias razones: estar mejor considerados (ya que los cartagineses les trataban como ciudadanos de segunda), tener un sueldo y, sobre todo, por los beneficios que obtenían del reparto de los botines de guerra. Eran una de las tropas más disciplinadas del ejército cartaginés. Siempre hacían frente al enemigo en formación cerrada, avanzando lentamente, pero con decisión, protegidos por la barrera infranqueable que formaban sus escudos junto con sus lanzas.

Entre estos infantes también había dos mil ciudadanos cartagineses, una cifra muy inferior a los diez mil libios debido principalmente a la impopularidad del servicio militar entre los ciudadanos de la metrópoli cartaginesa. Estos anteponían el comercio y los negocios a la guerra, por lo que la gran mayoría preferían pagar el impuesto correspondiente para evitar el reclutamiento. Con este dinero, el gobierno cartaginés pagaba a las tropas mercenarias necesarias para llevar a cabo sus campañas, como por ejemplo a los mil honderos baleares, que también formaban parte de esta expedición a Sicilia, y entre los cuales estaban Vatre e Isapte. El resto eran tropas mercenarias de diversa procedencia e infantería ligera formada principalmente por los *lonchophoroi*, soldados libios de clase humilde que no podían permitirse pagar una armadura de hierro y un gran escudo como sus conciudadanos que formaban la infantería pesada libia y que, por lo tanto, iban armados con un pequeño escudo ligero, un casco de fibra, varias jabalinas y una espada corta. Su técnica de combate era muy diferente de la de la infantería pesada, ya que se basaba en la rapidez y la emboscada. Siempre atacaban en formación

abierta a toda velocidad y utilizaban sus jabalinas para hacer estragos entre las formaciones enemigas desprevenidas.

Amílcar observó su poderoso ejército con orgullo y dio la orden para que embarcaran en los ciento treinta trirremes atracados en el puerto y listos para zarpar. Era un día perfecto para empezar la travesía: el cielo estaba muy azul, abierto de par en par, y soplaba una ligera brisa que los impulsaría por las aguas siempre traicioneras de aquel mar Mediterráneo. Un mar que tantos barcos ha hundido, pero que también ha ayudado a llegar a tantos otros a su destino. Su abuelo, el famoso Hannón II el Navegante, el mayor aventurero cartaginés de todos los tiempos, conocía bien este mar. Sin ningún miedo, llevado por la locura o la genialidad, con una flota formada por sesenta barcos y tres mil personas atravesó el estrecho de Gadir, también conocido por los griegos con el nombre de las Columnas de Heracles, y navegó sin descanso siguiendo la costa africana hacia el suroeste. Hannón fundó, a lo largo del camino, varias colonias cartaginesas como Timateri, Cariconticos, Gite, Acra, Melita y Arambis. No sintiéndose satisfecho con la fundación de esta gran cantidad de colonias, Hannón decidió seguir su periplo hacia el sur hasta llegar lo más lejos que pudiera. Tras varias aventuras, consiguió llegar al golfo de Notuceras, donde encontraron a unos seres salvajes que los intérpretes africanos llamaron gorilas. Cazaron tres de ellos y, después de desollarlos, se llevaron sus pieles a Cartago, donde fueron recibidos como los héroes aventureros que, al fin y al cabo, es lo que realmente eran.

Sin embargo, el sueño de Amílcar no era el de su abuelo. Él no deseaba explorar el mundo desconocido, sino conseguir la supremacía de su nación sobre las otras que poblaban el Mediterráneo. Los griegos eran su principal y más poderoso enemigo, y las colonias griegas de Sicilia, las más molestas y cercanas, eran perfectas para empezar a forjar su leyenda. Con aquel ejército nadie podría hacerle frente. Acompañado por su guardia personal, el Batallón Sagrado, formado por los hijos de las clases más altas cartaginesas, bien preparados y adiestrados para la guerra, Amílcar subió a la nave capitana y dio la orden de zarpar para partir hacia la batalla que cambiaría el destino de Sicilia y del Mediterráneo occidental.

◆◆◆

Vatre e Isapte se quedaron maravillados viendo el embarque del ejército cartaginés al completo. Nunca habían visto tal cantidad de gente junta en el mismo lugar en su vida. Miles y miles de guerreros se amontonaban en el puerto de la ciudad más grande del Mediterráneo

occidental dispuestos a embarcar hacia la guerra. Norisus y Lasci los guiaban entre el gentío que se distribuía por los muelles de Cartago haciendo cola para embarcar en sus respectivas naves. Estas embarcaciones les maravillaban. Aunque ya las habían visto anteriormente en Clumba, no por ello les dejaban de sorprender. Sin embargo, no era lo mismo ver tres trirremes cargando mercenarios para llevárselos «de paseo» a Cartago, que ver ciento treinta naves de guerra preparadas para entrar en combate. ¿Cómo era posible que aquel «carro marino» gigante, lleno de gente hasta la bandera, pudiera flotar?

Cuando vieron a quienes serían sus compañeros de batalla, quedaron impresionados, principalmente por los libios y su espectacular equipamiento: corazas, cascos de hierro y unos grandes escudos ovalados blancos. Pero aún fue más impresionante ver al Batallón Sagrado, la guardia personal del general, Amílcar Giscón. Iban armados al estilo griego, con una gran lanza de dos metros de longitud que los griegos llaman *dory* y el *hoplon* o *aspis*, un gran escudo circular de noventa centímetros de diámetro recubierto con la clásica lámina de bronce decorada. Muchos de aquellos extraordinarios escudos se decoraban con imágenes de Baal, dios cartaginés de la guerra, o de Tanit, su hermana y patrona de la capital cartaginesa. Completaba su esplendoroso equipamiento un casco de bronce de estilo beocio con mejillas; la coraza, que podía ser de bronce o de *linothorax* (una coraza fabricada a base de capas de lino prensado que combinaba a la perfección ligereza y protección); y, por último, las grebas de bronce que protegían la parte de la pierna que quedaba descubierta por el escudo. Eran la envidia de todos los soldados y el orgullo de Cartago.

Tras observar aquel espectáculo, Isapte miró a Vatre y dijo con tono abatido:

—Y pensar que nosotros solo vamos armados con nuestras queridas hondas…

Claramente la envidia le roía por dentro, y la decepción y la vergüenza le entristecían.

Vatre asintió con cara de resignación. Norisus oyó el comentario de Isapte, y viendo la reacción abatida de sus nuevos guerreros no tardó en incorporarse a la conversación. El abatimiento era el peor enemigo del guerrero, y debía mantener elevada la moral de sus hombres.

—¡Demonios, Isapte! —dijo Norisus—. Se nota que no has estado nunca en una maldita guerra. Si te cogen y te ponen a combatir con las tropas libias o el Batallón Sagrado, te encontrarías afrontando la batalla en una formación cerrada y comprimida donde los soldados no tienen espacio para moverse ni casi para respirar. Allí lo que

importa no es la fuerza o la habilidad personal de cada guerrero, sino la fuerza del grupo, y la iniciativa individual no solo se esconde dentro de la fuerza de la formación, ¡sino que además se castiga!

—¿Castigar la iniciativa personal? ¿A qué te refieres, Norisus? —dijo Isapte.

—¡Pues que no podrías demostrar tu valor! No está permitido abandonar la formación y enfrentarse solo a varios enemigos a la vez, y si lo hicieras, te castigarían porque habrías desmoronado la formación y creado un agujero en el muro de escudos poniendo en peligro al resto de tus compañeros. Nosotros, en cambio, combatimos en formación abierta, y si uno de los nuestros quiere demostrar su valía enfrentándose solo a diferentes adversarios puede hacerlo sin problemas, ya que no pone en peligro al resto de los guerreros, solo a sí mismo. ¿Lo entiendes?

—Creo que sí. Pues a pesar de su brillante aspecto, creo que prefiero seguir siendo un hondero…, supongo… —dijo Isapte aún dubitativo y escéptico.

—¡Claro que sí, hombre! Dentro de una formación te sería imposible destacar, serías uno más, y encima, como no sabes combatir en orden cerrado, serías un soldado mediocre, mientras que como hondero eres excepcional.

El escepticismo de Isapte desapareció de su rostro y mudó para convertirse en una expresión de orgullo de pertenencia.

—¿Qué prefieres? ¿Ser uno más entre muchos o ser un guerrero fuerte y audaz que demuestra no temer a la muerte? ¿Ser más fuerte que los demás, lanzar el proyectil más lejos y acertar el objetivo más lejano? Siendo un hondero puedes destacar, siendo un soldado formas parte de una formación en la que no hay lugar para la valía individual. Además, recuerda que los honderos clumbinos son los mejores del Mediterráneo. ¡Por detrás de los de Nura, por supuesto! —se rio el caudillo.

—¡Y una mierda! ¡Los clumbinos os damos mil vueltas! Nosotros somos los mejores de todo el Mediterráneo —respondió Isapte molesto e hinchado de orgullo patrio.

—Eso debes demostrármelo en el campo de batalla. Las palabras no valen nada si no van acompañadas de hechos. ¿Lo haréis? ¿Me demostraréis que me equivoco? —preguntó Norisus.

Isapte y Vatre se miraron, asintieron y gritaron al unísono levantando los brazos con las hondas en la mano.

—¡Por supuesto!

—¡Pues venga, a ver si es verdad! ¡Vamos, novatos! ¡Basta ya de disfrutar del espectáculo y de tanta palabrería! Nos toca subir a bordo de nuestra nave. ¿A qué esperáis? ¿A que Sicilia llegue flotando hasta Cartago empujada por las olas del mar o qué? ¡Arriba! —dijo

Norisus, acompañando sus palabras con un amistoso golpe en el hombro de Isapte.

Los hermanos se miraron y no se lo pensaron dos veces; se pusieron en marcha y subieron a la nave que los llevaría a cruzar el mar Mediterráneo. La isla de Sicilia les esperaba.

◆◆◆

Un relámpago atravesó la oscuridad del cielo tormentoso, acompañado por un violento trueno que erizaba la piel. La lluvia caía sin misericordia sobre la nave, encharcaba la cubierta y castigaba a tripulantes y guerreros por igual, azotándoles los rostros y empapando su ropa, que pesaba como el plomo. El mar estaba formado por montañas de agua que subían y bajaban. El trirreme de Vatre e Isapte no dejaba de moverse. Lo que había empezado como una travesía soleada y tranquila se había convertido en una pesadilla. El capitán intentaba mantener la ruta marcada, pero las ráfagas de viento se lo impedían. Los tripulantes arriaron las velas para evitar que el viento las rasgara. El barco se movía más y más, y ya eran varias las personas que habían caído por la borda y se habían perdido en el mar. Uno de los tripulantes dijo a los honderos que se ataran a cualquier parte fija del barco para evitar caer al agua. Estaban mareados, y ya habían vomitado más de una vez. Las olas pasaban por encima de la borda y se estrellaban contra sus cuerpos sin piedad. De repente, oyeron un ruido de rotura muy fuerte, y luego vieron como el mástil caía a toda velocidad al mar y barría tanto a los tripulantes como a los guerreros de la cubierta del barco. Habían tenido suerte de que no les alcanzara también a ellos.

—¡Espero que estéis todas bien atadas, niñas lloricas!

Aquella era la voz de Norisus, que daba ánimos a sus guerreros a su manera.

—¡Malditos dioses cartagineses, no valen para nada! —exclamó Isapte—. ¿No me habías dicho que antes de zarpar del puerto un cartaginés te dijo que había llevado a cabo un gran sacrificio en el templo de Yam, su dios del mar, para que nos concediera una buena travesía? ¡Pues mira la que nos ha caído encima! ¡Madre mía, Vatre! ¡Esto es una pesadilla! El barco se está desmontado por momentos. ¿Qué haremos si el barco se hunde?

—Tú calla y agárrate a la soga si quieres contarlo —dijo Vatre, aferrándose lo más fuerte que podía a la cuerda que le tenía atado a la barandilla de estribor, y mientras dedicaba una oración a los dioses clumbinos para que les ayudasen más que los cartagineses, que claramente ese día no estaban por la labor.

De repente, una ola gigantesca barrió la cubierta e hizo volar

todo lo que no estaba sujeto. Vatre vio como personas, herramientas, cuerdas y barriles volaban por los aires. Todo era una vorágine de ruido, agua y viento. Entonces algo le golpeó en la cabeza y todo fue silencio y oscuridad.

◆◆◆

Vatre notó como la luz del día le traspasaba los párpados y le hacía despertar. Tenía un dolor de cabeza terrible. Sintió que estaba sobre una superficie muy voluble. La tocó un poco mejor con la palma de la mano y se dio cuenta de que era arena. Enseguida dio gracias a los dioses clumbinos por haberle ayudado a llegar a tierra firme. Abrió los ojos, y lo que vio fue un espectáculo desolador; había cuerpos inertes por doquier. Algunos estaban medio hundidos en el agua, y otros cubiertos por la arena. Era incapaz de decir cuántos muertos había a su alrededor, pero estaba rodeado. Cuando empezó a despejarse, sintió un dolor agudo que se le clavaba en la cabeza. Se tocó con la mano y notó la sangre reseca en su nuca. Sin duda se había dado un buen golpe, y eso era lo que hacía que no recordara cómo había llegado a aquella playa que ahora mismo le parecía un regalo de los dioses.

—¡Vatre! ¡Al fin te encuentro! Que lejos has ido a parar. ¡Ya empezaba a sufrir, hermanito!

Isapte agarró a su hermano por el brazo y la cintura y le ayudó a incorporarse.

—¡Uf! Me duele todo, Isapte. Menuda tormenta nos ha tocado sufrir esta noche. ¡Parece un milagro que estemos vivos!

—¡Desde luego! Voy a decirle a Lasci que te he encontrado. Estará contento de saber que tenemos más supervivientes.

—¿A cuántos hemos perdido? —preguntó Vatre sin ocultar su preocupación.

—¿Qué ocurre? ¿Tengo cara de intendente del ejército cartaginés o qué? Solo puedo decirte que Norisus ha muerto. Desgraciadamente, el malnacido de Cudun sí ha sobrevivido… —dijo Isapte con rabia contenida.

—Ya sabes lo que dicen Isapte, mala hierba nunca muere…

—Ni que lo jures.

—¿Y si Norisus, que era el jefe de la compañía de honderos, ha muerto, quién nos manda ahora?

—¡Lasci, por supuesto! Era la mano derecha de Norisus. Me sorprende que hagas una pregunta como esta. ¡Siempre decían que el listo de la familia eres tú!

—Creo que si Cudun sigue vivo, no está tan claro que Lasci sea el jefe de la compañía… —dijo Vatre con angustia.

—¿Qué insinúas?

—Insinúo que estamos ante un vacío de poder. Justo la situación que Cudun lleva años esperando. No desaprovechará la posibilidad que le ha caído del cielo para conseguir el control de la compañía. Es lo que siempre ha deseado. Llévame enseguida con Lasci… ¡debemos ayudarle!

Capítulo 12

El embarque

Cuando Cloi subió al barco de Maro empezó a sentirse incómoda. Las miradas lascivas de la tripulación la cohibieron. Solo había hombres, de todas las edades, que llevaban a saber cuánto tiempo navegando por el mar de aquí para allá. Una chica joven y bella como Cloi dentro del barco despertaba sus instintos carnales más animales y la lujuria les roía por dentro. Aquellas ojeadas obscenas le recordaron la asquerosa mirada de quien siempre había creído que era su padre y la pusieron en alerta y de mal humor. Empezaba a tener dudas sobre si había sido una buena idea subirse a ese barco. Pero por dentro se decía: «¡Ánimo, Cloi! ¡Por tu madre debes hacer lo que haga falta!».

—¿Quién es esta chica, capitán? ¿Es nuestra propina? ¡Es una ramera muy hermosa! —dijo uno de los piratas lamiéndose los labios y frotándose las manos.

Este tenía un aspecto más refinado que el resto de sus compañeros, ya que a diferencia de ellos iba afeitado y vestido con una bonita túnica griega.

—Pero una sola… No parece que tenga demasiada experiencia. ¡Acabará bien escocida si tiene que satisfacernos a todos!

Él y el resto de la tripulación rieron la gracia.

—¡Cállate, Arcadio! —dijo Maro con firmeza—. Sabes bien que nunca os he negado los placeres de la carne y que, cuando asaltamos y saqueamos buques o puertos, el primero que la ve es el primero que se la queda —todos asintieron—. Pero esta chica no es ninguna ramera ni ningún trozo de carne para que disfrutéis ni entre todos ni siquiera tú solo, Arcadio —dijo Maro, mientras el pirata le miraba con expresión contrariada—. Aunque seas de los piratas más valientes y audaces que he conocido nunca…, a pesar de ser griego —dijo Maro con una sonrisa cargada de intención, y mirando al resto de compañeros, la mayoría de origen clumbino.

El resto de la tripulación se rio por la observación. Los griegos eran tan arrogantes y orgullosos, que cuando veían a uno de ellos quedar en evidencia se sentían reconfortados. Al final siempre pagan justos por pecadores. Pero, fuera como fuera, era una manera de desacreditar a Arcadio, y a Maro siempre le gustaba dejar claro quién mandaba en su nave. Al griego no le gustó el comentario, pero

viéndose en minoría, como siempre, se resignó y calló. ¿Qué más podía hacer…?

—¡Tranquilo, Arcadio! En el primer puerto que atraquemos, te invitaré al mejor burdel local que encuentre —añadió Maro.

Le interesaba tenerlo de su parte, ya que era su mejor guerrero y además le hacía de intérprete, porque los conocimientos de griego de Maro eran escasos, por no decir nulos.

—Su nombre es Cloi, y a partir de ahora la trataréis como si fuera hija mía. Y como alguno de vosotros le ponga una mano encima, me importará una mierda si sois hijos directos de los mismos dioses clumbinos, fenicios o griegos. ¡Os ataré por las muñecas y os dejaré colgando por la borda para que el sol y el mar os arranquen la piel a tiras y los peces os coman los cojones! ¿Entendido?

Toda la tripulación asintió. Sabían quién mandaba y que sus amenazas se cumplían.

—¿Y quién es este estirado con pinta de griego que os acompaña? —dijo otro tripulante, Melkart, de origen cartaginés.

Su piel morena, la barba corta y cuidada, el pelo corto y su túnica le daban un toque distinguido en comparación con sus compañeros clumbinos, aunque no tanto como su compañero griego Arcadio.

—Este hombre se llama Apolodoro y es un médico griego que debemos llevar a su casa, a la Magna Grecia. Durante la travesía nos dará asistencia médica, si fuera necesario.

—¿Niñas y médicos? ¿Qué ocurre? ¿Hemos cambiado de oficio y ahora ya no somos piratas, sino niñeras y mercaderes? —dijo Arcadio, contrariado.

El pirata se quedó mirando aquel médico griego. Aquel rostro le resultaba familiar…, pero no sabía de dónde ni por qué…

—Estas dos personas son mis invitadas y las trataréis con respeto. Además, el médico ha pagado un buen precio con dracmas griegos por su «pasaje». —De hecho, Maro prácticamente le había desplumado, ya que enseguida notó la necesidad que tenía el médico de volver a su casa y no dudó en sacar provecho de la situación.— Evidentemente, este dinero se repartirá a partes iguales entre toda la tripulación, como hacemos con cualquier botín que cae en nuestras manos. Hemos hecho un buen negocio y sin salir del puerto. ¿Qué os parece?

—Hombre… Si hablamos de dinero, la cosa cambia. ¡Y todavía más si son dracmas griegos! —dijo Melkart, con una sonrisa que derramaba avaricia por todos lados, mientras se frotaba las manos pensando en el tacto frío de las monedas bailando sobre las palmas de sus manos.

—¡Pues, venga! Basta ya de palabrería. Alzad el ancla e izad las

velas. El tiempo es oro y ya llevamos mucho tiempo parados en el puerto. ¡Adelante!

Toda la tripulación se puso a llevar a cabo sus tareas al unísono. Se les notaba la veteranía. Cada uno tenía su función y sabía lo que tenía que hacer; eran grandes marineros y el oficio lo realizaban ya casi por instinto. Como se suele decir, la práctica lleva a la perfección, y aquellos hombres de mar no era la primera vez que zarpaban de un puerto.

◆◆◆

Cloi sentía como la brisa marina le refrescaba la cara y notaba el ligero balanceo del barco moviéndose bajo sus pies. Aquel movimiento que para otras personas era extremadamente desagradable (bastaba con ver al pobre Apolodoro vomitando por la borda) a Cloi la relajaba. Cerraba los ojos y era como si estuviera volando por el cielo, y era feliz. De repente, una mano se colocó sobre su hombro y la sacó de su momento idílico.

—¿Cómo va el paseo en barco? Parece que lo hayas hecho toda la vida. Veo que disfrutas más que tu amigo —dijo Maro con una mirada divertida, señalando a Apolodoro.

Cloi dibujó una sonrisa de lástima mirando como el médico arrojaba el desayuno por la borda.

—Sí, no sé por qué, pero el movimiento del agua me relaja —respondió con una sonrisa.

—Eso es porque mi sangre corre por tus venas —dijo Maro henchido de orgullo—. Escucha una cosa, no me creo que Apolodoro «solo quiera volver a su casa»… Se le ve bastante nervioso… al menos cuando no está vomitando, claro —se rio el jefe pirata—. ¿Qué se trae entre manos?

Cloi empezó a alterarse.

—Yo qué sé; eso se lo tendrías que preguntar a él…

—Ya lo he hecho, pero no dice nada. Y viendo tu reacción, sé que tú sabes algo más. ¿Verdad?

—Pobre hombre… Unos piratas clumbinos secuestraron a su hija hace cosa de un año, y para buscarla terminó en Clumba. Pero su búsqueda no tuvo ningún éxito, desgraciadamente. El pobre pensaba que, si iba a Clumba, tarde o temprano la encontraría, pero no fue así. Los piratas debieron vender a la chica en el primer mercado de esclavos decente que encontraron en su ruta para conseguir dinero rápido. Imagino que no os ha dicho nada ni os lo ha pedido porque no se fía de vosotros.

—¿Has dicho que pasó hace un año?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Y cuantos años tenía su hija?

—Por lo que me ha contado, yo diría que catorce o quince.

—¿Y te ha comentado alguna vez si te pareces a ella?

—No deja de decirme cuánto nos parecemos. Por eso averigüé lo que le había ocurrido y he conseguido que compartamos nuestras respectivas búsquedas.

—Pues…, creo… que tal vez…

—¿Sí…? —Cloi empezaba a impacientarse con tanta «pausa dramática»—. ¿Qué demonios quieres decir, Maro? Dilo de una vez y no te lo pienses tanto.

—Pensaba que hace aproximadamente un año conseguimos un buen botín cuando asaltamos un poblado de la costa de la Magna Grecia. ¡Fue una «buena cosecha»! —se rio el pirata—. Bueno, el caso es que entre toda la gente que nos llevamos para vender en el mercado de esclavos había una chica de unos quince años que se te parecía; muy linda, como tú, y pudimos sacar un buen precio por ella…

—¡Hijo de mala madre!

Un grito aterrador rompió la conversación. Apolodoro apareció de la nada con un pequeño utensilio médico, similar a un escalpelo, en la mano, y se lanzó encima de Maro. Todo aquel tiempo había intentado contener sus ansias de venganza, tal y como se había prometido a sí mismo, pero aquella conversación distendida en la que hablaban de su hija como si fuera una mercancía le hizo estallar. Ya no podía esconder más el odio que sentía por aquel pirata.

—¡Tú me robaste a mi hija después de vaciarme la casa, cabrón! —gritaba Apolodoro mientras intentaba desesperadamente cortar el cuello al pirata que le había arruinado la vida—. ¡Te voy a matar!

Apolodoro sudaba y tenía los ojos inyectados de sangre. La locura se había apoderado de él.

Maro consiguió agarrar el brazo que sujetaba el instrumento quirúrgico con la mano izquierda , y con la derecha le pegó un puñetazo en la cara que hizo caer al médico de espaldas sobre la cubierta de la nave. A continuación, mientras el griego intentaba levantarse, el pirata le espetó una patada en la cara que lo dejó fuera de combate.

—¿Se puede saber qué demonios le pasa a tu amigo? ¿Se ha vuelto loco de repente? —exclamó Maro, sorprendido.

—¡Hombre, Maro! Pues no sé qué le pasa… —dijo Cloi con tono sarcástico—. Dímelo tú. ¡Oh! ¡Espera! Creo que ya me lo has dicho justo antes de que Apolodoro te atacara… ¿Tal vez sea porque fuiste tú quien secuestró a su hija? ¿Es posible que sea por eso? —le reprochó Cloi con una mirada acusadora.

—Cloi…, somos piratas…, no vamos por el mundo haciendo amigos precisamente… Asaltamos, matamos, saqueamos, robamos y vendemos. Es un buen negocio, pero no hay lugar para el sentimentalismo. ¿Quién te crees que mueve los remos que impulsan este barco? Pues esclavos, gente a la que hemos hecho prisionera en nuestros asaltos y saqueos. En aquella ocasión, cuando vi a la hija de Apolodoro, por un momento me recordó a ti y sentí lástima por ella. Me entristecía pensar en el futuro que le esperaba cuando la hubiéramos capturado. Primero serviría de entretenimiento para la tripulación, luego la venderíamos en el mercado de esclavos más próximo y quién sabe dónde terminaría. Si tenía suerte acabaría de doncella en una casa respetable con unos dueños que la tratarían bien. Por el contrario, si no tenía tanta suerte, sus dueños no la tratarían tan bien, o, incluso, podría terminar en un burdel cualquiera, abierta de piernas y dando placer a desconocidos día tras día… Por un segundo pensé en dejarla con su padre, pero a continuación imaginé las consecuencias que tendría para mí. ¿Qué pensarían mis hombres? Seguro que creerían que me había ablandado y que ya no merecía ser su capitán. Los sentimientos nos hacen débiles, Cloi, y para mandar a una tripulación de piratas debes ser duro como una roca y pensar solo en lo más beneficioso para tus hombres. Como te he dicho antes, en un barco como este no hay lugar para el sentimentalismo. Hice lo que tenía que hacer y no me arrepiento.

—¡Por el amor de los dioses! ¿No eres capaz de comprender nada? Ponte en el lugar de Apolodoro. ¿Realmente crees que «hiciste lo que tenías que hacer»?

—En ese momento era lo que tocaba. Soy consciente del daño que he hecho a este hombre; no es la primera, ni será la última vida que destroce mientras este sea mi oficio. Ello nunca me había importado hasta hoy. Lo que me preocupa de verdad no es lo que piensa él, sino lo que piensas tú de mí. Veo que ya no me miras con los mismos ojos que antes. Ahora tu mirada es de decepción.

—Siempre pensé que eras un pirata distinto. Siempre te había tenido en un pedestal, te había idolatrado. Pero veo que la realidad siempre es inferior a las expectativas que nos hacemos de ella. Estoy decepcionada, es cierto, pero soy consciente de que eres un pirata y que los piratas vivís de esto. Aun así, quizás todavía estés a tiempo de cambiar y enmendar alguna de tus acciones. Si ayudas a Apolodoro a encontrar a su hija, me demostrarás que eres un poco más parecido al Maro que me había imaginado.

—Cloi…

—¿Lo harás? —dijo ella mirándolo directamente a los ojos. Aquella mirada consiguió enternecer el corazón del pirata.

—Por ti, hija mía, haría cualquier cosa —dijo mientras la

abrazaba con fuerza y le daba un beso en el pelo—. ¡Incluso dejaría de ser un pirata!

Capítulo 13

Lucha por el poder

Los dos hermanos corrieron tan rápido como la arena les permitía, esquivando los cuerpos de los muertos y los restos del naufragio, hasta que, una vez atravesada toda la playa, llegaron donde estaba Lasci.

—¡Vatre! ¡Estás vivo! Buen trabajo, Isapte.

—Gracias, comandante —asintió él con orgullo.

—¿Comandante?¡Y una mierda! ¡El nuevo comandante de la compañía soy yo!

Cudun acababa de llegar acompañado por sus hombres.

—¡Tú no te mereces ser nuestro jefe, maldito bastardo! —exclamó Vatre lleno de odio.

—¡Eso ya lo veremos! Cuando haya matado a Lasci, a ver quién se atreve a discutírmelo.

Vatre, que estaba cerca de Lasci, cogió la honda y empezó a cargarla. Lasci le sujetó la mano y negó con la cabeza, mientras le decía al oído:

—No, Vatre, esto es entre Cudun y yo. No puedes intervenir.

Vatre no daba crédito a lo que oía, pero apretó los dientes e intentó ocultar su frustración y su enfado. Obedeciendo a su comandante, volvió a guardar el proyectil dentro de la bolsa y asintió.

—¡Venga, Cudun! ¡Inténtalo, si tienes huevos! —dijo Lasci—. No dejaré que arruines la compañía de Norisus. Eres una bestia miserable incapaz de hacerse cargo de nuestra gente. Tus ansias de poder nublan tu juicio. Si tú nos diriges, será nuestra perdición. ¡Y eso no pienso consentirlo!

Lasci cogió su honda media, introdujo un proyectil y lo lanzó a la cabeza de Cudun. Este lo vio venir y pudo esquivarlo con un movimiento rápido. El esbirro que tenía detrás no fue tan veloz y el proyectil impactó en su rostro, justo entre los ojos. Se oyó como le crujía el cráneo y la sangre empezaba a manar de la herida mientras el hombre caía al suelo de espaldas, ya sin vida.

—¡Lasci, esta me la pagarás!

—¡Ven a cobrártela, si te atreves!

Cudun empezó a correr, mientras un grito brutal salía de su garganta y hacía girar la honda por encima de su cabeza. Lasci cambió rápidamente la honda media por la corta, ya que el objetivo estaba

más cerca y necesitaba afinar la puntería. Una vuelta, dos vueltas…, y de repente no vio nada; los ojos le escocían como nunca antes. Se pasó el dorso de la mano por los ojos y se dio cuenta de que tenía la cara llena de arena. De repente sintió un impacto fortísimo en su hombro derecho. Era el proyectil que le había lanzado Cudun, justo después de haberle tirado la arena a la cara. El jefe de los honderos notó como la clavícula se le salía de sitio y dio un grito que erizó la piel de Vatre. Lasci cayó al suelo con la mano izquierda aferrada a su hombro derecho.

—¡Muere, hijo de mala madre! —gritaba Cudun, mientras se abalanzaba sobre Lasci con un cuchillo en la mano.

De repente, otro cuchillo rasgó el aire y se clavó en el bíceps derecho de Cudun, haciendo que este soltara el que llevaba en la mano, mientras gritaba de dolor.

—¡Cabrón!

Justo después de recibir el impacto en el hombro, Lasci había caído al suelo dando la espalda a Cudun, y había conseguido coger el cuchillo del cinto con la mano izquierda y, girándose, lo lanzó. El cuchillo impactó en el brazo de Cudun, que cayó al suelo mientras se presionaba la herida intentando parar la hemorragia. Entre gritos de dolor, dijo:

—¡Me has desgraciado el brazo! ¿Cómo demonios voy a tirar con la honda a partir de ahora? —exclamó enojado.

Un nuevo alarido de dolor inundó el aire. Sus hombres corrieron hacia él, le levantaron del charco de sangre sobre el que estaba y se lo llevaron, mientras el hondero no dejaba de maldecir a Lasci y jurar venganza.

Vatre se acercó a Lasci.

—¡No podemos dejarle escapar!

—Con esa herida no llegará demasiado lejos —contestó el nuevo jefe de la compañía entre dientes mientras soportaba estoicamente el dolor que le producía su hombro dislocado.

—¡No podemos arriesgarnos, comandante!

—Déjale, Vatre, Cudun ahora mismo ya no vale para nada. Tal y como le he dejado el brazo ya no representa ninguna amenaza.

Vatre se mordió la lengua porque no quería llevar la contraria en público a su nuevo jefe. Al contrario, cogió la mano izquierda de Lasci y la levantó hacia arriba mientras exclamaba:

—¡Viva Lasci! ¡Nuestro nuevo comandante!

Toda la compañía gritó al unísono.

—¡Viva Lasci! ¡Nuestro nuevo comandante!

Lasci asintió mirando hacia Vatre con gratitud.

—¡Compañeros! —dijo Lasci mientras se sujetaba la clavícula derecha con la mano izquierda—. Gracias por vuestro apoyo, pero

centrémonos en lo importante; tenemos que seguir buscando a los supervivientes de este terrible naufragio que nos ha arrebatado a Norisus, nuestro querido comandante. Recoged los cuerpos de los muertos para hacerles los rituales funerarios que se merecen, y ayudad a los heridos a recuperarse. No falta mucho para que nuestro general Amílcar nos llame y tengamos que volver a entrar en acción.

Todos los guerreros asintieron y se pusieron manos a la obra.

Lasci miró Vatre y dijo:

—Y ahora Vatre, ve a buscar a algún médico del ejército que me recoloque la clavícula, que el dolor me está matando.

Vatre asintió y fue corriendo al campamento a buscar un buen médico para su jefe.

Cuando Vatre se acercaba al campamento, que estaba en construcción, observó cómo los soldados libios se encargaban de montar las tiendas, cavar las fosas y levantar la estacada que protegería al ejército en territorio enemigo. Siempre eran los libios quienes realizaban las tareas más pesadas, mientras que los soldados cartagineses se dedicaban a supervisarlos, y los del Batallón Sagrado se encargaban de la seguridad del General. Vatre se dio cuenta de que era un ejército tremendamente clasista y que los libios eran quienes se llevaban la peor parte junto con los *lonchophoroi*, la infantería ligera, los más pobres de todos los ciudadanos del territorio cartaginés. Por suerte, la condición de mercenarios de los honderos los liberaba de aquel tipo de tareas, ya que eran un anexo del ejército y tenían más libertad.

Al entrar en el campamento, preguntó al primer soldado que vio dónde podía encontrar a un buen médico. Este, molesto por la interrupción, le señaló vagamente una tienda grande en la lejanía, en el centro del campamento. Vatre corrió hacia allí sin pensar y, al llegar, se detuvo en seco, sorprendido. La entrada de la tienda estaba custodiada por dos soldados del Batallón Sagrado uniformados de pies a cabeza con su espléndida armadura.

—¿Tú eres un hondero, no? —dijo el soldado con tono arrogante y acusativo—. ¿Se puede saber qué demonios haces en la tienda del General?

—Yo… estaba buscando un médico para nuestro comandante… Y me han dicho que podía encontrarlo aquí.

—¡Lo que me faltaba! ¿Acaso crees que nuestro General es tu médico particular? —se rio el guardia—. El hospital está tres tiendas más allá —dijo el soldado apuntando con su lanza hacia el este—. Y como comprenderás, no es un buen momento para hablar con el General… Por culpa de este maldito naufragio hemos perdido a muchos hombres, víveres y caballos. Así que está de muy mal humor.

De repente, unos gritos salieron del interior de la tienda.

—¿Qué demonios susurráis ahí fuera?

Vatre tragó saliva. El faldón de la tienda se abrió y salió el general Amílcar Giscón, con su uniforme al completo, salvo el casco. Era un hombre alto y fortachón. Llevaba el cabello corto y lucía una barba morena bien arreglada. Su coraza de bronce pulido le daba un aspecto amenazador.

—¡Oye! Tú eres un hondero, ¿verdad? —preguntó el General.

— Así es, general Amílcar.

—¡Pues ya corres a buscar a tu comandante para que me haga llegar el informe de sus bajas de una vez! ¡Qué ya va siendo hora! ¿Cómo demonios debo gestionar mi maldito ejército si los comandantes no me pasan los informes pertinentes cuando toca? —exclamó exaltado.

—Pero es que…

—¡Ni pero ni nada! Todos estos imprevistos me están dando quebraderos de cabeza y retrasan la campaña. ¡Quiero el informe de bajas antes de mañana! ¿Queda claro?

—Sí. ¡Por supuesto, señor!

—¡Pues venga! ¡Ve! —El general se levantó el faldón y entró de nuevo en la tienda mientras refunfuñaba.— Malditos salvajes…

Los soldados que custodiaban la entrada miraron a Vatre con mala cara, se les notaba disgustados.

—Ya te habíamos dicho que no era el mejor momento para hablar con el general. ¡Anda! ¡Vete de aquí! Que lo has puesto de más mal humor y aún será peor soportarlo de ahora en adelante —dijo uno de los vigilantes resoplando.

—Vale… Pero…

—¿Pero qué? —dijo el guarda agotando la poca paciencia que le quedaba.

—¿Dónde está el hospital? —preguntó Vatre.

El soldado se dio una palmada en la frente.

—¡Por ahí! —dijo señalando la tienda grande que había tras él con su lanza.

Vatre no lo pensó dos veces y fue corriendo a la tienda hospital a buscar un médico para el comandante.

—¡Y no quiero volver a verte por aquí! —gritó a Vatre mientras este abandonaba la tienda del general de camino al hospital.

◆◆◆

Cuando Vatre entró en la tienda hospital, le asaltó un olor acre a sangre, sudor y podredumbre. El ambiente era desolador. Cientos de soldados recibían algún tipo de tratamiento médico dentro de aquel

hospital de campaña improvisado y abarrotado. Entre los lamentos y gritos de dolor consiguió oír a uno de los médicos del ejército dando instrucciones a sus ayudantes.

—Esta pierna no se puede salvar. Hay que cortar, si no, la infección se extenderá y el soldado morirá. Sea como sea, este hombre ya ha hecho todo lo que podía hacer por Cartago, sus días de soldado terminan hoy.

Vatre se acercó al médico.

—¡Disculpe!

—¿Y tú qué quieres? ¿No ves que estoy trabajando?

—Sí, por supuesto. ¡Pero es que vengo precisamente por eso!

—¡Explícate!

—Mi comandante está herido y necesita un médico con urgencia.

—Tú eres un hondero de Baal-Iaroh, ¿verdad?

—Sí…

Vatre ya empezaba a estar molesto de que le hicieran esa pregunta, que siempre iba acompañada de un ligero tono de desprecio.

—¿No ves cómo tengo mi hospital? ¡Estoy desbordado! Además, vosotros estáis fuera del campamento. No puedo dejar todos estos buenos soldados cartagineses sin atención médica para ir a curar a tu jefe mercenario.

—¡Pero nosotros también formamos parte de este ejército! —le recriminó Vatre, indignado.

—Vosotros sois mercenarios. Los verdaderos soldados están en este hospital y necesitan mis atenciones.

—¡Pero mi comandante también las necesita!

El médico miró a Vatre contrariado, negó con la cabeza temiendo que el hondero no lo dejaría en paz hasta que le ofreciera algún tipo de solución.

—¡Ahirom! ¡Ven aquí!

Un hombre de piel morena, delgado y de escasa estatura se acercó al médico mientras se secaba la sangre de las manos con su túnica, que en algún momento había sido blanca pero que en ese momento tenía un color más bien indefinido.

—Dígame, doctor.

—Acompaña a este hondero, por lo visto necesita nuestras atenciones.

—Pero, doctor, aquí todavía tengo un montón de trabajo pendiente.

—¡Es una orden! Llévate a este hondero de aquí, ya me ha hecho perder demasiado tiempo.

Ahirom asintió de mala gana, cogió a Vatre por el brazo y

juntos abandonaron la tienda hospital.

◆◆◆

El médico observaba cuidadosamente el bulto que sobresalía del hombro derecho de Lasci.

—Esto es una dislocación de manual.

—¿Una dislocación? Los médicos siempre estáis inventando palabras… —dijo Vatre con tono disgustado.

Los médicos le resultaban gravosos y estirados. Siempre hablando con palabras altisonantes para hacer sentir tontos a los demás. Todos los que había conocido eran altivos y avaros. Como el que curó a Cloi. ¡Ay! Cloi ahora le parecía un recuerdo lejano, pero tampoco hacía demasiado tiempo que la había dejado con aquel médico griego tan mezquino. ¡Le daba igual que Cloi estuviera medio muerta y llena de moratones! Solo le interesaba el color del dinero. Menos mal que entre la gente de su pueblo no usaban dinero, este solamente daba quebraderos de cabeza y afloraba lo peor de las personas. Solo esperaba que aquel médico del demonio la hubiera cuidado como debía y que Cloi ya estuviera curada. La conocía desde que era pequeño y siempre le había llamado la atención. Sabía que sentía algo por ella. La admiraba y la deseaba a partes iguales. Su carácter y su determinación eran sus dos mejores virtudes, aunque en belleza tampoco se quedaba corta. Los griegos dirían que era la combinación perfecta: tenía la belleza de *Afrodita*, la inteligencia de Atenea y la determinación y el carácter de Artemisia. A veces pensaba que la idolatraba demasiado, pero, a pesar de ser consciente de ello, no podía dejar de pensar en ella. Era la mujer perfecta. Desgraciadamente, sus caminos se habían separado y, teniendo en cuenta que él ahora estaba en la guerra, era posible que no volviera nunca a casa. Aun así, sabía perfectamente lo que haría si alguna vez volvía: iría corriendo a ver a Cloi, la abrazaría y entonces…

—¡Ah! —Los gritos de dolor de Lasci lo sacaron de sus pensamientos.— ¡Maldito matasanos! ¡Ten cuidado, malnacido! ¡No me puedes desgraciar el brazo!

—Si estuvieras un poco más quieto y te quejaras menos, me resultaría más sencillo hacer mi trabajo. Salvaje… —murmuró el médico entre dientes.

—¿Cómo has llamado a nuestro comandante? —dijo Vatre con tono desafiante mientras ponía una mano amenazadora sobre su puñal.

— Nada… Solo decía que necesito que se quede quieto y sin quejarse para poder hacer bien mi trabajo —dijo el cirujano mientras una gota de sudor nerviosa le caía por la sien.

—Eso está mejor. Sin embargo, si tuvieras un poco más de cuidado, no se lo harías pasar tan mal a nuestro jefe. Así que aplícate más.

El médico asintió mientras ponía mala cara.

—Pues ahora viene la parte más dolorosa de la operación. Hasta ahora lo único que he hecho ha sido preparar las articulaciones para el movimiento final que lo pondrá todo en su sitio. Así que… ¡cuidado!, porque ahora va en serio.

Apenas hubo terminado la frase, el médico cogió con una mano el brazo de Lasci y, apoyando el cuerpo en su hombro, tiró con la otra del caudillo de Baal-Iaroh para volver a colocar los huesos y las articulaciones en su lugar. El grito de Lasci resonó como un trueno de tormenta en medio del silencio de un cementerio.

—Ya está —dijo el médico—; ahora solo necesito que lleve unas vendas para inmovilizar el brazo derecho.

—¿Inmovilizar el brazo? ¡Pero si vamos a la guerra! ¿En qué cojones está pensando? —dijo Lasci.

—Si no lo mantenemos quieto, el hombro se puede volver a dislocar con facilidad y aún sería peor. Te conviene mantener el hombro y el brazo derecho fijados al cuerpo, de lo contrario te costará mucho recuperarte. Si quieres volver a usar tu preciada honda con precisión algún día, más te vale hacer lo que te digo. Pero… tú mismo.

Lasci resopló hastiado.

—¿Y cómo demonios podré dar ejemplo a mis hombres si soy un tullido?

—¡Tú eres nuestro jefe, Lasci! No necesitas demostrar nada. Norisus te consideraba su segundo al mando de nuestra gente y, además, ya has dado la lección que se merecía a aquel cabrón de Cudun —dijo Vatre con determinación.

—Pero por lo que veo, me ha salido cara la jugada —dijo Lasci con una mirada de resignación en el rostro mientras observaba cómo el médico le vendaba el hombro.

—Tú eres nuestro jefe y si alguien piensa lo contrario, se las tendrá que ver conmigo y con Isapte —dijo Vatre sacando pecho mientras Isapte, que se estaba detrás con los brazos cruzados, asentía con gesto serio.

—Gracias, chicos. Esperemos que el resto de los nuestros piensen como vosotros.

Capítulo 14

La travesía

Pasaron varios días de navegación sosegada. Cloi hizo entender a Apolodoro que, pese a lo que había sucedido en el pasado, Maro estaba de su parte y haría todo lo que pudiera para ayudarle a encontrar a su hija. El médico aún albergaba un profundo resentimiento hacia Maro, ya que si no fuera a causa de él, no estaría en esta situación. Aun así, se dio cuenta de que sin la ayuda del pirata sería aún más complicado encontrar a su hija; por lo tanto, decidió que debía dejar definitivamente de lado las diferencias que tenía con el pirata y trabajar con él para encontrarla.

—Bueno —comenzó a decir Maro—, si no recuerdo mal, vendimos la hija de Apolodoro en el mercado de esclavos de Siracusa, en la isla de Sicilia. Sacamos un buen precio por aquel cargamento —dijo con una sonrisa mientras recordaba el buen negocio que hicieron, pero al ver la cara de irritación de Apolodoro se aclaró con una tos fingida y afirmó—: Quería decir que en Siracusa siempre se hacen buenos negocios, los griegos saben reconocer un buen producto cuando lo ven…

—¿Insinúas que mi hija es un «buen producto»? —dijo Apolodoro conteniendo su indignación.

—No, hombre…, solo quería decir que…

—Maro —le interrumpió Cloi—, no sigas por ahí, déjate de explicaciones, que cada vez la lías más. Quieres decir que el mercado de Siracusa fue donde vendisteis a la hija de Apolodoro y que allí encontraremos la información que necesitamos para localizar a su hija y rescatarla. ¿Verdad?

—¡Exacto! No lo hubiera podido expresar mejor —confirmó Maro con cierto nerviosismo.

—¡Pues, venga! ¡Vamos para allá!

—¡Capitán! ¡Hay un barco mercante cartaginés a proa! ¡Tiene la línea de flotación bajísima! Seguro que va bien cargado —dijo el vigía de la nave, que se había encaramado al mástil y estaba en una posición elevada para tener mejor visión del horizonte.

—¿Lleva escolta? —preguntó Maro.

—¡No, capitán! ¡Va solo!

—Una nave mercante cartaginesa sin escolta y cargada hasta

arriba, lo que la hace ir aún más lenta de lo normal —dijo Maro frotándose las manos—. Es una oportunidad de oro para sacar beneficios de este viaje. ¡Vamos, chicos! ¡Vamos a dar una lección a esos cartagineses!

—¡Maro! ¿Se puede saber qué haces? —exclamó Cloi indignada.

—¿Qué pasa?

—¡Habíamos dicho que iríamos a Siracusa a buscar a la hija de Apolodoro!

—Bueno, mujer, una cosa no quita la otra. No pasa nada si de camino nos divertimos un poco y encima ganamos dinero fácil.

—Pero…

—Pero nada, estás en un barco pirata y ya sabes lo que hacemos los piratas. ¿Verdad, chicos?

—¡Sí! —gritaron los tripulantes levantando sus armas y mirando la nave mercante con avaricia.

—Sí… —dijo Cloi con resignación mirando hacia el pobre barco mercante que ya se había percatado de la presencia de los piratas clumbinos.

—¡Vamos! ¡Qué ya los tenemos a tiro de honda! Dentro de un momento pasaremos al abordaje. Me encanta esta nave que tenemos, es un birreme griego. ¿Lo sabías?

—¿Un birreme?

—Sí, es una pequeña nave de guerra griega que capturamos hace unos años. Estos griegos son unos estirados y lo que tú quieras, pero saben hacer barcos como los dioses mandan: resistentes, rápidos y ligeros. Lo tiene todo. ¡E incluso tiene un espolón de bronce!

—¿Qué es un espolón? —preguntó Cloi, empujada por la curiosidad.

—Es una punta que llevamos en la proa del barco justo por debajo de la línea de flotación. En la guerra se utiliza para embestir a los barcos enemigos y hundirlos.

—¿Y eso es lo que piensas hacer con el buque mercante? ¿Hundirlo? —dijo Cloi preocupada.

Maro rio con ganas:

—¡No, mujer! ¡Menudas ideas! A ese barco lo queremos capturar, ¡no hundirlo! Qué tontería y qué pérdida más desagradable sería esa. Ni hablar. El espolón solo lo utilizamos en caso de que nos encontremos con otro barco pirata que tenga ganas de juerga, un barco militar que nos busque las cosquillas o las escoltas de los buques mercantes. A los barcos mercantes los abordamos y los vaciamos. ¡De algún lado tenemos que sacar el beneficio! Ahora hablaremos con los mercaderes para ver si quieren ceder su carga por las buenas o por las malas. Si podemos evitar el conflicto, mejor, así siempre me puedo ahorrar la vida de algún tripulante. Un abordaje, por muy sencillo que

parezca, como en este caso, siempre implica riesgos, y es muy fácil perder a algún buen hombre durante el ataque… Los buenos piratas no se encuentran fácilmente.

La nave pirata, más ligera y maniobrable, se fue acercando poco a poco al barco mercante.

—¡Eh, tú, Melkart! Ya que hablas su lengua, ven a hacer de intérprete. Cuando les alcancemos, diles que si tenemos que abordar su nave por las malas, después de haberles quitado todo lo que llevan, les hundiremos el barco y les haremos esclavos para venderlos en la población griega más miserable que encontremos. No, mejor aún, diles que venderemos a las mujeres en los burdeles más miserables del Mediterráneo y a los hombres los mandaremos a las minas más duras que encontremos. En cambio, si nos dejan coger su carga sin incidentes, respetaremos su nave, sus vidas y su libertad. A ver qué dicen.

Maro miró a Cloi esperando su aprobación, pero esta parecía no estar excesivamente contenta.

—¡Capitán! ¡Tenemos compañía! —gritó el vigía desde lo alto del mástil.

Maro se sobresaltó.

—¡Maldita sea! ¿Cuántos?

—Diría que una pentecóntera.

—Ah, bueno, es un barco pequeño, no creo que nos sea muy difícil espantarlo.

—¡Perdón, capitán! ¡Son dos!

—¡Joder! Dos ya fastidian más … ¿Y a qué distancia están?

—¡Mil pasos!

Arcadio se acercó a Maro.

—¿Qué hacemos, capitán?

—Pues no sé, Arcadio… Si nos entretenemos asaltando el barco mercante, las pentecónteras nos darán alcance, y si nos enfrentamos a ellas nuestra presa huirá. ¡Menudo dilema!

—Pero, capitán, debemos actuar ya.

—De acuerdo… —dijo el capitán, pensativo—. ¡Ya lo tengo! Es arriesgado, pero si sale bien, podemos matar dos pájaros de un tiro. Escúchame bien. Haremos lo siguiente.

◆◆◆

Las dos pentecónteras se acercaban a toda velocidad dispuestas a ensartar el barco pirata con sus espolones. Sin duda se trataba de otra panda de ladrones como ellos y no estaban dispuestos a que el birreme les quitara una presa tan jugosa como un barco mercante cartaginés cargado hasta los topes.

Maro alzó la voz para hacerse oír sobre el ruido del mar y el de sus tripulantes:

—¡Avante a toda! ¡No escatiméis en el uso del látigo! ¡Haced que los remeros boguen como si les fuera la vida en ello! ¡Debemos ensartar al barco mercante antes de que nos cacen las pentecónteras!

Ni si quiera el sonido de las olas del mar era capaz de enmascarar los chasquidos del látigo ni los gritos de los pobres remeros, que con sangre y sudor daban velocidad al barco pirata.

A pesar de que el birreme era una nave espectacularmente rápida, seguía siendo más pesada que las pequeñas y livianas pentecónteras, por lo que estas últimas ganaban terreno y se acercaban peligrosamente a la embarcación clumbina.

Maro gritó al vigía:

—¿A qué distancia tenemos las pentecónteras?

—¡Ochocientos pasos y acercándose!

—Bien, aún están lejos. ¡Capataz! ¡Apenas oigo ese látigo, joder! ¡Dale, hostia!

El sonido del látigo siguió sonando con insistencia mientras los remeros hacían lo que podían para intentar acelerar la marcha. Poco a poco el barco mercante se iba acercando.

Cloi se acercó al capitán pirata.

—Pero, Maro… ¡Vas derecho hacia el barco mercante con el espolón por delante! ¿No habías dicho que eso se usaba contra los enemigos que te atacaban?

—¡Cállate, Cloi! No tengo tiempo para explicaciones ahora —dijo el pirata, contrariado.

—Pero, Maro, creía que eras distinto.

—Ya estoy harto. ¡Alaquis! ¡Sarauci! ¡Hacedme un favor! Llevaos a la chica abajo con los remeros y protegedla. Así estará a salvo y al menos no andará estorbando.

Unos fuertes brazos agarraron a Cloi por los hombros y las piernas y la levantaron del suelo.

—¡Dejadme, bastardos! —gritó la chica intentando deshacerse de los piratas, sin éxito.

Estos bajaron con ella a la zona inferior del buque, la dejaron en el suelo entre los remeros y la pared del barco y se quedaron de pie cubriendo el estrecho pasillo que daba acceso a la escalera que subía a cubierta. Un cúmulo de olores desagradables asaltaron a Cloi, el hedor era nauseabundo. En aquel espacio se hacinaban hasta cien remeros, encadenados a sus bancos. El olor a orines, brea y humanidad era insoportable. A Cloi le entraron arcadas, pero consiguió no vomitar. Tras recuperarse, observó la situación y se dio cuenta de que aquellos dos fornidos piratas le cerrarían el paso el tiempo que hiciera falta. Al ver las pocas posibilidades que tenía de subir al piso superior, desistió

y se sentó de brazos cruzados, mostrando así su desacuerdo.

Mientras tanto, en cubierta, las distancias entre las naves se acortaban.

—¡Calo! —gritó Maro dirigiéndose al vigía—. ¿A cuánto están las pentecónteras ahora?

—¡Seiscientos cincuenta pasos!

—Bien, es una distancia razonable, y ya estamos a punto de colisionar con el barco mercante. Debemos meterles el espolón por el costado. ¡Virad ligeramente a estribor y cuando estemos a su altura viraremos de nuevo y les ensartaremos por ese lado!

La tripulación cumplió las órdenes de su capitán sin vacilar. Una vez estuvieron en posición, el buque se dirigió directo al costado del barco mercante para realizar un choque con el espolón de bronce que sería catastrófico.

—¡Chicos! ¡Agarraos! —advirtió Maro a sus hombres.

Los tripulantes ya habían previsto el choque y se habían agarrado tanto a las barandillas que les protegían de caer al mar como a las sogas clavadas en los laterales de la cubierta para amarrarse en caso de impacto.

El sonido de la colisión fue brutal. Algunos de los hombres de Maro salieron despedidos de sus lugares al no poder agarrarse con suficiente fuerza a las barandillas o las sogas del barco y se desparramaron por la cubierta. Por suerte ninguno cayó al mar. Tras el choque, Maro se dirigió a Melkart:

—¡Oye! Diles a los mercaderes cartagineses que ahora la única opción que tienen de salvar sus vidas somos nosotros. Si suben a nuestro barco, les protegeremos de los piratas de las pentecónteras y podrán salvar el pellejo. Eso sí, diles que su vida tiene un precio, y que si no nos dan todo el cargamento no hay trato. ¿Entendido?

El barco mercante empezaba a hacer aguas, y sus tripulantes no lo dudaron. No tenían otra opción, estaban entre la espada y la pared. Rápidamente, los cartagineses fueron cargando sacos, cofres y ánforas. Si querían salir de ahí con vida, no tenían tiempo que perder.

Al ver cómo los comerciantes se apuraban por subir al barco clumbino toda la mercancía que podían, Maro asintió con satisfacción. La primera parte de su plan se había completado. Ahora faltaba lo más difícil.

—¡Vale, chicos! ¡Ahora debemos girar a babor! ¡Capataz! ¡Que los remeros de babor dejen de remar y que los de estribor remen con todas sus fuerzas!

—Pero, ¡Maro! —Arcadio se acercó a él.— ¿Se puede saber qué pretendes? Si ni tan siquiera hemos liberado nuestro espolón de las entrañas del barco mercante. ¡Las pentecónteras ya están a menos de quinientos pasos de nosotros! ¿En qué cojones piensas?

—Ahora lo verás, Arcadio, viejo amigo.

El barco pirata empezó a girar arrastrando con su proa al barco mercante que tenía atrapado transversalmente con su espolón. Mientras tanto, los mercaderes seguían sacando la mercancía del buque a toda prisa. Cuando llevaban la mitad del giro hecho, Maro volvió a dar otra orden:

—¡Vale! ¡Ahora que los remeros de estribor dejen de remar y que los de babor lo hagan de nuevo!

La velocidad del giro se fue reduciendo a medida que los remeros de babor compensaban la inercia del barco. Una vez estuvieron situados frente a los barcos enemigos, Maro volvió a alzar la voz:

—¡De acuerdo! ¡Ahora avanzad!

—¿Pero te has vuelto loco? ¿No ves que tenemos a las pentecónteras a menos de cuatrocientos pasos?

—Tranquilo, Arcadio, confía en mí.

El buque mercante se acercaba a toda velocidad contra los barcos enemigos empujado por el barco pirata clumbino.

—¡Nos vas a matar, Maro! ¡Detén esta locura! ¡Ya tenemos al enemigo a tan solo trescientos pasos! —suplicó Arcadio a su capitán.

Maro seguía pendiente a los mercaderes, quienes en ese instante estaban descargando la última parte del cargamento. Seguidamente Maro dio una nueva orden:

—¡De acuerdo! ¡Capataz! ¡Que los remeros den marcha atrás!

—¡Gracias a los Dioses! —suspiró Arcadio pensando que su capitán al fin había recuperado el buen juicio. Pero entonces se percató de que en ningún momento lo había perdido. El barco mercante, liberado del espolón al dar marcha atrás, iba directo a colisionar contra los barcos enemigos gracias a la inercia que el barco pirata le había imprimido. Ahora ya tan solo doscientos pasos separaban el cascarón del buque ensartado con los piratas enemigos y éstos apenas tenían tiempo de reaccionar. Lo que había hecho Maro no era una locura. ¡Era una genialidad!

Las pentecónteras empezaron a girar para intentar esquivar el barco mercante moribundo que se les echaba encima. En ese momento Maro volvió a alzar la voz:

—¡Detened el retroceso del barco!

Los remos de ambos lados se sumergieron en el mar y detuvieron poco a poco la inercia de la nave. Maro estaba de pie en la proa del barco, con los brazos cruzados y esbozando una sonrisa de triunfo mientras disfrutaba del espectáculo.

Mientras el barco clumbino se detenía, las pentecónteras luchaban con todas sus fuerzas para evitar la terrible colisión contra el

barco mercante. La nave de estribor parecía que iba a conseguir esquivarlo; sin embargo, la de babor no tenía opción de realizar semejante maniobra de evasión, por lo que optó por ensartar al barco que se le venía encima con su espolón, ya que era la única opción que le quedaba. La colisión entre la nave pirata y lo que quedaba del barco mercante fue tremenda. La fuerza cinética del mercante junto con la del barco pirata hicieron estremecer a ambos buques de tal manera, que el barco cartaginés, que ya estaba herido de muerte, se partió, la popa de la nave siguió su curso y se llevó por delante los remos del lado de estribor de la pentecóntera, de tal manera que el buque pirata quedó sin capacidad de maniobra ni de propulsión. Con una sola hilera de remos en funcionamiento, la nave no podía hacer nada más que moverse en círculos, por lo que ya no representaba una amenaza. La segunda pentecóntera, que había logrado esquivar el barco mercante de milagro, al ver a su compañera indefenso y encontrarse sola ante un barco que le superaba en tamaño y tripulación, viró en redondo y huyó del lugar.

Maro y su tripulación saltaron de alegría.

—¡Eso es! ¡Huid, cobardes! —gritó Arcadio, pletórico.

En ese momento Maro se dirigió a Melkart:

—Bien, ahora que ya nos hemos desecho de los piratas que nos querían robar el botín, ocupémonos de los mercaderes. ¡Atadlos! Sacaremos provecho de ellos en el próximo puerto, seguro que ganaremos un buen dinero si los vendemos como esclavos.

Melkart quedó algo sorprendido, ya que en un principio les habían prometido salvarles la vida. Y, bueno, en cierta manera así era, no los iban a matar, simplemente los venderían, no era lo mismo. Entonces Melkart se encogió de hombros y pensó que le resultaba razonable. Era jugar un poco sucio. Pero, bueno, era lo que había.

En ese momento, Cloi, que acababa de subir a cubierta, intervino.

—¡Maro! ¿Se puede saber qué pretendes?

—¡Mira quién ha venido! —dijo el pirata disimulando una expresión de molestia con una sonrisa postiza—. Pero si es la buena de Cloi. ¿Qué haces aquí arriba? Pensaba que te había dicho que te quedaras abajo con los remeros por tu propia seguridad —añadió mientras dirigía una mirada de resentimiento a los hombres que retenían a la chica bajo cubierta. Éstos se encogieron de hombros, ya que habían subido arriba con la chica a celebrar la victoria con sus compañeros.

—¿De verdad pretendes vender a esta pobre gente como esclavos después de haberles prometido que les salvarías la vida?

—Bueno, Cloi… Técnicamente he salvado sus vidas igual. No he dicho nada de matarlos.

—¿Y qué clase de vida sería esa? ¿Encadenados a unos remos como los pobres desgraciados que tienes en la bodega? ¿O picando piedra en una cantera hasta que se les parta el espinazo?

—Bueno, eso ya no sería asunto mío, Cloi.

—¿Cómo que no? La vida de estos hombres está en tus manos. ¿Qué piensas hacer al respecto?

El capitán dudó; de repente la chica había desenterrado sentimientos en él que creía olvidados.

—Tal vez tengas razón, Cloi… —susurró Maro entre dientes.

—Vamos, capitán, no irá a dejarse manipular por esa cría, ¿verdad? —le dijo Arcadio al oído—. ¿En serio piensa poner en peligro su capitanía por las absurdas palabras de esa chica? ¿Qué piensa que dirá la tripulación si le niega el beneficio de parte del botín? No querrá arriesgarse a tener un motín, ¿no?

Maro meditó la situación durante un breve instante. Entonces se dirigió a su tripulación.

—¡Señores!

Los piratas se callaron y escucharon a su capitán.

—¿Alguna vez os he fallado?

—¡Nunca! —gritó la tripulación al unísono.

—¿De cuántas situaciones desesperadas os he salvado?

—¡Más de las que puedo recordar! —dijo Melkart. El resto de la tripulación murmuró una aprobación.

—Esta misma, sin ir más lejos —afirmó Maro.

La tripulación asintió, dando la razón a su capitán.

—¿Alguien se imagina a otro capitán en mi lugar? ¿Alguien desea disputarme el puesto?

Todo el mundo calló. El silencio del barco solo era interrumpido por el rugido del mar, el aullido del viento y el crujir de la nave. La tensión se podía cortar con un cuchillo. Las miradas de los piratas se entrecruzaron, esperando a ver si había algún valiente que osara enfrentarse al capitán. Pero ninguno de ellos se atrevió dar un paso al frente. El liderazgo de Maro era indiscutible.

—De acuerdo —dijo el jefe pirata—. Entonces, ¿alguien tiene algún problema si hacemos una parada en la costa africana para dejar a estos mercaderes libres y que se busquen la vida?

Maro sostuvo la mirada de su tripulación con un semblante duro como la roca.

Melkart, que estaba a favor de que liberaran a sus compatriotas, intentó animar al resto de la tripulación a aceptar la petición de su capitán.

—¡Ningún problema, Maro! ¡Lo prometido es deuda! ¿Verdad, chicos? —dijo el pirata cartaginés dirigiéndose al resto de sus compañeros.

Algunos asintieron, pero otros estaban indecisos. Veían que Arcadio permanecía callado frente a las declaraciones de su jefe.

—¿Y tú qué dices, Arcadio? ¿Estás conmigo?

Maro sabía que todo dependía de lo que dijera el griego. Todo podría dar un vuelco si su viejo amigo decidiera no respaldarle.

El pirata heleno permaneció callado mientras pensaba su respuesta. La tensión fue en aumento. Cloi y todos los que la rodeaban tenían el corazón en un puño. ¿Sería capaz Arcadio de traicionar a su viejo amigo, con tal de hacerse con el control del barco?

—Señores —habló por fin el griego—. Sin duda Maro ha sido un buen capitán en todos estos años. Sabéis que mi fidelidad hacia él siempre ha sido inquebrantable. Por otro lado, también sabéis que me considero tan capacitado como él para tomar el mando de este barco. —A Maro y a Cloi se les erizó la piel. El discurso de Arcadio estaba tomando un cariz realmente turbio.— Él es humano, y sabemos que como humanos tenemos nuestras fortalezas y nuestras debilidades; sin embargo, todas las decisiones que ha tomado nuestro capitán nos han llevado hasta este momento. ¿Alguien duda de que gracias a él nosotros somos los hombres más afortunados que han navegado por el mar Mediterráneo? Si no fuera por él, ya habríamos muerto en infinidad de ocasiones. Nunca todas las decisiones que tome nos gustarán a todos nosotros. Eso es imposible. Aun así, hasta ahora siempre nos ha dirigido con sabiduría y siempre hemos salido ganando. Es cierto que yo también preferiría vender a estos cartagineses y sacar dinero fácil. Pero si nuestro capitán dice que seamos misericordiosos y les perdonemos la vida, no seré yo quien le contradiga. Le debemos demasiado para negarle semejante petición. Amigos míos, compañeros. ¡Tenemos el placer de que nos dirija el mejor pirata que nunca hayan visto estas aguas! ¡Yo estoy orgulloso de decir que Maro es mi capitán! ¿Y vosotros?

Melkart alzó la voz para dar a sus compañeros el empujón que necesitaban.

—¡Y yo!

—¡Y yo!—se unió Calo, el vigía, al coro.

Entonces el grito ya era unánime, y toda la tripulación lo coreó sin dudar. Los tiempos de vacilación habían pasado. Todo el mundo tenía claro quien tenía que ser su jefe.

Cloi, situada entre el barullo de piratas, esbozó una sonrisa de satisfacción. Ella sola había conseguido hacer cambiar el parecer de todo un barco pirata.

Capítulo 15

Siracusa

Tras dejar a los comerciantes cartagineses en algún lugar indeterminado del litoral africano, el navío pirata prosiguió su camino en dirección a Siracusa, capital de Sicilia. Era una de las colonias griegas más importantes y tenía uno de los mejores mercados de todo el Mediterráneo. Al acercarse al puerto, la grandiosidad de la ciudad hizo enmudecer a Cloi, que nunca había visto nada igual. Era inmensa, llena de edificios de piedra y tejados de tejas rojas. Ríos de gente paseaban por el puerto y por sus calles. Un cerro elevado dominaba la polis, coronado por templos colosales, rodeados de sus preciosos peristilos. Al fondo, a la izquierda, Cloi vislumbró el famoso teatro de Siracusa y quedó maravillada por su tamaño.

—¡Cloi! ¡Te has quedado sin palabras! —dijo Apolodoro sonriendo—. ¡Cualquiera diría que es la primera vez que ves una ciudad griega!

—Y así es, ¡nunca había visto nada parecido! ¿Y qué es lo que se ve al fondo a la izquierda? Es como una escalera circular que sube una montaña entera.

—¿El qué? ¡Ah! Te refieres al famoso teatro de Siracusa. —El médico rio por la confusión de Cloi.— ¡No son escaleras, mujer! Eso es el *koilon*.

—¿El koiloqué?

—¡Siempre me olvido de que eres una salvaje!

Cloi puso cara de desagrado, pero, aun así, le pidió que se explicara, moviendo su mano con insistencia.

—Son los asientos de los espectadores, ¡hasta dieciséis mil personas tienen cabida en sus gradas!

Cloi se quedó con la boca abierta.

—¡Qué gentío! ¿Pero cuánta gente vive en esta ciudad?

—¡Ah! Estimada Cloi, esta es la capital de la isla de Sicilia y una de las mayores polis griegas de todo el Mediterráneo. El teatro está pensado para que todos los ciudadanos de la polis y sus visitantes puedan disfrutar de los espectáculos, y, por tanto, debe haber lugar para todos. Este teatro, junto con el de Atenas, son los más grandes de todo el Mediterráneo. A los griegos nos entusiasma el teatro: comedias, tragedias… Mediante el teatro contamos toda clase de

historias, y estas nos ayudan a desconectar de la monotonía, de las penalidades y de los reveses de nuestras vidas cotidianas. El teatro te puede llevar, sin moverte del sitio, a un mundo totalmente imaginario lleno de animales mitológicos, o mostrarte el sufrimiento de las personas recreando historias que parecen tan reales como la vida misma. El teatro es mágico, Cloi. Metafóricamente hablando, por supuesto. Este fantástico teatro se construyó hace casi doscientos años. En la inauguración se estrenó la obra de uno de los más grandes dramaturgos griegos de todos los tiempos, Esquilo. Su tragedia *Los persas* es una de las obras maestras de nuestro teatro.

Apolodoro se entusiasmaba cuando hablaba del teatro, era un gran aficionado.

—Pero si es una obra griega, ¿por qué se titula *Los persas*? —preguntó Cloi, confusa.

—¡Es una buena pregunta! ¿Por qué los griegos dedicamos una gran obra de teatro a hablar de los persas? ¡Si son nuestros mayores enemigos! Pues verás, Cloi. Precisamente hablamos de ellos porque hace doscientos años el gran ejército persa, el mayor del mundo, quiso conquistar nuestra patria. Primero fue el rey Darío I el Grande quien lo intentó sin éxito, ya que les derrotamos en la gran batalla de Maratón, a pesar de que eran muchísimos más que nosotros. Se cuenta que el ejército persa era tan enorme, que cuando disparaban sus flechas, estas tapaban la luz del sol. ¿Te lo puedes creer? Pero, aun así, gracias a nuestro mejor armamento y al gran ingenio de nuestro estratega Milcíades, conseguimos la victoria. Pero los persas son un pueblo muy orgulloso y no podían consentir la derrota sufrida a nuestras manos. Así pues, pocos años más tarde, el hijo de Darío, Jerjes, intentó conseguir la victoria allí donde su padre había fracasado. En esta ocasión nuestro gran estratega fue Temístocles, quien, previendo un contraataque de los persas, consiguió que la ciudad de Atenas se proveyera de una flota suficientemente poderosa que pudiera hacer frente al ejército persa. A pesar de su esfuerzo, Temístocles era consciente de que nunca podrían conseguir construir una flota tan grande como la de los persas, pero sí una mejor. Los trirremes griegos son los mejores del mundo, Cloi. —Apolodoro disfrutaba contando las hazañas de los griegos a Cloi que, ávida de conocimientos, le escuchaba atentamente, lo que encantaba al médico. Era fantástico tener un auditorio tan interesado.— ¡Más rápidos, ligeros y maniobrables que cualquier otro barco de los que navegan por el Mediterráneo! Consciente de su inferioridad numérica, Temístocles consiguió atraer a los persas al terreno que más le convenía, y así fue como en el estrecho de Salamina nuestra flota de trescientos cincuenta barcos consiguió vencer la increíble fuerza de ochocientos barcos persas.

—¿Cómo fue posible? ¡Parece increíble! —Cloi puso los ojos como platos.

—Yo te lo explicaré —contestó Apolodoro, satisfecho—. A pesar de que la flota persa era más del doble de grande que la nuestra, esta ventaja quedaba diluida gracias a la estrechez del paso donde se produjo el enfrentamiento naval. Los barcos persas eran peces demasiado grandes para una «pecera» tan pequeña, casi no se podían mover. Grandes, pesados y poco maniobrables como eran, no fueron rivales para nuestros ágiles trirremes. ¡El ejército de Jerjes fue derrotado y tuvo que volver a Persia con el rabo entre las piernas! —dijo Apolodoro riendo—. Y es precisamente en esta obra de Esquilo donde se rememora nuestra gran victoria sobre el ejército persa de Jerjes y su vuelta a casa después de la derrota. Sin lugar a dudas, fue un gran drama para los persas —dijo Apolodoro hinchado de orgullo patrio—. Si algún día tienes ocasión, debes ir al teatro de Siracusa. ¡Es impresionante!

Cloi se quedó mirando aquella obra maestra del pueblo griego mientras intentaba imaginarse cómo demonios aquel pueblo era capaz de crear colonias tan impresionantes.

◆◆◆

El barco pirata atracó en el puerto de Siracusa con tranquilidad y como si estuvieran en casa.

—Conozco este puerto como la palma de la mano. Ya verás que pronto encontraremos a tu madre —dijo Maro a Cloi alegremente.

—Y a la hija de Apolodoro —añadió ella con mirada acusadora.

—Sí, sí, por supuesto —asintió Maro con un gesto para quitar importancia a su descuido—. ¡Compañeros, amarrad bien la nave! ¡No queremos que ningún ladrón nos la robe! —rio.

A Cloi no se le escapó la hipocresía de que aquella frase fuera pronunciada por un pirata.

Una vez pusieron los pies en tierra firme, Cloi sintió una sensación extraña; a pesar de la solidez del suelo de piedra donde estaba, tenía la sensación de que su cuerpo seguía balanceándose de lado a lado, al igual que le pasaba sobre el barco.

—Qué sensación más extraña —dijo la chica, sorprendida.

—¿Lo dices por el mal de mar? Sucede cuando pasas mucho tiempo navegando. Ya te acostumbrarás, mujer. ¡Venga, compañeros! ¡Descargad el botín! Hoy tenemos que hacernos de oro. Este es un mercado estupendo para vender nuestra mercancía. Sarauci, ocúpate de llevarlo todo al mercado y saca un buen precio. Sé que eres bueno negociando. No me decepciones.

El subordinado asintió.

—Bueno —siguió, dirigiéndose directamente a Cloi—, y ahora que tenemos a los chicos ocupados, iremos al mercado a ver si encontramos a algún mercader de esclavos que nos pueda dar algo de información interesante para encontrar a tu madre.

—Y a la hija de Apolodoro —insistió Cloi.

—Sí, eso… —contestó Maro, un poco molesto por la repetición del recordatorio—. ¡Arcadio! —gritó el jefe de los piratas—, ven con nosotros, necesito un poco de músculo para proteger esta belleza que llevo conmigo —dijo señalando a Cloi con el pulgar—. El hecho de que seas griego —añadió— también será una ventaja bien recibida. Preciso de un intérprete de quien me pueda fiar.

Estas últimas palabras las pronunció acompañadas de una mirada de displicencia hacia el hombre que le había atacado en el barco con ánimo asesino. Apolodoro no hizo caso del comentario y continuó como si no la hubiera oído.

Y así los cuatro se diluyeron entre la masa multicultural y multirracial que dominaba uno de los puertos más activos de todo el Mediterráneo. Cloi se sentía abrumada por la multitud y los olores que la rodeaban. En ese lugar, el acre olor del mar se mezclaba con el del sudor humano. No podía dar un paso sin toparse con un marinero que enrollaba una soga de barco, un esclavo que, como una mula, descargaba un barco que acababa de atracar en el puerto o un vendedor ambulante que vendía comida a los peatones.

—Cuidado, no os alejéis demasiado de nosotros —dijo Maro señalándose a sí mismo y a Arcadio—; entre tanta gente es fácil perderse, como también es sencillo que te metan una puñalada en las costillas y te quiten la bolsa con el dinero —añadió con una mirada de advertencia a Apolodoro.

Este miró la bolsa de dracmas que llevaba colgada del cinturón, la cogió con rapidez y la escondió dentro de la túnica para intentar que pasara un poco más desapercibida.

—Eso está mejor —asintió Maro aprobando la acción del médico.

Doblaron una esquina y se adentraron en las estrechas y oscuras calles de la polis, las casas estaban tan juntas que casi no dejaban pasar la luz del sol.

—Qué oscuro está todo aquí —dijo Cloi a Apolodoro.

—Lo hacen por el sol —contestó el médico.

—¿El sol? —le interpeló Cloi, extrañada

—¿Tú sabes el calor que hace en esta isla? Hacer calles estrechas con casas altas es una manera de proteger a los peatones del calor. Es verdad que estamos a oscuras, pero al menos no nos freímos como sardinas. Venga, seguidme, ya nos acercamos al ágora —apuntó Maro

—¿Ágora? ¿Qué es eso? —preguntó Cloi.

Apolodoro saltó como un resorte:

—Maldita Cloi. ¿Te lo tenemos que contar todo o qué? El ágora es el corazón y los pulmones de cualquier ciudad griega. Es el centro de la vida social, política y cultural de la ciudad. Aquí es donde la gente se reúne, los ciudadanos se ven con los amigos, leen las noticias de los anuncios públicos, tienen lugar los debates políticos, las elecciones, las celebraciones religiosas y es donde se instala el mercado principal de la ciudad.

Mientras Apolodoro explicaba a Cloi el funcionamiento básico de la ciudad, la calle oscura se abrió a una gran explanada iluminada por el sol. Había puestos de toda clase y color repartidos por el ágora. Puestos de venta de pescado, carne, ropa, menaje, bisutería… Podías encontrar cualquier cosa. Entre el mar de gente, Cloi vio que por encima de las cabezas había pequeños techos móviles que iban para arriba y para abajo sin cesar.

—Apolodoro, ¿qué demonios es eso? —preguntó Cloi señalando aquel extraño artefacto.

—¿El qué? ¡Ah! ¿El *skiadeion*? —rio el médico—. Definitivamente, te lo tenemos que contar todo. Es un pequeño techo móvil que usan las mujeres griegas para protegerse del sol.

—¿Protegerse del sol? ¡Pero si el sol no hace daño!

—Eso lo dices tú, que estás acostumbrada a estar al aire libre y tienes la piel bronceada por el sol, pero a las mujeres griegas de buena familia no les gusta que Helios, dios del sol, oscurezca su piel. La piel blanca en el mundo heleno es sinónimo de belleza y de estatus social. No verás ninguna mujer griega acomodada con la piel bronceada. Es señal de pobreza.

—Entonces cualquier griego que me vea sabrá enseguida lo pobre que soy —dijo Cloi con una sonrisa avergonzada.

—Pues sí, no pasarías por una griega de clase alta aunque te lo propusieras. ¡Mira! Ahí, en ese puesto, están subastando esclavos.

Cloi vio una plataforma de madera con una cubierta de tela que protegía del sol al vendedor que estaba subastando a los esclavos. Había personas de todo tipo: hombres, mujeres, fuertes, débiles, feos, hermosos, negros, blancos, altos, bajos, etc. Lo único que tenían en común eran las cadenas que les ataban de pies y manos, y su aspecto triste y cabizbajo. Sus miradas se perdían en el vacío mientras intentaban imaginarse en otro lugar, tal vez, en sus hogares junto a sus respectivas familias y no en esa plaza, expuestos como si fueran ganado y rodeados por una multitud que los observaba mientras decidía si valían el precio que el amo del puesto pedía por ellos.

El comerciante, de aspecto griego y mediana edad, era un hombre refinado y bien vestido. Llevaba el pelo corto y la barba bien

afeitada, se notaba que debía tener la mejor de las presencias para encandilar a sus clientes.

—¡Venid y mirad mi mercancía! Yo solo os traigo lo mejor de lo mejor. ¡Acercaos y admirad a mis esclavos! ¡Son de primera calidad! ¡Eh, tú! —dijo el vendedor señalando entre la multitud hacia Apolodoro.

—¿Yo? —dijo dubitativo el médico.

—¡Sí, tú! El que tiene cara de *iatrós*. ¿O me equivoco?

Apolodoro se sorprendió de la capacidad de razonamiento del vendedor, aunque su ropa y la bolsa donde llevaba los utensilios de primeros auxilios le delataban con facilidad.

—Sí, así es, médico es mi oficio.

—¿Lo veis? ¡Este hombre os podrá dar una opinión desinteresada de mis productos! Por favor, sube aquí a revisar el estado de mis esclavos, no quiero que ninguno de mis estimados clientes pueda dudar de su buena salud. Todos sabemos que un esclavo en mal estado no vale nada. Yo cuido de mis esclavos casi tan bien como a mi perro: comen dos veces al día, duermen bajo un buen techo y beben el agua que necesiten. ¡Solo les falta acudir a un *simposio* diario y reclinarse en los divanes mientras beben vino ateniense! ¿Pero sería mala cosa acostumbrarlos, no os parece?

Los clientes rieron la gracia del vendedor, ya los tenía en la palma de la mano.

—Venga, *iatrós*, no seas tímido, sube aquí a demostrar la verdad que hay en mis palabras.

Apolodoro miró a Cloi y a Maro y estos asintieron. A continuación, subió a la tarima y se acercó al vendedor. Este le dio la bienvenida ofreciéndole su antebrazo, que él aceptó cogiéndolo. A continuación, el vendedor le acercó hacia sí con un leve tirón imperceptible, mientras le decía al oído.

—Si te portas bien, tú y yo podemos sacar un buen dinero en el día de hoy. Haz unos diagnósticos favorables de mis esclavos y te cederé el diez por ciento de lo que consiga con las ventas.

—Mejor que sea el veinte por ciento —dijo Apolodoro dejándose llevar por su lado más avaro.

—¿Estás loco? ¿Me quieres desplumar? Dejémoslo en un quince. ¿De acuerdo?

—Hecho —dijo el médico mientras se frotaba las manos y empezaba a hacer cuentas mentalmente de lo que sacaría de aquel negocio. De repente, al ser consciente de que personas como aquel hombre eran los que habían comprado y vendido a su hija como quien vende un animal de granja, la duda y el remordimiento le asaltaron. A pesar del asco que se dio a sí mismo por el arrebato de avaricia que se había apoderado de él, se dijo que si quería conseguir información de

aquella sanguijuela para encontrar a su hija, debía seguirle el juego. De todas formas, aquellos esclavos ya estaban condenados; por mucho que quisiera, no podría liberarlos del infierno que les había tocado vivir. Lo importante era encontrar a su hija.

Capítulo 16

Héctor

Apolodoro comenzó su tarea: hacer creer a los posibles compradores que el estado de los esclavos era mucho mejor de lo que era en realidad. Y lo conseguía escondiendo los males que no se observaban a simple vista y quitando importancia a los que sí eran evidentes.

Uno tras otro los pobres desgraciados y desgraciadas pasaban por sus manos y posteriormente eran subastados. Gracias a sus buenos diagnósticos, los compradores perdían el miedo a ser estafados y ofrecían más y más dinero por los hombres y mujeres que complementarían los muebles de sus hogares y se encargarían de lavarles la ropa, cocinarles la comida, entretenerlos o, incluso, darles placer sexual. Había esclavos para cubrir cualquiera de sus necesidades y el vendedor sabía qué virtud explotar en cada uno. Llevaba muchos años en el negocio y se le notaba. Uno a uno los esclavos eran vendidos y la bolsa de dinero del vendedor iba ganando más y más peso. Cuando el sol comenzaba a declinar, el vendedor dio el día por concluido. Envió los pocos esclavos que le quedaban por vender a sus respectivas jaulas y agradeció a Apolodoro su buena tarea.

—Estimado *iatrós*, ojalá te hubiera conocido antes. ¡Eres una mina de oro! ¿Cómo te llamas?

—Apolodoro.

—¡Oh! Un nombre muy acertado para tu oficio. Yo me llamo Héctor. Te he de agradecer tus servicios, Apolodoro. Gracias a ti he llenado mis bolsillos y, en consecuencia, también los tuyos —dijo agradecido. A continuación empezó a sacar monedas de su bolsa y se las ofreció. Este las cogió con una mezcla de alegría y remordimiento.

—Gracias —dijo el médico.

—Y por cierto, Apolodoro. ¿Quiénes son los que te acompañan? Son gente extraña y algunos incluso parecen peligrosos. ¿No estarás en peligro, verdad? No me gustaría perder la oportunidad de disfrutar de tus servicios en un futuro no muy lejano.

—¡No, qué va! Tranquilo, son mis compañeros de viaje. Dos vienen de las islas Gimnesias y el otro es griego. —Y añadió, cambiando de tema:— Por cierto, me gustaría aprovechar esta

oportunidad para hacerte algunas preguntas.

—¡Ajá! Información, ¿eh? Bueno, yo soy un hombre de negocios, y, como has visto, mi negocio son los esclavos. Pero la información suele estar bien pagada, así que según lo que me ofrezcas, te facilitaré toda la que tenga al respecto —dijo mientras se frotaba las manos—. Sígueme, salgamos del ágora, aquí hay mil y un ojos y oídos; si lo que quieres es discreción, no podemos mantener una conversación aquí. Vamos a mi casa, allí podremos hablar tranquilamente. Por supuesto, si tú vienes con tu escolta, yo no puedo ser menos, ¿no? Me caes bien, Apolodoro, pero nos acabamos de conocer. Me fío de ti, pero no tanto de tus compañeros de viaje. Prefiero guardarme las espaldas. Me entiendes, ¿verdad? —Y, a continuación, se dirigió a tres de sus guardaespaldas. Eran hombres enormes. Su corpulencia y altura llamó la atención a Apolodoro. Aquellas torres imponían respeto.— ¡Casio! ¡Sempronio! ¡Catón! Seguidme. Los otros, recoged la tienda e id a casa, ya es hora de cerrar.

Todos juntos emprendieron el camino para salir del ágora y se juntaron a Maro, Cloi y Arcadio. Mientras Apolodoro y el comerciante de esclavos hablaban, Arcadio iba ejerciendo de traductor para que su capitán y Cloi no se perdieran ningún detalle de la conversación.

—Casio, Sempronio y Catón son nombres de Etruria. ¿Tus guardaespaldas no deben de ser de origen etrusco? O, aún peor, ¡romano!

—Pues sí, son romanos. ¿Tienes algún problema con ellos?

—Los romanos se están haciendo con el control de toda la península Itálica. Son un pueblo egocéntrico, creído y ególatra.

—Igual que nosotros, los griegos —dijo el comerciante con una sonrisa cómplice.

—¡Ni hablar! ¡Los romanos son mucho peor! Su hambre de poder no tiene medida, es insaciable, siempre quieren más y más y nunca tienen suficiente. Poco a poco se están comiendo a todos los pueblos itálicos: los etruscos, los ligures, los samnitas…, todos caen bajo el yugo de las botas de su ejército. Es cierto que hace veinte años tuvieron una derrota sonada contra los samnitas en la batalla de las Horcas Caudinas, pero esta derrota ya es cosa del pasado. Han reformado su ejército y se han vuelto imparables, incontenibles. Ya empiezo a temer por nuestras colonias del sur de la península itálica. La Magna Grecia está en peligro. Tal vez no aún, pero te puedo asegurar que no les falta mucho. Nuestras polis harían bien en prepararse para un ataque romano.

—Bueno… —apuntó el comerciante—, todo eso sucede al otro lado del mar. Los romanos están muy lejos y no es una preocupación urgente para los gobernantes de la Magna Grecia. Deja que los pueblos

itálicos se maten entre ellos, si quieren. Yo estoy bastante más preocupado por los cartagineses.

—¿Los cartagineses? ¿Qué pintan ellos en todo esto? —le interpeló Apolodoro.

—¿No lo sabes? Pues, empieza a soltar monedas si quieres saber más.

Con cara de hastío, Apolodoro metió mano en su bolsa y dejó caer una moneda en la palma de la mano del vendedor de esclavos.

— ¿Un miserable óbolo? ¡Venga, estírate un poco, hombre! No te pido que me pagues una mina ni un talento. ¡Pero al menos un dracma! De algo tengo que vivir…

El médico ya empezaba a sentirse un poco molesto por la codicia del comerciante. Aun así, sacó los siete óbolos que faltaban para llegar al dracma que el vendedor de esclavos le pedía.

—Eso está mejor —dijo el tendero mientras le guiñaba el ojo —. Una flota de ciento treinta trirremes liderada por el general cartaginés Amílcar Giscón salió de Cartago la semana pasada. Por suerte, una tormenta los pilló a medio camino y destruyó la flota casi por completo. Algunos barcos se salvaron, pero gracias a Poseidón más de la mitad se hundieron y ahora han cambiado sus tripulantes cartagineses por peces y algas marinas —Héctor se rio de su propia ocurrencia, como si fuera el mejor chiste que hubiera contado nunca—. Sin embargo, parece que el general Amílcar ha sobrevivido, ha agrupado a los supervivientes y se está reorganizando en el monte Eknomos, en los alrededores de Gela, para atacar a nuestro querido y bienaventurado tirano Agatocles, quien está de camino hacia allí para hacer frente al invasor extranjero.

—¿Y cómo estás tú tan bien enterado de todo esto? —preguntó Apolodoro.

—La guerra es mala para el comercio, amigo mío, y es necesario estar bien enterado de los peligros que amenazan tu negocio.

—Pero si ganamos nosotros, tendrás una buena hornada de esclavos a buen precio. ¡Deberías estar contento!

—No te equivoques, estimado Apolodoro. Demasiados esclavos puede ser malo. Es cierto que serán más baratos de conseguir, pero también serán más complicados de vender y habrá que venderlos más baratos. Si hay más oferta que demanda, los precios bajan y, por tanto, se reducen mis ingresos. Cuantos menos esclavos haya para vender, mejor. Esto indica que la demanda será superior a la oferta y, en consecuencia, los precios subirán y yo me haré más rico. Para mí lo mejor sería un tratado de paz, que se pongan de acuerdo y dejen de matarse. Si no hay ningún tipo de acuerdo y los cartagineses ganan y asaltan Siracusa, será mejor no estar cerca. La guerra solo trae pobreza

y desesperación, y no son las aguas donde deseo navegar. Necesito paz y opulencia, señor *iatrós*. Clientes con los bolsillos llenos que busquen una cohorte de esclavos que les ayuden con sus tareas diarias. En cuanto lleguen noticias de la batalla que debe tener lugar en el monte Eknomos, más me valdrá estar preparado para zarpar si los cartagineses ganan. No pienso arriesgarme. Me gusta Siracusa, pero escucha, hay mil y una ciudades griegas esparcidas por el Mediterráneo y en todas se venden esclavos, así que tanto me da vender esclavos aquí, en Regio, Neápolis o Atenas. Bueno, ya llegamos a mi querido hogar.

El grupo se aproximó a una casa de una planta con las paredes de adobe de color rojo, zócalo blanco y unas pequeñas ventanas en la parte superior. El tejado estaba cubierto de tejas de terracota. Entraron por la puerta principal, que fue abierta por uno de los esclavos de la casa.

—Tú, esclavo, ve a decirle a mi mujer que traigo invitados y haz que los esclavos de la cocina preparen algo para nosotros, hoy es noche de *simposio*.

El esclavo asintió y fue corriendo por el pasillo en dirección al interior de la casa para organizarlo todo.

—Bienvenidos a mi humilde morada. No os dejéis engañar por este oscuro pasillo de entrada, las casas griegas son más de lo que aparentan —dijo el mercader.

Caminaron por el pasillo de entrada y, a pocos metros, un gran espacio abierto al cielo estrellado de aquella hermosa noche de verano se abrió ante ellos. Se trataba del patio central de la casa, rodeado de columnas jónicas y con el altar de los sacrificios a los dioses del hogar justo en el centro, presidiendo la estancia.

—Son bonitos los capiteles de las columnas. No son los típicos capiteles dóricos de toda la vida. Estos, con estas volutas, otorgan una apariencia más acomodada y, por supuesto, son bastante más caros. Se nota que las cosas no te van mal —comentó Apolodoro.

—Pues si eso te impresiona, espera a ver los mosaicos del *andrón*, amigo.

—¿Mosaicos? ¡Por Zeus! ¡Qué lujo! Definitivamente, la fortuna te sonríe. ¿Y la segunda planta, para cuándo?

—La segunda planta me parece un gasto del todo innecesario. Para mí, mi mujer y los cuatro esclavos que tenemos en casa, no nos hace falta más espacio. Pero bueno, seguidme, vamos al *andrón*. ¡Me ruge el estómago!

Todos siguieron al anfitrión hasta el *andrón*, el comedor masculino, que era la sala más importante de la casa. Al entrar, Maro y Cloi quedaron asombrados. El suelo estaba decorado con un mosaico de colores vivos y, apoyados en las paredes, había *klinés*, cada uno con

su correspondiente mesita. Las paredes, pintadas de rojo, estaban decoradas con tapices de colores vivos que llamaron la atención de Cloi, y el suelo estaba decorado con coloridos mosaicos que representaban escenas mitológicas.

—¡Oh! ¡Qué bonitos son estos tapices! ¿Dónde los ha conseguido? —preguntó Cloi, que chapurreaba un poco el griego gracias a las pequeñas lecciones que Apolodoro le daba diariamente.

—Estos los hace mi mujer. Toda mujer griega debe saber tejer, es su pasatiempo favorito. Ahora que caigo: ¿se puede saber qué haces tú aquí?

Cloi puso cara de extrañeza.

—¿Qué quiere decir con qué hago aquí? Usted ha dicho de hacer un *simposio*, ¿no? Es usted de quien me ha invitado.

—¡Maldita salvaje! Apolodoro, haz el favor de explicar a esta *gimnesia* cuál es su lugar en cualquier casa civilizada como la nuestra.

Apolodoro tomó a Cloi por el brazo y la empujó fuera del *andrón*.

—¿Se puede saber qué pasa? —dijo la chica, indignada.

—Cloi, esta es una casa griega. Y como toda casa griega respetable, hay una zona para los hombres —explicó Apolodoro señalando el *andrón*— y una zona para las mujeres, llamada *gineceo*, al fondo de la casa —dijo señalando al otro lado del patio central—. Aquel es tu lugar.

—¿Cómo? ¿Y por qué no puedo comer con vosotros?

—Porque eres una mujer, y un *simposio* es una reunión única y exclusivamente de hombres.

—¡Pero si los hombres y las mujeres somos iguales! ¿No tenemos ambos dos piernas y dos brazos? ¿Si nos pinchan, no sangramos, igual que vosotros?

—Cloi… Tienes que entender que para el hombre griego la mujer es el origen de todos los males del mundo.

—¿Cómo?

—El mito de Pandora… ¿no te suena de nada?

—Pues no. Y si va de eso, es la estupidez más grande que he oído jamás —dijo Cloi cruzando los brazos indignada.

—Pues verás, Cloi. Resulta que hace mucho, mucho tiempo, los hombres nos habíamos portado muy mal y Zeus, para castigarnos, nos había quitado el fuego. Pero el titán Prometeo robó el fuego a Hefesto, el dios de la forja, para devolvérnoslo. Zeus se enfadó muchísimo y, cuando consiguió capturar a Prometeo, le ató a una gran montaña e hizo que un águila le devorara el hígado durante toda la eternidad. Y no solo eso, envió a la tierra a Pandora, la primera mujer de la historia, con una cajita que tenía totalmente prohibido abrir. El tiempo pasó y Pandora tuvo una relación con el hermano de

Prometeo, que se llamaba Epimeteo, y ambos, curiosos, quisieron saber qué había en aquella cajita que Zeus había dado a Pandora. Al final, Pandora, a pesar de la prohibición de Zeus, decidió abrir la caja y de dentro emergieron todos los males de la humanidad: enfermedades, ira, ego, avaricia, vejez, dolor… Pandora, al darse cuenta del error que había cometido, cerró la caja lo antes posible. Al final, lo único que quedó dentro de la caja fue la esperanza.

—Seguro que ese mito lo inventaron los hombres para tener a las mujeres subyugadas y hacerlas sentir culpables. ¿Cómo pueden los griegos ser a la vez tan sabios y cultos y tratar a las mujeres con esta desconsideración?

Cloi estaba colorada de ira.

—Bueno, mujer, eso es mitología y cultura. Yo no lo he creado, así que no me eches la culpa. Pero para no enojar a nuestro anfitrión te pido que, por favor, hagas caso y vayas al gineceo con las otras mujeres.

—¡Ni hablar!

—Cloi, piensa con la cabeza, por favor. Necesitamos tener contento a nuestro anfitrión para conseguir información de mi hija y de tu madre. Te pido que seas razonable y que vayas al gineceo sin dar más problemas. Yo intentaré conseguir del mercader toda la información que pueda en relación a nuestros dos seres queridos.

Cloi se tragó su indignación y asintió.

—De acuerdo…, pero solo lo hago por el bien de tu hija y de mi madre. ¿Queda claro?

—Por supuesto —dijo aliviado el médico con una sonrisa condescendiente, mientras veía cómo la chica se daba media vuelta de mala gana e iba hacia el gineceo.

A continuación, el médico entró de nuevo en el *andrón* y se reunió con el resto de los comensales.

El mercader, al ver que Apolodoro entraba sin la compañía de Cloi, asintió de manera aprobadora mientras dirigía su mirada hacia él.

—¡Eso está mejor! —dijo sonriendo—. ¡Mujeres! A ver si aprenden cuál es el orden natural de las cosas. En fin, comamos, que para eso hemos venido. Y, evidentemente, tendremos que regar la comida con el zumo de Dioniso. ¡Esclavo! Trae el vino ateniense que tengo en la bodega. Hoy tenemos invitados especiales y hemos disfrutado de un día cojonudo en el mercado. —Y dijo dirigiéndose a Apolodoro:— ¡Esto se tiene que celebrar como es debido!

El esclavo fue a la bodega a buscar el vino que había pedido su señor y lo vertió en la crátera, la fuente de vino que había en el centro de la sala para llevar a cabo la mezcla adecuada.

—Apolodoro —dijo el mercader—. Tú que eres el griego con más educación y sentido de la decencia que hay en todo el *andrón*, te adjudico el título de *simposiarca*. Haz una buena mezcla del vino: tres partes de vino y una de agua bastará. No somos salvajes, pero tampoco damiselas. Y cuida que el resto de invitados no me destrocen la casa al final de la fiesta.

Apolodoro procedió a hacer la mezcla adecuada de vino y agua en la crátera. Seguidamente, llenó los *kylix* hasta arriba y luego tomó su lugar en el *kliné* más cercano a la crátera para poder llevar a cabo las funciones de su nuevo cargo.

A continuación, entró de nuevo el esclavo con dos platos llenos hasta arriba de *tagenitai*. Maro preguntó a Apolodoro al oído:

—¿Qué es eso?

—¿Los *tagenitai*? ¡Son buenísimos! Son unas tortas de harina de trigo fritas y se pueden servir con sal o con miel. Yo siempre cojo las de miel porque las saladas dan sed, te hacen beber más vino y eso hace imposible terminar el *simposio* con la cabeza clara.

—Ya… —dijo Maro, mientras cogía dos *tagenitai* salados a la vez y se los metía en la boca.

—¡Pero, Maro! ¿No te he dicho que es mejor comer los de miel para tener la cabeza clara?

—¿Y quién ha dicho que yo quiera mantener la cabeza clara? Lo que yo quiero es pillar una buena borrachera —dijo Maro con una sonrisa traviesa.

—Como quieras —concedió Apolodoro con resignación.

Capítulo 17

El recuento

Lasci observaba el resto de la compañía y evaluaba las pérdidas del desastre naval. El mar era un ser indomable e imprevisible. La angustia le recorría todo el cuerpo siempre que zarpaba de puerto. No se podía decir que tuviera miedo al mar, sino más bien un respeto enorme, y tal y como había terminado aquella travesía, que sería la última para muchos de sus compañeros, aún más. El comandante no podía creer que hubiera habido tantas pérdidas, incluso había muchos compañeros que no encontraba por ninguna parte. Mientras negaba con la cabeza, vio a Vatre que se acercaba una vez efectuado el recuento que le había mandado hacer con la ayuda de Coro, uno de los soldados veteranos que conocía perfectamente a todos los compañeros que formaban la compañía. Este último era un hombre de complexión menuda y piel morena, pero que con sus músculos bien desarrollados y su aspecto serio se hacía respetar. Sus cabellos negros y su barba oscura como la noche le daban un aspecto amenazador. Los dos hombres venían con la cabeza baja y cara de angustia.

—Malas noticias, imagino… —dijo Lasci con tono de resignación.

—Bastante —asintió Coro.

—De los mil honderos que salimos del puerto de Cartago, hasta ahora hemos contado setecientos supervivientes, la mayoría malheridos —dijo Vatre.

—Sabéis que los arañazos, luxaciones y moratones no cuentan como heridas graves, ¿verdad? —apuntó Lasci con una mirada acusadora.

—¿Lo ves? —dijo el veterano Coro a Vatre con tono condescendiente—. Este jovencito —continuó Coro dirigiéndose hacia Lasci mientras señalaba a Vatre— cuenta cualquier cosa como si fuera una gran herida. Un hueso roto, un brazo o un ojo perdido, esos son los heridos que se deben contar. El resto son considerados soldados a pleno rendimiento. Así que, a pesar de que las cosas estén negras, no hace falta que las hagas aún más oscuras.

—Pero si un hombre no está al cien por cien, nuestro jefe debe saberlo —sentenció Vatre, contrariado.

—Vatre, Coro tiene razón, no podemos permitirnos el lujo de

dar descanso a cualquier hondero al que le duela el tobillo. Tendrán que aguantarse. Estamos en territorio enemigo y no nos lo podemos permitir. Así pues, según las directrices que os acabo de indicar, ¿cuál es realmente el alcance de la tragedia?

—Pues así…, yo diría que básicamente hemos perdido trescientos hombres y, de los setecientos que quedan, tenemos cien heridos de gravedad, de los que seguramente la mitad serán baja definitiva pronto y los otros vivirán…, pero muchos no podrán reincorporarse al servicio, principalmente los que han perdido alguna pierna o el brazo bueno, por ejemplo. Si son diestros y pierden el brazo izquierdo, yo considero que todavía son aptos para combatir —afirmó Coro.

—Pero el lanzamiento no será tan preciso, les faltará el contrapeso del brazo izquierdo para hacer un tiro en condiciones —apuntó Vatre.

—Bueno, Vatre, en ese caso les utilizaremos en los tiros que no requieran una excesiva puntería. Por suerte, por las cuentas que veo, aún tenemos seiscientos honderos en buena forma —dijo Lasci.

—Eso si no contamos los heridos leves… —insistió Vatre en voz baja entre dientes.

—¡Vatre! Ya hemos dicho que en mi compañía no hay heridos leves. Solo puedes estar muerto o herido, no hay medias tintas; si puedes andar y eres capaz de coger una honda, cuentas como un soldado a pleno rendimiento.

—Sí, señor, como usted diga —asintió Vatre con cara de pocos amigos.

—Pues ahora sé un buen recluta y ve a entregar el recuento de bajas al general Amílcar. Y otra cosa, Vatre, recuerda que el jefe de la compañía soy yo, y no me vuelvas a contradecir en público. Si alguna vez tienes algo que decir, me lo dirás en privado. ¿Ha quedado claro? —dijo Lasci en tono reprobatorio.

Vatre asintió y partió hacia el campamento cartaginés.

Mientras el joven hondero se alejaba, Lasci y Coro compartieron una mirada de complicidad.

—Un poco repelente ese Vatre. Opino que eres demasiado blando con él. No puedes permitir que te lleve la contraria, Lasci —aseveró Coro.

—Es joven e inteligente, pienso que podemos dejarle la cuerda un poco floja —dijo el jefe.

—Un soldado inteligente puede ser peligroso —apuntó el veterano.

—A la gente inteligente es bueno dejarla hablar, pero siempre en privado. No es bueno que socaven la autoridad del jefe, pero puertas adentro pueden resolver más de un problema o aportar alguna

idea que a nadie más se le haya ocurrido —argumentó Lasci.

—Entiendo —confirmó Coro.

◆◆◆

Vatre atravesó el campamento cartaginés hasta llegar al centro, donde estaba la gran tienda del general Amílcar Giscón. Los soldados que custodiaban la entrada le detuvieron de nuevo.

—¿Otra vez por aquí, hondero? ¡Ya te hemos dicho que aquí no hay médicos! ¡Largo!

—No vengo a buscar a ningún médico, vengo a entregar el recuento de bajas de nuestra compañía al general, tal y como él ha pedido.

—Será divertido ver cómo le das las malas noticias, se pondrá furioso y la pagará contigo —dijo riendo el guarda—. Pasa, pasa, anhelo ver la escena.

Vatre no hizo caso del comentario del guarda y entró. Una vez dentro, vio al general con el ceño fruncido observando un mapa de la isla siciliana y un recuento de bajas anotado en un papiro. Sus oficiales del estado mayor le rodeaban.

—Señores, la situación es grave. Hemos sufrido muchas pérdidas. Ya he enviado tres mensajeros con dos caballos cada uno para ir hasta Motia, nuestra colonia principal en la isla, a buscar todos los refuerzos posibles. También he enviado una de nuestras naves de regreso a Cartago para informar de la tormenta y de las bajas que hemos sufrido y pidiendo que nos manden tropas de refuerzo lo antes posible. No importa si son tropas cartaginesas, libias o mercenarias. Así, tal vez, conseguiremos los refuerzos que necesitamos. Por suerte el tesoro del ejército no se ha perdido en el naufragio y podremos pagar a las tropas mercenarias sin problemas. Aun así, no creo que los refuerzos puedan llegar antes de cuatro días. Hemos recibido informes que indican que Agatocles está ahora mismo en la ciudad de Gela, donde lleva a cabo una buena limpieza ejecutando a sus opositores. Estamos a una jornada de Akragas hacia el oeste, a tres jornadas de Gela al este y a una semana de Siracusa, la capital helena de la isla, en la misma dirección. Por suerte, aquí —dijo señalando en el mapa un río a poca distancia de Gela— tenemos una barrera natural importante. Si controlamos el río Himera Salso, podremos contener al ejército de Agatocles mientras esperamos recibir los refuerzos de Motia y Cartago. Además, a poca distancia del río está el monte Eknomos. Nuestro guía local nos ha informado que allí el antiguo tirano de la ciudad de Akragas, Falaris, hizo construir una fortaleza. Dicen que tiene casi doscientos años y está abandonada, por lo que seguramente esté en muy mal estado. Aun así, su posición elevada nos

da una gran ventaja táctica y nos sitúa en una situación de fuerza. Por lo tanto, parece el lugar ideal para situar el campamento. Cuando lleguen las tropas de refuerzo, bajaremos de allí, atravesaremos el río y atacaremos la ciudad de Gela. Hay que quitarle esta ciudad a Agatocles porque es una de las más importantes de la isla y tiene una situación estratégica privilegiada. Con un poco de suerte, mientras esperamos la llegada de los refuerzos, nuestros ingenieros podrán fabricar maquinaria de asedio. Así pues, id a preparar a vuestros hombres para la marcha, debemos partir cuanto antes mejor —e hizo un gesto con las manos indicando a los oficiales que se pusieran manos a la obra.

Mientras los oficiales salían de la tienda, Amílcar volvió a fijar su vista en el mapa mientras maldecía su mala suerte.

—¡Yam, dios del mar! ¿Acaso no te hicimos una buena ofrenda al salir del puerto de Cartago? ¿Tres cabras y un toro no bastaban? Mira en qué situación has dejado las tropas que te veneran. La próxima vez tendré que venerar a Köthen, el Dios de la artesanía y de la técnica que fabricó las dos mazas con las que Baal te venció. Así es como los marineros derrotan a las olas del mar.

—Yo, después de lo ocurrido, pediría menos ayuda a los dioses y confiaría más en el ingenio propio —dijo Vatre, que se había quedado solo en la tienda con el general y había pasado del todo desapercibido.

—¡Ostras! ¿Qué haces tú aquí?

—Vengo a presentar a mi general las bajas de la compañía de honderos de Baal-Iaroh.

—¡Ya era hora! Pero hubiera podido venir tu jefe en persona a darme las noticias y no mandar a un recluta novato como mensajero —dijo el general, contrariado.

—Nuestro comandante, Norisus, ha muerto en la tormenta.

—Malas nuevas me das, hondero; Norisus era un gran jefe.

—Lasci, que era su segundo al mando, ahora es el nuevo comandante, pero está malherido y recibe atención médica.

—¿Es grave?

—No demasiado. Se encuentra claro de ideas y puede dirigir a los hombres. Tenía el hombro dislocado por un mal golpe y, aunque el médico se lo ha recolocado, no estará al cien por cien hasta dentro de un par de días.

A Vatre le pareció pertinente no comentar nada del conflicto interno que se había producido entre Lasci y Cudun por el control de la compañía. Esto daría la sensación de movimientos disidentes internos que podían deshacer el equilibrio de poder en la compañía y hacer que terminara en la anarquía. No, definitivamente no era

necesario preocupar aún más al general.

—Bueno, dejando esos detalles menores de lado, ¿cuál es la situación general de la compañía?

Vatre pensaba que las malas noticias era mejor soltarlas sin demasiados miramientos, ya que las cifras eran las que eran.

—Trescientas bajas, entre muertos y desaparecidos, y cien heridos, de los cuales cincuenta lo son de gravedad.

—¡Por Baal! ¡Casi hemos perdido la mitad de los honderos de Baal-Iaroh! No será fácil reemplazar las bajas y, aunque lo consigamos, serán de una capacidad muy inferior… ¡Maldita sea! Más malas noticias. ¿Es que no se acabarán nunca? Tanit, diosa de Cartago. ¿Cuándo harás que la buena fortuna vuelva a mirar a tu ejército? ¡Ya basta de desgracias! Te lo ruego. Bueno. ¿Cuál es tu nombre?

—¡Vatre, señor!

—Ve a decirle a tu caudillo que ponga en marcha a su compañía al completo. Se colocarán en la parte posterior de la fila de marcha, para proteger con sus hondas a los heridos y a los carruajes de avituallamiento… O lo que queda de ellos… —añadió Amílcar con resignación—. La caballería libia os protegerá las espaldas por si acaso. Aunque no esperamos ataques del ejército de Agatocles por la retaguardia, hay que estar preparados. Mejor un «ya te lo dije» que un «quién lo iba a decir»… En fin…, os necesito en buena forma por si llega el momento de asediar Gela. Vuestras hondas hacen estragos en las defensas enemigas y limpian el camino para que la infantería pueda hacer un asalto en condiciones. ¿Han quedado claras mis órdenes?

—¡Sí, general!

—Pues venga, no tengo más tiempo para ti. Ve a ver a tu jefe y comunícale mis órdenes.

Vatre asintió y abandonó la tienda a toda prisa para reunirse lo antes posible con Lasci.

Capítulo 18

Un simposio entretenido

La noche de simposio en casa de Héctor avanzaba a buen ritmo. Los participantes no paraban de conversar, beber, reír y beber un poco más. Apolodoro fingía que bebía tanto o más que los otros, acercándose la copa a los labios, pero en realidad solo se tragaba el vino de vez en cuando. Quería mantener la cabeza clara y esperar a que la noche estuviera más avanzada para poder manipular mejor a un Héctor que cada minuto que pasaba estaba más y más borracho y pensaba menos lo que decía.

—¡Apolodoro! ¡Amigo mío! ¡Cuánto te quiero! Gracias a ti, hoy somos un poco más ricos que ayer —dijo el mercader, al que ya se le empezaban a notar de manera clara los efectos del zumo de Dioniso.

Apolodoro levantó el *kylix* ofreciendo un brindis.

—¡Brindemos por el mejor mercader de toda Siracusa!

—¡Vamos, hombre! ¡No exageres! —exclamó Héctor mientras se sonrojaba.

—No exagero, querido Héctor, estoy convencido de lo que digo, me ha bastado un solo día para darme cuenta de que tienes un talento innato para este oficio.

—¡Viva yo! —dijo Héctor gritando de alegría.

Todo el mundo rio.

—¡Viva Héctor!

Los esclavos miraban la escena de borrachos ruidosos mientras soplaban con disimulo y soportaban estoicamente aquel alboroto.

—¡Oye, Héctor! Ya que hablamos de tu gran conocimiento del mercado y del oficio, tal vez tú eres la persona indicada para ayudarme en un asunto que me da quebraderos de cabeza.

—¡Soy tu hombre, Apolodoro! Siempre que me pagues adecuadamente, claro —dijo el mercader mientras mostraba la palma de su mano hacia arriba al médico—. Y recuerda, Apolodoro, nada de óbolos. ¡Quiero dracmas como mínimo! —Apolodoro sacó una moneda de su bolsa, renegando entre dientes, y la soltó en la palma de la mano del mercader.— Veo que nos entendemos, amigo —sonrió Héctor—. ¡Di! ¿Qué quieres saber exactamente?

—Buscamos a una mujer y a una niña que han sido vendidas en el mercado de esclavos de Siracusa.

—¡Uy, Apolodoro! Eres un hombre travieso. ¿Qué pretendes hacer con la madre y la hija? ¿Primero una y luego la otra? Yo empezaría por la madre, que sabe más lo que hace, y luego seguiría con la hija —dijo el mercader mientras dirigía una mirada de lujuria y degeneración al médico.

—¿Qué? ¡No! ¡No! ¡No va por ahí! No son familia —dijo el médico, escandalizado.

—¿Ah, no? Lástima. Hubiera estado bien. Tendría un punto de morbo. Pero, bueno, si son bellas no importa si son familia, ¿no te parece? —dijo Héctor mientras reía y daba un golpecito en el hombro a Apolodoro.

—No, no, tampoco va por ahí.

—Qué decepción… —dijo Héctor mientras resoplaba y empezaba a perder el interés—. A ver, ¿qué quieres entonces de una mujer y una adolescente…?

—La mujer era gimnesia y debió de llegar al mercado de Siracusa hace cosa de dos semanas.

—¿Gimnesia? No se ven muchas de esclavas de origen gimnesio. ¿Cómo era?

Apolodoro pidió una descripción de la madre de Cloi a Maro. Este, a pesar de estar perjudicado por el alcohol, al pensar en su amada se olvidó del vino y empezó a contar a Apolodoro cómo era aquel ángel que él siempre había amado para que este tradujera sus palabras a Héctor.

—¡Ay, Apolodoro! Es la mujer más bella que hayas visto nunca… No sé por dónde empezar…

—Pues podrías empezar por hacer una descripción física, que es más que suficiente. ¿Alta? ¿Baja? ¿Rubia? ¿Morena? Esas cosas. Todos sabemos que tiene los ojos de *Atenea* y las curvas de *Afrodita*. Para los enamorados todas las mujeres son dignas hijas de los dioses.

—Ah, claro… Pues, pelo negro, un poco menos alta que yo, unos ojos verdes que quitan el aliento, cuerpo delgado, piernas largas…

—¿Ojos verdes? —repitió Héctor tras la traducción de Apolodoro.

—¡Uy, sí! ¡Verdes como esmeraldas!

—Creo que sé a quién os referís —dijo Héctor.

—¿La habéis visto? —preguntó Maro, esperanzado.

—Uy sí, por supuesto, cada día.

—¿Cómo? ¿Dónde está?

—Más importante que dónde es cuánto —dijo Héctor mientras daba el último sorbo a su *kylix* y se frotaba el dedo índice con el pulgar.

—¿Cuánto qué?

—¿Cuánto estás dispuesto a pagar por ella, señor enamorado?

Héctor miró a Maro con ojos cargados de avaricia.

◆◆◆

Cloi entró en el gineceo sin saber muy bien lo que encontraría. Una vez dentro, vio una sala diáfana donde había una hermosa mujer con un brillante peplo color turquesa que le llegaba hasta los pies. Sus maneras y su delicadeza denotaban que era una mujer distinguida. En ese momento usaba el telar situado en el centro de la sala mientras hablaba de manera distendida con las otras mujeres, que estaban sentadas en sus respectivos *klinés* alrededor. Parecía una reunión similar al *simposio* que estaban realizando los hombres en el *andrón*, pero, en este caso, solo había mujeres.

Cuando se dieron cuenta de su presencia, callaron de golpe y dirigieron las miradas hacia ella.

—¡Por Atenea! ¿Quién es esta chica, Briseida? ¿Una nueva esclava de la casa? —exclamó la que estaba más cerca de la entrada.

—Ni idea, mi marido no deja de sorprenderme. Si lo es, no me la ha presentado —contestó la señora de la casa encogiéndose de hombros en señal de despreocupación.

Todas observaron a la chica fijamente. Cloi empezó a sentirse incómoda.

—¿Y bien? —dijo Briseida—. ¿La recién llegada nos puede explicar qué hace en mi gineceo?

—Yo…, es que… —los nervios y la presión de sentirse observada estaban jugando una mala pasada a Cloi.

—¿Qué ocurre, niña? ¿No sabes hablar coherentemente? Dime. ¿Qué haces aquí? ¿Te ha enviado mi marido?

Las otras mujeres de la sala rieron.

—¡Pero, chica! ¿Se te ha comido la lengua el gato o qué? —dijo una de las damas entre risas.

Cloi respiró despacio para intentar tranquilizarse.

—Disculpe, señora, he venido con unos amigos de su marido. Ellos han ido al *andrón* a hacer un *simposio*: han dicho que yo, al ser mujer, no podía participar y me han mandado al gineceo.

—¡Ajá! O sea que no eres ninguna esclava nueva. Pero tu apariencia y tu fuerte acento son poco usuales. ¿De dónde vienes?

—De Clumba.

—¿Clumba? ¿Y dónde demonios está eso?

—Es una isla a dos semanas de viaje en barco hacia el oeste —explicó Cloi.

—Bueno, como ya sabéis, mi marido es un gran comerciante y viaja mucho —dijo una de las mujeres que había sentada en el *kliné*

del fondo de la sala.

Otra de las invitadas miró a la que tenía al lado y, susurrando al oído, le dijo:

—Oh, sí, viaja tanto que tiene una amante en cada puerto.

La otra mujer rio disimuladamente.

La esposa del comerciante siguió como si no las hubiera oído:

—Y siempre me cuenta cosas de sus largos viajes. Dice que yendo hacia el oeste hay unas islas llamadas Gimnesias. Se llaman así porque todos sus habitantes van *gymnos*, es decir, desnudos. Como si fueran animales.

Todas las presentes rieron.

—¡Menudos bárbaros! —dijo una de ellas.

—La isla más grande se llama Kromyousa y la pequeña se llama Melousa. Los cartagineses las conocen como Clumba y Nura, respectivamente. Hay unas islas más pequeñas, yendo hacia el suroeste, son colonias cartaginesas que se llaman Pityousa y Ophyusa. Los cartagineses llaman a la mayor de las dos Ibusim. Así que si dices que vienes de Clumba, te refieres a que vienes de la más grande de estas islas, ¿verdad? Por tanto, vienes de Kromyousa.

—¡Así es! —asintió Cloi.

—¡Pero no va desnuda! —exclamó una de las presentes.

—¡Nosotros no vamos desnudos! ¡Como mucho, en verano, cuando hace mucho calor! —dijo Cloi, indignada.

—Bueno —consintió la mujer del mercader para quitar hierro al asunto—. Este nombre se dio a las islas hace muchos años. Tal vez ahora ya sean gente más civilizada. Dicen que la isla tiene una importante influencia cartaginesa. Y aunque para nosotros también es un pueblo bárbaro, tienen algunas costumbres que se podrían llamar «civilizadas».

Mientras las mujeres hablaban, Cloi se dio cuenta de que a los pies de Briseida había una mujer de rodillas y con la cabeza gacha. Se la veía muy delgada y tenía la mirada clavada en el suelo. Cuando empezaron a hablar de Clumba, la mujer levantó ligeramente la cabeza y se la veía interesada por la conversación. Cloi la miró y dijo:

—¿Madre?

—¿Hija? —dijo Cila poniendo unos ojos como platos.

—¿Se puede saber qué demonios pasa aquí? —dijo Briseida, escandalizada.

La madre de Cloi se levantó con lágrimas en los ojos y empezó a correr hacia su hija para abrazarla.

—¡Esclava! ¿Quién te ha dado permiso para abandonar tu sitio? —empezó a gritarle Briseida, indignada.

Madre e hija se abstrajeron de los gritos y miradas atónitas de las presentes y se fundieron en un abrazo bañado en lágrimas de

felicidad.

—¡Dios mío, Cloi! ¿Se puede saber qué haces aquí?

—¿Que qué hago yo aquí? ¿Qué haces tú aquí? —preguntó Cloi, llena de gozo—. ¡Qué coincidencia encontrarte así!

Mientras madre e hija hablaban, unos hombres forzudos entraron por la puerta, las separaron y arrancaron a Cila de los brazos de su hija.

—¿Qué hacéis? ¡Bestias! ¡Soltad a mi madre!

—Héctor pide su presencia en el *andrón* —informaron los hombres secamente.

—¡Pues yo también iré! —dijo Cloi, resuelta.

—En el *andrón* no se permite la presencia de mujeres —sentenciaron los hombres mirándola con desaprobación.

—¡Pues mi madre es una mujer y bien que os lo lleváis al *andrón*!

Los esclavos quedaron sorprendidos por el comentario de la joven.

—¡Me da igual lo que digáis! Vendré igualmente. Ahora que he encontrado a mi madre, no pienso separarme de ella en ningún momento —dijo Cloi, colorada de ira, y salió detrás de los dos esclavos fornidos que llevaban a su querida madre hacia la sala masculina de la casa.

◆◆◆

—Ya era hora de que llegarais. ¡Deprisa, esclavos! ¡El tiempo son dracmas! Me estáis haciendo perder tiempo y dinero, como siempre. Venga, traedme a la mujer aquí. Voy a mostrarla a estos apreciados clientes.

Detrás de los esclavos apareció Cloi, roja de ira.

—¡Dejad en paz a mi madre! —gritó.

Maro quedó asombrado.

—¡Cila! —exclamó el pirata mientras se levantaba para abrazarla.

—¿Maro? ¿Qué haces tú aquí?

Mientras Maro corría hacia ella, Héctor alzó la mano para indicar a sus esclavos que le detuvieran.

—¿Qué cojones es esto? ¿Cloi ya quiere meterse en el *andrón* otra vez? ¡Salvaje! Veo que no has aprendido la lección por las buenas, ¿verdad?! ¡Tú! —dijo señalando a uno de los esclavos que custodiaban a Cila—, llévate a esa niña malcriada al gineceo, aquí no pinta nada.

El esclavo más forzudo cogió a Cloi por el brazo y, sin que ella dejara de gritar que liberaran a su madre, se la llevó de mala manera

hacia la zona femenina de la casa. El otro esclavo detuvo a Maro y le alejó de Cila.

—Estimado Maro, la mercancía no se toca hasta que no sea tuya. Es decir, hasta que no hayas pagado un buen precio por ella —dijo Héctor con una sonrisa descarnada—. Y visto el amor que desprendes por todos los poros del cuerpo, ya te digo yo que no será barato. La verdad es que cuando llegó a mis manos esta esclava pensé que, efectivamente, era muy hermosa, pero demasiado mayor. No pensaba que pudiera sacar un buen precio por ella debido a su edad, por eso me la quedé para mi servicio personal. Como habrás podido imaginar, ya la he catado y puedo entender el porqué de tu amor por ella —la lujuria se dibujó en sus ojos mientras pronunciaba estas palabras—. Y vistas las ganas que tienes de hacerlo tú, no fue mala idea guardarla por aquí. Contigo podré conseguir un precio justo por ella —dijo con una sonrisa de satisfacción.

—¡Cabrón! —exclamó Maro tras escuchar la traducción que le hizo su compañero Arcadio, mientras sacaba su *xiphos* de la vaina, una espada corta griega de bonita factura.

—¡Eh, Maro! No nos pongamos agresivos, por favor. Aquí todos somos hombres de negocios, ¿no es así?

Mientras hablaba, hizo una seña a sus esclavos y en un santiamén aparecieron otros tres esclavos armados dentro del *andrón*. Maro analizó la situación y se dio cuenta de que él y Arcadio no tenían ninguna posibilidad de vencer a cinco hombres armados. Respiró profundamente para calmarse y, mientras hacía un gesto a Arcadio para que guardara su *kopis*, él hizo lo mismo con su *xiphos*.

—Por supuesto que sí, querido Héctor. Aquí solo venimos a hacer negocios —asintió Maro poniendo la mejor de sus sonrisas postizas mientras Arcadio traducía sus palabras.

—Así me gusta, Maro, veo que eres un hombre con quien se puede hablar. Pues bien, ahora que ya hemos hecho una buena presentación del producto, vamos al grano. Yo normalmente podría sacar por ella unos cincuenta dracmas, tal vez. Sí, más o menos. Pero, viendo tu interés por ella, pienso que podría sacar cien, más o menos. ¡No! Mejor ciento cincuenta dracmas; sería un precio más acertado, ¿no? Si fuera un usurero, me aprovecharía de la ocasión y te pediría doscientos por ella, es decir dos minas. Pero yo no me aprovecho de mis amigos —dijo con una sonrisa maliciosa—. Así pues, a mí me parece que ciento cincuenta dracmas es un precio justo, ¿no crees, Maro?

—¿Una mina y media? ¿Estamos locos? No tenemos tanto dinero, Héctor —exclamó Apolodoro, escandalizado.

—¿Ah, no? ¿Seguro? Sé que tú has sacado un buen pellizco del mercado de esclavos y que tu amigo, como buen pirata que es,

tampoco va escaso de dinero. ¿O acaso me equivoco?

—Pero si te damos lo que nos pides, nos quedaremos sin dinero y aún tenemos que encontrar a otra persona muy querida por nosotros —añadió Apolodoro.

—¿Otra persona muy querida? ¿Otra esclava, tal vez? —dijo Héctor, interesado.

—Así es, se trata de mi querida hija.

—¡Ah! Una hija. ¡Qué fascinante! —añadió Héctor mientras se frotaba las manos—. ¿Cómo es esa hija tuya, Apolodoro? Recuerda que soy el mejor traficante de esclavos de la ciudad, seguro que me habré enterado de algo. ¡Cuéntame la historia!

—Unos piratas clumbinos atacaron mi hogar en la Magna Grecia hace cosa de un año y se llevaron a mi hija, junto con todo lo que pudieron de mi casa, claro —dijo Apolodoro con tono resentido mientras miraba fugazmente a Maro. Héctor siguió la mirada de Apolodoro hasta alcanzar al pirata.

—¡No fastidies! —remarcó el mercader—. ¡Maro! ¿Fuiste tú quien se llevó a la hija de mi querido Apolodoro? —Una risa pícara salió de su garganta.— ¡Qué travieso! —dijo el mercader con tono de reprimenda fingida—. ¿Y ahora os habéis juntado para encontrarla? ¡Inaudito!

—Sí… —respondió Apolodoro con resignación—. Los caminos de los dioses son inescrutables. En fin, como iba diciendo, una vez se llevaron a mi hija, la vendieron en el mercado de esclavos de Siracusa.

—¿Y no me la vendieron a mí? ¡Qué lástima! ¡Entonces sí hubiera hecho un negocio redondo! Bueno, Apolodoro, continúa. ¿Cómo era esta hija tuya? ¿Bella?

—Sí, de hecho, se parece mucho a Cloi.

—¿Cloi? ¿Esa salvaje que has metido en mi casa y que no deja de dar problemas?

—La misma.

—Ya veo… Hmmm… ¿Un año? Déjame pensar… Ahora que lo dices, algo me suena haber oído. ¿Qué edad tenía tu hija, quince años, tal vez?

—Sí.

—Es una buena edad para sacar un buen rendimiento. Me suena haber oído que el servicio de nuestro querido tirano Agatocles se hizo con una joven belleza griega hace cosa de un año. Se habló mucho de esa venta porque, debido a su belleza y juventud, el servicio pagó un precio escandaloso por ella. Tres minas, creo recordar. ¡Tres o cuatro! No estoy seguro. A la gente con dinero le debes inflar el precio por dos motivos: el primero, porque lo puede pagar y, el segundo, porque cuando alguien paga una cantidad que nadie más se puede permitir, se siente poderoso. ¿Lo sabíais? Años de experiencia —dijo

con un gesto altivo—. Bueno, el caso es que la venta pasó de boca en boca por toda el ágora, como es habitual en cualquier mercado griego, y, si no me equivoco, creo que tu hija está ahora mismo al servicio de nuestro querido tirano. Como ya sabéis, por esta información os debería cobrar un extra, pero ya que voy a sacar un buen precio por esta clumbina, os doy la información gratis —terminó con una sonrisa encantadora—. ¿Veis cómo no soy tan malo?

—Pero una mina y media sigue siendo un abuso. No podemos pagar tanto. De hacerlo, no podríamos recuperar a mi hija —se quejó Apolodoro.

—Me caes bien, Apolodoro… ¿Qué tal si rebajo el precio a ciento veinticinco dracmas?

—Yo tengo una idea mejor, querido Héctor.

Maro hizo una señal con la cabeza a Arcadio y saltaron simultáneamente. Maro puso su *xiphos* en el cuello de Héctor, mientras Arcadio apuñalaba en las costillas al esclavo que tenía más cerca, cogía a Cila y cortaba el cuello al esclavo que la sujetaba. Apolodoro se puso detrás de Arcadio para proteger su vida.

—Y ahora atrás, esclavos, si no queréis que mate a vuestro dueño —dijo Maro, y Arcadio tradujo. Aún quedaban tres esclavos en pie y ellos solo eran dos, pero con una ventaja táctica considerable.

—¡Soltad las armas, desgraciados! —gritó Héctor a sus esclavos—. ¡Es una vieja! ¡Que se la lleven! No vale la pena. ¡Aprecio demasiado mi vida!

—¡Tirad las armas! —dijo Arcadio a los esclavos.

Los esclavos miraron a su dueño, este asintió y lanzaron las armas al suelo.

—Y ahora sed buenos niños y estad calmados mientras salimos con Héctor a la calle. Si os portáis bien, una vez estemos fuera le soltaremos. ¿De acuerdo? —dijo Maro, con la traducción pertinente de Arcadio.

Maro, sin separar ni un milímetro la hoja de su *xiphos* del cuello de Héctor, avanzó hacia la salida seguido por Arcadio, que sujetaba a Cila, y Apolodoro, que no quería quedarse atrás. Cuando salieron al patio central de la casa, Apolodoro llamó a Cloi para que se uniera a ellos y todos juntos salieron de la *oikos* del mercader. Una vez fuera, Maro retiró el *xiphos* del cuello del mercader y le dijo:

—Tenías razón, Héctor, al final hemos hecho un buen negocio. —A continuación le soltó un golpe seco en la cabeza con el pomo de la espada y le dejó sin sentido.— ¡Venga! ¡Vámonos de aquí! Ya hemos perdido demasiado tiempo.

Todos asintieron y desaparecieron entre las sombras de una Siracusa que dormía plácidamente.

Capítulo 19

Un refugio para un ejército herido

La columna del ejército cartaginés avanzaba hacia el oeste siguiendo el camino que unía Akragas con Gela. La precedían los exploradores: unidades de caballería ligera que se adelantaban a la columna para explorar el terreno en busca de enemigos o peligros cercanos. Al frente de la columna iba la caballería ciudadana, es decir, la mejor caballería pesada del ejército, seguida del Batallón Sagrado, las tropas de élite del ejército cartaginés, que, además, eran la guardia personal del general. El Batallón Sagrado, junto con la caballería ciudadana, tenían una doble función: proteger tanto la vanguardia de la columna como al mismo general Amílcar Giscón, que iba justo detrás, bien resguardado y protegido, rodeado por su estado mayor, formado por los oficiales de su confianza. Detrás de ellos venían los avituallamientos y los heridos, salvaguardados por un cuadrado de feroces honderos baleares con las hondas a punto, alerta por si cualquier amenaza se acercaba a los avituallamientos o a los heridos. Los lonchophoroi junto con la infantería pesada libia y la caballería libio-fenicia protegían la retaguardia.

Por suerte o por desgracia, el sol del mediodía lucía sobre las cabezas de los soldados, iluminando un bonito y caluroso día de verano.

—¡Aquí hace aún más calor que en Clumba! ¡Llevamos todo el día caminando sin descanso y estoy sudando como un cerdo! ¿Cuándo vamos a luchar? Estoy harto de tanta marcha —se quejaba Isapte.

—¿Tú tienes calor? —rio Vatre—. Pero si nosotros no somos más que hostigadores, apenas llevamos otro peso que nuestro saco de proyectiles. Tenemos tanta o más suerte que los *lonchophoroi*, la infantería ligera cartaginesa, que solo llevan un escudo de nada y cuatro lanzas pequeñas. Los que lo deben estar pasando mal de verdad son los soldados de infantería pesada, que deben cargar todo el equipo encima: casco, grebas, escudo y coraza, todo de bronce. Esos sí que son unos malditos hornos con patas —le contestó Vatre con una sonrisa.

Isapte rio el chiste y empezó a caminar con ánimos renovados.

A pesar de sus palabras, Vatre también estaba agotado debido al calor, las gotas de sudor le resbalaban por todo el cuerpo. La

marcha por aquella llanura, sin sombra donde guarecerse, era agotadora. Estaba ansioso por llegar al río Himera Salso para bañarse y refrescarse. Estas caminatas, bajo el sol inclemente del verano, eran matadoras.

A medida que el día iba transcurriendo, el calor se apaciguaba y la marcha se hacía menos pesada. Por suerte, no sufrieron ningún tipo de ataque durante el trayecto y, ya bien entrada la noche, llegaron al monte Eknomos, a cuyos pies se encuentra el río Himera Salso. Nada más llegar al lugar, algunos honderos se dejaron caer a tierra para descansar un poco, mientras que otros decidieron ir corriendo al río a darse un chapuzón para refrescarse. Estaban exhaustos.

Isapte quería aprovechar el agua del río para apaciguar la sed, pero antes de tragarse el primer sorbo lo escupió con cara de asco.

—¡Isapte! ¿Se puede saber qué te pasa? —le preguntó Vatre.

—¡Es agua salada! —dijo con cara de angustia mientras seguía escupiendo el líquido que acababa de meterse en la boca.

—¿Cómo? ¡Pero si el general dijo que era un río! —exclamó Vatre.

—Sí, queridos. Un río de agua salada. Por eso los habitantes de la zona lo llaman Himera Salso, porque es salado —les explicó Lasci.

—Pues ahora ya no sé de dónde sacaremos el agua dulce para dar a beber a todo un ejército.

—Tranquilo, Vatre, nuestro general tiene buenos informadores y guías locales. Dicen que la isla está llena de manantiales de agua dulce subterránea, más o menos como Clumba, y, por tanto, hay pozos de agua dulce por todas partes. Imagino que estos guías locales ya se habrán encargado de hacer saber al general dónde puede encontrar el agua que necesita —dijo Lasci.

Como los honderos estaban en la retaguardia de la columna, al llegar a la antigua fortaleza del monte Eknomos las tareas de construcción del campamento ya estaban bien avanzadas. Era cierto que la fortaleza del tal Falaris tenía un aspecto bastante deplorable: el lienzo este de la muralla había caído, el resto estaba en mal estado y solo quedaba una de sus torres en pie. Aun así, el general decidió construir una empalizada para cubrir la cara este, apuntalar los restos de la muralla y excavar profundamente el antiguo foso de la fortificación, que, debido al tiempo y a la erosión, no disponía de la profundidad adecuada. Por su condición de mercenarios, los honderos no tenían cabida dentro del campamento, así que acamparon al raso entre la empalizada y el foso: debían quedar cerca de las defensas para protegerlas y tener la opción de refugiarse en caso de ataque.

El ritmo que el general había dado a la marcha era febril, se

notaba que ardía en deseos de llegar al río, ya que éste hacía las veces de frontera natural y, sumado a la fortaleza del monte Eknomos, proporcionaría una protección espléndida para su ejército contra el peligro que debía llegar del este. Sin duda, los vigilantes siracusanos ya habrían avisado el general Agatocles de que el ejército enemigo había llegado al río Himera y que se había asentado en el antiguo fortín del tirano Falaris, o lo que era lo mismo, casi a las puertas de Gela. Sin duda Agatocles no tardaría en dejarse ver.

Pero el día ya tocaba a su fin, y, una vez terminado de construir el campamento y asignados los turnos de guardia entre los soldados, todo el ejército se fue a dormir. Aún les quedaba mucho trabajo por hacer antes de que tuviera lugar el gran enfrentamiento.

◆◆◆

Al amanecer, un golpe en el hombro despertó a Vatre. Debido al sobresalto, cogió su puñal y con un movimiento rapidísimo lo puso en la garganta de quien se había acercado.

—¡Tranquilo, hombre! ¡Soy yo! —le dijo Coro mientras alzaba las manos vacías para demostrarle que no era ninguna amenaza—. Joder, novato, ya pareces un veterano. ¡Estás siempre preparado para la acción! —rio el veterano.

Vatre se quitó las legañas de los ojos mientras intentaba situarse.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me has despertado?

—Lasci quiere hablar contigo. ¡Venga! ¡Arriba! —dijo Coro ofreciéndole la mano para ayudarle a levantarse.

Ambos se acercaron a Lasci, que estaba de pie vigilando el río.

—Ya estamos aquí, Lasci —dijo Coro.

—¡Buenos días, Vatre! Veo que no te cuesta demasiado dormir.

—Buenos días, comandante. ¿Qué tal va su hombro?

—Mejora, cada vez duele menos, pero todavía no está curado, ni por asomo —respondió mientras se tocaba el hombro dolorido y hacía una mueca de sufrimiento.

De pronto, Vatre se dio cuenta de que Lasci no llevaba el vendaje que le había puesto el médico para evitar que moviera la zona afectada y acelerar así su recuperación.

— Pero…, ¡comandante! ¿Se ha quitado el vendaje del médico?

—Sí, querido Vatre. Era un estorbo.

—Pero no se lo debe quitar. ¡Así, lo único que hará será empeorarlo!

—Vatre…— la advirtió Coro.

—¿Qué? ¡Es cierto! Debe cuidarse el hombro si desea volver a luchar como es debido.

—Vatre, ante todo, cálmate. ¿Recuerdas que te dije que no me lleves la contraria en público?

Vatre asintió de mala gana.

—Tienes razón que el vendaje lo llevaba para acelerar mi recuperación lo antes posible, pero era muy voluminoso y llamativo. Demostraba a todos mi debilidad y eso crearía inseguridad entre mis hombres. Por eso he decidido desprenderme de él, a pesar del riesgo de empeorar. En la situación en que nos encontramos, Vatre, no me puedo permitir mostrar ningún tipo de debilidad. Estamos a punto de entrar en combate y mis hombres no deben preocuparse por mi estado, sino por el combate que tienen delante. ¿Lo entiendes?

—Sí, jefe —contestó Vatre, cabizbajo.

Tengo que sacrificar mi bienestar por el resto del grupo. Bueno, y ahora pasemos a cosas más importantes. Nuestro general nos reclama en su tienda y ahora, sin este maldito vendaje, estoy en condiciones de presentarme… Aun así, quiero que Coro y tú me acompañéis. Seréis mis hombres de confianza. ¿De acuerdo?

—Sí, jefe. Pero… —se volvió para mirar a su hermano, que dormía plácidamente—. ¿Qué hay de Isapte?

Lasci miró a Vatre con gesto condescendiente.

—Tu hermano es un gran guerrero, uno de los mejores de los nuestros. Tiene mucha fuerza y es muy valiente, pero lo que necesito a mi lado son hombres que utilicen el cerebro, Vatre, no los músculos. Me entiendes, ¿verdad?

—Sí. Sin embargo, lo siento por él…

—Tranquilo, seguro que a tu hermano también le encontraremos un lugar destacado entre nosotros —le dijo guiñándole el ojo—. Pero de momento tenemos que ir a la tienda de nuestro general. ¡Vamos!

◆◆◆

—¡Joder con la pulga! —dijo uno de los guardias de la tienda del general al ver llegar a Vatre de nuevo—. ¡Esta vez vienes bien acompañado! ¿Quiénes son estos que te acompañan? ¡Ellos sí parecen guerreros de verdad!

—Buenos días, guarda, yo soy Lasci, caudillo de los honderos de Baal-Iaroh, y vengo a ver al general Amílcar, que nos ha convocado. Te aconsejo que mantengas las formas ante mí y mis hombres y los respetes a todos y cada uno de ellos si no quieres tener un disgusto. Tu lanza puede ser muy larga, pero nuestros proyectiles tienen más alcance. Puedes estar seguro de que antes de que tu arma llegue a tocar la punta de mis cabellos, mi piedra te habrá traspasado el cráneo.

El guarda tragó saliva mientras se imaginaba la escena.

—Claro que sí, caudillo de los honderos. Perdón, no sabía que erais vos. No quería faltar al respeto a vuestros hombres. ¿Qué ha sido de Norisus?

—Murió en la tormenta —dijo Lasci—. El mar se lo tragó. Por eso ahora dirijo yo la hueste de mis compatriotas. Los que me acompañan son Coro, guerrero forjado en mil batallas, y Vatre, el hombre más rápido que encontraréis en un campo de batalla. Os conviene tratarlos con tanta deferencia como a mí si no deseáis tener problemas en el futuro. ¿Está claro?

—Sí, señor, por supuesto —asintió el soldado poniéndose aún más recto de lo que estaba.

—Pues ahora dejadnos pasar a ver el general. No querréis que le digamos a nuestro querido comandante que nos hemos retrasado por culpa vuestra y, en consecuencia, que seáis los que están demorando sus planes de batalla, ¿verdad?

—¡No, de ninguna manera! —dijo el guarda negando con la cabeza enérgicamente mientras pensaba en el castigo que le podía caer por disgustar el general—. ¡Pasad! ¡Pasad! —los apremió.

—Eso está mejor —dijo Lasci mientras asentía y entraba en la tienda de Amílcar Giscón seguido por Coro y Vatre.

◆◆◆

Dentro de la tienda vieron al general Amílcar degustando una copa de vino mientras revisaba el mapa que había sobre la mesa. Toda una corte de oficiales a su alrededor esperaba sus órdenes. Amílcar levantó la cabeza del mapa mientras veía entrar a Lasci seguido de Vatre y Coro.

—Bueno, ya estamos todos. ¡Al fin! ¡Por Tanit! ¡Tú! El que acaba de entrar, tú eres Lasci, el sustituto de Norisus, ¿verdad?

—Así es, mi general.

—Debes saber que tenía en alta estima a tu antiguo caudillo. Espero que seas un digno discípulo y que estés a su altura.

—No os decepcionaré, mi general —dijo Lasci.

—Más te vale. Estamos en guerra, y las decepciones suelen venir producidas por errores que nos cuestan la vida. Así que, si amas tu vida, más te vale no decepcionarme.

Lasci asintió.

—Bueno, estimados oficiales, ahora que ya estamos todos, podemos empezar. Hemos realizado un avance rápido y decidido hacia Gela y ya disponemos de un campamento en la orilla oeste del río. Protegidos por el río y nuestras empalizadas, tenemos de una buena situación para hacer frente a Agatocles. Esta sanguijuela no

tardará demasiado tiempo en venir a por nosotros. Seguro que está al corriente de lo que hemos sufrido con la tormenta que ha asolado el mar durante nuestro camino desde Cartago. Sin duda querrá acabar con nosotros ahora que somos pocos y no lo pensará demasiado antes de atacarnos. Sabe que si espera en exceso podemos tener tiempo de recibir refuerzos y perdería la ventaja táctica de la que disfruta ahora. Por eso debemos hacernos fuertes en este punto y no dejarnos vencer.

El general guardó silencio y miró fijamente a todos los que le escuchaban, quería estar seguro de que todos tenían los cinco sentidos puestos en sus palabras y, cuando comprobó que era así, continuó con esa voz potente y segura.

—Como ya sabéis, hemos enviado mensajeros a Motia, nuestra capital de la isla, y también a Cartago. Estamos a la espera de recibir los refuerzos que necesitamos. Ya no deberían tardar demasiado en llegar. Pero, mientras esperamos, ya que somos demasiado pocos para llevar a cabo ningún tipo de ataque a la ciudad de Gela, lo que haremos será prepararnos para el momento en que tendremos que contraatacar. Quiero que nuestros hombres salgan a por madera, y que nuestros ingenieros comiencen a trabajar. Debemos aprovechar el tiempo y construir torres de asedio y onagros, para el futuro asedio que tendremos que hacer cuando nuestros refuerzos estén con nosotros y se vuelva la tortilla. Por supuesto, no hay que olvidarse de sacar partidas de avitualladores para escudriñar los alrededores y hacernos con todo lo que nos haga falta, principalmente comida y agua. No nos queda un gran ejército, pero debe estar bien alimentado. Si encontramos una granja cerca, que nuestros hombres no lo piensen dos veces a la hora de pedir su cooperación. Estamos aquí para liberar a los Sicilianos del tirano que los oprime, pero si no cooperan, les tendremos que obligar. Si algún granjero nos pone problemas para que cojamos su ganado o sus reservas de vino y víveres, hacedle entrar en razón —dijo el general mientras mostraba una sonrisa maliciosa. Los oficiales asintieron imitando al general—. A las mujeres, por el momento, nos conviene no maltratarlas. Recordad que no somos un ejército invasor, sino liberador, y por tanto no nos interesa que la población hable mal de nosotros. Los queremos de nuestro lado. Solo forzaremos a los que se nieguen a ayudarnos. ¿De acuerdo?

De pronto, la cortina que hacía las veces de puerta de la tienda se abrió y un soldado entró corriendo, hecho un manojo de nervios.

—¡General! ¡General!

—¿Se puede saber qué te pasa, soldado? ¡No te dejes llevar por los nervios, hombre! En combate se debe mantener la cabeza fría. ¿A qué viene tanta urgencia?

—¡Es el enemigo, general!

—¿Agatocles?

—¡Sí, general! ¡Ha formado su ejército al otro lado del río!

Capítulo 20

El lanzamiento

Amílcar Giscón se dirigió a sus hombres —¡Venga, chicos! Subamos a la empalizada a ver con cuántos bastardos cuenta ese malnacido de Agatocles.

Todos los oficiales mantuvieron la calma, asintieron y siguieron a su general.

La vista desde lo alto de la estacada era privilegiada; por un lado, el río Himera Salso, con sus aguas vivas que bajaban corriente abajo y se perdían en el mar, y, por otro, una visión no tan idílica: un mar de hombres preparados para la batalla. Vatre quedó asombrado al ver aquella gran cantidad de lanzas. Miles de soldados alineados, con sus cascos de bronce pulido de estilo corintio, coronados por crines de caballo de colores. Todos estaban protegidos con sus imponentes escudos circulares de cien centímetros de diámetro, los *aspis*, decorados con diferentes símbolos y dibujos amenazantes. Y miles de puntas de lanzas de más de dos metros de largo sobresalían por encima de sus cabezas. El espectáculo era realmente aterrador.

—¡Son muchísimos! ¿Cuántos debe de haber? ¿Mil? —Vatre no podía salir de su asombro.

—Diez mil, más bien, diría yo —le corrigió Coro—. ¿Qué pasa, ganadero? ¿En tu casa no contabas el ganado para saber si te faltaba alguna cabra, o qué?

—Sí, ¡pero nunca he tenido tantas cabras! ¡Aquí hay un gentío enorme! ¡Es impresionante!

—¿Y qué esperabas? —dijo Lasci—. Es un ejército de origen griego. No son una turba desorganizada como la que puedas encontrar en el resto del Mediterráneo. Esa gente lleva generaciones luchando, saben lo que hacen.

—¿Se ha enfrentado a ellos alguna vez?

—¡Por supuesto que sí! Siempre en formación, protegidos de pies a cabeza: casco, escudo y grebas. Tú ves a muchos hombres, pero a la hora de combatir lo hacen como uno solo. Su línea es muy difícil de romper, pero hacerlo es la única manera de ganar. Sus imponentes lanzas causan estragos en las formaciones enemigas. Son unos guerreros temibles. Menos mal que nosotros jugamos con otras reglas y evitamos el cuerpo a cuerpo. Luchar en formación no es nuestra

especialidad. Ahora verás. ¿Dónde está tu hermano? ¡Ah! Míralo ahí abajo, con esta estatura se le ve fácilmente. ¡Isapte!

Isapte, que se había acercado a la base de la empalizada al ver el revuelo que se había armado con la aparición del enemigo, alzó la vista al oír su nombre y vio a su hermano.

—¡Vatre! ¿Qué haces ahí arriba?

—¡Sube aquí, Isapte! ¡Lasci te reclama!

Isapte asintió y, haciendo valer su corpulencia, se abrió paso entre la gente que se agolpaba en la base de la estacada y llegó a la parte superior.

—¡Qué gentío! —Isapte también estaba sorprendido por el despliegue del ejército enemigo.

—¡Tú, Isapte! —le llamó Lasci—. Ven aquí.

—¡A las órdenes, jefe!

—Dicen por el campamento que tienes una potencia bestial con la honda.

—Así es. ¡Soy capaz de acertar el ojo de un pájaro a más de cien pasos!

—Ya veo. ¿Y qué tal acertar a un ejército de diez mil hombres, a trescientos pasos?

Coro y Vatre se escandalizaron.

—¡Vamos, jefe! Es imposible cubrir esa distancia con una honda —dijo Coro, que no terminaba de creerse lo que acababa de oír.

—Hombre, Isapte no tiene mucha puntería… —Isapte refunfuñó ante ese comentario de su hermano—, pero en este caso importa más la fuerza que la puntería. Yo pienso que lo puede conseguir —sentenció Vatre con una sonrisa de orgullo.

—¡Claro que puedo! ¡Si alguien puede, ese soy yo! —dijo Isapte mientras se convencía a sí mismo de que era capaz.

—¿Pues sabes qué, Isapte? Resulta que yo no me lo creo. Necesito que me lo demuestres.

—¿Qué? —Isapte estaba descolocado.

—¡Sí! Quiero que me demuestres que eres el tirador más potente de la compañía. Coge un proyectil y demuéstranos de qué eres capaz.

—¡Sí, jefe! —contestó Isapte mientras tomaba una de las piedras de su bolsa y cargaba la honda.

—¡Espera, hombre! ¿Dónde vas con este guijarro? ¡Coro! ¡Dale a este hondero un proyectil de calidad!

Coro, con expresión contrariada, cogió un glande de plomo de los que llevaba en su bolsa y se lo lanzó a Isapte, quien lo atrapó al vuelo sin ningún esfuerzo.

—¿Qué es esto? —preguntó mientras miraba extrañado el objeto.

—Eso, amigo mío, es el futuro.

—¡Es muy ligero! Y tiene un tacto muy fino.

—Por supuesto, Isapte, pesa la mitad que tu proyectil de piedra y al mismo tiempo aumenta la velocidad, el alcance y la penetración del proyectil. Con esta pieza destrozamos los escudos y los cascos de aquellos griegos presumidos como si fueran de mantequilla.

Isapte no salía de su asombro.

—¡Venga! No te quedes embobado mirándolo y pruébalo de una vez. Demuéstrame de lo que eres capaz.

Isapte asintió y cambió su semblante por un gesto serio de concentración. Tomó la honda que llevaba atada a la cintura, la más larga de las tres de todo hondero y con la que se podía conseguir la mayor distancia. Colocó el proyectil en la honda y la levantó por encima de la cabeza. En condiciones normales se hacían tres giros a la honda sobre la cabeza y posteriormente se efectuaba el lanzamiento, pero aquel tiro no era un tiro normal, tenía que ser un tiro excepcional si quería llegar a trescientos pasos de distancia. Así pues, empezó a hacer girar la honda sobre su cabeza aumentando la velocidad en cada vuelta. Vatre observó cómo la cara de determinación de su hermano se fijaba en un punto indefinido de la formación enemiga. Todos los músculos de su cuerpo se tensaban mientras cargaba de fuerza cinética la honda que sobrevolaba su cabeza. Cuando Isapte consideró que ya había alcanzado la mayor velocidad de la que podía disponer, se decidió y, con un latigazo que resonó por todo el campamento, extendió el brazo en dirección al enemigo y el proyectil de plomo salió volando con un fuerte silbido. El proyectil empezó a subir y describió una parábola en el aire; en su cenit el proyectil ya había sobrepasado el cauce del río y poco después comenzó a descender hasta que, de repente, oyeron un fuerte ruido metálico y vieron cómo uno de los temibles hoplitas emitía un grito de dolor y caía a plomo.

—¡No puede ser! —gritó Coro mientras miraba alucinado cómo aquel novato había conseguido no solo llegar a acertar a un soldado enemigo a trescientos pasos, sino que, además, lo había tumbado—. Bueno…, tenemos que aceptar que tenía el viento a favor… y que disparaba desde una posición elevada…

—No le quites mérito, hombre —le recriminó Vatre—. ¡Lo has hecho, Isapte! —gritó emocionado mientras abrazaba a su hermano, que con orgullo levantaba el musculoso brazo al aire con la honda en la mano y gesto de triunfo.

Mientras tanto Lasci asentía satisfecho. Sabía que Isapte era un buen tirador. ¿Pero hasta dónde era capaz de llegar? Hay que forzar a los hombres para que alcancen su mayor potencial, y ahora Isapte sabía que era capaz de hacer algo que parecía imposible.

—¿Se puede saber quién demonios ha tirado ese maldito

proyectil? —El general Amílcar iba corriendo por la pasarela con gesto contrariado.— ¿En algún momento he dado yo la orden de disparar? ¿Qué pasa con vosotros, malditos honderos?, ¿es que vais por libre?

—Nada de eso, es que este hondero afirmaba que era capaz de acertar a uno de los soldados enemigos desde aquí y yo no me lo creía. Así que no se lo ha pensado dos veces y me lo ha querido demostrar —dijo Lasci mientras señalaba a Isapte.

—¡El general de este ejército soy yo! ¿Queda claro? ¡Aquí nadie pega ni un escupitajo al suelo si yo no lo ordeno! —dijo el general, colorado de ira—. De todos modos…, ¿se puede saber cómo te llamas y de dónde demonios eres tú, hondero?

Isapte, que no entendía ni una palabra de lo que su general le pedía, miró a su hermano en busca de ayuda. Vatre se acercó y ejerció de traductor.

—¡Mi nombre es Isapte y soy de Clumba, señor! —contestó Isapte mientras se ponía firmes ante su general.

—Había oído que los honderos clumbinos erais buenos…, pero esto es excepcional. —El general acababa de cambiar su semblante enfadado por uno de sorpresa.— ¿Cuántos pasos habrá hasta el ejército enemigo? ¿Doscientos cincuenta?

—Yo diría que incluso un poco más, general. Tal vez trescientos —dijo Lasci con tono respetuoso.

—¡Por Tanit y Baal! ¡Menudo lanzamiento, soldado! ¡Mejor tenerte en nuestro bando! —A continuación, se volvió a poner serio.— Bueno, sea como sea, recordad lo que os acabo de decir: aquí quien da las órdenes soy yo y nadie abre fuego hasta que yo no lo ordene. ¿Ha quedado claro?

Todos asintieron.

—Agatocles —dijo Isapte—, ¿tanta parafernalia para qué? ¿Acaso piensa que nos da miedo ver su falange en formación?

—Hombre, es verdad que impone respeto —dijo Vatre.

—¡Me impone más respeto una mierda seca al viento! —dijo Baltser, comandante del Batallón Sagrado, con su casco bajo el brazo y un *linothorax* de bella factura que le protegía el cuerpo.

Se le veía un soldado experimentado, pues así lo reflejaban las cicatrices que adornaban sus brazos desnudos. Se había ganado a pulso el cargo que ostentaba. Llevaba el pelo corto y una barba en punta bien recortada. Su mirada seria indicaba su talante. Se notaba que era un hombre que no se tomaba nada a la ligera.

—Nuestra falange —continuó— no tiene nada que envidiar a la de los griegos. Y cada uno de mis soldados vale por diez de sus pastores y ganaderos —dijo mientras escupía al suelo mostrando su desprecio—. Si nos enfrentáramos a los espartanos, que sí son realmente soldados profesionales, no podría hablar así, pero este

ejército no está formado por más que ganaderos que se ponen la coraza en verano y van a jugar a hacer la guerra.

Bueno…, igual que los cartagineses, ¿no? —dijo Vatre entre dientes.

—¡El Batallón Sagrado, no! Nosotros somos los hijos de las mejores familias de la capital. Y desde pequeños nos entrenan para ser la mejor fuerza militar del ejército. Somos los más preparados y los mejor equipados y…

—Es normal que seáis los mejor equipados; si sois los hijos de las familias más ricas, podéis permitiros las mejores armas y armaduras que el dinero de vuestros padres puede comprar…

—¡Calla, insolente mercenario! ¿Cómo puedes hablar así al comandante del Batallón Sagrado de Cartago? ¡Un poco de respeto hacia las mejores tropas del ejército, salvaje! —Baltser estaba colorado de ira.

—Disculpe sus maneras —dijo Lasci, interviniendo para poner un poco de paz—. Es joven, acaba de salir de su isla y todavía no sabe cómo funciona el mundo, y mucho menos el ejército de Cartago.

—Pues si no quieres que lo atraviese con mi espada de lado a lado —amenazó Baltser con cara de pocos amigos—, más te vale ponerle una buena correa y hacer que tenga esa lengua de serpiente escondida detrás de sus afilados dientes .

Después de decir estas palabras, dio la espalda a Vatre y se dirigió al general:

—Lo único que quieren estos helenos es impresionarnos. Son unos soberbios, están diciendo: «mira qué grande es mi ejército y qué bien armado lo tengo», pero sabemos por nuestros guías locales que el vado del río no está aquí delante, sino a una milla hacia el norte. No lo atravesarán por aquí, mi general. Podemos estar tranquilos. Tenemos observadores por todo el margen del río y de vez en cuando sale nuestra caballería ligera para saquear los alrededores del campamento enemigo y conseguir víveres. Si sus tropas se mueven hacia el vado, nuestros observadores nos avisarán.

—Bien hecho, Baltser. Como siempre, sé que puedo confiar en ti.

—Es un honor para mí serviros, general Amílcar.

—Menudo lameculos… —murmuró Isapte a Vatre al oído, después de que este le hubiera traducido la conversación.

—Pero aun así es un buen militar. Una cosa no quita la otra —contestó Vatre.

Capítulo 21

Una madrugada diferente

Los días pasaron lentamente mientras los dos ejércitos se vigilaban con atención, haciendo sus respectivas maniobras de avituallamiento: partidas de soldados que realizaban maniobras relámpago en territorio enemigo para bajar su moral, causar bajas, crear desperfectos y robar comida y bebida a cualquier hora del día o de la noche.

Una noche, Vatre estaba intranquilo. No podía dormir y no dejaba de dar vueltas hasta que al final se levantó.

Su hermano Isapte, molesto, le increpó.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Hace mucho rato que nuestra partida de avituallamiento libia dejó el campamento, ya casi ha llegado el amanecer y aún no han vuelto. Me preocupa.

—Pareces nuestra madre, todo el día preocupado. ¡Duerme, hombre! ¡Allá ellos!

—¿Y si los han matado?

—Pues el general deberá elegir una nueva partida de avituallamiento. ¿A mí qué me cuentas? Yo lo que quiero es dormir. Todavía me duele la cabeza del vino que bebí anoche. Muy bueno ese vino cartaginés. Ojalá tuviéramos en casa.

—Te has aficionado, ¿verdad?

—Por supuesto. Ya que no podemos llevarnos el dinero de la paga a casa, porque no nos vale para nada en Clumba, bien lo tendremos que gastar en algo. Y lo único que hay bueno por aquí es el vino y las mujeres.

—Querrás decir las rameras, ¿no?

—¿Acaso no son mujeres, o qué?

—¡Por supuesto que lo son! Bien tienen dos pechos y una rendija entre las piernas —añadió Vatre riendo y haciendo un guiño a su hermano—. Y si algo no le falta a un campamento militar, son vendedores de vino y proxenetas. Saben que con nosotros hacen negocio. Pero hay mujeres y mujeres, Isapte —dijo con la mirada hacia el cielo.

—Lo dices por Cloi, ¿verdad?

Vatre asintió.

—Ay, ay, ay, hermanito. ¿Estás enamorado?

—Igual que tú. ¡Aún recuerdo la historia del collar de nuestra madre!

—Éramos niños, Vatre. Créeme, desde entonces he estado con muchas mujeres y te puedo asegurar que Cloi no es distinta a las otras. Al menos en lo que tiene entre las piernas.

Vatre dio un puñetazo en el hombro de su hermano.

—No hables así de ella —le dijo con cara de pocos amigos—. ¡Un poco de respeto! Ella es diferente. Tiene cerebro, es atrevida y decidida.

—Más bien terca, diría yo.

—Tiene claros sus objetivos e ideales y los sigue, no como otros que se dejan llevar por la corriente.

—Lo que tú digas, hermanito. Yo pienso que es una estrecha. No te la recomiendo.

—Ya decidiré yo por mí mismo quién me conviene y quién no. ¿De acuerdo? —contestó Vatre, bastante enfadado.

—De acuerdo, de acuerdo. Y ahora, si no te sabe mal, me gustaría descansar un poquito antes de que salga el sol y tengamos que empezar a hacer algún trabajo desagradable en el campamento, como maniobras o lo que nos ordenen —dijo Isapte mientras bostezaba.

De repente, Vatre oyó ruido de cascos de caballos que se acercaban.

—¿Lo has oído, Isapte?

—¿El qué? —dijo su hermano, adormilado.

—¡Caballos!

—¿Qué? —Isapte se desperezó de golpe.

—¡Oigo caballos! Vamos a ver qué sucede. ¡Corre!

Ambos se levantaron y pasaron por entre sus compañeros que dormían en el suelo hasta acercarse a la lengua de tierra que atravesaba el foso. Entre las sombras del amanecer divisaron unas figuras borrosas que llegaban desde el río. A medida que se acercaban empezaron a distinguirlas: eran dos caballos de la partida de avituallamiento con tres jinetes. Uno de ellos, herido, reposaba sobre el lomo del caballo justo delante de su compañero, que llevaba las riendas. A este, además, se le veía herido. Llevaba las riendas del caballo solo con la mano izquierda, ya que una flecha asomaba de su hombro derecho, ensangrentado. Persiguiéndolos venía un pequeño grupo de cuatro jinetes de Agatocles.

—¡Venga, Isapte! ¡Vamos a espantar a los jinetes que acosan a nuestros compañeros!

Isapte asintió y, sin pensarlo dos veces, salió corriendo detrás de su hermano mientras tomaba la honda mediana en la mano derecha y con la izquierda cogía de la bolsa los proyectiles. Vatre hizo

lo mismo y, antes de llegar donde estaban los jinetes libios, levantaron las hondas sobre la cabeza y empezaron a lanzar los proyectiles hacia el grupo de jinetes enemigos. El proyectil de Isapte fue lanzado con tal fuerza, y tenía tal tamaño, que al herir el jinete siracusano en el pecho, este fue expulsado de la silla de montar y cayó al suelo. Sus compañeros no lo pudieron esquivar y le arrollaron. Vatre, por su parte, no apuntó al jinete sino al caballo. Un objetivo más grande y más aparatoso. Su proyectil, pequeño y duro, se hundió en el pecho del animal y le hizo caer de cabeza. Su jinete salió disparado hacia delante debido a la inercia y cayó al suelo de boca. El resto de jinetes del pequeño contingente de caballería ligera estaba demasiado pegado a sus compañeros para poder aminorar la velocidad o cambiar de dirección, por lo que los que iban justo detrás del caballo caído tropezaron con este y también cayeron. Solamente quedaba un jinete en condiciones de continuar la persecución, pero al darse cuenta de que se había quedado solo y viendo que los dos honderos cargaban de nuevo sus armas, ralentizó el caballo mientras cogía la jabalina y la lanzaba hacia el explorador más retrasado. De repente, el jinete libio malherido que llevaba su compañero moribundo sobre el caballo sintió un espasmo que recorrió todo su cuerpo mientras la punta de la jabalina le salía por en medio del torso. Herido de muerte, soltó las riendas y cayó del caballo al igual que su compañero, que ya había muerto debido a sus heridas. El caballo siguió corriendo asustado y se perdió en la oscuridad. Al ver el soldado siracusano que su lanzamiento había tenido el efecto deseado, dio media vuelta y se retiró.

—¡No huyas, cobarde! —gritó Isapte con rabia.

—Déjalo ir, Isapte —dijo Vatre.

—¡Pero escapa! —exclamó impaciente Isapte.

—Ya está demasiado lejos para herirlo, lo más probable es que fallaras. No gastamos proyectiles inútilmente. Presiento que dentro de poco nos harán falta todos los que tengamos y más.

Isapte asintió con la cabeza mientras se tragaba su orgullo y disimulaba su furia con un gruñido contenido.

En ese instante llegaba el único superviviente de la partida de avituallamiento.

—¡Doy gracias a Tanit de que hayáis aparecido! ¡Si no llega a ser por vosotros no lo cuento!

—De nada, soldado —dijo Vatre

—No puedo perder tiempo, tengo que ir a buscar al general urgentemente.

—¿Qué pasa?

—Agatocles se ha cansado de esperar y ya ha salido de su campamento en medio de la noche. ¡Quiere atacarnos mientras

dormimos!

—¡Por todos los dioses! ¡Venga, soldado! ¡No me des más explicaciones y ve a avisar al general lo antes posible!

El jinete asintió y, sin más dilación, dirigió su montura hacia la tienda central del campamento, donde Amílcar Giscón dormía sin saber que el ejército enemigo estaba a punto de caerle encima.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Isapte, que no había entendido ni una palabra del soldado libio.

—Que la batalla está a punto de empezar, hermano. Debemos despertar a Lasci y al resto de la compañía y refugiarnos dentro del campamento. De lo contrario, somos hombres muertos.

◆◆◆

—¿Qué pasa? —dijo Lasci, sorprendido, cuando Vatre le despertó.

—¡Tenemos a los siracusanos encima!

—¿Cómo?

—¡Que la batalla está a punto de comenzar!

—¡Por todos los dioses! ¡Vamos corriendo a la tienda del general mientras me cuentas todo lo que sabes! ¡Coro! ¡Despierta a los hombres y mételos a todos en el campamento! ¡Los siracusanos nos atacan!

—¡Sí, jefe! —dijo Coro mientras se levantaba de un salto y empezaba a cumplir sus órdenes.

Lasci, seguido de los dos hermanos honderos, fueron corriendo a la tienda del general.

◆◆◆

—¡Maldición! —gritaba Amílcar sin parar de dar golpes a su mesa para liberar su frustración.

Estaba rodeado del estado mayor, no faltaba ninguno de sus comandantes. Baltser, a su lado, se mordía el labio mientras esperaba a que el general se calmara. A su alrededor, el resto de los jefes permanecían callados, esperando las órdenes del general. El único que osó abrir la boca para interrumpir el estallido de furia del general fue Baltser.

—¡Señor! ¡Debe dar la orden al ejército para formar la defensa en las murallas!

—No importa si formamos a todo el ejército, Baltser. Estamos en inferioridad numérica, esa tormenta ha mermado muchísimo nuestros efectivos. Y por si fuera poco, Agatocles dispone de más

hombres de los que nuestros informadores nos habían dicho. Debe de haber conseguido refuerzos de alguna nueva ciudad que habrá caído en sus manos. En las condiciones actuales no podremos soportar un ataque total del enemigo. Podremos contenerlos un tiempo, sí, pero tarde o temprano nuestras defensas caerán.

La frustración abatía al general.

—Nuestros soldados darán hasta la última gota de su sangre para proteger el campamento, mi general. Lucharemos por Cartago hasta el último aliento —dijo Baltser sacando pecho.

—Sería una defensa heroica, pero inútil —se lamentó el general.

—¡Pero algo debemos hacer, mi general! No podemos quedarnos quietos, renegando de nuestra mala suerte.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Eh? ¡Intento buscar una solución! Tenemos que ganar tiempo hasta que lleguen los refuerzos, por tierra desde Motia, o por mar desde Cartago. ¡Con las fuerzas de que disponemos no resistiremos!

De repente, un cuerno tocó la señal de aviso de peligro.

—¡Maldición! ¡Ya llegan! ¡Tanit y Baal, no me deis la espalda hoy! ¡Dadme una solución!

De pronto, Vatre dio un paso adelante.

— ¡General! Si me dejáis decir algo…

Baltser no pudo ocultar su desprecio.

—¿Tú? ¿Un mercenario novato de Clumba? ¿Qué sabrás tú de estrategia militar, salvaje?

—¡General! —siguió Vatre haciendo caso omiso de los comentarios del comandante del Batallón Sagrado. El general Amílcar parecía muy lejos de allí en ese momento, enfrascado en sus pensamientos—. ¡Mi General! —insistió Vatre.

Amílcar de repente parpadeó y volvió en sí

—¿Qué demonios quieres tú ahora? ¡Lasci! ¡Controla a tus hombres!

Vatre se adelantó deshaciéndose del brazo de Lasci, que le quería detener.

—Pero…, general. Si formar una defensa para resistir el ataque enemigo no es la solución, no lo hagamos.

—¿Cómo? —dijeron todos los presentes al unísono.

—Intentar formar una defensa para resistir hasta la última gota de sangre es justo lo que Agatocles quiere que hagamos, romper nuestra exigua línea defensiva será una tarea demasiado fácil para él, pero ¿y si hacemos justo lo contrario?

El general puso cara de desconcierto.

—¿A qué te refieres, joven? ¡Explícate!

—Hagamos creer a Agatocles que hacemos lo que él espera de

nosotros, pero, al mismo tiempo, hagamos justo lo que no espera. Y lo que debería ser una derrota aplastante se puede volver en una gran victoria.

De repente, el desconcierto del general mudó en interés.

—¡Pero, mi general! No podemos fiar todo a la intuición de un novato que hace tres días aún bebía la leche de su madre —intervino Baltser, contrariado.

—No tenemos más opción, Baltser, amigo mío, que probar algo diferente. Las estrategias convencionales, en este momento, no nos sirven.

—¡Pero, mi general!

—¡Dime, hondero! ¿Qué propones? ¡Te escucho!

Capítulo 22

La celada

—¡Pero qué peste que hace esta manta llena de pulgas! —refunfuñó Isapte, escondido entre mantas y rodeado de sus compañeros honderos.

—Calla, Isapte. No deben saber que estamos aquí —le contestó Vatre en voz baja.

—¡Es que me pica todo! —decía Isapte mientras se rascaba.

—Esto es el ejército en campaña, novato. ¿Qué esperabas? ¿Taparte con mantas de seda persa? —dijo Coro con una sonrisa burlona.

—No, joder… Pero estaría bien no sufrir estas malditas pulgas.

—Bueno, Isapte, tú calla y aguanta. Tenemos que estar preparados para cuando el general nos dé la señal.

—¿Qué señal?

—¿No escuchabas en la reunión o qué? —le tiró en cara Lasci.

—¡Si yo no hablo cartaginés! ¿Cómo quieres que entienda algo de lo que se dice?

—¡Vatre! ¿No has explicado el plan a tu hermano?

—Por supuesto, tal y como hizo usted con el resto de la compañía, pero es como hablar con la pared —dijo Vatre, contrariado.

Lasci se armó de paciencia y se dirigió a Isapte.

—¿Ves? Si te fijas, arriba en las murallas solo hay un pequeño número de soldados cartagineses protegiéndola. El centro del campamento está vacío. Los defensores harán como que protegen la muralla pero en realidad lo que hacen es ganar tiempo para preparar la trampa. Cuando lo tengamos todo listo, dejarán que los soldados enemigos entren en el recinto por la puerta principal. Todavía no lo saben, pero están construyendo su propio túmulo funerario. Tenemos casi todo el ejército escondido en los graneros y en el hospital, esperando a que pasen por ese gran portalón para caer sobre ellos. Pero antes dejarán que les apedreemos con nuestras hondas —dijo con una mirada maliciosa mientras jugaba con una piedra que llevaba en la mano—. Desde esta posición elevada que tenemos, sobre la estacada, se lo haremos pasar realmente mal.

◆◆◆

Ya se oían en las murallas los gritos de lucha y los ruidos del asalto. Los defensores luchaban denodadamente para derribar las escalas enemigas que se apoyaban en la estacada y en los lienzos de muralla para impedir que la infantería siracusana pudiera trepar. Y si alguno lograba llegar a lo alto de la muralla, se encontraba con las espadas cartaginesas que le cerraban el paso. Por otro lado, en la parte baja de las defensas se encontraba la entrada principal al campamento, que estaba siendo atacada sin piedad por el ejército enemigo. El portalón resistía las embestidas del ariete del ejército de Agatocles, que lo golpeaba una y otra vez intentando derribarlo. Varios arqueros cartagineses arrojaban flechas sin parar a los soldados enemigos, que repetidamente embestían las puertas del campamento. Tom, tom, tom. Un sonido fuerte, grave y acompasado no dejaba de golpear la puerta de entrada del campamento, que solo aguantaba gracias al tronco que la aseguraba desde dentro. De pronto, el tronco crujió y el ejército de Agatocles rugió de alegría al ver su victoria más cerca. Más golpes de ariete, seguidos de gritos de atacantes que caían abatidos por las flechas cartaginesas. Sonó un nuevo crujido, seguido de un nuevo revuelo de entusiasmo del ejército enemigo.

—Sí, sí…, gritad, malditos siracusanos. Quien ríe último, ríe mejor —decía Vatre, casi para sí mismo.

—No saben estos desgraciados la que les espera —dijo Lasci.

Un nuevo crujido y luego un gran estruendo. La puerta principal del campamento había cedido y caído al suelo. Por encima de ella entraban con fuerza los soldados de Agatocles mientras proferían gritos de rabia y euforia guerrera. Sin duda ya se veían haciendo una carnicería de guerreros norteafricanos. Cegados por la sed de sangre, entraron corriendo y sin vacilar en el campamento. De repente, los primeros soldados empezaron a ralentizar el paso. Algo no iba bien. Allí no había nadie a quien matar ni enemigo que descuartizar. A pesar de que las primeras filas de guerreros frenaban su embestida, estos siguieron avanzando empujados por las últimas filas que, sin darse cuenta de lo que pasaba, no dejaban de avanzar para sumarse a la supuesta carnicería.

—¿Ya podemos empezar? —pedía Isapte a Vatre, impaciente por entrar en acción.

—Todavía no, Isapte —respondió Vatre, que empezaba a perder la paciencia—. ¿Tú has oído la señal del general?

—Pues no…

—Pues eso significa que aún no es el momento.

—¡Pero…, si ya están dentro del campamento! ¿A qué cojones espera Amílcar para dar la orden de atacar?

—A nuestro general no le basta que solo haya unos cuantos soldados dentro de la trampa, quiere que estén todos los posibles, y si es el ejército enemigo entero, aún mejor.

Mientras hablaban, no dejaban de entrar más y más soldados enemigos en el campamento. La tensión se empezaba a notar entre los honderos, que ya tenían las hondas y los proyectiles preparados para hacer caer sobre las cabezas del ejército enemigo una lluvia de piedras y proyectiles de plomo que tardarían en olvidar.

Llegó un momento en que, a pesar de que ya no cabían más soldados en el recinto amurallado, las filas de atrás no paraban de empujar al ejército de Agatocles hacia el interior del campamento.

De pronto, Vatre, desde su posición oculta bajo la manta, oyó gritos de muerte del ejército enemigo.

—¿Ya ha empezado la carnicería? ¡Pero si no ha sonado la maldita señal! —dijo Isapte, enfadado.

—No, Isapte, fíjate —dijo Vatre, mientras miraba por un agujero en la manta—. La retaguardia siracusana se ha dado la vuelta y se protege de un ataque que viene del portalón principal.

—¿Son de los nuestros?

—Sí, mientras los soldados siracusanos estaban demasiado ocupados atacando la puerta este, nuestra caballería pesada ha salido por la puerta oeste, ha rodeado el campamento a escondidas de los atacantes y ahora les ha cortado la retirada. La trampa se ha sellado. Ha llegado nuestro momento.

El sonido penetrante de un cuerno de guerra cartaginés inundó la fortificación.

—¡Ahora! —gritó Vatre.

—¡Honderos! ¡Ha llegado la hora de la verdad! ¡Por Baal-Iaroh! —bramó Lasci.

La compañía entera de honderos se levantó al unísono deshaciéndose de las mantas que los cubrían. Entre alaridos, alzaron las hondas y comenzaron a lanzar sus proyectiles de toda forma y tamaño hacia el ejército enemigo. Su posición, sobre las murallas y empalizadas defensivas, les otorgaba una ventaja táctica excepcional. Más de medio millar de honderos no paraban de lanzar proyectiles de forma continuada, destrozando sin piedad cascos, escudos y corazas enemigas. Los siracusanos caían como moscas. Los que no caían debido a la lluvia de piedras de los honderos lo hacían bajo las flechas de los arqueros cartagineses que disparaban desde el otro lado del campamento, y los que intentaban huir de la carnicería se encontraban con la caballería pesada ciudadana cartaginesa, que los cortaba la retirada. Bien provistos de cascos, escudos, cotas de malla o *linothorax*, grebas, lanzas y espadas tumbaban y pisaban a los enemigos con sus monturas sin piedad. Todo el campamento era un

charco de sangre siciliana. Tal y como había predicho Vatre, lo que tenía que resultar una derrota asegurada se convirtió en una victoria abrumadora.

El cuerno cartaginés sonó de nuevo.

—Es la señal —murmuró Vatre.

—¿La señal para qué? —preguntó extrañado Isapte.

—¡Dejad de lanzar, honderos! ¡Alto! —gritó Lasci a su compañía.

—¿Qué cojones pasa ahora? ¡Si los tenemos acorralados! ¿Por qué paramos de lanzar? —Isapte no se lo podía creer.

—El general no quiere gastar demasiada munición. Ahora ya tiene al ejército enemigo donde quería y su infantería fresca esperando ansiosa por entrar en acción.

Una nueva nota de cuerno cartaginés sonó por toda la fortaleza y luego se abrieron las puertas de los enormes graneros y del hospital, de donde salió la infantería pesada cartaginesa para estamparse contra el ejército enemigo como una riada que, con toda su fuerza, impacta contra las rocas y las desmenuza.

Formando una bella falange en movimiento, las tropas cartaginesas, con el Batallón Sagrado al frente, comandado por Baltser y el general Amílcar Giscón, barrieron al ejército enemigo hacia el portón principal. Vatre vio cómo la caballería ciudadana cartaginesa cedía la posición para dejar salir al enemigo. Los soldados de Agatocles, sin pensarlo dos veces, empezaron a correr para salvar sus vidas.

—¿Pero por qué los dejan escapar? ¡Si ya los teníamos! —vociferaba Isapte, desesperado.

—Si se hubieran quedado en el campamento y formado una falange en condiciones, la batalla se hubiera enquistado. Una falange griega es casi imposible de romper. Ahora, en cambio, ven una salida y su desesperación solo les permite ver un rayo de luz en la oscuridad. Huyen de la carnicería como posesos sin mirar atrás. No saben lo que les espera fuera —explicó Vatre a su hermano.

—¿Qué les espera? —le interpeló Isapte, que ya no entendía nada de nada.

—Nuestra caballería ligera los perseguirá en su huida y los cazará como a conejos —explicó Vatre con semblante serio.

Era cierto que la idea de la trampa había sido de él, pero no era más que un borrador, una idea incompleta. Había sido el general quien, cogiendo la idea original y con sus conocimientos bélicos, la había hecho suya y había terminado de darle forma para convertirla en una trampa mortal. Había ideado los tiempos y planificado la acción militar a la perfección. Y ahora el ejército enemigo pagaba las consecuencias.

Capítulo 23

Desde el cielo

Cloi, seguida de Apolodoro, Cila, abrazada a Maro, y Arcadio, vigilando, llegaron sigilosamente hasta el birreme de Maro. Era una noche tranquila en el puerto. Los barcos se mecían con las sosegadas olas del puerto siciliano. Subieron a bordo, saludaron a sus compañeros y les contaron cómo habían conseguido recuperar a Cila. Todos los tripulantes celebraron el acontecimiento y sacaron unas ánforas de vino cartaginés que habían tomado de los comerciantes del último buque mercante que habían saqueado por el camino. Comenzaron a beber, reír y celebrar las buenas nuevas.

Apolodoro, que no estaba de humor, se fue a un rincón; él no tenía nada que celebrar. Maro, que ya lucía algunas manchas de vino de la celebración, se acercó hacia él con Cila abrazada a su torso y dio una patada amistosa a Apolodoro en la pierna diciéndole:

—¿A qué viene esa cara tan larga, Apolodoro, amigo mío? ¡Bebe y disfruta de nuestra buena suerte! ¡Hemos conseguido recuperar a la madre de Cloi!

—Ya… Sí, esto está muy bien…, pero… ¿qué pasa con mi hija?

—Hombre, Apolodoro, tu hija está en manos de Agatocles, el tirano de Siracusa, el hombre más importante y con más poder de toda Sicilia… No es lo mismo quitarle a Cila a un mercader de tres al cuarto que llevarse a tu hija de la mansión de Agatocles. ¡Eso son palabras mayores! Seguro que vive en una casa inmensa y llena de guardias. Es una tarea imposible, amigo mío —dijo Maro mientras ponía la mano sobre su hombro para intentar consolarlo.

—¡Aparta tus viscosas manos de ratero de mí! —dijo el médico rechazando la mano del pirata de mala manera.

—¿Se puede saber qué ocurre aquí? —preguntó Cloi, que al ver el encuentro había querido formar parte.

—Tu amigo Apolodoro, que es un amargado —dijo Maro mientras levantaba de nuevo el ánfora para beber otro trago de vino.

—Ahora tenéis lo que buscabais, tú tienes a tu madre y Maro a su mujer. Pero ¿qué hay de mi hija? —se quejó Apolodoro.

—Mañana iremos a buscarla —dijo Cloi

—¿Cómo? —se sobresaltó Maro.

—He dicho que mañana iremos a rescatar a la hija de

Apolodoro. Era lo que habíamos pactado, uniríamos nuestras fuerzas para encontrar a nuestros seres queridos. Ahora que hemos encontrado al nuestro, debemos ayudar a Apolodoro a hacer lo mismo.

—Pero, Cloi… Es imposible entrar en el palacio de Agatocles, robarle una esclava y salir con vida. No pienso arriesgar las vidas de mis hombres por una causa perdida.

—Es lo menos que puedes hacer por él, Maro. Si no fuera por él, nunca habríamos encontrado a mi madre, y lo sabes.

—Aun así, es imposible —dijo Maro con resignación.

—Nada es imposible. Tiene que haber una manera —insistió Cloi.

—Como no caigas del cielo dentro de la casa y vuelvas a salir volando, no sé cómo demonios lo quieres hacer…

—¡Exacto! — dijo Cloi mientras se golpeaba la palma de la mano con el puño.

—¿Qué?

—¡Entraremos y saldremos volando!

—¿Cómo? —Maro no podía creer lo que oía.

—Déjame que te lo explique —dijo Cloi con una mirada traviesa.

◆◆◆

Siracusa estaba envuelta por una negra noche que intentaba iluminar, sin conseguirlo, una luna nueva que apenas era capaz de perfilar las esquinas de los edificios de la polis. El gran templo de Apolo, que dominaba el acceso a la acrópolis de la ciudad, impresionaba a los visitantes por su tamaño y belleza. Su estilo períptero, con el peristilo de columnas dóricas, de ocho metros de altura, que rodeaba la impresionante planta rectangular de veinte metros de ancho por cincuenta de profundidad, quitaba el aliento a cualquiera que lo observara y hacía que el hombre más grande se sintiera pequeño. El templo estaba justo al lado del palacio que Agatocles, durante una de sus cacerías de brujas, había confiscado a uno de los prohombres de la ciudad estado. Sobre el tejado de tejas rojas del templo de Apolo, justo encima del bello tímpano triangular que adornaba la parte superior de la entrada del templo, adornado con un friso donde estaba representada una de las tres Gorgonas que lo protegía, estaban Cloi, Maro, Apolodoro y Arcadio. Este último había lanzado el gancho de abordaje, que, cortando la oscura noche y pasando por encima de la gran mansión del tirano de Siracusa, se había sujetado al tejado de la casa adyacente al palacio y dejaba una cuerda en suspensión que cruzaba el hogar del gobernante de punta a punta, pasando por encima del patio central de la casa, abierto a la

oscuridad que rodeaba todo el entorno. A continuación, Cloi cogió otro de los ganchos que utilizaban Maro y sus piratas para abordar los barcos y lo enganchó perpendicular al suelo a la cuerda que transversalmente surcaba el aire ; a continuación se ató el extremo que colgaba del gancho alrededor de la cintura. Además, llevaba otro gancho, abrochado también a la cintura, que utilizaría más adelante. La cuerda que le haría de guía no tenía ningún tipo de pendiente, así que utilizó las manos para impulsarse y avanzar hasta colocarse sobre el patio central del hogar del dictador, donde estaba el altar dedicado a Hestia, la diosa del hogar. Apolodoro, con la ayuda de Maro, hizo lo mismo, seguido por este y por Arcadio. Cuando Apolodoro miró abajo y vio la gran distancia que le separaba del suelo, tragó saliva mientras se le hacía un nudo en el estómago. Si por lo que fuera, no lo quisieran los dioses, cayera al suelo, se mataría. De repente, el miedo le paralizó. ¿Qué demonios hacía un médico como él colgado de una cuerda con un vulgar gancho de abordaje, intentando entrar en un hogar griego en plena noche? ¿En qué se había convertido? Las dudas y el miedo le dejaron petrificado.

—Apolodoro —le llamó Cloi con un murmullo—. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Tengo miedo… —dijo Apolodoro, mientras una gota de sudor le surcaba la frente y le caía por la mejilla.

—Piensa en tu hija.

—Tienes razón —dijo el médico.

El recuerdo de los momentos felices que había vivido con su hija le pasó por la mente como una exhalación. Su sonrisa, sus cabellos, la felicidad que le había dado durante todos los años que habían estado juntos. Apretó los dientes y, con un impulso de pura fuerza de voluntad, tiró de sí mismo palmo a palmo hasta donde se encontraba Cloi. Maro y Arcadio le siguieron de cerca.

Cuando estuvieron todos juntos, Cloi tomó el otro gancho que llevaba a la cintura, lo sujetó de la cuerda en suspensión y dejó caer la cuerda al vacío del peristilo con suavidad hasta que esta tocó el suelo del patio sin hacer ruido.

—Y ahora viene la parte más difícil —dijo Cloi a Apolodoro—. Coged las tiras de cuero que hemos traído y atároslas a las manos para evitar quemaros con la cuerda cuando empezamos a descender.

Todos asintieron y prepararon sus protecciones.

Cloi fue la primera en deslizarse lentamente por la cuerda hasta abajo del todo. Apolodoro era el siguiente, pero tenía demasiado miedo para dejarse ir del gancho que le sujetaba y agarrarse a la cuerda que caía al vacío.

—Estimado médico, déjame pasar a mi primero para que veas cómo lo debes hacer —le dijo Maro al oído.

Con una gracia trabajada con los años pasados encaramado a los aparejos de su barco pirata, subiendo y bajando por las cuerdas que sujetaban y gobernaban las velas, dejó atrás a Apolodoro y agarrado firmemente a la soga descendió con seguridad. Arcadio tampoco tenía ganas de esperar a que aquel médico refinado se decidiera a bajar por la cuerda, así que siguió los pasos de Maro.

Apolodoro se encontró de repente sujeto a un trozo de cuerda en la oscuridad sin atreverse a seguir los pasos de sus compañeros.

—¿Pero qué hace? ¿Por qué no baja el maldito señorito…? —balbuceó Maro con rabia—. Ya os dije que no era buena idea traerlo con nosotros. Hará que nos atrapen.

—¿Y cómo pretendes encontrar a su hija si él no la identifica antes? —le reprochó Cloi susurrando.

—Es verdad… Por suerte, los guardias están en la parte exterior del recinto y dentro todos duermen en sus habitaciones. Así que el patio está desierto. Pero tampoco nos podemos dormir en los laureles; si estamos demasiado tiempo aquí, tarde o temprano nos descubrirán.

Apolodoro seguía sobre las cabezas de sus compañeros mirando al suelo y sin atreverse a bajar.

—Es que vosotros también…, ¡qué poca paciencia! Mira que dejar al pobre hombre solo en lo más alto… Tendré que subir a por él —dijo Cloi.

—Quizá, sí… porque, si no, se nos hará de día… Venga, sube… —dijo Maro.

Cloi empezó a trepar por la cuerda hacia Apolodoro. Las manos ya le dolían y estaba cansada. Aun así, esforzándose al máximo, consiguió subir hasta el médico.

—Apolodoro, dame la mano.

El médico extendió la temblorosa e insegura mano hacia la de Cloi y la cogió con fuerza.

—Ahora —le dijo Cloi—, abrázame fuerte y, una vez hecho esto, desprende el gancho de la cuerda que te sujeta para que podamos bajar ambos por aquí.

Apolodoro, vacilante y muy poco a poco, llevó a cabo las instrucciones de Cloi. Se aferró a ella con todas sus fuerzas y se deshizo de la soga que le sujetaba. De repente, un ruido de ruptura cruzó la noche y los dos miraron al aire.

—¿Lo has oído? —preguntó Cloi a Apolodoro con preocupación.

—Por supuesto… —dijo el médico, asustado.

Otra vez el mismo ruido rasgó la noche.

—La cuerda no puede resistir el peso de los dos a la vez, se está rompiendo.

Otra vez el ruido. La cuerda se estaba deshaciendo lentamente.

—Venga, abajo. Rápido —le instó Cloi.

—Pero estamos más altos que el Monte Olimpo. ¿Cómo quieres que baje? —protestó Apolodoro, asustado.

—Pues con un poco de valor y de empuje. Venga, Apolodoro, una mano tras otra y para abajo. No tenemos toda la noche. Piensa en tu hija —dijo ella con voz firme.

Él asintió y así lo hizo.

Cloi sentía como el peso de los dos cuerpos estaba rompiendo la cuerda sin remedio. Empezó a bajar lenta pero decidida siguiendo a Apolodoro. Notaba cmo a la cuerda, que se rompía hebra a hebra, cada vez le costaba más resistir el peso. No conseguirían llegar al suelo antes de que se terminara de romper. Ya les faltaba poco para llegar, pero aún no era una distancia segura para saltar. Cloi miró hacia abajo hasta que localizó a Maro y le hizo señas para que se acercara.

—No nos queda tiempo, Apolodoro, la cuerda se romperá cuando menos lo esperemos, tienes que saltar.

—¿Desde aquí? ¿Estás loca? Ni hablar, estamos demasiado alto.

—O saltas voluntariamente ahora que estás preparado o la cuerda nos hará caer a los dos sin previo aviso y será peor. Tienes que saltar. Maro te cogerá.

—Pero…

Aquel ruido volvió a cortar la noche. Apolodoro tragó saliva, parecía ser el último aviso. Reunió el poco coraje que le quedaba y saltó hacia Maro. Maro no pudo sostener el impulso del médico cuando le cogió, y cayeron los dos al suelo con un estrépito que resonó por todo el patio.

—Mierda… —renegó Cloi en voz baja al darse cuenta del estruendo que acababan de hacer. De repente, la cuerda que la sujetaba se rompió del todo y cayó al vacío.

Mientras caía, renegó del maldito Apolodoro y de aquella misión imposible. Con el revuelo lo habían enviado todo a tomar por saco. Y eso sin contar lo que le esperaba al llegar al suelo: una caída de espaldas contra las losas del suelo del patio, que sería mortal. Todo había terminado. Decidió cerrar los ojos y dejarse acoger por los dioses.

◆◆◆

Cloi se precipitaba hacia su muerte en una caída que parecía no tener fin, hasta que de pronto tocó tierra. Pero, al contrario de lo que esperaba, no fue una caída dura en un suelo rígido y frío, sino más bien blanda y amortiguada en un suelo suave y cálido. Abrió los ojos y vio la cara de Arcadio que le sonreía.

—¡Por poco!

—¡Ya pensaba que no lo contaría! —dijo Cloi—. ¿Cómo está Apolodoro?

—Bueno, un poco magullado por la caída, pero nada grave. Ahora lo que me preocupa es el revuelo que hemos hecho con vuestra grácil caída. Los guardias ya deben de saber que estamos aquí dentro, y no tenemos escapatoria.

Una de las puertas que comunicaba con el patio central de la casa del dictador se abrió y apareció una joven bellísima que los miraba asustada. De repente, unos brazos fuertes la sujetaron y una mano le tapó la boca para evitar que gritara. Era Maro.

—Como hagas un solo sonido, te mato —le susurró el pirata al oído.

—No, Maro. Es mi hija, si le haces daño, seré yo quien te mate a ti —dijo Apolodoro con tono desafiante.

—¿Cómo? ¿Pero cómo puedes tú ser el padre de algo tan bello? —comentó Maro con incredulidad.

—Claramente ha salido a la madre —dijo Arcadio con tono de mofa.

—Basta de tanta palabrería. ¡Tenemos que salir de aquí cuanto antes o nos atraparán! —les reprendió Cloi.

Al momento empezaron a oír pasos y vieron una luz que venía del pasillo principal de la casa y que desembocaba en el patio. De repente, diez guardias armados hasta los dientes aparecieron en el patio con cara de sorpresa.

—¿Quién demonios sois? ¡Soltad a la amante de nuestro señor!

Todos se quedaron estupefactos mientras miraban a la hija de Apolodoro. ¡La amante de Agatocles!

—¡Soltad a la chica, tirad las armas y daos por presos en nombre de Agatocles, soberano de Siracusa!

Arcadio y Maro se miraron y dudaron.

—En caso contrario, os mataremos como cerdos aquí mismo —les amenazó el jefe de la guardia.

Los dos se miraron y asintieron con la cabeza al mismo tiempo. Diez guardias eran demasiado para dos guerreros que hacían de niñeras de un médico y de una jovencita intrépida. Soltaron las armas.

—¿Pero se puede saber qué hacéis? ¡Debemos luchar por la hija de Apolodoro! —dijo Cloi sorprendida al ver cómo los dos feroces piratas tiraban las armas.

—No hay nada que hacer, son demasiados para nosotros. No tenemos ninguna posibilidad. Vivamos hoy para luchar otro día. ¿De acuerdo?

—¡Hija! ¡No te abandonaré nunca a tu suerte, volveré para salvarte, lo juro! —dijo Apolodoro con todo el coraje que pudo reunir

antes de caer al suelo por el golpe del asta de la lanza de uno de los guardias.

Alysa parecía estar en shock, tenía la mirada perdida y no articulaba palabra. Casi era como si no reconociera a su propio padre.

—¡Dejad en paz a Apolodoro, animales! —exclamó Cloi antes de caer abatida por otro golpe de uno de los guardias.

—¡Callad, malnacidos! —dijo el guardia, que había perdido la poca paciencia de la que disponía—. ¡Ya dejaréis de armar tanto escándalo cuando estéis en la *Oreja de Dionisio*!

—¿La oreja de quién? —preguntó Maro, que no entendía de qué le hablaban.

—¿No conocéis la *Oreja de Dionisio*? Es la prisión reservada a los presos especiales como vosotros: los traidores, los disidentes y los que se acercan demasiado a nuestro señor y a su familia —dijo el guardia con una sonrisa malévola dibujada en el rostro—. Desearéis no haber nacido cuando los torturadores de la prisión os pongan las manos encima. ¡Venga, compañeros! —animó a sus hombres—. ¡Llevaos a este grupo de indeseables a la sombra, ya han visto la luz del sol durante demasiado tiempo!

Capítulo 24

Victoria agridulce

—¡General Amílcar! —dijo el guardia desde lo alto de la torre alzando la voz para hacerse oír por encima del ruido de la batalla.

—¡Dime, vigía! ¿Qué ves desde la torre de guardia?

—¡La caballería pesada siracusana ha ido en ayuda del ejército enemigo y nuestra caballería ligera ha tenido que retirarse!

—Cobardes… —murmuró Isapte después de la traducción simultánea que su hermano le hacía en todo momento.

—Bien, es lo que tienen que hacer —dijo el general—. Que vuelvan al campamento y que me hagan llegar su informe.

Isapte no salía de su asombro.

—No entiendo nada… —comentó a Vatre.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—Si nuestra caballería ligera ha huido con el rabo entre las piernas, ¿cómo puede ser que el general esté contento y satisfecho? —preguntó Isapte, incrédulo.

—Isapte…, ¿no te das cuenta que la caballería ligera, vestida con una simple túnica y armada con dos lanzas, no tiene nada que hacer contra una caballería pesada, acorazada de pies a cabeza, que les pasaría por encima sin despeinarse?

—¡Pero huir es de cobardes!

—No, Isapte, si no tienes ninguna posibilidad de ganar, es inteligente retirarse a tiempo. Ya sabes lo que dicen: vive hoy para luchar otro día —le dijo Vatre—. Nuestro general necesita a todos los hombres sanos de los que pueda disponer para defender el monte Eknomos mientras esperamos que lleguen los refuerzos. Cuando el próximo ataque empiece, no será tan fácil de repeler como el primero. La carta de la trampa solo se puede jugar una vez. A partir de este momento, ya tendremos que combatir a la manera tradicional. Será duro, pero deberemos soportar lo que nos venga a encima y no habrá retirada estratégica que valga. Estamos solos en esta isla, no tenemos dónde huir. Esperemos que los refuerzos lleguen a tiempo.

—¡Con refuerzos o sin ellos, pienso luchar hasta la última gota de sangre! —dijo Isapte.

—Espero que no haga falta —respondió cariñosamente Vatre mientras le daba unos golpecitos amistosos en el hombro con la palma

de la mano.

◆◆◆

Todo eran caras de alegría en la tienda del general Amílcar.

—¡Qué gran victoria, general! ¡Les hemos vapuleado! Ha puesto la trampa a la perfección, ni el mismo Baal lo hubiera hecho mejor.

—Gracias por tus halagos, Baltser, pero mi perfecta ejecución no hubiera sido posible si nuestro querido hondero Vatre no hubiera tenido la idea —dijo el general mientras miraba agradecido al pequeño de los dos hermanos.

—¡No os quitéis mérito, general! ¡La victoria es vuestra!

Todos los comandantes del recinto levantaron sus copas de vino y gritaron al unísono.

—¡Viva Cartago!

—¡Viva Amílcar Giscón! —añadió Baltser.

—¡Viva! —respondió la multitud.

—Estimados camaradas, calmaos. Hemos ganado una batalla, pero no la guerra. Es cierto que les hemos dado una buena paliza hoy, pero su ejército no ha sido derrotado. Agatocles es muy orgulloso y no se dará por vencido con tanta facilidad. Hay que prepararse, porque tarde o temprano volverá a por nosotros y entonces tendremos que hacerle frente como leones africanos, que es lo que somos.

—¡Sí! —gritaron los congregados.

—Así pues, celebrad la victoria esta noche, pero no en exceso, hay que mantener alta la moral de nuestros hombres; mañana deberán estar preparados para el contraataque enemigo, y no me sirven soldados resacosos, los necesito a pleno rendimiento. Así que solo media ración de vino por hombre, y bien aguado. ¿Está claro?

—¡Sí, señor! —contestaron los comandantes.

—¡Pues venga! Todo el mundo fuera de mi tienda, id con vuestros hombres y disfrutad de la victoria de hoy, os lo habéis ganado.

Todos salieron de la tienda del general sin dejar de proferir gritos de alegría y fiesta.

—Lasci, tú y los tuyos quedaos un momento. Tengo que hablar con vosotros.

Cuando la tienda quedó vacía del resto de participantes, los honderos se acercaron a su general.

—Diga general. ¿Qué podemos hacer por usted? —preguntó Lasci.

—Antes de nada, quiero agradeceros vuestra ayuda para plantear la batalla de hoy. Gracias a vosotros y especialmente a ti, Vatre, la victoria ha sido posible. Y para demostraros mi

agradecimiento, os quiero dar un pequeño obsequio a cada uno. Esclavo, trae cuatro de mis mejores espadas.

El esclavo abandonó la sala principal y volvió a entrar con cuatro espadas cortas griegas de inusitada belleza, finas y gráciles, con los mangos decorados con filigranas de plata y oro y letras fenicias grabadas en la hoja. Los cuatro honderos quedaron boquiabiertos.

—Tomad una cada uno, y haced el favor de tirar vuestros ridículos cuchillos. A partir de hoy sois hijos predilectos de Cartago y debéis lucir como tales. Os regalaría protecciones para que durarais más a mi servicio, pero tengo entendido que a los honderos como vosotros los cascos empeoran vuestra puntería y los *linothorax* no os dejan blandir vuestras hondas con la pericia necesaria. Pero una buena espada corta siempre es bienvenida, ¿no?

Todos estaban sin palabras ante aquella maravilla que les habían puesto delante.

—¡Venga! ¡No tengo todo el día! Tomad las malditas espadas y marchad a disfrutar de la victoria, que también es vuestra. Pero recordad: disfrutad con mesura.

Todos asintieron, tomaron sus espadas y abandonaron la tienda de su general envueltos por la alegría del reconocimiento que les habían brindado. Vatre miraba su nueva y reluciente espada y no se lo podía creer. No solo el general había reconocido la importancia de sus consejos, sino que además le había recompensado con la espada más hermosa que había visto nunca. Cuando se la mostrara a la gente del pueblo, no le creerían. Se sentía sobre una nube.

◆◆◆

El atardecer cubrió el monte Eknomos y el campamento cartaginés. Una dulce y apacible noche cayó sobre el ejército de Amílcar Giscón, que, tras una larga jornada de batalla y una prolongada celebración con vino aguado, descansaba relajadamente en la seguridad de su campamento con los ojos de los guardias de turno bien abiertos por si el ejército enemigo volvía a aparecer.

A primeras horas de la mañana sonó la alarma en el campamento: el ejército de Agatocles volvía a pedir guerra. Todo el mundo se levantó un poco adormilado pero sabiendo muy bien lo que tenían que hacer y dónde debían posicionarse. Vatre, junto con Isapte, Lasci y Coro, todos luciendo sus nuevas espadas en la cintura, subieron a la estacada para observar al ejército enemigo y quedaron asombrados.

—¡No lo puedo creer! Después de la paliza que les dimos ayer. ¿Cómo puede ser que vuelvan a ser tantos? —se sorprendió Isapte.

Y era cierto, incluso Lasci estaba desconcertado.

—Ahora sí estamos jodidos —murmuró Vatre.

—¡Coro! —le llamó Lasci—. Ve a ver al general, que nos indique cuáles son sus órdenes. Este combate no pinta bien para nosotros, ojalá tenga alguna idea brillante escondida, u hoy lo pasaremos mal.

Una gota de sudor, le caía por la sien y su cara dibujaba un rictus de rabia e impotencia.

Coro asintió y fue a recibir instrucciones del general.

Vatre no lo terminaba de creer: a pesar de la trampa y la gran cantidad de hombres que había perdido Agatocles el día anterior, frente a él, amenazando su campamento, se encontraba un ejército que seguía quitando el aliento. Esta vez ya no había trampas que valieran, deberían hacer frente al enemigo con lo que tenían, y sin tretas.

Esperaron en silencio mientras observaban el mar de lanzas que tenían delante.

Coro volvió corriendo y Lasci preguntó:

—¿Y bien? ¿Qué dijo nuestro querido general Amílcar Giscón?

—Que apretemos los dientes y resistamos como los valientes que somos hasta que lleguen los refuerzos.

Lasci mostró una media sonrisa de resignación y asintió.

—¡Compañeros! —llamó el caudillo hondero a sus hombres—. ¡Debemos evitar a toda costa que esos malnacidos siracusanos entren en nuestro campamento! ¡Mostrémosles por qué deben temernos a nosotros y a nuestras hondas! ¡Cuando dé la orden de lanzar, tirad a matar! ¡Que no quede ni uno!

—¡Sí! —gritaron sus hombres al unísono.

Vatre e Isapte se miraron y asintieron. Había llegado la batalla final, o mataban o morían.

Capítulo 25

Guerra total

El ejército enemigo empezó a acercarse acompasadamente hacia la empalizada cartaginesa.

Lasci soltó un río de instrucciones.

—¡Preparad las hondas, valientes! ¡Que todo el mundo coja glandes de plomo! ¡Son los mejores para las distancias largas! ¡Y no disparéis hasta que os dé la orden! ¡No podemos permitirnos el lujo de hacerlo demasiado pronto y no acertar a nuestro objetivo! ¡No nos sobran los proyectiles!

Vatre e Isapte asintieron mientras cogían cada uno su correspondiente proyectil de plomo y lo colocaban en la honda.

—¡Cargad la honda! —volvió a gritar Lasci.

Al unísono, los brazos de cientos de honderos desplegaron sus hondas, que empezaron a girar sobre sus cabezas con un penetrante zumbido que cortaba el viento. Hondas de cuero, de tripas de animales o de esparto giraban sobre las cabezas en un rictus macabro que presagiaba la muerte de sus enemigos.

Los siracusanos no se amedrentaron y siguieron su avance imparable hacia el campamento norteafricano.

—¡Ya están a tiro! ¡Tirad! ¡Lanzad a discreción! —bramó Lasci con toda la potencia que sus pulmones y su garganta le permitieron.

Los honderos soltaron sus proyectiles hacia el enemigo acompañándolos de gritos feroces de rabia y odio. Y no fallaron: sus lanzamientos se estrellaron contra la masa enemiga rompiendo cascos y corazas, sembrando de cadáveres el campo de batalla. Los guerreros de origen griego, disciplinados como eran, no frenaron el paso y siguieron adelante hacia el muro del campamento enemigo, aunque no a paso acompasado, sino corriendo para intentar evitar los proyectiles enemigos que les estaban diezmando.

—¡Se acercan muy rápido! ¡Cambiad la honda larga por la media! —dijo Lasci a sus hombres.

Todos soltaron la honda larga que llevaban normalmente atada a la cintura y tomaron la mediana, que llevaban colgada del cuello. Con esta podrían hacer tiros más precisos y con más potencia.

—¡Cargad la honda y lanzad a discreción! ¡A esta distancia ya podéis usar los proyectiles de piedra! ¡Pero no los más grandes! ¡Esos

los guardamos para cuando los malnacidos estén más cerca!

Todos los honderos asintieron y procedieron a disparar las hondas sin piedad hacia el enemigo.

Los soldados siracusanos cada vez veían la estacada enemiga más cerca, pero muchos caían abatidos por los proyectiles de los honderos. Aquel trayecto se les estaba haciendo eterno e infernal; muchos de ellos no llegarían a ver el final de la batalla.

De pronto, Vatre sintió como un proyectil pasaba justo sobre su cabeza; haciendo uso de sus reflejos se agachó para evitar que el glande de plomo le impactara en la frente. El golpe le hubiera matado en el acto. ¿De dónde demonios había venido aquel proyectil tirado con tanta fuerza y precisión? Los *peltastas*, la infantería ligera griega, utilizaban hondas, pero no con tanta potencia ni con proyectiles tan grandes. Aquel tiro había sido hecho por un hondero de Baal-Iaroh. Por un momento dejó de lanzar piedras al enemigo y buscó entre los soldados siracusanos para tratar de encontrar a un grupo de honderos. De repente, el compañero de su izquierda cayó de espaldas de la estacada por un impacto de honda en la cabeza. La sangre salpicó a Vatre en el rostro, que se sintió confundido. ¡Qué puntería y potencia! No solo parecía un tiro de uno de los suyos, sino que, encima, ¡tenía que ser de los buenos! El joven hondero volvió a buscar entre la masa de enemigos para intentar encontrar al hondero o honderos escondidos en sus filas. Y de repente los vio. ¡Era Cudun! ¡Qué cabrón! No solo había sobrevivido al enfrentamiento con Lasci, ¡además se le veía recuperado y a pleno rendimiento! Y ahora apoyaba al enemigo junto con sus hombres. ¡Traidores!

—¡Isapte! ¡Tenemos compañía! ¡Cudun se ha unido al enemigo y ahora viene a por nosotros!

—¿Cómo? —Isapte no daba crédito a lo que oía.

—Mira allá abajo, a la izquierda. ¡Es él! ¡Por poco no me mata, el muy cabrón! Y ya ha matado a uno de nuestros compañeros. Tenemos que acabar con él antes de que mate a más de los nuestros. ¡Voy a avisar a Lasci!

—¡Acabaré con ese hijo de perra!

Vatre corrió hacia Lasci mientras los proyectiles de los hombres de Cudun impactaban en las protecciones de la empalizada y en sus compañeros.

—¡Lasci! ¡Lasci!

—¿Se puede saber qué te pasa, Vatre? No pierdas los estribos, debes mantenerte sereno en el combate, si no…

Sonó un ruido feroz cuando el glande de plomo impactó en el pómulo de Lasci rasgando piel, rompiendo músculo y hueso y desfigurando su rostro.

—¡No! —gritó Vatre, desesperado.

—¡Jefe! —gritó Coro, fuera de sí—. ¡No te puedes morir ahora! ¡Te necesitamos más que nunca! —se lamentaba Coro, mientras sujetaba el cuerpo ya sin vida de su comandante.

Vatre se arrodilló junto a Coro, que sujetaba entre sus brazos el cuerpo inerte de Lasci.

—¡No! ¡Maldito Cudun!

—¿Cudun? ¿Qué tiene que ver ese cabrón en todo esto? —preguntó Coro desconcertado.

—¡Está con el enemigo y lidera a los honderos que nos atacan!

—¡Por el amor de los dioses! ¡Lo pagará caro!

—¡Por supuesto que sí! ¡Quiero venganza! —exclamó Vatre, que se levantó con los ojos inyectados en sangre y gritó con voz atronadora—: ¡Compañeros! ¡Cudun está con el enemigo y lidera el ataque de los honderos contra nosotros desde el flanco izquierdo! El muy cabrón ha matado a Lasci, ¡nuestro querido jefe! ¡Esto no puede quedar así! ¡Lanzad a discreción contra el flanco izquierdo del enemigo! ¡Acabemos con él y con todos sus hombres!

Los compañeros honderos empezaron a dirigir todos los proyectiles hacia el flanco izquierdo del enemigo, donde estaban Cudun y sus honderos.

—¡Bastardos! —bramaba Vatre, y soltaba toda la rabia, el odio y el dolor que llevaba dentro con sus gritos y sus proyectiles hacia el ser más despreciable que había conocido nunca. Cudun debía morir ese día, a toda costa—. ¡Muere, cabrón!

Lágrimas de dolor le caían por las mejillas mientras recordaba todo lo que Lasci había supuesto para él y todo lo que le había enseñado, mientras intentaba hacerse a la idea de que se había ido y ya nunca volvería.

A pesar de la lluvia de piedras que los honderos baleares hicieron caer sobre las tropas enemigas, un gran contingente llegó a las murallas cartaginesas. Pusieron escalas y empezaron a subir por la estacada.

—¡Cambiad las hondas medianas para las cortas y tomad los proyectiles más grandes que tengáis! ¡Matadlos a todos!

Vatre había tomado el relevo de Lasci y era él quien daba las órdenes.

Alentados por su fuerza y su rabia, los honderos siguieron las indicaciones de Vatre como si fuera el nuevo jefe. Se desataron las hondas que llevaban atadas a la frente y, cogiendo los proyectiles más grandes de los que disponían, hicieron un último y desesperado ataque para frenar al enemigo que ya subía por las escaleras. Veían como muchos soldados enemigos caían abatidos por sus proyectiles, pero también había muchos otros que seguían trepando por las escalas hacia lo alto de la muralla. Era una riada imparable.

—¡Honderos! —gritó Vatre, al ver que el enemigo ya estaba a punto de saltar por encima de la muralla—. ¡Las hondas ya no tienen nada que hacer aquí! ¡Coged vuestros cuchillos, espadas y lanzas y haced frente al enemigo mientras nos retiramos y dejamos paso a la infantería! ¡Ellos están preparados para el combate cuerpo a cuerpo, nosotros no! ¡Haced sonar el cuerno para dar la señal a nuestro general!

Un cuerno sonó en medio del estruendo de la batalla para indicar a Amílcar Giscón que el flanco hondero estaba a punto de ser sobrepasado. Enseguida, las fuerzas de infantería pesada cartaginesa acudieron al aviso y tomaron el relevo de los honderos en la protección de la muralla del campamento. Vatre y el resto de los honderos se retiraron mientras dirigían sus cuchillos, espadas y lanzas hacia el enemigo.

—¡Isapte! ¿Dónde estás? —gritó Vatre.

—¡Estoy aquí! —dijo Isapte mientras iba hacia él intentando detener la hemorragia de una herida que le sangraba a la altura de las costillas.

—¡Te han herido! —exclamó con tono preocupado.

—No es nada, solo un rasguño. Nada que un par de puntos del médico no puedan arreglar.

Vatre asintió.

—¿Y Cudun? ¿Le has acertado con tu honda?

—¡No! El muy cabrón es escurridizo como una serpiente y se me ha escapado.

—¡Maldita sea! ¡Tengo que matarle cueste lo que cueste! ¡Ha acabado con Lasci!

Vatre giró en redondo y volvió a dirigirse hacia la estacada en busca de Cudun, su peor enemigo.

—¡Cudun, hijo de perra! ¡Si tienes lo que hay que tener, ven a luchar conmigo, cabrón! —gritó Vatre al aire, desesperado, orando para que los dioses le dieran la oportunidad de vengar la muerte de su jefe.

De repente sintió cómo un proyectil rasgaba el aire desde atrás; se volvió en redondo y lo esquivó por los pelos.

—¡Dicen que si deseas algo con mucha fuerza, se hace realidad, mierda de cabra! ¡Aquí estoy! ¡Soy tu peor pesadilla! —dijo Cudun con una sonrisa malévola.

Vatre, dejándose llevar por la ira, desenvainó la espada y se abalanzó sobre su contrincante dispuesto a arrancarle la piel a tiras. Cudun lo vio venir y, con la calma de la experiencia, le hizo una finta, le puso la zancadilla y lo hizo caer al suelo. Vatre intentó incorporarse y entonces se dio cuenta de que había perdido la espada. Cudun pisó a Vatre en el pecho, evitando que este se pudiera incorporar, y recogió

su espada del suelo.

—Bonita espada. ¿Se puede saber de dónde la has sacado?

—¿Y a ti qué te importa? ¡Lo que cuenta es que con ella acabaré contigo!

Cudun cogió el *xiphos* y apuntó con él a la garganta de Vatre.

—Pienso que te será un poco difícil acabar conmigo cuando te haya matado con tu propia espada —dijo Cudun con una sonrisa mientras se preparaba para dar el golpe de gracia a Vatre—. ¡Muere!

Capítulo 26

Hasta la última gota de sangre

Un fuerte crujido de huesos rotos inundó el ambiente. Cudun sufrió un espasmo brutal provocado por la piedra más grande que Vatre jamás había visto salir de una honda. Cudun cayó de espaldas al suelo con la cabeza cubierta de sangre. El joven hondero miró a su alrededor y vio cómo su hermano recogía la honda y se le acercaba después de haber efectuado el lanzamiento que le había salvado la vida. Al llegar a su lado, le ofreció la mano.

—Venga, volvamos con los nuestros.

Juntos se reincorporaron a la retaguardia cartaginesa y observaron cómo la infantería pesada luchaba contra el enemigo intentando no ceder ni un palmo de terreno, pero sin acabar de conseguirlo. Plantaban cara con profesionalidad y valentía, pero desgraciadamente el ejército de Agatocles, a pesar de la gran cantidad de bajas perpetradas por las hondas de Baal-Iaroh, era demasiado grande para contenerlo. Su desventaja numérica era cada vez más palpable. Poco a poco, las fuerzas siracusanas ganaban terreno y las tropas cartaginesas empezaban a desfallecer.

—Isapte, esto no pinta bien. La infantería pesada no resistirá mucho más. Creo que el final se acerca.

Dicho esto, Vatre vio cómo se abría una brecha en la fila defensiva cartaginesa.

—¡Honderos! ¡No podemos permitir que el enemigo rompa la línea de defensa cartaginesa! ¡Si llegan hasta nosotros, la batalla estará perdida! ¡Disparad a todos los soldados enemigos que entren por la brecha! ¡Que se arrepientan del día que decidieron atacarnos!

—¡A por ellos! —gritaron los honderos mientras cogían las hondas. Habían perdido a un gran líder, Lasci, pero sin esperarlo habían ganado a uno nuevo, al que seguían casi por instinto.

Todos empezaron a lanzar proyectiles contra cualquier soldado que entraba por la brecha con tal precisión y regularidad, que consiguieron que la infantería pesada norteafricana lograra cerrarla.

—¡Sí! —clamaron de alegría los honderos.

Pero de repente vieron cómo en otras partes de la línea defensiva se abrían nuevas brechas. Eran demasiadas para taparlas todas. Aun así, siguieron esforzándose en hacer retroceder a todos los

enemigos que conseguían atravesar la línea defensiva cartaginesa. Sin embargo, el ataque siracusano empezaba a resultar imparable.

—Isapte, creo que ahora sí ha llegado el final. Quiero que sepas que ha sido un honor luchar a tu lado.

—Lo mismo digo, Vatre. —A continuación, se dirigió a sus hombres:— ¡Honderos de Baal-Iaroh! ¡El fin se acerca! ¡El enemigo está sobrepasando nuestras defensas! ¡Pero no tenemos lugar a dónde ir y no podemos dejar a nuestros compañeros cartagineses en la estacada! ¡Lucharemos hasta el fin! ¡Vengaremos la muerte de nuestro caudillo! ¡Por Lasci! ¡Que la historia nos recuerde como lo que somos, el pueblo más valiente de todo el Mediterráneo! ¡O luchamos o morimos! ¡Viva Baal-Iaroh! ¡Viva Clumba! ¡Viva Nura!

—¡Viva nuestra tierra! —clamaron varios de los honderos presentes.

—¡Por Lasci! —chilló Vatre, mientras desenvainaba su espada y se lanzaba al ataque contra las tropas siracusanas que habían atravesado la barrera defensiva cartaginesa.

Todos los honderos le siguieron envalentonados por su coraje y las ganas de vengar a su caudillo, mientras clamaban al unísono:

—¡Por Lasci!

Blandiendo espadas, lanzas y puñales mientras corrían, se acercaron a las diferentes brechas de la falange defensiva de sus compañeros cartagineses para tratar de hacer retroceder a los soldados enemigos que se deslizaban al interior del campamento. Cada vez eran más y ya no les podían contener; el final estaba próximo. Todo parecía perdido cuando, de repente, un sonido agudo de trompeta dio esperanza al ejército asediado. De pronto a los soldados enemigos ya no se les veía tan confiados ni tan alentados, una sombra de duda corría por sus rostros. Otra trompeta, con un sonido distinto a la del campamento, sonó tres veces tocando a retirada para los siracusanos, quienes ordenadamente se retiraron en formación para evitar el mayor número de bajas posibles. Mientras tanto, la infantería cartaginesa les escupía e increpaba como a cobardes.

—¡Refuerzos! ¡Refuerzos! —decía incesantemente uno de los vigías del campamento.

Un mensajero del campamento se acercó a la compañía de honderos.

—¿Dónde está tu comandante? ¿Dónde está Lasci?

Coro negó con la cabeza:

—Lasci está muerto.

—¡Mierda! ¿Y quién dirige la compañía ahora? ¿Quién puede atender las solicitudes de nuestro general Amílcar?

—¡Yo mismo! —dijo Vatre mientras, con el rostro cubierto de polvo y sangre, se acercaba al mensajero—. No soy el jefe, pero puedo

transmitir tu mensaje a mis compañeros.

—¡Sea! —dijo el mensajero—. Los refuerzos de la metrópolis han llegado por fin. Por mar, desde Cartago, y por tierra, desde nuestra capital en la isla, Motia. Nuestros amigos acuden en nuestra ayuda. El enemigo ha dado la orden de replegarse y nuestro general quiere que todos los jefes se reúnan en su tienda para dar las nuevas órdenes a seguir.

—De acuerdo, decidle al general que en breves momentos nos presentaremos ante él.

◆◆◆

Vatre se reunió con la antigua mano derecha de Lasci, Coro, y con Isapte. Los miró con cara compungida y se dirigió a Coro.

—Estimado compañero, tú eres el segundo de Lasci. Te corresponde a ti tomar las riendas de la compañía… Yo no soy él…

—Eso está claro… —respondió Coro.

El comentario hundió momentáneamente a Vatre mientras lo digería en silencio.

—Pero eso no es necesariamente malo, Vatre.

—¿Cómo?

—No eres Lasci, pero tienes coraje e iniciativa y los hombres han respondido a tu mando como si fueras su jefe desde siempre. Llevas el liderazgo en la sangre y corre por tus venas. Después de lo que he visto hoy, no tengo ninguna duda. Nuestro nuevo caudillo no soy yo, sino tú. Los hombres te seguirán hasta el fin del mundo. Tú debes ser nuestro líder —dijo Coro mientras ponía la mano en su hombro y a Vatre se le dibujaba una expresión de orgullo en el rostro—. Solo te pediré algo.

—Dime, Coro, por ti haría cualquier cosa.

—Como ya te he dicho, tienes dotes de líder, pero sigues siendo joven e inexperto. Deja que te aconseje en los momentos difíciles. Deja que te transmita la voz de la experiencia.

—Será un placer para mi contar con tus consejos, Coro.

—Pues venga, jefe, vamos a ver a nuestro general, que nos espera.

Vatre asintió y echó a andar, seguido de sus mejores compañeros, Coro e Isapte, hacia la tienda de su comandante en jefe.

◆◆◆

Cuando entraron en la tienda, encontraron a los comandantes de los distintos regimientos celebrando la victoria. Se abrazaban y se

golpeaban los hombros dándose la enhorabuena mutuamente por el trabajo bien hecho. Entonces uno de los comandantes entró en la sala con un ánfora de vino llena a rebosar.

—¡Venga compañeros, celebrémoslo como es debido! ¡Aquellos malditos soldados de Agatocles ya se dirigen hacia el Hades! Espero que tengan dinero para pagar al malvado barquero para atravesar su maloliente río Estigia.

Todo el mundo rio el chiste.

En medio del alboroto, la tela que hacía de entrada a la sala se abrió y apareció Amílcar Giscón seguido del comandante del Batallón Sagrado. El general venía contrariado y con cara de pocos amigos.

—¿Se puede saber qué demonios hacéis? —bramó Baltser.

—¡Celebrar la victoria! ¿Desea un poco de vino para añadirse a la fiesta? —dijo el oficial que había llevado el ánfora y que ya estaba ligeramente ebrio.

—¡Cállate, imbécil! —dijo Baltser mientras de un manotazo hacía caer al suelo el ánfora, la cual se rompió con un gran estrépito y derramó su contenido—. ¿Creéis que la guerra ya ha terminado? ¡Nuestro enemigo ha escapado! Aún queda trabajo por hacer. No toca celebrar nada, sino planificar nuestro próximo movimiento. ¡Aún no es tiempo de celebraciones!

Todo el mundo dejó de hacer alboroto y el silencio inundó la sala de mando. El general Amílcar ocupó su lugar en la mesa que presidía el espacio y abrió el mapa de la zona.

—Baltser tiene razón. Esto aún no ha terminado, así que guardad las ganas de fiesta porque aún no es el momento. Es cierto que las tropas de nuestro enemigo han recibido una contundente derrota hoy. Calculamos más de cinco mil bajas enemigas. La llegada de nuestros refuerzos les ha cogido desprevenidos, los han rodeado y han hecho una gran carnicería. Aun así, hemos ganado una batalla pero no la guerra. Agatocles logró huir con algunos de sus hombres y se ha refugiado en la ciudad de Gela, que es la plaza más fuerte de toda la región. Es una ciudad inexpugnable. Habíamos empezado a construir maquinaria de asedio pero no será suficiente para derribar sus muros, tardaríamos mucho tiempo y perderíamos demasiados hombres. Por el contrario, lo que nos interesa es conseguir el dominio total de la isla; por lo tanto, lo que haremos será aprovechar que las ciudades de la zona están desprotegidas para añadirlas a nuestro bando, y así aislaremos al del tirano. Al ver llegar a nuestras tropas, que con la incorporación de los refuerzos les impresionarán, las ciudades caerán sin demasiada resistencia. El único rival que teníamos en la isla era Agatocles y ahora está escondido como una rata en la única ciudad que tiene bajo control, Gela. Cuando haya perdido todos sus apoyos, tarde o temprano se entregará. No tendrá escapatoria. ¡Y

entonces sí podremos celebrar la victoria como nos merecemos! —dijo el general mientras alzaba el puño.

—¡Sí! —clamaron los comandantes copiando el gesto del general.

◆◆◆

El ejército cartaginés avanzaba a placer por la región. Todas las ciudades abrían sus puertas al ver llegar al poderoso ejército norteafricano: ninguna de las polis estaba en condiciones de hacer frente a un ejército de aquellas dimensiones. Una a una y poco a poco, las ciudades caían bajo dominio cartaginés y se estrechaba el cerco sobre su enemigo.

—Qué aburrimiento… —se quejaba Isapte.

—¿Qué pasa, hermano?

—Llevamos semanas paseando de aquí para allá y durmiendo cada día en una ciudad distinta. Ya estoy harto de beber vino en cada fonda y de acostarme con rameras. Encima, como las ciudades se rinden, ni siquiera las podemos saquear. Qué aburrimiento. Echo de menos la acción.

—Estoy contigo, Isapte —dijo Coro.

Vatre negó con la cabeza mientras dibujaba una sonrisa condescendiente ante las palabras de sus compañeros.

Un soldado del Batallón Sagrado se acercó a ellos apresuradamente.

—¿Vatre está aquí?

—Sí, soy yo. ¿Qué ocurre?

—El general os reclama.

—¿A estas horas?

—Es un asunto urgente.

—Isapte, pienso que tus deseos se harán realidad. Que el general nos reclame tan repentinamente solo quiere decir una cosa.

—¿Qué? —dijo Isapte, intrigado.

—Problemas y acción —respondió Vatre con una sonrisa.

◆◆◆

—Ya estamos aquí, general —dijo Vatre cuando entró en la tienda seguido de Coro e Isapte. La sala estaría totalmente vacía si no fuera por la única presencia de Baltser, el general Amílcar Giscón y un hombrecillo de rasgos helenos que estaba a su lado.

Tanta soledad puso nervioso a Vatre; allí se incubaba algo que no se quería explicar al resto del ejército.

—Estimado Vatre —dijo el general Amílcar amigablemente—, pasa. Aún no había tenido tiempo de darte la enhorabuena por tu ascenso.

—Mi ascenso se debe a la muerte de mi caudillo, Lasci, por lo tanto no estoy especialmente contento, general. Pero acepto el reto.

—Sí, es cierto. Un buen caudillo, Lasci. Es una lástima que nos haya dejado, pero así es la guerra.

—Sí, general. Pero no creo que nos hayáis llamado a esta hora simplemente para darme la enhorabuena.

—No, tienes toda la razón. Os he llamado porque tenemos un problema.

—¿Qué ha pasado?

—Nuestros informantes nos han comunicado que Agatocles, con una pequeña escolta, ha conseguido burlar nuestro cordón de contención de la ciudad de Gela, donde le teníamos retenido, y ha escapado en dirección a Siracusa. Seguramente para hacerse fuerte en la capital, que todavía no tenemos bajo nuestro control. Desgraciadamente, ya no estamos a tiempo de evitar que llegue allí, pero hemos pensado en un plan alternativo. ¿Qué tal es tu griego? Tengo entendido que lo hablas.

—Hombre, general, me defiendo… Pero no soy bilingüe, precisamente…

—Da igual, lo que me interesaba saber era si entendías el idioma. Este hombre que tengo a mi lado es Erasmo. Él te hará de guía e intérprete en caso de que lo necesites.

—¿Guía, señor? ¿Para qué?

—Las murallas de la ciudad de Siracusa son inexpugnables y tienen un contingente de soldados importante, no las podemos tomar por la fuerza; por lo tanto necesito que entres furtivamente y, una vez dentro, nos abras las puertas.

—Pero es una misión casi imposible. Ni conozco la ciudad ni pasaré desapercibido con mi aspecto y mi fuerte acento de Clumba.

—Tranquilo, Erasmo se encargará de eso, ¿verdad? —dijo Amílcar al griego, que asintió.

Se trataba de un hombre no muy agraciado, pero su mirada inteligente hacía pasar por alto ese detalle. Llevaba el pelo largo, pero bien arreglado y recogido en la nuca con una cinta. El rostro afeitado y limpio junto con la ropa de calidad denotaban su refinamiento.

—Nos costará un poco que este salvaje parezca un hombre civilizado, pero si le hacemos pasar por un mercader de alguna colonia del lejano oeste, como Masalia, tal vez conseguiremos que la guardia de la ciudad se lo trague —dijo el heleno mientras miraba a Vatre de pies a cabeza.

—Pero no puedo dejar a mis compañeros… ¿Quién dirigirá la

compañía si partimos todos los que estamos aquí?

—¡No, hombre! No partiréis todos. Solo tú. Coro puede quedar al cargo de la compañía de honderos. Y a tu hermano no se le ha perdido nada en Siracusa. Cuantos menos seáis, mejor.

—¿Qué dicen, Vatre? —preguntó Isapte a su hermano al oído.

—Dicen que tengo que ir a Siracusa yo solo para una misión suicida —dijo Vatre a su hermano en su lengua.

—¡Ni hablar! ¡Tú no vas solo a ninguna parte! Y menos si hay juerga. ¡Yo voy contigo!

—¿Qué dice tu hermano? Se le ve nervioso. Dile que se calme ante el general —dijo Baltser.

—Dice que él no piensa quedarse en el campamento. Que si quiere que yo vaya a Siracusa, él debe venir conmigo.

—¿Cómo puedes contradecir las órdenes del general? —dijo Baltser lleno de rabia—. Debería hacer que te cosieran la espalda a latigazos. Hasta lo haría yo mismo y así lo disfrutaría aún más —dijo el jefe del Batallón Sagrado con una sonrisa malévola en los ojos.

—Basta, Baltser, aquí nadie me ha contradicho y no estamos para castigar a los soldados alegremente. Tranquilo, Vatre, tu hermano te puede acompañar. Pero necesito que Coro se quede a cargo de la compañía de honderos, eso sí es innegociable.

—De acuerdo, general —asintió Vatre.

—¡Pues, venga! Ya hemos perdido demasiado tiempo. Y recuerda: entra en la ciudad, ve al ágora y vende algunas ánforas de vino mientras esperas a que llegue el resto del ejército, y entonces, en medio de la noche, nos abres las puertas y nosotros ya haremos el resto.

Capítulo 27

Cosas de saboteadores

Los tres hombres iban hacia Siracusa conduciendo un carro repleto de vino. Erasmo llevaba las riendas de los bueyes que arrastraban la carreta, flanqueado por los dos honderos clumbinos quienes, con el pelo corto, bien afeitados y vestidos con el típico quitón griego, se sentían estúpidos.

—Griegos estirados. Mira que hacernos quitar nuestras pieles y ponernos estas prendas de vestir absurdas. Incluso me hicieron lavar de pies a cabeza, afeitarme y, encima, me han puesto perfume por el cuerpo y el pelo. ¡Qué asco! —exclamaba Isapte durante el camino—. No sé cómo pueden ir cómodos de esta manera. No me reconozco a mí mismo.

—De eso se trata —dijo Vatre mientras disimulaba una sonrisa.

—¿Qué insinúas con eso?

—Que la idea es que no se note que somos clumbinos. Así que ya sabes, tú intenta no abrir mucho la boca durante toda la misión, y pasarás más desapercibido. Por tu estatura diremos que eres nuestro guardaespaldas y si, como de costumbre, abres la boca más de la cuenta, diremos que eres un feroz guerrero íbero. No creo que estos sicilianos estirados sepan diferenciar nuestro idioma del de ellos —dijo Vatre.

Isapte asintió.

—Vosotros dos, no habléis tanto en vuestra lengua, o nos descubrirán enseguida —les recriminó Erasmo.

Vatre asintió poniéndose el dedo sobre los labios para indicar a su hermano que se mantuviera en silencio. Isapte lo hizo con semblante contrariado.

—Ya casi estamos. Mirad la muralla y el portón principal. Dejadme hablar a mí —dijo Erasmo, resolutivo.

Ambos honderos quedaron boquiabiertos por el tamaño de aquella ciudad. Una muralla enorme rodeaba toda la polis y protegía a sus habitantes contra los ataques exteriores. Era realmente imponente.

En ese momento, Vatre pensó en las palabras que había dicho sobre aquella ciudad el general Amílcar Giscón: «es infranqueable». Varias torres distribuidas a intervalos regulares a lo largo de todo el perímetro servían de torres de vigía y de defensa adicional contra los

ataques enemigos. Sobre sus muros y torres se apostaban un gran número de guardias y soldados que la velaban las veinticuatro horas del día.

—Es cierto que la muralla es difícil de superar: está bien protegida y se la ve muy sólida. Si cumplimos bien nuestra misión, salvaremos muchas de las vidas de nuestros compañeros. Así que no nos distraigamos y recordemos cuál es nuestro papel aquí —dijo el menor de los dos hermanos.

Una vez llegaron a la puerta, un grupo de soldados sicilianos armados al estilo hoplítico les hizo detenerse para pasar la inspección de seguridad requerida.

—¡Deteneos! —dijo el guarda—. ¿Quiénes sois? ¿De dónde venís? ¿Cuál es vuestro propósito en la ciudad?

El guarda repetía las preguntas monótonamente, como debía llevar haciendo durante toda la mañana a todas las personas que querían atravesar aquella puerta. Se le veía tremendamente aburrido. Su mirada de hastío así lo denotaba.

Erasmo habló en primera instancia.

—Mi nombre es Erasmo, soy un digno comerciante ateniense que he venido desde el mar Egeo a vender mi espléndido vino heleno a los honorables ciudadanos de Siracusa, quienes estoy convencido que sabrán apreciar su gran calidad.

—¿Ah, sí? Y si eres ateniense y vienes a vender tu gran vino, ¿por qué llegas por tierra y no por mar, tal y como cabría esperar de un comerciante que viene desde el mar Egeo? —le increpó en tono hosco el guarda.

Vatre tragó saliva. Aquella pregunta no la había visto venir. Ojalá el comerciante ateniense supiera salir airoso de la situación…

—No hay motivo para ser tan suspicaz, querido soldado. Venimos por tierra porque llegamos a la isla hace dos semanas y hemos pasado por varias ciudades más pequeñas antes de llegar a la gran capital de la isla. Queríamos calibrar el mercado local para saber cuál era nuestra mejor política de venta, ya me entendéis —dijo Erasmo, sin perder la sonrisa que llevaba dibujada perennemente en los labios.

—Pues, ahora que lo dices, la verdad es que no te entiendo demasiado bien, hablas extraño. De lo más estirado, como todos los atenienses. Que si calibrar el mercado, que si política de venta, bla, bla, bla… Cuánta palabrería. A mí me hablas en griego y te dejas de tanta floritura. ¿O acaso pretendes que los soldados parezcamos estúpidos? —dijo mientras miraba al recién llegado con cara de pocos amigos.

—¡Ni mucho menos! ¡Que Zeus todopoderoso me libre! Quería decir que llevamos varias semanas comerciando por la isla y hasta hoy

no hemos llegado a vuestra hermosa ciudad.

—Ya… —dijo el soldado, que seguía sin fiarse. Estaba claro que quería dar un poco de emoción a su trabajo rutinario y la había tomado con ellos—. Vino griego del bueno, ¿eh?

—¡Sí, señor! ¡El mejor de toda la Hélade!

—¡Pues eso lo tendremos que comprobar! ¿Verdad que sí? —dijo el guardia mientras miraba a sus compañeros, y éstos le siguieron la corriente.

—¡Faltaría más! —dijo Erasmo con su clásica sonrisa—. ¡Hipólito! —dijo refiriéndose a Vatre por su nuevo nombre griego—. Tráenos un ánfora de nuestro mejor vino, por favor.

—¡Claro que sí! —respondió Vatre en griego mientras entraba en la parte trasera del carro, donde llevaban toda la mercancía, y salía poco después con una gran ánfora de vino y tres vasos para los soldados. Bajó de la carreta de un salto y ofreció un vaso lleno de vino a cada uno de los guardias. Los soldados brindaron y bebieron de sus respectivos vasos, bebiendo el contenido de un solo trago.

—Estos vasos son muy pequeños, con uno solo no basta para averiguar si el vino es de la calidad que afirma tu jefe. ¡Echa otra ronda, anda! —dijo el guarda poniéndole el vaso vacío delante de la nariz.

Vatre miró a Erasmo, quien asintió.

—¡Por supuesto, Hipólito! ¡No debemos dejar que los guardianes de Agatocles pasen sed! ¿Verdad que no? —dijo con una mirada cómplice al jefe de los guardias.

Los soldados tomaron otro trago alegremente.

—¿Qué os ha parecido mi fabuloso vino ateniense, estimados guardianes de Siracusa? —les preguntó Erasmo con una gran sonrisa.

—¡De primera! —dijo el jefe de los guardias, a quien después del tercer vaso se le empezaba a notar el efecto del brebaje de Dioniso.

—¿Entonces qué? ¿Ya podemos pasar a la ciudad a vender este maravilloso brebaje al resto de vuestros conciudadanos?

—¡No tan deprisa! ¡Antes tenemos que registrar el resto del cargamento!

—¿Seguro? Llevamos ya bastante tiempo bloqueando la entrada y otros comerciantes hacen cola para entrar. No creo que se pongan muy contentos si tienen que esperar mucho más.

—Sí, pero…, de todos modos…

—¿Tal vez un obsequio de la casa a los más valerosos guardias de la polis les ayudaría a dejarnos entrar?

—Bueno…, es ilegal…, pero… —el guardia emitió un hipo a causa de la bebida.

Vatre no había dejado de servir vino a los guardias mientras el tiempo pasaba y a cada momento se les notaba más la embriaguez.

—¿Tal vez un ánfora por cabeza sería suficiente para que nos dejarais pasar?

—¡Que sean dos! —dijo el soldado al que ya le costaba mantenerse en pie.

—¡Hecho! Usted es un comerciante duro. ¡Hipólito! ¡Trae seis ánforas de nuestro mejor vino para estos simpáticos guardias! ¡Se las han ganado!

Vatre asintió y, ayudado por su hermano, entregaron las ánforas a los alegres soldados, que ya no podían contener la risa.

—¡Vamos, venga! ¡Pasad, pasad! ¡Que tenemos que seguir trabajando! —gritaba el guarda mientras daba un nuevo trago de vino, esta vez directamente del ánfora.

A continuación los tres «comerciantes» entraron en la ciudad sin hacer demasiado alboroto y esperando pasar desapercibidos.

◆◆◆

A medida que se adentraban en aquella gran y cosmopolita ciudad, los dos clumbinos quedaron asombrados. Calles llenas a rebosar de gente que iba y venía, talleres, tabernas y comercios inundaban la ciudad de ruido, música y alboroto. Una polis llena de vida que era sin duda el corazón y el alma de Sicilia.

—Muy bien, ya estamos dentro. ¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Isapte en voz baja a su hermano.

—Ahora iremos al ágora, pondremos la tienda de vino pertinente y haremos negocio mientras esperamos a que llegue el ejército de Amílcar a la ciudad.

—¿Y cómo sabremos que han llegado?

—Porque los guardias darán la alerta y toda la ciudad se preparará para el asedio. Tranquilo, nos daremos cuenta cuando nuestros compañeros estén aquí. Una vez hayan establecido posiciones, esperaremos a que llegue la noche, y entonces, ocultos en la oscuridad, abriremos las puertas tal y como nos han encargado.

—¡Pero tienen una guarnición enorme en las murallas! ¿Cómo podremos llegar a las puertas sin que nos descubran y, encima, tener tiempo de abrirlas? ¡Es imposible!

—Tranquilo, seguro que se nos ocurre alguna idea.

—¡Vosotros dos! —dijo Erasmo— ¡No habléis tanto en vuestra lengua o nos descubrirán! Recordad que se supone que somos mercaderes helenos respetables, no un puñado de bárbaros. —La sonrisa que había esgrimido con tanta habilidad para embaucar a los guardias se había esfumado de su rostro y los miraba con un semblante serio.— No debéis olvidar vuestro papel —les recriminó.

Vatre e Isapte asintieron.

Erasmo conocía la ciudad y avanzó sin prisa, pero sin pausa, hasta el ágora, donde, después de sobornar a uno de los funcionarios que se encargaban de las licencias comerciales, recibieron un espacio donde montar la tienda y empezar a vender, en palabras de Erasmo, «el mejor vino de toda la Hélade».

Vatre se encargaba de dar a probar el vino a los peatones que se acercaban a la tienda y los animaba a comprarlo diciendo que, además de ser excelente, poseía propiedades inimaginables. Tan bueno decía Erasmo que era su vino, que solo le faltaba curar el dolor de muelas. Vatre no daba crédito a la credulidad de los ciudadanos, que uno tras otro caían en la trampa y les compraban buenas ánforas de vino cartaginés, que ellos hacían pasar por ateniense. Negocio redondo.

Una vez terminado el día, recogieron y fueron a buscar alojamiento. Gracias a los dracmas conseguidos durante el día, no les fue excesivamente difícil encontrar un hostal con una buena cuadra donde poder guardar con seguridad tanto los animales y el carro como la mercancía.

—Dile a tu hermano Isapte que permanecerá en la cuadra para vigilar la mercancía. Diremos que es nuestro guardaespaldas íbero. Tú y yo subiremos a una de las habitaciones. Si tiene cualquier problema, que nos avise de inmediato.

—Mi hermano no se quedará solo durmiendo con las bestias —se quejó Vatre.

—Alguien se tiene que quedar y, como comprenderás, un mercader ateniense respetable no se rebajará a dormir con los animales —proclamó Erasmo con mirada altiva.

—Pues yo me quedaré con él —dijo Vatre, resolutivo.

—Bueno, como quieras —respondió el mercader griego con indiferencia—. Mejor, así nos saldrá más barato el alojamiento. Venga, pues, me voy a mi cuarto. Que paséis buena noche.

Los dos hermanos intentaron acomodarse entre la paja y cogieron un par de mantas para mantenerse calientes durante la noche.

—Este Erasmo no me cae muy bien —dijo Isapte.

—No, es un estirado como todos los griegos. Pero es nuestra tapadera, no nos queda otra que aguantarle —contestó Vatre con tono resignado.

—Eso es cierto… Pero aun así, no le soporto —sentenció Isapte.

—Venga Isapte, basta de quejarse. A dormir. Mañana tendremos que seguir con el paripé de comerciantes griegos «respetables» —dijo Vatre con sarcasmo. Y añadió tapándose con la manta—: Buenas noches.

—Buenas noches —respondió Isapte haciendo lo mismo.

◆◆◆

La noche transcurría tranquila, solo turbada por el relincho ocasional de los animales que rodeaban a los dos honderos. Vatre estaba en un sueño profundo, que lo llevaba de vuelta a su hogar. Veía a su madre de espaldas moliendo el grano, que se volvía y le dirigía una mirada tierna.

—Hola Vatre. ¿Ya has vuelto? No te había oído llegar, hijo mío. Venga, pasa y ayúdame.

Vatre miró sus manos, y vio que eran unas manos pequeñas, suaves y sin callos. Eran las manos de un niño pequeño. Cuando iba hacia ella, alguien tocó a la puerta y, a continuación, entró una niña nerviosa y llena de vida. Era Cloi.

—¡Buenos días, señora Asitia! —dijo la pequeña dirigiéndose a la madre de Vatre.

—Buenos días, Cloi, llegas muy pronto hoy. ¿Ha pasado algo?

—No, qué va —dijo la niña mientras ocultaba su rostro ligeramente ruborizado—. Venía a buscar a Vatre para ir a jugar…

—Mi hijo ahora tiene mucho trabajo que hacer en casa. Ya vendrá a jugar cuando haya terminado de ayudarme.

—Pero, madre… —protestó el niño.

—¡Silencio, chiquillo! No me contradigas, y menos cuando tenemos visita —dijo la madre, expeditiva.

En aquel momento una gran figura entró en la estancia.

—¿Se puede saber qué ocurre aquí?

Era Caburus, el padre de Vatre.

—He venido a buscar a Vatre para ir a jugar —dijo Cloi con la mejor de sus sonrisas.

El padre de Vatre se enterneció y miró primero a su hijo y luego a su mujer. Ella, viendo la mirada del marido y adivinando sus intenciones, se adelantó a la petición que este le iba a hacer.

—No, ahora no, al menos. Necesito que Vatre me ayude con las tareas del hogar. Tú tienes a Isapte, que ya es mayor, pero yo no tengo a nadie que me ayude —se quejó ella.

—Bueno, tranquila, mujer, yo me puedo encargar del ganado solo. Hoy Isapte vendrá a ayudarte. Dejemos que los niños más pequeños disfruten un poco, ahora que todavía no tienen responsabilidades —dijo Caburus con una sonrisa.

Asitia consintió a regañadientes, mientras daba permiso a su hijo menor para ir a jugar con su amiga. Cloi no dio tiempo a la madre de Vatre de replantearse la respuesta y rápidamente cogió la mano del niño y se lo llevó corriendo fuera.

—¡Vaya dos! —dijo el padre con una sonrisa socarrona—. Esos acabarán juntos, ya lo verás.

—¡Qué va! —dijo Asitia—. Cloi es demasiado mandona para mi gusto. No me gusta para Vatre.

—Bueno, mujer, tú también lo eres y aquí me tienes —dijo él con una sonrisa cómplice en los labios.

—Ya, pero no es lo mismo —siguió ella enfurruñada.

—Tiempo al tiempo, Asitia, tiempo al tiempo…

—Ya lo veremos…

—Pero dejemos de hablar de esos dos. Tenemos un asunto pendiente tú y yo —dijo Caburus, mientras se le acercaba cariñosamente con una mirada lujuriosa y le daba un abrazo acompañado por un gran beso, que su mujer acogió con gusto.

El ruido de un portazo sacó a Vatre de su sueño de manera repentina.

—¿Qué demonios pasa? —se quejó medio adormilado.

De repente vio cómo un grupo de soldados sicilianos armados hasta los dientes entraban en la cuadra y le apresaban junto con su hermano, y les esposaban las manos.

—¿Qué es esto? —preguntó Vatre en griego, ultrajado.

¡Calla espía cartaginés! —dijo el guardia mientras le daba un puñetazo en la mejilla que le hizo escupir sangre.

—¡No somos espías! ¡Somos comerciantes atenienses que hemos venido a vender vino!

—¡Y una mierda! Calla, gusano africano asqueroso —respondió el guardia mientras le pegaba un nuevo puñetazo, esta vez en el estómago.

—¡Lo que digo es verdad! ¡Si no me creéis a mí, podéis hablar con Erasmo! ¡Él os lo puede explicar todo!

—¡Oh! ¡Por supuesto! Tu «buen amigo» Erasmo ya nos lo ha contado todo.

—¿Cómo?

—Sí, nos ha explicado con todo detalle quiénes sois y qué habéis venido a hacer aquí. ¡Espías!

Vatre miró a través de la puerta que daba acceso al granero buscando desesperadamente a Erasmo. Escrutando la oscuridad vio al fondo de la sala cómo el comerciante griego que les había metido dentro de la ciudad recogía con su mano extendida una bolsa de monedas llena a rebosar.

—¡Traidor! —gritó Vatre, que vio que ya no servía de nada seguir ocultando su condición—. ¡Te voy a matar, cabrón!

Erasmo escuchó los improperios y se dirigió hacia el hondero con una mirada malévola dibujada en el rostro.

—¿Qué pasa, salvaje?

—¿Cómo has podido traicionarnos así? ¡Se suponía que estabas en nuestro bando!

—Soy un comerciante rico, pero no honesto. Mi fidelidad la paga el dinero y los siracusanos me han pagado más que vuestro general. Así funciona el mundo, ya lo aprenderás —dijo el ateniense mientras pegaba unas palmaditas «amistosas» a Vatre en la mejilla, como si diera una lección a un niño pequeño.

—¡Esto lo pagarás en la otra vida, desgraciado! ¡Acabarás en el campo de castigo del Tártaro y Némesis te perseguirá durante toda la eternidad para darte lo que mereces por tus actos despreciables!

El semblante del comerciante griego mudó en una expresión de miedo.

—¡Qué sabrás tú del Tártaro y de Némesis! ¡Maldito salvaje!

—Los comerciantes griegos me hablaron de ello muchas veces cuando trataba con ellos en mi isla. ¡Sé más de lo que crees! —dijo Vatre desafiante.

—¡Y una mierda! ¡Además, falta mucho para eso! Y de momento en esta vida pienso vivir tan bien, que tanto me da el castigo que Hades o Némesis tengan pensado para mí —dijo el comerciante, que ya había alejado de su pensamiento el miedo que por unos instantes el hondero le había metido en el cuerpo.

—¡Ya está bien de tanta palabrería! —dijo el guardia, y pegó un golpe en la cabeza a Vatre con una vara de vid que llevaba en el cinturón y le dejó inconsciente.

—Llevadlos a la *Oreja de Dionisio* mientras pensamos qué hacemos con ellos —dijo el guardia con una mirada de satisfacción por el trabajo bien hecho.

Capítulo 28

La Oreja de Dionisio

Vatre sintió de repente un dolor agudo que le desgarraba el cerebro. Mientras abría los ojos con un gran esfuerzo, se llevó la mano a la cabeza quejándose del dolor y, palpando, se dio cuenta de que una costra de sangre reseca cubría parte de su pelo. Maldijo su mala suerte e intentó ver cómo era el lugar donde se encontraba, pero todo estaba oscuro. Poco a poco, los ojos se fueron habituando a la oscuridad y empezó a ser consciente de su entorno: le rodeaban unas paredes de roca tallada que se elevaban con formas sinuosas hacia arriba para terminar en un techo puntiagudo. La humedad del lugar se le había metido en los huesos y se sentía helado. El olor a suciedad, sudor y humedad era una mezcla extremadamente desagradable.

Se trataba de una gruta gigantesca excavada en la roca. Seguía un trayecto curvo que se adentraba montaña adentro. Se volvió en dirección contraria y vio que la parte que daba al exterior estaba clausurada por una verja de barrotes de hierro desde el suelo hasta el techo. En el exterior había un carcelero acompañado por dos guardias. Se quiso mover, pero no pudo: tenía el pie encadenado a la pared y las manos esposadas.

—¡Buenos días hermanito! ¡Ya era hora de que despertaras! —le saludó Isapte.

—Buenos días… ¿Dónde demonios estamos?

—Por las marcas en las paredes me atrevería a decir que es una antigua cantera, aunque la forma es bastante curiosa, con estas paredes sinuosas que se elevan hacia el techo y terminan unidas en una punta extraña. Si miras bien, la entrada parece tener forma de lágrima. No había visto nunca nada parecido. Y eso que he trabajado muchos años en las canteras de Clumba, ya lo sabes.

—Sí, sí, ya lo sé —dijo Vatre, mientras se quejaba de su herida en la cabeza—. Pero ahora parece más una prisión que una cantera.

—Sí, por eso estamos encadenados y hay unas barras de hierro que nos impiden el paso al exterior —ironizó Isapte.

—Gracias por explicarme lo evidente —contestó Vatre de mal humor.

—¡Tú has preguntado! —se quejó Isapte, contrariado.

Otro preso se dirigió a ellos en su lengua desde el otro lado de

la gruta:

—¡Eh, vosotros! Sois clumbinos, ¿verdad? —dijo un hombre corpulento con una voz profunda.

—Depende. ¿Quién pregunta? —dijo Vatre comedidamente.

—¿Vatre?

Una chica sacó la cabeza por encima del hombre que se había dirigido en primera instancia a los dos hermanos.

—¿Cloi? —Vatre no se lo podía creer—. Pero ¿qué demonios haces aquí? —Estaba asombrado.

—¿Que qué hago yo aquí? ¿Y tú? —inquirió Cloi.

—Yo…, es una larga historia… —dijo Vatre con resignación—. ¿Quiénes son esos que te acompañan?

—Este es Maro…

—¿El pirata?—exclamó Vatre, extrañado.

—¡El mismo! —confirmó Maro, henchido de orgullo—. ¿Pasa algo?

—¡No, qué va! —dijo Vatre levantando las palmas desnudas de las manos esposadas en señal de paz y con una sonrisa amistosa—. ¿Y los demás?

—Él es Arcadio, la mano derecha de Maro, y él, Apolodoro, el médico que me salvó la vida en Clumba.

—¡Ah! Aquel médico mezquino y avaro… Pensaba que había sido yo quien te había salvado la vida rescatándote cuando te encontré medio muerta… —rio Vatre con amargura.

—Bueno, Vatre, no se puede negar que si no fuera por ti, Apolodoro no me habría podido curar. Pero quien me curó las heridas, al fin y al cabo, fue él.

—Sí, ya…, tras pagarle una buena suma de dinero. ¿Verdad que sí, *iatrós*? —dijo Vatre con retintín—. Veo que al menos el dinero estuvo bien gastado… ¿Y cómo habéis terminado aquí?

—Es una larga historia… —dijo Cloi —. Pero lo que importa no es cómo hemos acabado aquí, sino cómo podemos salir.

Vatre señaló con resignación sus cadenas y las de todos los presentes—. Ya me contarás tú cómo lo podemos hacer…

—¡No seas tan negativo, hombre! —protestó Cloi, visiblemente decepcionada—. ¡Te recordaba más optimista!

—Sí, ya…, bueno, supongo que la guerra y la traición hacen que uno pierda el optimismo —se justificó Vatre.

—¿Traición? ¿De qué hablas, Vatre…?

—También es una larga historia… Sea como sea, ya da igual. Estamos condenados…

—¡Ni hablar! —negó Cloi con su talante de luchadora hasta el final.

—Cabezota como de costumbre. ¿Verdad, Cloi? —dijo Isapte.

—¡Claro que sí! ¡La esperanza es lo último que se pierde, hombre!

—Ojalá tengas razón —dijo Vatre mientras daba una patada a una piedra que se perdió en la oscuridad de la cueva. A pesar de que la piedra ya no se veía, el ruido que había provocado al rodar por el suelo continuaba resonando en la cueva. Decididamente, un eco como aquel no lo había escuchado nunca. La acústica de aquella gruta era extraordinaria—. ¡Por todos los dioses, aquí cualquier ruido suena multiplicado por cuatro! —añadió Vatre con estupor.

—Por eso llaman a esta gruta la *Oreja de Dionisio* —explicó Apolodoro.

—¿La oreja de qué? —preguntó Isapte.

—De Dionisio —repitió Apolodoro con paciencia.

—¿Quién cojones era ese?

—Un antiguo tirano de Siracusa. ¿Veis el agujero que hay en el techo de la gruta? —dijo el *iatrós* levantando la cabeza.

Todos levantaron la vista y distinguieron en el techo una pequeña abertura por la que entraba la luz exterior.

—Sí —dijeron al unísono.

—Dionisio se vanagloriaba de que, gracias a la sensacional acústica de la gruta, él podía, desde encima del techo, escuchar las conversaciones conspiradoras de los presos políticos que metía en esta prisión.

—Hay que estar enfermo… —dijo fastidiado Vatre.

—Bueno —continuó Apolodoro—, otra versión decía que lo que hacía Dionisio no era escuchar como confabulaban los presos contra él, sino disfrutar de los gritos de dolor de los condenados cuando eran torturados.

—Eso sí demuestra que estaba mal de la cabeza… Como todos los poderosos… Los detesto… —sentenció Vatre.

Maro, práctico como de costumbre, objetó:

—Muy bonito todo. ¿Pero eso de qué nos sirve?

—Quién sabe. Tal vez podamos encontrar alguna utilidad a la historia —dijo Cloi mientras pensaba y miraba a Vatre, que estaba observando la abertura del techo con semblante reflexivo.

◆◆◆

Los guardias estaban jugando al *tabli* para matar el tiempo. Uno de ellos tiró los dados y saltó de alegría.

—¡Eh! ¡La combinación ideal!

—¡Qué jugada! —exclamó el carcelero, que observaba atentamente la partida de los dos guardias.

—Demetrio… —se quejaba el guardia perjudicado por la

jugada—. Tu suerte con los dados empieza a resultar sospechosa…

—¿Qué insinúas? —dijo el otro, contrariado.

—Si no fuera por el tiempo que hace que nos conocemos, diría que haces trampas.

—¿Tramposo yo? ¿Cómo te atreves?

—Es mucha casualidad…

—¡Eh, chicos! ¡Tranquilos! —dijo el carcelero intentando poner paz.

—¡Tú cállate, que has apostado por él, también! A ver si será que estáis conchabados…

—¡Eso es un ultraje! —exclamó el aludido, escandalizado, mientras el guardia que había lanzado los dados desenfundaba la espada de su vaina y amenazaba a su compañero—. ¿Seguro que quieres seguir por ese camino, Áyax?

—¡Es que no hay derecho! ¡Me he jugado demasiados dracmas en esta partida! No me puedo permitir perderlos así como así…

—Haberlo pensado antes de comenzarla —le recriminó el otro con tono amenazante.

Una dulce voz femenina llamó la atención de los guardias, interrumpiendo su discusión.

—Disculpen, señores.

Los tres hombres dejaron de discutir y dirigieron la mirada hacia la chica que les reclamaba la atención. Quedaron embelesados por su belleza: se trataba de una mujer joven, exquisitamente vestida y acompañada por un cortejo de tres esclavos que la escoltaban. Sus ojos verdes les hechizaron. De repente, uno de los soldados salió de su ensimismamiento al reconocer a la doncella.

—¡Estimada Afrodita! ¿Qué hace paseando por este paraje tan desagradable?

—¿Afrodita? ¿La diosa del amor? —dijo el carcelero entre dientes y con una risa apagada.

El soldado que había reconocido a la doncella dio un fuerte codazo al carcelero para que se callara.

—¡Cállate, estúpido! ¡Es la amante de nuestro señor Agatocles! —dijo en voz baja de manera confidencial—. Más nos vale hacer lo que nos pida si no queremos tener problemas con nuestro querido tirano.

El carcelero tragó saliva al darse cuenta de lo cerca que había estado de fastidiarla.

—¡Estimada señora! ¡Qué placer veros por mis dominios! Soy Hipólito, el carcelero de la *Oreja de Dionisio*. Siempre a vuestro servicio —dijo el hombre, con una aparatosa reverencia sobreactuada.

La hija de Apolodoro ocultó su desprecio hacia aquel hombre

corpulento, sucio y desaliñado y esbozó una sonrisa amistosa para ganarse su confianza.

—Muchas gracias, Hipólito. Pues ya que dices que estás a mi servicio, te tomaré la palabra.

La duda y la preocupación cruzaron fugazmente el rostro del carcelero, pero volvió rápidamente a parecer dócil como el de un animal doméstico.

—Vuestros deseos son órdenes para mí, señora.

—Me han dicho los guardias de palacio que has recibido nuevos presos hoy. Y resulta que estaría interesada en verlos.

—¿Verlos? —El carcelero no pudo ocultar su sorpresa.— ¡Pero señora! ¡Son criminales! No os debéis juntar con gente como esa.

—¿Te atreves a decirme lo que puedo o no puedo hacer? —le recriminó Afrodita con tono altivo.

Claramente ya había adoptado el rol de poder y sabía ejercerlo.

—No, señora, pero va contra las normas…

El carcelero no sabía dónde meterse.

—Mi querido Agatocles pone las normas, y él nunca me ha negado nada. ¿Te atreverías a hacerlo tú? ¿Un simple carcelero? —El desprecio evidente acompañaba cada una de sus palabras.

—Tenéis razón, señora…, no soy nadie para contradeciros. Seguidme —respondió el hombre, bajando la mirada en actitud sumisa.

—Eso está mejor.

El carcelero cogió su manojo de llaves y buscó entre todas ellas hasta encontrar la de la puerta principal.

—Venga, carcelero, no tengo todo el día —le apremió ella, impasible.

El carcelero se apresuró a abrir la puerta y la invitó a entrar.

—¿Queréis que os acompañe?

—No hace falta, gracias, mis esclavos se encargarán de protegerme. Tú vigila que no entre nadie mientras yo esté dentro. ¿He hablado con claridad?

—Por supuesto, señora. Como ordenéis —asintió el hombre mientras volvía a cerrar la puerta.

Afrodita, seguida de sus esclavos, entró en la prisión y empezó a escrutar la gruta en busca de su padre. El hedor de aquella cárcel era nauseabundo. Con cara de asco pidió a uno de los esclavos un pañuelo para taparse la nariz y la boca. En un principio, solo veía desgraciados, sucios y hambrientos que estaban en las últimas. Poco a poco, fue avanzando por la gruta hasta que vio a su padre rodeado por la chica y los hombres extranjeros con los que había entrado en el palacio. Mientras se acercaba, observó el estupor de su padre.

—¿Hija? —dijo Apolodoro, incrédulo.

Afrodita se puso el dedo en los labios para hacerle callar. No quería que se oyera su conversación y optó por hablar en voz baja.

—Soy yo —dijo a su padre.

—Oh, Zeus… Gracias —dijo Apolodoro entre lágrimas mientras se acercaba a su hija tanto como las cadenas se lo permitían.

Al ver que el preso se acercaba a su señora, los esclavos fueron prestos a protegerla, pero ella levantó la mano para detenerlos.

—Quietos —les ordenó—. No necesito más vuestra protección. Esperadme en la entrada de la gruta. Y no habléis con el carcelero ni con los guardias bajo ninguna circunstancia.

—Pero, señora, estáis entre criminales. No os podemos dejar sola.

—Es un orden —dijo ella con autoridad.

—Como queráis, señora.

Los tres esclavos se dieron la vuelta y obedecieron a su señora.

Una vez los esclavos se marcharon, ella se quedó de pie observando a su padre con la mirada vacía. Apolodoro no entendía lo que estaba pasando. Seguidamente, la hija se acercó al padre y le propinó una bofetada en el rostro. Su padre, incrédulo, se puso las manos esposadas en la mejilla dolorida.

¿Y eso a qué viene, Alysa, hija mía?

—Ese ya no es mi nombre, «padre» —contestó con desprecio—. Ahora me llaman Afrodita.

—¿Afrodita? —Apolodoro no entendía nada.

—Sí, es el nombre que me puso Agatocles al conocerme. Así que a partir de ahora te dirigirás a mí como tal.

—Pero, hija mía…

—¡Ni hija, ni nada! ¿Cómo tienes la desfachatez de aparecer después de lo que hiciste?

La cara de Apolodoro mudó en un rictus de culpabilidad.

Cloi se sorprendió y se dirigió al médico.

—¿De qué habla?

Apolodoro se quedó callado mirando al suelo.

Afrodita sonrió con malicia.

—¡Ah! ¿No se lo has contado? —dijo ella con tono de mofa.

—¿Contar qué? Apolodoro, habla…, ¿qué es lo que no nos has contado? —preguntó Cloi.

Maro y Arcadio miraban hacia otro lado, intentando pasar desapercibidos.

—Mi padre es un miserable que ni siquiera es capaz de reconocer sus errores. No te lo contará, bonita —dijo dirigiéndose a Cloi—. ¡Vamos, padre! Cuéntales cómo los piratas te propusieron mi vida por la tuya. Cogerte a ti y soltarme a mí, y como tu respuesta fue mirar por ti y abandonarme.

Cloi miró con incredulidad y decepción a Apolodoro. A continuación se dirigió a Maro.

—¿Desde cuándo un pirata hace tratos con sus víctimas, Maro?

Maro se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que te diga, Cloi? Fue una apuesta estúpida con Arcadio hecha para divertirme. Estaba seguro de que aquel señorito griego era despreciable y que si tenía que elegir entre su vida o la de su hija, miraría por él, pero Arcadio decía que no, que ningún ciudadano griego actuaría así, que los griegos son gente respetable y tal…, ya sabes… Así que hice la apuesta. Los cinco dracmas más fáciles de ganar de mi vida —dijo con una sonrisa cubierta de tristeza.

Cloi puso cara de circunstancias.

El médico se pasó la lengua por los labios resecos.

—Pero, hija, somos humanos, y como tales, cometemos errores…, errores de los que nos arrepentimos. Te pido que me perdones.

—¿En serio piensas que puedes pedir perdón y actuar como si no hubiera sucedido nada?

El hombre quedó sin palabras y miró al suelo con cara de tristeza y arrepentimiento.

—¿Sabes cuántas noches he pasado sola y desconsolada deseando morir? ¿Sabes lo que he tenido que hacer para sobrevivir? —dijo ella con una mirada de rencor.

—Pero, hija mía, he hecho todo lo que he podido para encontrarte y reparar mis errores… —dijo Apolodoro, con el rostro dolorido surcado por las lágrimas—. Vuelve conmigo, por favor.

—¿Yo? ¿Volver contigo? ¿Después de lo que hiciste? ¡Ni hablar! No pienso abandonar lo que me ha costado tanto conseguir, padre —continuó—. No tengo ninguna intención de renunciar a la posición que he conseguido con tanto esfuerzo y sacrificio. Aunque Agatocles gobierne Siracusa con mano de hierro, es bueno conmigo, hace todo lo que le pido y me trata como a una reina. Su reina, para ser más precisa. Ni me ha pasado por la cabeza cambiar esto para volver a ser la hija de un médico rural despreciable que no defiende a su familia de los piratas —dijo lanzando una mirada de odio a Maro y a Arcadio—. Porque veo que no has venido solo, ¿verdad, «padre»? —dijo señalando a los dos piratas —. ¿Son ellos los que te han traído hasta Sicilia? ¿Los mismos piratas que me secuestraron y me vendieron como esclava?

El resentimiento impregnaba las palabras de Afrodita.

Apolodoro no sabía qué decir.

—Era la única manera que tenía de encontrarte, hija mía —comenzó a decir intentando justificarse—. Sé que estos hombres hicieron cosas terribles, pero su actitud les ha redimido. Han

arriesgado sus vidas para salvarte.

—¿Redimido? Padre, estos hombres y su tripulación me violaron uno por uno, una y otra vez, durante todo el trayecto hasta Sicilia. ¿Realmente crees que nada de lo que hagan puede perdonar todo lo que me hicieron sufrir? —preguntó Afrodita indignada.

—Pero, hija, si no fuera por ellos…

Afrodita se volvió y llamó a sus esclavos. Los tres hombres acudieron rápidamente donde estaba su señora.

—Matad a aquellos dos hombres —dijo Afrodita, señalando a los dos piratas.

—¡No! —gritó Cloi.

—Es lo mínimo que se merecen por todo lo que me hicieron. Aunque seré clemente y tendrán una muerte rápida. No sufrirán ni la mitad de lo que sufrí yo en sus manos. Adelante esclavos, cumplid mis órdenes.

Uno de los esclavos inmovilizó a Maro mientras el otro hacía lo mismo con Arcadio. El tercer esclavo sacó su espada de la vaina y se acercó a Arcadio, decidido a ejecutar el mandato de su señora.

Arcadio, inmovilizado por el esclavo, que lo tenía cogido por la espalda dejando su torso al descubierto para que el otro le clavara la espada en el estómago, esperó impasible mientras se acercaba su hora. Justo cuando el esclavo esgrimió la espada para darle la estocada en el vientre, Arcadio, de un golpe de cabeza hacia atrás, rompió la nariz del hombre que lo sujetaba haciendo que este le soltara para llevarse las manos a la nariz, que le sangraba profusamente. A continuación, una vez liberado, esquivó la embestida del otro esclavo con un movimiento lateral, y propinó un fuerte golpe a su agresor con las manos que llevaba esposadas. Después le cogió el brazo armado con ambas manos y empezó a propinarle terribles rodillazos en el antebrazo hasta que su contrincante soltó la espada. Sin perder más tiempo, recogió el arma con las dos manos y degolló a los dos esclavos que tenía a corta distancia con movimientos rápidos y precisos.

Todo había pasado tan deprisa que todos estaban en *shock*. De repente, el esclavo que sujetaba a Maro sacó de su cinto una pequeña daga, la puso en el cuello del pirata y amenazó a Arcadio:

—¡Si te acercas, lo mato!

De repente, una piedra impactó justo en medio de la frente del esclavo, haciéndole caer como un saco y liberando a Maro. Vatre miró hacia Maro con satisfacción. Pese a no tener honda y llevar las manos esposadas, su tiro había sido tan preciso como era de esperar de un hondero de Clumba.

Afrodita, al verse desprotegida, sintió como el miedo la invadía y salió corriendo mientras gritaba pidiendo auxilio.

—¡Guardias! ¡Guardias!

Todos oyeron como las puertas se abrían y los guardias entraban precipitadamente en la gruta para socorrer a su señora. Los pasos cada vez se oían más cerca.

—Rápido, Arcadio, rompe tus cadenas con la espada —le dijo Maro.

—¡Como si fuera tan fácil! —dijo Arcadio con escepticismo. Seguidamente, observó detenidamente el grillete que le inmovilizaba el pie derecho. Se fijó que estaba oxidado y en mal estado, ya que debía llevar años dentro de aquella gruta húmeda. Se centró en la cerradura del grillete y lanzó un potente golpe para tratar de romperla. Pero no lo consiguió.

Los pasos de los guardias se oían cada vez más cerca.

Otro intento. Una chispa saltó con el impacto, pero el grillete seguía sin ceder. Arcadio maldecía su torpeza.

Los guardias aparecieron tras la curva de la gruta seguidos por el carcelero, y vieron como el preso intentaba deshacerse de las cadenas.

—¡Detente, miserable, o te mato! —gritó uno de los guardias.

Arcadio, sin hacer caso del guardia, dio un nuevo golpe a su grillete. Otra chispa iluminó la oscuridad de la gruta. Pero nada, el grillete no se abría.

Uno de los guardias lanzó su lanza a Arcadio, quien apenas la consiguió esquivar, no sin sufrir un corte en el hombro.

Los guardias pasaron por delante de Isapte y de Vatre sin prestarles atención, ya que estaban centrados en evitar que Arcadio lograra su objetivo. En ese momento, Isapte se lanzó en plancha con los brazos extendidos tan largo como era, y todo lo que su cadena le permitió, para entorpecer el paso de los guardias y del carcelero. Los guardias, ágiles tras años de entrenamiento para la guerra, consiguieron saltar por encima del hombretón clumbino en el último momento. El carcelero, sin embargo, no estaba entrenado para la guerra como los guardias. Su excesiva corpulencia le jugó una mala pasada y cayó de boca después de tropezar con el hondero. A continuación, Isapte se estiró todo lo que pudo para agarrarle el pie con sus manos encadenadas y arrastrarlo hacia él para golpearle el rostro con todas sus fuerzas. Mientras tanto, los guardias conseguían llegar a la altura de Arcadio.

—¡Muere, bastardo! —gritó el guardia que iba a la carrera con la lanza por delante apuntando al torso del griego.

El pirata, ayudándose de su espada, apartó la lanza del soldado, mientras con la pierna que tenía libre le pegó una patada en el torso que le hizo caer de espaldas sobre el compañero que venía justo detrás.

Mientras esto ocurría, Isapte estaba vapuleando al carcelero.

—¡Isapte! ¡Quítale las llaves al carcelero! —le dijo Vatre.

—¿Cómo? —dijo Isapte

—¡Cógele el manojo de llaves del cinturón! ¡Son nuestra salvación!

Isapte volteó el corpulento cuerpo del carcelero aturdido, mientras buscaba las llaves. Poco después, las cogió y se las pasó a su hermano.

Aprovechando que los guardias habían caído al suelo, Arcadio se colgó la espada al cinto, recogió la lanza que había quedado clavada en la pared justo detrás de él y la esgrimió hacia los dos guardias que ya se habían vuelto a levantar. Estos desenvainaron sus espadas para hacer frente al preso y se lanzaron hacia él al mismo tiempo, intentando hacer prevalecer su superioridad numérica.

Pero Arcadio, hábilmente, ensartó a uno de los dos guardias con la lanza y la soltó. El guardián cayó al suelo sujetándose el vientre y viendo como se le escapaba la vida. El otro guardia llegó hasta el pirata y le atacó con su espada con un movimiento vertical descendente que Arcadio consiguió detener levantando su espada en posición horizontal.

Mientras tanto, Vatre probaba una llave tras otra en su grillete para tratar de liberarse. Pero había demasiadas y no encontraba la que necesitaba.

Arcadio, por su parte, seguía luchando con toda el alma contra el guardia, pero sin éxito. Este último guardia sí era un buen espadachín y combatía con una furia inusitada. El pirata no podía hacer nada más que defenderse una y otra vez ante el ataque imparable de su oponente.

—¡Vatre! ¡Por todos los dioses! ¡Acierta de una vez, joder! ¡No resistiré mucho más! —gritó Arcadio, desesperado.

De repente, un sonido incisivo llenó de gozo a Vatre. ¡Su grillete se había abierto! Corriendo se acercó al guardia que luchaba contra Arcadio y, tras extraer la lanza que había quedado clavada en el cuerpo del guardia muerto, atravesó al contrincante de Arcadio de lado a lado con un movimiento rápido como el rayo, seguido de un grito de rabia.

Arcadio, respirando fuertemente debido al cansancio de la lucha, miró a Vatre los ojos y le agradeció su ayuda asintiendo con la cabeza.

—Gracias.

—No hay de qué. Ahora liberemos a nuestros amigos.

Y dicho esto, gracias al manojo de llaves del carcelero, Vatre consiguió liberar a todos sus compañeros. Cuando sacó los grilletes a Cloi, esta le abrazó.

—Gracias, Vatre, por salvarme otra vez.

—Bueno, no ha sido nada… Casi todo lo han hecho Arcadio e Isapte… —dijo Vatre avergonzado por el efusivo comportamiento de Cloi ante el resto de compañeros.

—Gracias, joven —agradeció Maro, dándole un golpe cariñoso en el hombro.

—De nada…

Apolodoro, a pesar de ser liberado, no se mostró tan entusiasmado como sus compañeros. Tenía la mirada perdida.

—Déjame aquí, Vatre… Mi hija tiene razón. Merezco lo que me pueda pasar. Soy un ser despreciable que solo mira por sí mismo.

Cloi se acercó al médico y secamente le dijo.

—No es momento de lamentaciones Apolodoro. Vámonos de aquí.

—¡Pero era mi responsabilidad! ¡Y en lugar de protegerla la abandoné para salvarme! —se lamentó mientras empezaba a llorar desconsoladamente.

—Apolodoro, no podemos cambiar el pasado, pero sí podemos cambiar nosotros y ser mejores personas. El Apolodoro que yo conozco nunca se comportaría así. ¿Verdad que no?

—¡Claro que no! —dijo Apolodoro intentando convencer a Cloi y a sí mismo.

—¡Pues venga! ¡Basta de llorar! ¡Arriba! Tenemos que salir de aquí antes de que llegue el relevo de los guardias –añadió ella expeditiva.

—Cloi tiene razón. Debemos irnos. ¡Rápido! —dijo Vatre acuciante.

Cogieron las armas de los guardias caídos y fueron corriendo hacia la salida. En ese instante, Vatre sintió lástima del resto de presos que quedaban en la gruta y, justo antes de salir por la puerta, se dirigió al preso de más edad que vio.

—¡Tú! ¿Cómo te llamas?

—Hicetas es mi nombre, antiguo *arconte* de la ciudad de Siracusa.

—¿Por qué te metieron aquí?

—Soy un rival político de Agatocles, al igual que el resto de los que estamos en esta cárcel. La reservan para gente como nosotros.

—Pues coge las llaves del carcelero y libéralos a todos.

Dicho esto, Vatre le dio el manojo de llaves al preso y salió de la mazmorra siguiendo a sus compañeros, sin saber que Hicetas sería quien, unos años más tarde, tomaría el relevo del tirano Agatocles al mando del gobierno de la ciudad.

Capítulo 29

La llamada del deber

Cuando estuvieron a una distancia prudencial de la prisión, se escondieron entre las agrestes colinas que rodeaban el emplazamiento. Todos respiraban fuertemente. La huida les había dejado exhaustos.

—Detengámonos un momento para pensar cuál es nuestro siguiente paso lógico —dijo Vatre al grupo, que estaba situado en círculo mientras todos intentaban recuperar el aliento.

—Lo que debemos hacer es ir corriendo hacia el puerto. Allí nos espera la madre de Cloi junto con mi barco y mi tripulación que, en cuestión de minutos, izarán las velas y nos sacarán en un santiamén de esta isla. Ya no tenemos nada más que hacer aquí —dijo Maro.

—Isapte y yo sí que tenemos todavía una misión que cumplir aquí, y no podemos irnos sin llevarla a cabo —dijo Vatre.

—¿De qué hablas? —cuestionó Maro, exasperado—. ¡No hay tiempo para misiones! Cuando la guardia de la ciudad se dé cuenta de lo que ha pasado en la *Oreja de Dionisio* vendrán a por nosotros sin pensarlo dos veces. Y un grupo tan extraño como el nuestro no pasa desapercibido. No os podemos esperar. O venís con nosotros ahora o vais por vuestra cuenta y riesgo. Vosotros decidís.

—Pues por el bien de Cloi y su madre, creo que lo mejor será que nos separemos —afirmó Vatre seriamente.

—¡Vatre! ¡Ven con nosotros! ¡Vuelve a casa! ¿Cuál es la misión tan importante que te niega el derecho a volver a tu casa con tu familia?

Cloi no entendía la decisión de Vatre. Ahora que se habían encontrado, no quería volver a separarse de él sin más. Pensar que era posible que no volviera a verlo le abrió un agujero en el estómago.

—El ejército cartaginés no puede asaltar la ciudad sin nuestra ayuda. Las murallas de la ciudad son infranqueables e Isapte y yo tenemos la misión de abrir las puertas desde dentro para que entre sin sufrir demasiadas bajas —explicó Vatre.

—¡Pero si son cartagineses! —dijo Maro, irritado—. ¿Qué te importa a ti? ¡Tú eres clumbino! ¿O no? ¡Deja que esos norteafricanos se espabilen como puedan, hombre!

—¡También hay clumbinos en las filas cartaginesas! Más de quinientos honderos luchan en el bando norteafricano. ¡No les puedo

abandonar! —respondió Vatre con vehemencia.

—Tal vez sea tu responsabilidad, pero no la nuestra —apuntó Maro con indiferencia—. Venga Cloi, ya hemos perdido demasiado tiempo, vamos al barco con tu madre.

—Yo no voy —dijo Cloi, decidida.

—¿Qué? —exclamó Maro, sorprendido.

—He dicho que yo no voy contigo al barco. Al menos no ahora mismo. Te quiero, a ti y a mi madre, pero Vatre está aquí por haberme ayudado cuando más lo necesitaba. Ahora no puedo abandonarle a su suerte.

—¡Pero, Cloi! ¿No ves que es una misión suicida? ¡Vatre va a una muerte segura!

—Yo no lo veo así. Y, sea como sea, él me ayudó cuando nadie más lo hizo —recalcó Cloi dirigiendo una mirada de agradecimiento a Vatre —. Se lo debo.

—¡Niña egoísta! ¡Piensa en tu madre! ¿Qué le digo cuando la vea en el barco? Tu hija ha decidido ir a la muerte antes que volver contigo. ¿Es esto lo que quieres que le diga?

Maro estaba aturdido.

—No, lo que tienes que decirle es que tenía una deuda pendiente con Vatre y que debo saldarla.

—¡Me cago en todo! ¿Y qué hago yo ahora? ¡No puedo volver a ver a tu madre sin ti! ¡Me llamará de todo!

—Pero, Cloi. No es necesario que pongas en riesgo tu vida por mi, mujer. Haz caso a Maro. Lo que te propone es sensato.

Vatre quería persuadir a Cloi a toda costa para que no se pusiera en peligro.

—No te puedo dejar solo, Vatre. No me lo perdonaría nunca —Cloi le miró fijamente con resolución.

—¡Haz caso a Vatre, mujer! —le imploró Maro.

—¡No! He dicho que le ayudaré y es lo que pienso hacer —dijo Cloi con convicción férrea—. Y ni tú ni nadie me hará cambiar de opinión.

—¡Joder Cloi! No me dejas más opción que irme sin ti.

Maro estaba desolado.

—Espera. Te quería pedir una última cosa antes de partir —dijo Cloi mirando a los ojos del pirata.

—Dime, pequeña, ¿qué puedo hacer por ti? —respondió Maro devolviéndole la mirada con ternura.

—Espéranos.

—¿Qué?

—Te pido que nos esperes, que no nos des por muertos.

—¡Pero no puedo esperar eternamente en el puerto! Tarde o temprano alguien descubrirá que el barco es mío y me atraparán.

—Vatre —dijo Cloi volviéndose hacia él—. ¿Cuánto tiempo necesitas para llevar a cabo tu misión?

—El problema es que hasta que no llegue el ejército cartaginés no puedo hacer nada más que esperar. Una vez estén aquí, abrir las puertas es relativamente rápido. Otra cosa será si lo conseguimos y si encima sobrevivimos. Eso ya es menos probable.

—¿Y cuándo crees que llegará tu ejército?

—Pues no deberían tardar demasiado… Imagino que hoy o mañana…

De repente, oyeron unas notas fuertes que provenían de la muralla de la ciudad.

—¿Qué es eso? —exclamó Isapte.

Vatre y Cloi se miraron y sonrieron.

—Es la señal de alarma. El ejército cartaginés ya ha llegado a la ciudad —respondieron Vatre y Cloi, al unísono.

◆◆◆

Una vez dicho esto, todos se pusieron en marcha.

—¡Lo has prometido! —le dijo Cloi a Maro mientras iban de camino al puerto.

—Sí, sí. Os esperaré… —asintió Maro a regañadientes.

—¿Seguro?

—¡Lo juro por la vida de tu madre! —dijo Maro.

— De acuerdo. Sé que a mi madre la amas de verdad.

Maro asintió.

—Pero si veo que la vida de tu madre está en peligro, izaré las velas y partiré. Os aviso.

—Si no queda más remedio, hazlo así. Pero por favor, espéranos todo lo que sea posible, al menos hasta mañana.

—Lo prometo.

Dicho esto, se despidieron.

—Bueno, Cloi, aquí nuestros caminos se separan. Yo, Arcadio y Apolodoro vamos al este, hacia el puerto. Vosotros debéis girar hacia el oeste, hacia la muralla.

Cloi abrazó a Maro con lágrimas en los ojos.

—Espéranos todo lo que puedas por favor —le pidió Cloi, y él asintió—. Y cuida de mi madre.

—Con mi vida —dijo el jefe de los piratas mientras le daba un beso a Cloi en el cabello.

Capítulo 30

Ideas en la noche

Cloi, Vatre e Isapte se acercaron lentamente a la muralla de la ciudad. Cuando pasaron por delante de un comercio local, Vatre se dirigió hacia el propietario. Este estaba recogiendo todos sus productos y se disponía a cerrar el establecimiento.

—¡Los cartagineses están aquí! Han aconsejado a los ciudadanos no aptos para combatir que nos metamos en casa. Yo de ti cogería a tu bella mujer y la escondería. ¡Quién sabe lo que estos salvajes le pueden hacer!

—¿Y a ti? —dijo Cloi, con una sonrisa traviesa.

El comerciante puso cara de espanto y siguió recogiendo su parada sin responder a Cloi.

Vatre la miró con una sonrisa divertida.

—Tenías ganas de asustarlo más de lo que ya está, ¿eh?

—¡Por supuesto! —se rio Cloi.

◆◆◆

El sol ya empezaba a bajar y las sombras se alargaban cubriendo de oscuridad aquella gran ciudad que se disponía a sufrir un ataque inminente. Los tres siguieron avanzando hacia la muralla y, una vez llegaron a la puerta, se detuvieron. El portón estaba fuertemente defendido.

—Mierda, hay soldados por todas partes… —se lamentó Isapte—. ¿Y ahora qué demonios hacemos? ¿Cómo conseguiremos abrir las puertas a nuestros compañeros? —dijo a su hermano.

—Déjame pensar —contestó Vatre…

—¿O no tienes ningún plan? —preguntó Isapte, sorprendido.

—Veo que te tengo mal acostumbrado… —le respondió Vatre, medio enfadado—. Bien, tranquilo, algo se nos ocurrirá. De momento, esperemos a que oscurezca. Metámonos en aquel callejón e intentemos pasar desapercibidos.

Los tres entraron en un callejón oscuro y estrecho paralelo al portón de la muralla y esperaron a que cayera la noche.

◆◆◆

—Bueno, Vatre, ya es de noche. Y ahora, ¿qué hacemos? Estoy un poco harto de esperar.

—Lo sé, Isapte —dijo Vatre conteniendo su enfado—. Intento pensar. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, no te alteres…

—Debemos despistar a los guardias para poder acceder a la puerta y abrirla desde dentro. Pero, ¿cómo?

—Pues les atacamos; es una buena manera de distraerlos —dijo Isapte, convencido.

—No funcionaría, Isapte. Son demasiados para nosotros.

—Ya, bueno… Pero yo valgo por dos o tres, ¿verdad? —dijo él sacando pecho.

—Sí, Isapte…, sí…, tú vales por tres… —dijo indiferente Vatre—. Pero debemos pensar otra solución.

—¡Ya lo tengo! —exclamó Cloi.

—¿Qué dices? —preguntó Vatre, sorprendido.

—¡Ya sé cómo distraer a los guardias! ¡Seguidme!

Y sin decir nada más, Cloi salió corriendo callejón abajo.

—¿Qué demonios hace Cloi? —dijo Isapte, que no entendía qué le pasaba.

—No lo sé, Isapte, pero debemos seguirla. ¡Vamos!

Los dos hermanos empezaron a correr tras ella. La chica, haciendo gala de su velocidad y agilidad, tras coger impulso para la carrera, saltó por encima de una pared hasta conseguir una antorcha que iluminaba el estrecho y negro callejón de la capital siracusana.

—¡Vamos, chicos! ¡Al granero! —dijo ella.

—¿Al granero? ¿Qué cojones se nos ha perdido en un granero? —preguntó Isapte a Vatre.

—Creo que ya sé qué pretende —dijo Vatre con una sonrisa.

Cloi giró velozmente a la derecha y seguidamente de nuevo a la derecha, volviendo a la calle principal por donde habían accedido a la muralla, y, sin decir ni una palabra, entró en uno de los graneros por los que habían pasado de camino al perímetro externo de la ciudad. Una vez dentro, se detuvo y escudriñó la estancia bajo la luz de la antorcha hasta que encontró un saco lleno de trigo rodeado de paja, y tiró la antorcha dentro.

—Esto les distraerá —dijo con una sonrisa—. ¡Vamos chicos, volvamos al callejón!

Los tres volvieron al callejón mientras veían como, poco a poco, del granero empezaba a salir un humo gris que inundaba la calle, seguido por una luz rojiza que cada vez se extendía más. En un abrir y cerrar de ojos se vio cómo las llamas salían por las puertas y las

ventanas del granero y el techo del recinto echaba humo.

Uno de los guardias de la muralla notó que le llegaba un olor a humo extraño, y miró a su compañero de guardia.

—¿Hueles eso? ¿De dónde viene?

—Ni idea, pero parece un poco tarde para cocinar, ¿no?

—¡Claro! Pero no huele a comida. Más bien huele a…

—¡Mira! —dijo el soldado mientras señalaba un edificio pegado a la muralla—. ¡La casa del panadero arde!

—¿Cómo? ¡No puede ser! —dijo su compañero, incrédulo.

—¡Por supuesto que sí! ¡Mira!

Este se volvió y vio como del techo del granero ya no salía humo, sino unas llamas rojas que iluminaban el ambiente.

—¡Fuego! ¡Fuego! —gritaron los soldados mientras despertaban al resto de sus compañeros y salían corriendo para dar la alarma.

Los vecinos abrían sus ventanas para ver qué ocurría, y a continuación gritaban asustados para dar la alarma. La confusión se apoderó de todo el barrio.

Un incendio en ese barrio, donde las casas estaban tan cerca las unas de las otras y donde había material inflamable por todas partes, era un peligro para la ciudad entera si no se lograba controlar.

—¡Traed el agua de los abrevaderos de los animales y de los pozos! ¡Debemos apagar este incendio como sea! ¡Si no, acabará antes él con nosotros que los cartagineses! —gritaba el comandante de la guardia, que estaba en la puerta más cercana a la muralla.

Todos los habitantes salieron de sus casas en medio de la noche con cubos llenos de agua que transportaban arriba y abajo para conseguir apaciguar el incendio que amenazaba con engullir sus casas.

Vatre no se acababa de creer que Cloi, sola, hubiera conseguido en diez minutos dejarles vía libre para llegar hasta la puerta de la ciudad que ya solo estaba protegida por una guardia mínima: dos soldados distraídos mirando como sus compañeros y conciudadanos intentaban hacer frente al fuego que no dejaba de crecer.

—¡Cloi…, eres increíble! —exclamó Vatre emocionado, mientras, sin poder controlarse, le daba un beso en los labios.

Cloi aceptó aquel beso cargado de sentimiento con una mezcla de sorpresa y alegría.

—¡Venga, enamorados! —les gritó Isapte, mientras les separaba—. ¡Espabilad, aún queda trabajo que hacer! No tenemos tiempo para romances.

—Venga, tu hermano tiene razón, ya seguiremos con esto más tarde. ¡Vamos a terminar lo que hemos empezado!

Vatre asintió y, con decisión, cogió la honda que llevaba atada a la cintura, y que había pasado desapercibida a los guardias que lo habían detenido, pensando que era un cinturón. Su hermano hizo lo

mismo. Los dos hermanos salieron a la calle principal con las hondas girando sobre sus cabezas mientras se acercaban en silencio a los soldados que guardaban la puerta y que estaban aterrorizados observando el fuego.

A continuación, soltaron al mismo tiempo uno de los extremos de sus respectivas hondas y las dos piedras que habían recogido de la calle salieron disparadas a toda velocidad hacia los cascos de los guardias. Estos recibieron el impacto en sus cabezas y cayeron al suelo de improviso con gritos ahogados. A continuación, los tres clumbinos llegaron a la puerta desprotegida y levantaron de sus soportes el gran madero que mantenía cerrada las puertas de la ciudad.

Mientras sus compañeros abrían las puertas, Cloi se había hecho con una de las antorchas que iluminaban la muralla y la mantuvo en alto llevándola de lado a lado para dar la señal acordada por Vatre con el general del bando cartaginés.

◆◆◆

El general Amílcar Giscón, rodeado de sus soldados dispuestos en formación, al ver las llamas que se elevaban desde dentro de la ciudad, movió la cabeza afirmativamente mientras se decía: «Sabía que podía contar contigo, Vatre».

Al ver que la puerta se abría y la señal de la antorcha de Cloi, el general dio la orden a sus hombres gritando a pleno pulmón.

—¡Chicos! ¡Hoy les ha llegado la hora a nuestros enemigos! ¡No tengáis piedad! ¡A sangre y fuego! ¡Por Cartago!

—¡Por Cartago! —repitieron sus hombres en un grito desgarrador que inundó la noche.

A continuación, levantaron sus escudos y echaron a correr hacia la portalón que les esperaba abierto de par en par.

◆◆◆

—¡Ya vienen! —dijo Isapte.

—Sí, ya hemos hecho lo que teníamos que hacer —dijo Vatre—. Ahora salgamos de aquí, que con nuestro aspecto creerán que somos siracusanos y aún nos matarán por error.

—Tienes razón.

—¡Pues vamos al puerto! —dijo Cloi—. Con un poco de suerte, Maro nos habrá esperado en su barco y podremos salir de aquí antes de que caiga la ciudad.

—¡Vamos!

Cuando se volvieron para bajar por la calle principal, vieron

que una sección de los soldados de la muralla había formado en la calle y se movían hacia ellos para interceptarlos y volver a cerrar la puerta.

A Vatre se le heló la sangre. No tenían nada que hacer contra un muro de escudos de soldados en formación. Sin embargo, los dos hermanos se miraron y se dispusieron a vender cara su piel. Recogieron piedras del suelo para cargar las hondas y lanzarlas a sus enemigos, que se acercaban cada vez más. Consiguieron tumbar a algunos de los soldados, pero no era suficiente. Ya los tenían encima. Los tres se prepararon para recibir el ataque final, sacaron las espadas que habían quitado a los guardias de la prisión y decidieron llevarse con ellos a todos los siracusanos que pudieran.

Un grito de desesperación salió de los pulmones de los tres clumbinos mientras avanzaban espada en mano.

De repente, la sección siracusana se detuvo y Vatre oyó las órdenes de su comandante.

—¡Nos atacan por la retaguardia, chicos! ¡Protegeos!

—¿Qué pasa? —preguntó Vatre a su hermano, que, gracias a su altura, era capaz de ver lo que sucedía al otro lado de la formación siciliana.

—¡Son Maro y sus piratas!

—¿Qué? —gritaron a la vez Vatre y Cloi.

—¡Maro y su tripulación han venido!

Vatre y Cloi no se lo podían creer.

La tripulación de Maro entró en la formación enemiga como una punta de lanza y rompió la falange siracusana, que estaba medio vuelta para hacer frente al nuevo enemigo que venía por detrás. Los piratas se abrieron paso con fuerza como un cuchillo cortando mantequilla.

Maro y Arcadio, que iban al frente, atravesaron la falange desorganizada por el ataque y llegaron hasta Cloi y los dos hermanos.

—¡Gracias a los dioses que aún seguís vivos! ¡No hemos llegado demasiado tarde!

—Por suerte… —dijo Isapte—, si llegáis un poco más tarde no nos encontráis.

—¡Basta de tanta palabrería! ¡Los cartagineses ya casi están en la puerta! ¡Debemos irnos de aquí! Estamos entre dos ejércitos a punto de matarse y no sabrán distinguir si somos amigos o enemigos. ¡Si nos quedamos nos matarán los unos o los otros! ¡Huyamos!

Dicho esto, los cinco clumbinos rodearon la falange siracusana mientras Maro llamaba a sus tripulantes:

—¡Compañeros! ¡Se acabó la fiesta! ¡Volvamos al barco!

Todos los piratas dejaron de combatir y siguieron a su capitán.

El comandante de la falange siracusana dio la enhorabuena a

sus soldados.

—¡Bien hecho, chicos! ¡Estos bastardos han huido con el rabo entre las piernas!

—¡Sí! —gritaron los soldados.

—¡Persigámoslos! —añadió uno de los guardias.

—¡No tenemos tiempo para eso! —dijo el comandante—. ¡Tenemos que cerrar las puertas de la ciudad antes de que los cartagineses lleguen!

Un rictus de terror invadió su rostro. Los cartagineses ya estaban entrando por la puerta.

—¡Por Ares! ¡Ya están aquí! ¡Siracusanos! ¡Al ataque! ¡Que no pase ni uno!

Pero era demasiado tarde para que una pequeña sección como aquella, ya diezmada por el ataque imprevisto de los piratas por la espalda, hiciera frente a todo un ejército fresco que entraba por la puerta. Los soldados sicilianos que guardaban la puerta oeste de la ciudad no vivirían para ver cómo volvía a salir el sol al día siguiente.

Epílogo

El barco se movía arriba y abajo mecido por las olas del mar. La tripulación y los viajeros descansaban de un día especialmente ajetreado. Vatre estaba tendido en la cubierta del barco observando las estrellas que brillaban en el cielo. A su lado, Cloi reposaba la cabeza en su hombro. Los suaves cabellos le cubrían el brazo haciéndole sentir un calor y una felicidad que le enternecían. Mientras contemplaba las estrellas, se sintió afortunado de volver a su casa y de no haber perdido a las personas que más quería.

De repente, vio cómo una figura oscura se dirigía hacia la borda del barco. ¿Qué hacía aquel inconsciente sobre la barandilla que los protegía de caer al mar?

—Cloi, despierta —dijo Vatre, sacudiéndola.

—¿Sí? —respondió Cloi, adormecida—. ¿Qué pasa?

—¿Qué es aquello? —dijo Vatre, mientras señalaba la figura que estaba a punto de lanzarse al mar.

—¡Por todos los dioses! —exclamó Cloi, sobresaltada—. ¡Apolodoro!

El médico oyó su nombre y se volvió hacia ella. Al hacerlo, la luz de la luna le iluminó y vieron asombrados que una de las asas del ánfora que sostenía en brazos tenía anudada una cuerda que llevaba sujeta a su pie derecho.

—¡Creo que quiere suicidarse! —dijo Vatre.

Cloi se levantó y, corriendo, se acercó a Apolodoro.

—¡No lo hagas! —gritó.

El médico tenía el rostro surcado de lágrimas.

—¿Por qué no? ¡Soy despreciable! ¡He fallado a todo el mundo! A mi mujer, a mi hija… ¡No valgo para nada! El mundo será un lugar mejor si yo no estoy —dijo desconsolado.

—A mí no me has fallado, Apolodoro —sentenció Cloi con firmeza.

—¿Qué? —preguntó el griego, sorprendido.

—Hasta ahora, a mí no me has fallado. En cambio, si me abandonas ahora, sí lo harás.

—Pero… —Apolodoro parecía totalmente desconcertado.

—Yo te necesito, Apolodoro. Tú eres lo más parecido a un padre que he tenido nunca. El mío fue de todo menos eso: un buen padre. Todos tenemos derecho a equivocarnos y sé que nunca

volverías a hacer lo que hiciste. Me has demostrado que has cambiado, eres un hombre nuevo que ha aprendido de sus errores y lo has demostrado arriesgando tu vida para salvar a tu hija durante todo este viaje.

El hombre se quedó sin saber qué decir.

—Por favor, Apolodoro, después de todo lo que ha sucedido te necesito a mi lado. Deja atrás el pasado y empieza una nueva vida en Clumba rodeado de la gente que te quiere. Si no lo haces por ti, al menos hazlo por mí —añadió Cloi tendiéndole la mano para que bajara de la barandilla.

El médico sujetó el ánfora con la mano derecha, mientras con la izquierda cogía la mano que le ofrecía aquella chica que había aprendido a quererle como si fuera una hija y bajó a cubierta.

—¡Eso está mejor! ¡Ya pensaba que había perdido una buena ánfora de vino por tu culpa! —dijo el jefe pirata riéndose.

—¡Maro! ¿Cómo puedes ser tan insensible? —le recriminó Cloi, molesta, mientras ayudaba a Apolodoro a desatarse el ánfora de la pierna.

—¡Hija mía! ¡La vida nos la tenemos que tomar con humor! ¡O estaríamos llorando todo el día! —añadió Maro mientras cogía el ánfora para tomar un buen trago de vino—. ¡Salud! ¡Un brindis: porque Apolodoro viva muchos años y los aquí presentes podamos verlo! ¡Coged todos vasos y ánforas! ¡Celebremos que aún seguimos vivos y que volvemos a nuestro hogar de una sola pieza!

La tripulación, que nunca se negaba a una buena fiesta, empezó a repartir ánforas, vasos y vino a todos los presentes. Brindaron los unos con los otros, cantaron y bebieron mientras celebraban que ellos sí vivirían para ver cómo salía el sol un día más.

Avanzada la fiesta, Cloi se acercó a Vatre, que, apoyado en la barandilla con el vaso en la mano, tenía la mirada perdida en la inmensidad del mar.

—¿Qué te pasa, Vatre? —preguntó ella dulcemente.

—Nada…, pensaba en toda la gente que ha muerto durante esta guerra. En Norisus… En Lasci… ¡Incluso en Cudun! ¿Por qué tenemos que ser así los hombres? ¿Por qué luchamos entre nosotros cuando hay tanta belleza en el mundo? —reflexionó el hondero mientras miraba a Cloi a los ojos y se enternecía.

Ella le devolvió la mirada y lo besó, haciendo que toda la melancolía que sentía se disipara y se sintiera en una nube, lejos de los problemas del mundo. Con Cloi era feliz.

Fin

Nota histórica

Como se ha indicado en el prefacio, en el siglo IV antes de Cristo, mucho antes de que Roma alcanzara la influencia y el poder que un día llegó a tener su imperio, Cartago y Grecia, junto con sus colonias, eran las grandes potencias que mandaban en el mar Mediterráneo, y Sicilia era la frontera entre ambas. Esta isla tenía una gran situación geoestratégica, ya que estaba situada en medio del mar Mediterráneo, que era «la autopista» comercial de la antigüedad. Allí se encontraban las principales rutas de comercio y, por tanto, la riqueza. Era una golosina que cualquier potencia querría poseer para dominar el comercio «internacional», si se me permite el anacronismo. Por ese motivo se produjeron lo que hoy se conoce como guerras greco-púnicas, o también guerras sicilianas, con las que los dos pueblos más poderosos de la antigüedad querían dirimir su poder. Estas guerras se prolongaron en el tiempo desde el 480 a. C. al 307 a. C., divididas en tres grandes guerras. La que concierne a nuestra historia es la tercera y última de estas guerras (del 311 a. C. al 306 a. C.).

En medio de esta lucha por conseguir el poder en todo el mar Mediterráneo, los honderos mallorquines tuvieron un importante papel como mercenarios del ejército cartaginés y una participación destacada en varias batallas, como es la del monte Eknomos. Su destreza con la honda era legendaria y por ello fueron incorporados a los distintos ejércitos de la antigüedad como hostigadores mercenarios, primero a los ejércitos cartagineses, tal y como se describe en la novela, y, posteriormente, a las tropas del ejército romano. Pero, evidentemente, no todos los mallorquines eran honderos mercenarios. Aunque la mayoría se dedicaba a la ganadería y la agricultura, también un porcentaje lo hacía a la piratería, como ha sucedido durante gran parte de la historia de esta isla.

Los personajes de Amílcar Giscón, general cartaginés, y de Agatocles, tirano de Siracusa, son reales. En cambio, los protagonistas de la historia, los hermanos Vatre e Isapte, Cloi, Apolodoro, Maro, etc., son personajes ficticios a quienes he hecho vivir estos sucesos que fueron tan trascendentales para la historia del mar Mediterráneo.

A grandes pinceladas, las batallas y los asedios que aparecen en la novela también ocurrieron. El naufragio del ejército de Amílcar Giscón, la batalla del monte Eknomos, así como el posterior asedio a la capital siciliana son reales. En la batalla del monte Eknomos, los

siracusanos entraron en el campamento cartaginés, Amílcar Giscón apostó a los honderos baleares para repeler al enemigo y lo consiguieron. También es cierto el contraataque de Agatocles tras esta primera derrota y la salvación *in extremis* del ejército cartaginés gracias a la llegada de refuerzos desde la ciudad de Cartago.

No hay mucha información de la estructura y de las dependencias de los campamentos de guerra cartagineses. Esto ha hecho que a «efectos dramáticos» me haya tomado la libertad de contar en la novela que los mercenarios debían dormir fuera de los límites del campamento púnico, para reflejar así la diferencia que debía de haber entre las tropas de origen púnico y los extranjeros reclutados por dinero. Dicho esto, hay que afirmar que lo más probable es que estas fuerzas tuvieran su lugar dentro del campamento.

El bloqueo y el asedio de la capital siciliana también se dio (del 311 a. C. al 309 a. C.). Pero lo que pasó en la historia real, que no cuento en la novela, fue que, mientras los cartagineses asediaban la ciudad de Siracusa, Agatocles huyó con lo que quedaba de su ejército y fue a atacar la ciudad de Cartago, que estaba desprotegida. Eso hizo que Amílcar Giscón tuviera que enviar cinco mil de sus soldados al norte de África para proteger su ciudad natal mientras él seguía con el asedio de Siracusa, defendida en esos momentos por el hermano de Agatocles, Antander. En dos ocasiones Amílcar Giscón asaltó la ciudad. El primer ataque fue repelido y, posteriormente, en una incursión nocturna, las tropas de Amílcar consiguieron entrar. Debido a la oscuridad hubo una gran confusión dentro del bando púnico y el ejército siracusano aprovechó la situación para derrotar a los cartagineses y capturar al general Amílcar Giscón, que fue decapitado al día siguiente (309 a. C.). Mientras todo esto ocurría en Sicilia, en territorio africano se dieron varias batallas entre los dos ejércitos, hasta que el ejército cartaginés consiguió expulsar a Agatocles de Cartago y hacer que volviera a Siracusa, obligándole a firmar una paz ventajosa para los intereses cartagineses (306 a. C.).

Por lo tanto, es cierto que el ejército cartaginés en una incursión nocturna consiguió entrar en la ciudad; aunque la apertura de las puertas de la ciudad por un pequeño grupo de mallorquines es fruto de mi imaginación, considero que es un final muy digno para la «carrera militar» en el ejército cartaginés de Vatre e Isapte, dos de los famosos honderos mallorquines que durante siglos metieron el miedo en el corazón de sus enemigos pedrada a pedrada.

Glosario

Afrodita: diosa griega de la belleza, la sensualidad y el amor.
Andrón: comedor masculino donde se realizaban los simposios en las casas tradicionales griegas.
Ática: región de la antigua Grecia cuya capital era Atenas.
Ares: dios griego de la guerra.
Asclepio: dios griego de la medicina.
Aspis: escudo circular griego.
Atenea: diosa de la sabiduría, la artesanía y la estrategia militar. Protectora de la ciudad de Atenas.
Auletrides: prostituta dedicada a las clases medias de la sociedad griega.
Arconte: en la antigua Grecia, eran los magistrados que ocupaban los puestos más importantes de la ciudad.
Baal: dios cartaginés de la guerra.
Baal-Iaroh: Islas Baleares en fenicio.
Birreme: nave de guerra con dos hileras de remos. Más pequeña y maniobrable que el trirreme.
Clumba: Mallorca en fenicio.
Columnas de Melkart: columnas de Hércules en fenicio.
Columnas de Heracles: columnas de Hércules en griego clásico.
Columnas de Hércules: es el nombre dado antiguamente a las rocas que guardaban la entrada al Mar Mediterráneo, la zona del estrecho de Gibraltar.
Crátera: gran cuenco utilizado para mezclar el vino en la antigua Grecia.
Dictariades: prostituta dedicada a las clases más bajas de la sociedad griega.
Dioniso: dios del vino en la antigua Grecia.
Dory: lanza griega.
Ebusus: ciudad de Ibiza en fenicio.
Emporion: ciudad de Ampurias en griego.
Estrategos: general griego.
Gadir: ciudad de Cádiz en fenicio.
Islas Gimnesias: Islas Baleares (Mallorca y Menorca) en griego.
Gineceo: zona de la casa griega reservada a las mujeres.
Golfo de Notuceras: supuestamente, actual golfo de Guinea.
Guium y Tuccis: unos de los pocos nombres de los poblados talayóticos de Mallorca que han llegado hasta nuestros días.

Desgraciadamente desconocemos su localización.

Hades: el nombre del mundo de los muertos de la antigua Grecia y a la vez del dios de este mundo subterráneo, quien era hermano de Zeus.

Helios: dios del sol griego.

Hélade: la tierra de los helenos. Nombre con el que se identificaba al pueblo griego esparcido por todo el mediterráneo, ya que todos compartían la misma lengua y cultura.

Heleno/a: gentilicio de la persona que pertenecía a los pueblos griegos que configuraban la Hélade.

Hetaire: prostituta dedicada a las clases altas de la sociedad griega.

Hoplita: soldado de infantería pesada de la antigua Grecia.

Hoplia / Aspis: gran escudo circular griego.

Iatrós: médico griego clásico.

Ibusim: Ibiza en fenicio.

Kliné: diván de la antigua Grecia donde se sentaban los comensales.

Koilon: gradas o asientos de un teatro griego.

Kopis: espada corta de origen griego parecida a la falcata íbera.

Köthen: dios fenicio de la artesanía.

Kromyousa: Mallorca en griego.

Kylix: copa griega.

Linothorax: coraza hecha a base de capas de lino prensado.

Lonchophoroi: infantería ligera cartaginesa de origen libio.

Malaka: ciudad de Málaga en fenicio.

Magna Grecia: territorio ocupado por colonos griegos al sur de la península itálica.

Masalia: ciudad de Marsella en griego.

Melousa: Menorca en griego.

Neápolis: ciudad de Nápoles.

Némesis: diosa griega de la venganza, la justicia divina, el equilibrio y el castigo de las culpas.

Nura: Menorca en fenicio.

Oikos: casa en griego clásico.

Ophyusa: Formentera en griego.

Oreja de Dionisio: antigua cantera de la ciudad de Siracusa en forma de oreja, que posteriormente se utilizó como prisión de la ciudad.

Peltastas: infantería ligera del ejército griego.

Peplo: túnica femenina de la antigua Grecia.

Phoinikes: fenicio en griego.

Pityousa: Ibiza en griego.

Polis: ciudad-estado de origen griego.
Sexi: ciudad de Almuñécar en fenicio.
Simposio: reunión / cena social exclusiva para hombres que se realizaba en las casas griegas.
Simposiarca: director del simposio.
Skiadeion: sombrilla de origen griego.
Tabli: juego de azar jugado en la antigua Grecia similar al actual backgammon.
Tagenitai: tortas griegas de harina de trigo fritas.
Tanit: principal diosa de la religión cartaginesa, consorte de Baal y patrona de Cartago, asociada a la luna y a la fertilidad.
Tártaro: profunda gruta situada bajo el Hades, que constituía la prisión donde los seres que más habían ofendido a los dioses recibían toda clase de castigos por sus malas acciones durante la eternidad.
Triclinio: diván de tres plazas utilizado en la antigüedad clásica por los griegos para comer reclinados en ellos.
Trirreme: nave de guerra con tres hileras de remos, típica del mar Mediterráneo, especialmente popular durante el periodo clásico.
Xiphos: espada corta de origen griego.
Yam: dios cartaginés del mar.

Moneda griega de menor a mayor valor: **chalkus, óbolo, dracma, mina, talento**.

Equivalencias:
8 **chalkus** = 1 **óbolo**
6 **óbolos** = 1 **dracma**
100 **dracmas** = 1 **mina**
60 **minas** = 1 **talento**

Agradecimientos

Quiero agradecer toda la ayuda y paciencia que han tenido mis amigos y familiares a la hora de modificar y mejorar la novela, en especial a mi esposa, Neus, quien ha sido uno de mis principales apoyos, junto con mis padres Baita y Tolo y mis tíos Nofre y Carmen. Sin vosotros esta novela no habría sido posible.

Tengo que agradecer también la inestimable ayuda recibida por parte de Albert en la elaboración de la portada, de Iván en la confección del mapa, y de Mònica, que tanto cuidado ha puesto en la corrección de la novela, sin vosotros este libro no se habría podido publicar.

Y, a ti, querido lector. Tú haces posible que la historia que yo he imaginado cobre vida. Gracias de todo corazón por estar al otro lado.

Si te ha gustado, te agradecería mucho que dejaras tu valoración en Amazon. Con este pequeño gesto otros lectores podrán saber tu opinión, y tal vez gracias a ella se animen a conocer mi obra.

¡Gracias!

Sobre el autor

Alexandre Alemán Moyà

Palma de Mallorca, 1985. Diplomado en Turismo por la Universidad de las Islas Baleares. Entusiasta por la historia universal y de Mallorca en particular. Con su primera novela: Hijos de Clumba. La era de los honderos Baleares, ha querido homenajear y dar visibilidad al antiguo pueblo que vivió en las islas que le vieron nacer. Los honderos Baleares fueron unos de los guerreros más temidos, respetados y deseados por los ejércitos de todo el mundo antiguo, desde el s. IV a. de C. hasta bien entrado el s. I a. de C. Una epopeya de los antepasados mallorquines que sin duda merece un reconocimiento y no ser olvidada.